

EVARISTO MARTÍN NIETO

EL PADRE NUESTRO

La oración
de la utopía

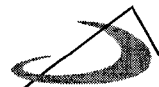
אֲרֵץ וְכִי
בְּכֹסֶם : 10
בְּצִאתְכֶם
תִּירְדוּן לִ
וְלֹא־קָמַד
בְּשָׁמַיִם
כִּי־עָשִׂיתָ
לִי אֹת
דְּוֹתֵי וְאֵת
לֵה דְאֲנָשִׁי
הָיָה בְּתַת
בְּחֶבֶל
: 16 וְהָא
זְמוּהָ שֶׁל
: 17 וְיֵאמֵר
עֲתִנְנִי
בְּהַר



Evaristo Martín Nieto

El Padre Nuestro

La oración de la utopía



SAN PABLO

Evaristo Martín Nieto (Gallegos, Salamanca 1923) doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca y cofundador de la Casa de la Biblia de Madrid, ha dirigido la primera traducción al castellano de los textos originales de *La Santa Biblia*, editada por SAN PABLO. Delegado Episcopal de Pastoral Penitenciaria, ha publicado *Pastoral Penitenciaria* (SAN PABLO 1990).

Presentación

La intuición de santa Teresa de Jesús sobre los grandes secretos de la oración evangélica del Padre Nuestro, «que ya habéis visto, encierra en sí todo el camino espiritual» (Camino, c. 42), responde a la verdad más profunda de su misterioso contenido.

Se comprende que un alma oracional lo descubriría en gran parte, como otras muchas lo venían haciendo desde comienzos de la literatura cristiana (Tertuliano, Cipriano, Orígenes...). Por eso los comentarios al mismo se han multiplicado sin cesar en estos veinte siglos y se multiplicarán.

Uno más, este de Evaristo Martín Nieto. Uno más pero no uno cualquiera. Porque su comentario de alta divulgación es magnífico. Lo escribo como lo siento. Un comentario en conjunto original y en detalles concretos: véase el capítulo tercero sobre el *Nombre*. El autor es un exegeta de calidad, por eso su comentario es bíblico cien por cien; es la Palabra comentada por sus mismas palabras. Y es una aproximación de la oración de Jesús a nuestra sensibilidad cristiana más de hoy. El Padre Nuestro es la oración siempre actual, pero hay que saber conectarla con nuestras «frecuencias» existenciales vivas. Esto se logra en este libro de manera espléndida.

Dos aspectos subraya el autor con gran interés: que el Padre Nuestro es oración que mira en última instancia al momento escatológico del más allá, pero ya desde aquí, desde ahora, desde nuestro tiempo en camino, en que se va realizando la eutopía, mejor que la utopía (¡qué bonito el capítulo décimo!).

© SAN PABLO 1996 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)

Tel. (91) 742 51 13 - Fax (91) 742 57 23

© Evaristo Martín Nieto 1996

Distribución: SAN PABLO. División Comercial

Resina, 1. 28021 Madrid * Tel. 798 73 75 - Fax 505 20 50

ISBN: 84-285-1810-6

Depósito legal: M. 41.063-1995

Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Y que el Padre Nuestro y por ende el cristianismo, no puede entenderse ni vivirse sólo en Dios sino también en sus hijos, hermanos por lo tanto nuestros. Es el Padre de todos, *nuestro*. En esto insiste el autor, quizás demasiado; viene a ser como la clave de su exposición. Pero hace bien en subrayarlo.

Precioso libro en su contenido que me ha encantado, y en su redacción, clara, sencilla, cincelada. A más abundancia se adornan sus capítulos con varios poemas maravillosos de V. Sánchez Pinto.

Que Dios conceda a Evaristo tiempo y humor para seguir regalándonos libros de la altura y unción de este que me gozo en presentar.

BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE

Ávila, 15 de diciembre de 1995

La oración

1. Necesidad de la oración

La oración es la vida del alma, como el aire es la del cuerpo. Sin oración, no hay vida cristiana. A un cristiano se le puede definir como una «persona orante». «Tener fe y no orar es una forma de no tener fe: la fe sin obras es fe muerta; la fe sin oración, también»¹. Dios nos manda orar: «Sed sobrios y dedicaos a la oración» (1Pe 4,7). Mediante la oración, crecemos en la vida espiritual, desarrollamos nuestra vida religiosa y agrandamos nuestra potencialidad de divinización. Uno de los signos claros de nuestro tiempo, la solidaridad, exige que la espiritualidad del cristiano esté orientada hacia el amor y al servicio al prójimo, al encuentro con Dios en el diálogo con los demás. Pero esto no impide, más bien exige, hablar con Dios en privado, en diálogo personal. La oración privada no sólo sigue siendo posible y válida, sino absolutamente necesaria. Para ser capaces de descubrir a Dios en el diálogo comunitario, tenemos que descubrirle antes y conocerle en el diálogo privado y personal con él.

2. Qué es la oración

«Orar» viene del latín *orare*, que significa hablar. Orar es hablar con Dios de uno mismo, de lo que a uno le pasa, de

¹ F. F. RAMOS, *El anuncio del evangelio. La evangelización nueva*, Naturaleza y Gracia 42 (1994) 59.

lo que uno quiere. Hablamos también de los demás y de sus problemas. La oración es un diálogo entre dos personas que hablan, escuchan y responden. Santa Teresa de Jesús, maestra de oración, dice: «Lo primero quiero tratar, según mi pobre entendimiento, en qué está la substancia de la oración. Porque algunos he topado que les parece está todo el negocio en el pensamiento... El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho» (F 5,2). «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama» (V 8,5). Como trataba Moisés con Dios: «Cara a cara, como habla un amigo con su amigo» (Éx 33,11). «¿Qué es orar? Es la elevación consciente, libre y amorosa del alma a Dios, hecha fielmente en Jesucristo..., es adquirir la conciencia de nuestra vida cristificada en Dios..., es llegar en el silencio de sí mismo y de las cosas al diálogo vivo con Él. Diálogo íntimo de tú a tú, de persona a persona, de corazón a corazón»². Orar es la celebración de la amistad. Cuando la oración ha llegado a las cotas más altas, a la contemplación, la oración es únicamente «amor en silencio»: «Cuando el alma llega a este estado..., hasta el mismo ejercicio de oración..., es ejercicio de amor»³. La oración nos lleva a la realización de nuestra vocación y de nuestro final feliz: amar y ser amados.

3. La Biblia, el libro de la oración

La Biblia es el libro de oración, un diálogo entre Dios y el hombre, en el que Dios se hace presente con palabras y con obras siempre interpelantes, que exigen una respuesta del hombre y a las que el hombre efectivamente ha respondido, aunque haya sido no pocas veces de manera negativa. Hacer oración es ilustrar nuestra vida con la Biblia, la palabra de Dios, descubrir lo que esa palabra nos dice aquí y ahora. La verdad plena de la Biblia está siempre por descu-

² B. JIMÉNEZ DUQUE, *Teología de la mística*, BAC, Madrid 1963, 359-360.

³ S. JUAN DE LA CRUZ, CB 28,9.

brir. El Espíritu Santo nos la va revelando en las circunstancias de cada momento y nos garantiza una comprensión actualizada de la misma. «Nosotros no sabemos orar como conviene, pero el Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos inenarrables» (Rom 8,26). Jesucristo nos enseñó a orar y el Espíritu Santo nos sigue enseñando: «Orad en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios» (Jds 20). Toda nuestra vida debe ser confrontada con la Biblia, medida de la verdad. «La lectura de la Biblia debe acompañar a la oración, para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos y a Dios escuchamos cuando leemos su palabra» (DV 25). La vida espiritual debe alimentarse con la eucaristía y la Palabra: «La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y de repartir a sus fieles del pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo» (DV 21). «Sin la eucaristía tenemos en la Biblia las palabras de un ausente y sin la Biblia tenemos en la eucaristía una presencia muda»⁴. «Llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos, de devociones a bobas nos libre Dios»⁵.

Israel fue un pueblo orante que sabía orar y que enseñó a orar al mundo. La historia de Israel viene a ser un diálogo continuado siempre presente en todos los avatares, por los que el pueblo fue pasando. Un Dios que se autorrevela, que habla con el pueblo, que interviene con poder y con amor en la vida del pueblo, al que el pueblo acude para alabarle, suplicarle, darle gracias, protestar incluso, como un hijo hace con su padre. El diálogo entre Dios y el pueblo no se interrumpe nunca. Y eso es justamente la oración. Paradigma de oración es el salterio que pasó a ser oración oficial de la Iglesia. En los salmos aparece la polifacética oración bíblica que abarca la compleja actitud del hombre, que unas veces ofrece y sacrifica, bendice y adora, y otras veces invoca y pide, suplica y se lamenta, llora, protesta y se re-

⁴ G. AUZOU, *La palabra de Dios*, FAX, Madrid 1968, 467.

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, V 13,16.

bela. Todo eso es oración. El salterio es el compendio de la inmensa riqueza de la oración, no sólo de Israel, sino de la humanidad entera en sus múltiples y diversas manifestaciones; oración de alabanza (Sal 105, 114, 117, 119, 145, 150), oración de súplica (Sal 7, 31, 35, 41, 69, 71, 94, 142), oración de confianza (Sal 4, 11, 16, 23, 27, 62, 121, 131), oración de acción de gracias (Sal 9, 18, 30, 32, 34, 40, 41, 65, 66, 67, 68, 92, 103, 107, 116, 118, 124, 138).

Uno de los rasgos más fundamentales de Jesucristo es la oración, hasta el punto que podemos definirle como una «persona orante». Su vida fue una oración continua, en permanente diálogo con el Padre. Oraba por la noche (Lc 6,12), de madrugada (Mc 1,35), en las comidas (Mt 8,6), en momentos importantes de su vida (Mt 4,1-10; Lc 3,21; Lc 6,12; 9,28-29; 11,1; 9,18-20; Jn 6,11; 11,41; 12,27; 17; Mt 26,39.42.44; 27,46; Lc 22,39-46; 23,34.46). Entraba en la oración sin prisas, se pasaba las noches enteras en oración. Oraba en las sinagogas (Lc 4,16; 6,6; Mt 12,9; Mc 3,1), en el desierto (Mt 4,1-10), en el monte (Lc 6,12; 9,28; Mc 6,46), en lugares solitarios (Lc 5,16; Mc 1,35; Mt 6,46), en el huerto de Getsemaní (Lc 22,39). Prefería orar en soledad, aunque a veces se hacía acompañar de sus más íntimos amigos (Lc 9,28) y casi siempre en lugares secretos (Mt 6,6), al aire libre. Oraba de rodillas (Lc 22,41), tirado de bruces en el suelo (Mt 26,39), con los ojos levantados al cielo (Mc 6,41; 7,34; Mt 14,19; Lc 9,16; Jn 11,41); en la oración se transformaba (Lc 9,29). Oraba por sí mismo (Mt 26,39; Jn 17,1-5), por sus discípulos (Jn 17,6-19), especialmente por Pedro (Lc 22,32), por sus verdugos (Mt 22,46) y sigue orando en el cielo intercediendo por nosotros (Heb 7,25). Aparte de la oración sacerdotal (Jn 17) y del Padre Nuestro (Mt 6,9-13; Lc 11,2-4), los evangelistas recogen sólo tres oraciones de Jesucristo: Lc 10,21 y Mt 11,25-26; Mt 26,39.42.44; Mt 27,46 y Lc 23,34.46. Jesucristo comienza todas sus oraciones con la palabra «Padre», todas menos una, la oración de queja: Mt 27,46.

4. Cómo orar, cuándo orar, dónde orar

La oración hay que comenzarla siempre, como Jesucristo, con la palabra «Padre», y con humildad, pues se trata de escuchar a Dios: «Padre, habla, que tu hijo escucha» (1Sam 3,9-10; Sal 99,7-8). Orar no es charlatanería, es escuchar (Mt 6,7). Los paganos, en sus oraciones, fatigaban a los dioses con su palabrería. Esta actitud de humildad está claramente expuesta en la parábola del fariseo y del publicano (Lc 18,10-14). La oración del fariseo representa lo que no debe ser la oración (la soberbia, la autocomplacencia), la del publicano es la acertada (humildad, sentimiento de pecado, súplica del perdón). Oración confiada: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado» (Jn 11,41). No hay que insistir en pedir cosas para uno mismo, pues «nuestro Padre conoce lo que necesitáis antes de que le pidáis» (Mt 6,8): «Sólo pido no pedirte nada». Lo único que quiero es estar contigo. Oración solidaria: en ella estamos con Dios desde la unión con los hermanos. El que no se entienda con los hombres, no puede entenderse con Dios. Para tratar de amistad con aquel que es nuestro amigo, hay que ser amigo de los hombres, pues el que no tiene capacidad de amistad, tiene muy poca capacidad de orar: «Cuando os pongáis a orar si tenéis algo contra alguien, perdonádselo, para que también vuestro Padre celestial os perdone vuestros pecados» (Mc 11,25). A la oración hay que ir con las mismas disposiciones que a la eucaristía (Mt 5,23-24). La oración va unida a los gestos, sobre todo en la oración comunitaria, pero también en la individual. Los judíos normalmente oraban de pie (Lc 18,11-12), en las sinagogas y en las plazas; también oraban de rodillas (Sal 95,6; Is 45,23; Esd 9,5-15; Lc 22,41; He 9,40; 20,36; 21,5) y con los ojos levantados al cielo (Mt 14,19; Mc 6,41; 7,34; Jn 11,41). Los gestos corporales significan que está orando la persona entera, alma y cuerpo. En todo caso, lo importante es orar, de pie, de rodillas, de bruces, sentado, en el suelo, paseando, donde uno se encuentre más a gusto, pues a la oración no vamos a torturarnos, sino a pasarlo bien.

Los judíos lo hacían varias veces al día (He 3,1; 10,

3.9.30). Daniel oraba tres veces al día, de rodillas y mirando hacia Jerusalén (Dan 6,11). Se oraba también por la noche (Sal 119,55). En tiempos de Jesucristo todos los judíos tenían que recitar tres veces al día, en privado o en comunidad, las 18 bendiciones; no comían ni bebían sin orar: el vino lo bendecían. Jesucristo nos manda orar en todo momento (Lc 21,36) y lo mismo hace san Pablo (Ef 6,18; 1Tes 5,17). Hay que procurar vivir en presencia de Dios todo el día y todos los días (Lc 2,75), hacer una oración diluida a lo largo del día que invada nuestra vida y todas nuestras actividades. Los signos de los tiempos son signos manifestativos de la presencia de Dios (SC 53; GS 4; UR 4), nos hacen entrar en oración; esta es la razón para estar en oración constante, pues todo habla de Dios. Tener «espíritu de oración» no es hacer cada día una o dos horas de oración, sino hacer cada día veinticuatro horas de oración. «La oración..., que no esté limitada a un tiempo concreto, a unas horas determinadas, sino que se prolongue día y noche sin interrupción» (san Juan Crisóstomo)⁶.

En Israel el lugar de oración era el lugar del culto (Gén 12,8; 1Sam 1,3). «El templo es la casa de oración» (Is 56,7; Mt 21,13; 1Re 8,27). Los judíos, cuando oraban, levantaban sus brazos hacia el templo (Sal 28,2; 134,2); oraban en los lugares altos (1Sam 9,12; 1Re 3,4), junto a una fuente (Gén 23,42-44), en casa (Gén 25,21; Esd 9,5; Tob 3,11-14; Dan 6,11). Jesucristo dice que la oración se haga en secreto (Mt 6,5-6) y en el secreto del alma, oratorio privado de cada uno, morada santa de la Trinidad Augusta (Jn 14,23; SC 12). Pedro oró en la azotea (He 10,9) y Pablo «en la orilla del río, donde estaba el lugar de oración» (He 16,13) y «en la playa del mar» (He 16,13). Lugar apropiado para orar es también tierra adentro: «Aunque los templos y lugares apacibles son delicados y acomodados a la oración..., aquel lugar se debe escoger que menos ocupe y lleve tras sí

⁶ Los textos de los santos padres, cuando no van acompañados de la cita bibliográfica, están tomados generalmente de: S. SABUGAL, *El Padrenuestro en la interpretación catequética antigua y moderna*, Sígueme, Salamanca 1990.

el sentido... Por eso es bueno lugar solitario y aún áspero, para que el espíritu sólida y derechamente suba a Dios»⁷.

5. Oración litúrgica

La oración en común alcanza su calidad más alta en la liturgia, que es una fiesta, la celebración de la alegría, reflejo de la liturgia del cielo, un himno continuado de alabanza al Señor, de gloria, de honor y de acción de gracias (Ap 4,8-11; 7,9-12). La oración de la eucaristía es «el corazón de la oración cristiana». En ella Cristo es el protagonista, el oferente y el ofrecido, el orante, el que ora al Padre por nosotros; nosotros oramos con él y con los hermanos. El cuerpo físico y el cuerpo místico de Cristo se hacen una misma cosa; el animador de la liturgia es el Espíritu Santo, por lo que la celebramos llenos de amor. En la liturgia de la Iglesia primitiva eran fundamentales estas cuatro cosas: predicación (explicar las Sagradas Escrituras), comunidad (*koinonía*: todos llevaban algo para repartir a los demás), fracción del pan (comunión, eucaristía) y oraciones (siempre el Padre Nuestro y otras oraciones inspiradas en el momento). Santiago une caridad y culto (Sant 1,27). San Cipriano reprende así a una cristiana rica que asistía a la liturgia sin llevar una ofrenda para los pobres: «Tus ojos no ven al necesitado y al pobre, porque están oscurecidos y cubiertos de noche espesa. Eres afortunada y rica, te imaginas celebrar la cena del Señor sin tomar parte en la ofrenda. Vienes a misa sin ofrecer nada y suprimes la parte del sacrificio que pertenece a los pobres». La eucaristía es la más perfecta celebración de la oración, si se hace con las debidas disposiciones, de lo contrario es la oración más imperfecta: *Corruptio optimi pessima*. La reacción anticúltica de los profetas tiene actualidad en la Iglesia de hoy. Los profetas atacan no al culto en sí mismo, sino al culto envuelto en injusticias, pues el culto y la injusticia son incompatibles (Am 4,4-5; 5,22-25; Os 6,6; Is 1,11-13; Jer 7,4-5.22; Miq 6,6.8; Prov 21,3). Las

⁷ S. JUAN DE LA CRUZ, S 3,39,2.

misas celebradas por una asamblea de hombres injustos son misas que no valen. Sin justicia, no puede haber culto a Dios y, si lo hay, es un culto a un ídolo, que nos hemos fabricado, no un culto al Dios de la Biblia.

La oración debe ser perseverante, no desfallecer jamás, ni siquiera en la oración de súplica o petición. Aunque no se nos conceda lo pedido, hay que seguir pidiendo, sobre todo en lo que pedimos para los demás (Si 7,10.14; 39,5; Col 4,2; 1Tes 5,17; Lc 18,1; Flp 4,6). Pedir con insistencia como el amigo inoportuno (Lc 11,5-8) o la viuda insistente (Lc 18,1-5), y con confianza, pedir con fe con la seguridad de que seremos atendidos, porque así nos lo ha prometido Jesucristo (Mt 7,7; Jn 14,14; 15,16; Mt 21,22); pedir en nombre de Jesucristo, es decir, dirigirnos a Dios como a nuestro Padre, y dejarlo luego todo en sus manos (Lc 22,42).

La Iglesia primitiva estaba muy especialmente configurada por estas dos cosas: 1) la unidad de corazones y de vida; 2) la perseverancia en la oración comunitaria. Era, de verdad, una Iglesia comunitaria, pues todo era común, y una Iglesia orante (He 2,44; 1,14; 12,5), pues alimentaba su vida con la oración (He 6,4; 4,24-30; Col 3,16-17; Ef 5,18; Heb 17,15). Oraban sin prisas (He 20,21).

6. Oración comprometida

En la oración hablamos distintas lenguas: de alabanza, de adoración, de arrepentimiento, de petición, de acción de gracias, pero la cosa no puede quedarse ahí, hay que traducirlo después a las obras. Y las obras, que hay que hacer, no son otra cosa que cumplir la voluntad de Dios. Una oración únicamente de alabanza no sirve para nada o para muy poco. Obras son amores (Is 29,13; Mt 15,8-9). «No todo el que me dice: “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7,21). Todo esto está claro en la parábola de los dos hijos desiguales (Mt 21,28-32): el obediente desobediente y el desobediente obediente. El padre los manda a trabajar a la viña. El primero dice que sí y luego no va, el segundo dice que

no y luego va. En el primero están representados los fariseos, hombres de oración, los que rezan mucho, los que alaban mucho a Dios y luego hacen todo lo contrario de lo que dicen, «dicen y no hacen» (Mt 23,15), dicen: «Sí, señor» y es: «No, señor». En el segundo están representados los publicanos, las prostitutas, los pecadores, los que no rezan que, aun sin saberlo, cumplen la voluntad de Dios. Son los que dicen: «No, señor» y luego es: «Sí, señor». De estos dice Jesucristo: «Los publicanos y las prostitutas entrarán en el reino de Dios antes que vosotros» (Mt 21,31). La oración nos debe llevar a adquirir compromisos de solidaridad con los hermanos. La oración, por muy alta y contemplativa que sea, si no tiene proyección fraterna, es una oración falsa; si no aterriza en las realidades de la vida social, es una pura evasión, que se queda entre las nubes, una oración que se esfuma y se evapora sin dar el fruto deseado.

7. Los cinco pasos

He aquí los cinco pasos que hay que dar en la oración: *lectio, meditatio, oratio, contemplatio, actio*.

1) *Lectio*: lectura, leer. Hacer de la palabra de Dios una lectura inteligente. Hay que captar el sentido literal histórico y espiritual del texto sagrado. Para ello hay que emplear las técnicas de la hermenéutica bíblica; se trata, en parte notable, de una labor de estudio. A este paso lo llamamos *Palabra comprendida*.

2) *Meditatio*: reflexionar. La Palabra comprendida debe ser asimilada y encarnada en la propia vida. Para que así sea, hay que reflexionar sobre ella, profundizar en su sentido, analizar, examinar la Palabra desde las realidades, que nos es dado vivir. Se trata de confrontar la Palabra con mi vida y con la de los demás, de hacer hablar a la Palabra desde todas las perspectivas humanas y espirituales y ver cuál es la respuesta justa que esa Palabra nos ofrece. A esto lo llamamos *Palabra confrontada*.

3) *Oratio*: oración. Una vez comprendido y confrontado el texto, obra fundamentalmente de la cabeza, hay que

orar con el texto, obra fundamentalmente del corazón. Hay que poner a funcionar el corazón, hablar con Dios, encarnar en la propia vida el significado del texto. A esto lo llamamos *Palabra digerida*.

4) *Contemplatio*: contemplación, oración de quietud. Dejarse inundar por el contenido de la Palabra. No hay que discurrir con la cabeza, ni hablar con el corazón, hay que abrir las puertas del alma, para que la Palabra, cual agua suave y temporal, nos vaya calando y recalando hasta empapar-nos y anegarnos por completo. Es un momento, un rato, las horas muertas, el tiempo que sea, en estado de quietud absoluta bajo el influjo del Espíritu Santo. Es la obra de Dios en nosotros, en la que se realiza nuestra unión con él. A esto lo llamamos *Palabra encarnada*. La Palabra es ya carne nuestra, es nuestra misma vida.

«La lectura lleva alimento sólido a la boca, la meditación lo parte y lo mastica, la oración lo saborea, la contemplación es la misma dulzura que da gozo y recrea»⁸. En esto consiste la «lectio divina», pero esta «lectio», sin la «actio» está gravemente mutilada, hay que añadir el quinto paso.

5) *Actio*: acción. La oración debe traducirse en algo práctico. La Palabra exige una respuesta, es cual agua venida del cielo, que empapa la tierra y no vuelve al cielo sin haber producido el fruto deseado (Is 55,11); la palabra de Dios es eficaz, útil para enseñar, para corregir, para educar en la justicia (2Tim 3,16). Este es el final de la oración: el compromiso con la justicia, con la justicia personal y con la justicia social, espina dorsal de la Biblia. A esto lo llamamos *Palabra actuada*, Palabra puesta en acción.

⁸ *Scala Claustralium*, PL 184,475-488.

Cuestiones generales

1. El texto

El Padre Nuestro (PN) aparece dos veces, en Mateo y en Lucas, de manera diferente:

Mt 6,9-13	Lc 11,2-4
Padre nuestro que estás en los cielos	Padre
Santificado sea tu nombre	Santificado sea tu nombre
Venga tu Reino	Venga tu Reino
Hágase tu voluntad como en el cielo también en la tierra	
El pan nuestro que necesitamos dánoslo hoy	El pan nuestro que necesitamos dánoslo cada día
Perdónanos nuestras deudas como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores	Perdónanos nuestros pecados ya que también nosotros perdonamos a todo el que nos debe
No nos metas en tentación	No nos metas en tentación
Mas líbranos del mal	

En las dos redacciones hay coincidencias plenas (1ª y 2ª petición) y coincidencias a medias (en la 4ª petición Mt dice «hoy» y Lc «cada día»; en la 5ª Mt dice «deudas» y «deudores» y Lc «pecados» y «todo el que nos debe»; Mt dice «hemos perdonado» y Lc «perdonamos»). Hay también divergencias substanciales: Mt presenta por tres veces un *plus* que no tiene Lc: al final de la invocación («que estás en los cielos»), al final de la primera parte del PN («Hágase tu voluntad, como en el cielo también en la tierra»: 3ª petición), y al final de la segunda parte («mas líbranos del mal»: 7ª petición).

Esto suscita varias interrogantes: ¿enseñó Jesucristo una sola vez el PN o lo enseñó dos veces? Aunque es más probable que lo enseñara una sola vez, no podemos excluir, de manera absoluta, que lo hiciera dos veces, en cuyo caso tendríamos dos tradiciones distintas, independientes y originales y no una fuente común. Las diferencias se deberían al mismo Jesucristo que lo recitó de manera distinta.

Dando por supuesto, como es el pensar común de los exegetas, que Jesucristo enseñó una sola vez el PN, ¿cuál es el texto original o más antiguo? Podría ser el de Lc, pues una norma de la crítica textual dice que la lección breve se debe preferir, por regla general, a la larga, ya que el copista es más propenso a añadir que a quitar; pero esta norma no es absoluta y a veces hay que seguir el principio contrario, preferir la lección más larga, pues es más fácil suprimir que añadir.

Para unos, el texto de Mt representa mejor el original, pues está más acorde con el pensamiento judío y con las fórmulas de las oraciones judías. Para otros, los dos textos dependen de una fuente común (Q), usada por los dos evangelistas de manera distinta. Mt se dirige a los judíos que ya saben orar, pues rezaban desde niños, pero que estaban acostumbrados a rezar de manera rutinaria y corrían el riesgo de caer en el formulismo y en la tentación religiosa de aparecer como hombres orantes, y con el PN, Mt les advierte que ese no es el modo de rezar. Lc, sin embargo, se dirige a los paganos que no sabían rezar y que tienen que aprender a rezar: «Al orar, no os convirtáis en charlatanes, como

los paganos que se imaginan que serán escuchados por su mucha palabrería» (Mt 6,7). Hay que orar con pocas palabras, pues más que de hablar, se trata de escuchar. Por esta razón, el PN, una oración sobria y concisa, es más breve en Lc.

En definitiva, ¿cuál de las dos redacciones es la más original y más antigua? Más que Mt sea una traducción fiel del texto original (X. León-Dufour, P. Bonnard, Lagrange), es más probable que «Lc nos transmita la versión más original y Mt se permita ampliarla con la finalidad de aclararla» (F. F. Ramos); que Lc conserva el tenor primitivo, mientras que Mt explicita su sentido imprimiéndole un carácter más litúrgico de acuerdo con las oraciones judías (B. Maggioni); que ambos representan la fórmula antigua y original, Lc en cuanto a la amplitud y Mt en cuanto a la formulación del contenido (H. Schurman, J. Jeremias); que Lc es más respetuoso con el original en cuanto a su extensión y Mt (en las partes comunes con Lc) lo es en cuanto al vocabulario original (J. Lambrecht). Hay que pensar que el PN ha sido agrandado por Mt, más que recortado por Lc y «que los evangelistas recogen la tradición de dos Iglesias diversas: Lc, probablemente, de la antioquena y Mt de la iglesia de Palestina»¹.

Mt, en el llamado sermón de la montaña (Mt 5-7), elaborado artificialmente, recoge, de manera sistemática, lo más rico de la predicación de Jesucristo a lo largo de su vida pública. Esto significa que el contexto original del PN, que, por otra parte, ocupa el centro del sermón, como la pieza principal del mismo, no es el elegido por Mt, lo que también autoriza a suponer que el contenido del PN tampoco es rigurosamente original. En el supuesto probable de que Jesucristo enseñara una sola vez el PN, lo haría también, con toda probabilidad, al final de su vida, seguramente después de su estancia en Betania con Marta y María, camino de Jerusalén. La tradición lo sitúa en la actual iglesia del convento de las carmelitas de Getsemaní, la iglesia llamada del «Pater Noster».

¹ L. L. DE LAS HERAS, *Padre Nuestro*, BAC, Madrid 1986, 5.

Jesucristo no dijo el PN como una fórmula matemática, rígida e intocable, para orar, pues si así hubiera sido, los evangelistas no se hubieran atrevido a tocarlo y retocarlo. De hecho, las primeras comunidades cristianas no se preocuparon de conservar escrupulosamente las mismísimas palabras de Jesús. El PN, más que una oración fija que tenían que recitar matemáticamente al pie de la letra, significa las actitudes y los sentimientos que el hombre debe adoptar en la oración.

2. Estructura literaria

El estudio del PN se hace sobre el texto de Mt, por ser más amplio que el de Lc y el más usado en la liturgia y en la devoción popular cristiana.

El PN es una pieza literaria maestra. Está compuesto para que se pueda aprender fácilmente de memoria y ser literalmente transmitido de generación en generación. Está formulado con ritmo, con rima y con simetría, cosa que aparece más clara en el original griego.

- En las tres primeras peticiones hay tres optativos, aoristos en pasiva:

Santificado sea *Agyazeto*
 Venga *Elzeto*
 Hágase *Genezeto*

- Tres posesivos acompañando a tres sustantivos:

Tu nombre *To onoma sou*
 Tu reino *E basileia sou*
 Tu voluntad *To zelema sou*

- En las otras cuatro peticiones hay tres imperativos:

Danos *Dos emín*
 Perdónanos *Afes emín*
 Líbranos *Rysai emás*

- Tres adjetivos posesivos:

Nuestro pan *Ton artón emón*
 Nuestras deudas *Ta ofeilemata emón*
 Nuestros deudores *Tois ofeiletais emón*

- Cinco veces el nombre en primera persona del plural:

— Dos en dativo:

A nosotros *Emín* (4ª petición)
 A nosotros *Emín* (5ª petición)

— Una en nominativo:

Nosotros *Emeis* (5ª petición)

— Dos en acusativo:

A nosotros *Emás* (6ª petición)
 A nosotros *Emás* (7ª petición)

En las tres primeras peticiones el adjetivo posesivo es el *tu* y en las otras cuatro es el *nuestro* y el pronombre *nosotros*.

Se ha venido diciendo que el PN consta de dos partes bien diferenciadas, escritas y descritas a la manera de las dos tablas de la ley. La primera tiene tres peticiones y la segunda cuatro. En la primera se habla de los intereses de Dios y en la segunda de los intereses del hombre. Las tres primeras son teocéntricas y las otras cuatro antropocéntricas. El PN sería la oración de los derechos divinos y de los derechos humanos. Dios tiene derecho a que su nombre santo sea respetado y glorificado, a que su reinado sea una realidad en el mundo, a que se cumpla su voluntad. Y el hombre tiene derecho a que su Padre le dé pan, le perdone, le ayude en el peligro y le libere de la zona del mal.

Se ha afirmado también, aunque sin fundamento sólido, que la 1ª petición se corresponde con la 7ª, la 2ª con la 6ª y la 3ª con la 5ª; la cuarta, la central, es el punto de cohesión; en consecuencia, se trataría de la figura literaria llamada «inclusión». Las tres primeras hablarían de la vida ce-

leste y las tres últimas de la vida terrestre: la cuarta se referiría al pan celeste y terrestre.

En la primera parte se emplea el optativo, para manifestar el deseo y la súplica del hombre de que se realicen unas cosas de alcance universal que suponen una transformación del mundo y que se irán progresivamente cumpliendo a lo largo de la historia humana. En la segunda se emplea el imperativo, como es normal en las oraciones y como debe ser en la oración por excelencia, como es esta, y lo es más todavía por dirigirse a Dios como Padre. Es un imperativo pronunciado desde la confianza filial y desde la debilidad del niño pequeño:

- Padre, dame pan. *Y el padre tiene que darle pan, pues le ha traído al mundo y debe alimentarle.*
- Padre, perdóname. *Y el padre tiene que perdonar siempre al hijo arrepentido.*
- Padre, líbrame del mal; sácame del peligro. *Y el padre tiene obligación de hacerlo; es más, lo hace, sin que el hijo se lo pida.*

Sobre todo esto, hay que decir lo siguiente: el hombre, ante Dios, no puede hablar de derechos. Todo lo que podemos pedir a Dios, todo lo que Dios nos da, es un don, todo es gracia, fruto del amor misericordioso de Dios. En el PN distinguimos, en efecto, dos partes, pero en ellas no podemos ver un paralelo con las tablas de la ley. Creo que tanto en la 1ª como en la 2ª parte se consideran sólo los intereses del hombre. Las siete peticiones son antropocéntricas, nos sitúan en el plano humano, y se refieren a las necesidades de los hombres. El hombre tiene necesidad de que el nombre de Dios sea santificado, de que el reinado de Dios sea una realidad, de que Dios cumpla su voluntad, su proyecto de salvación del mundo. Ninguna de las siete peticiones considera los intereses de Dios. Dios no tiene necesidad alguna de que el hombre se haga defensor de sus derechos.

El PN no es una oración de alabanza, ni de acción de gracias, sino una oración de súplica y de petición. Yo no creo que se trate de tres súplicas de alabanza y de tres súplicas

de petición (S. Sabugal), de tres deseos y de tres peticiones (J. Lambrecht), sino de siete peticiones. Todo es pedir, como es propio del pobre y del indigente, como es la condición del hombre ante Dios.

El PN consta de siete peticiones, como ya señaló san Agustín, no de seis, como sostienen no pocos exegetas, afirmando que la 6ª y la 7ª son una misma petición, un dístico en paralelismo antitético, en el que se afirma la misma cosa, una vez de manera negativa —no nos metas en tentación— y otra de manera positiva —líbranos—. El número seis es el número de la imperfección y el siete lo es de la perfección y de la plenitud. El PN, la oración perfecta por excelencia, no podía constar de seis peticiones. Y si Mt amplía el original, en función de la liturgia y del culto, no podía quedarse en el número seis, tenía que llegar al siete.

El PN, que comienza por una invocación (Padre nuestro), con toda probabilidad terminaba con una doxología, tal y como era habitual en las oraciones judías. Esa doxología, con la que siempre se recitaba, era, sin duda, la recogida en la *Didajé*: «Pues tuyos son el Reino, el poder y la gloria por la eternidad. Amén».

El PN es «la oración dominical», la oración del Señor, porque nos la enseñó él y porque toda ella habla de él, de lo que él era y de lo que él quiere que nosotros seamos. Por eso mismo, es también «la oración de los hermanos», es como el carnet de identidad del cristiano. Cada grupo religioso tenía un modo de orar, y los discípulos de Jesucristo quisieron también tener el suyo, como lo tenían los de Juan (Lc 11,1).

3. Lugares paralelos

El PN no es un meteorito caído del cielo, una pieza literaria completamente original de Jesucristo, absolutamente independiente y única, sin paralelos en la literatura judía. Todo lo contrario. Las fórmulas del PN están presentes en el AT y el NT, así como en la piedad judía, conservada en la *Mishná*. El PN puede ser considerado como una oración en-

teramente judía y enteramente cristiana. Tiene múltiples coincidencias con las oraciones rabínicas². En la *Tefillá* (oración) o *Semoné Esreh* (las 18 bendiciones, que todo israelita recitaba tres veces al día, cf Sal 55,18), se dice:

Nº 3: «Tú eres santo y tu nombre es terrible» (1ª petición).

Nº 6: «Padre nuestro, perdónanos, porque hemos pecado» (5ª petición).

Nº 7: «Líbranos por amor de tu nombre» (7ª petición).

Nº 11: «Reina sobre nosotros, oh Yavé» (2ª petición).

Y en el *Qaddis* (la oración, con que se concluía la reflexión sobre las Sagradas Escrituras en las sinagogas), se dice:

«Santificado sea su gran nombre en el mundo, que ha creado según su voluntad; que haga reinar su Reino y brote su redención; que se acerque su Mesías y que rescate a su pueblo... Glorificado y santificado sea el nombre del Señor, que debe renovar el mundo... Que en su gloria, su resplandor y su magnificencia domine su Reino; que traiga el término del Reino de su Mesías, y que rescate a su pueblo en nuestra vida y en nuestros días».

El PN es «el resumen de todo el evangelio» (*breviarium totius evangelii*), como lo bautizó Tertuliano (el primer comentarista del PN). Esto significa que cuenta con múltiples paralelos en los evangelios y en toda la Biblia, en la que está plenamente contenido:

«Si vas discurrendo por todas las plegarias de la Santa Escritura, creo que nada hallarás que no lo encuentres y se contenga en esta oración. Por eso, hay libertad de decir estas cosas en la oración con unas u otras palabras, pero no debe haber libertad para decir cosas distintas» (san Agustín, *Carta a Proba*).

Mt recoge y sintetiza la doctrina de Cristo en el sermón del monte y sitúa el PN en el centro del sermón. Esto quie-

re decir que la esencia de toda la doctrina cristiana está contenida en el PN.

Cuando Jesucristo oraba, lo hacía con el PN, como lo prueba, por ejemplo, el que el PN esté plenamente contenido en la «oración sacerdotal» (Jn 17):

— Padre nuestro: Jn 17,1.5.11.21.24.25;

— la santificación del Nombre: Jn 17,6.11.12.17.19.26;

— venida del Reino: 17,1.5.10.24;

— en la tierra como en cielo: 17,4.5.22;

— no nos dejes caer en la tentación: 17,12;

— líbranos del mal: 17,12,15;

— cumplimiento de la voluntad divina: 17,2.4.6.9.11.12.24;

— el perdón y el amor: 17,23,26;

— la unidad, como hijos del mismo Dios: 17,21.23.

Se ha visto también un paralelismo entre el PN, los dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas. San Agustín relaciona la primera petición del PN con el don de temor, la segunda con el don de piedad, la tercera con el don de ciencia, la cuarta con el don de fortaleza, la quinta con el don de consejo, la sexta con el don de inteligencia y la séptima con el don de sabiduría.

R. Maritain³ relaciona la primera petición con el don de sabiduría y con la séptima bienaventuranza (los constructores de la paz), la segunda con el don de inteligencia y la sexta bienaventuranza (los limpios de corazón), la tercera con el don de ciencia y la tercera bienaventuranza (los que lloran), la cuarta con el don de fortaleza y la cuarta bienaventuranza (los que tienen hambre y sed de justicia), la quinta con el don de consejo y la quinta bienaventuranza (los misericordiosos), la sexta con el don de piedad y la segunda bienaventuranza (los mansos), y la séptima con el don de temor y la primera bienaventuranza (los pobres).

² R. ARÓN, *Les Origines Juives du Pater*, MaisDieu 85 (1968) 36-40.

³ Cf R. MARITAIN, *El Padre nuestro*, Narcea, Madrid 1972, 123-124.

4. La oración por excelencia

El Tostado en el comentario a Mt 6,9 dice que el PN es «*excellētissima omnium orationum et in ea sapientissime recolecta sunt omnia, quae petenda et appetenda sunt*». En ella se contiene todo lo que un cristiano, cualquier persona, puede pedir y apetecer.

Jesucristo «sólo les enseñó aquellas siete peticiones del Pater Noster, en que se incluyen todas nuestras necesidades espirituales y temporales, y no les dijo otras muchas maneras de palabras y ceremonias... En estas peticiones se encierra todo lo que es voluntad de Dios y todo lo que nos conviene»⁴.

El PN es, en efecto, la oración por excelencia, la oración modélica, la más hermosa y profunda de la historia, LA ORACIÓN, la única, que puede escribirse con mayúsculas y llevar el artículo por delante. Porque es el modo como hay que orar. No hay otro modo de hacer oración, pues Jesucristo no dijo: «Podéis rezar así», sino: «Rezad así» (Mt 6,9). Las demás oraciones, en tanto son válidas, en cuanto tengan como punto de referencia el PN.

«Si oramos recta y congruentemente, nada absolutamente podemos decir que no esté contenido en el Padre Nuestro». «Quien en la oración dice algo que no puede referirse a esta oración evangélica, si no ora ilícitamente, por lo menos hay que decir que ora de manera carnal» (san Agustín, *Carta a Proba*).

Esto quiere decir también que la oración hay que comenzarla con la palabra más bella del diccionario: «Padre, Madre».

El PN es una oración pública (universal), porque se hace en comunidad y por la comunidad, y a la vez privada, porque también hay que recitarlo en privado, en lo secreto (Mt 6,6-7), aunque, al hacerlo así, se haga en nombre de todos y por todos. Es una oración comunitaria y cuando la rezamos no lo hacemos sólo por nosotros mismos, sino por todo

el pueblo, con el que somos una misma cosa; nos hace tomar conciencia de la unión y de la unidad en el tiempo y en el espacio con todos los que han rezado, rezan y rezarán el PN⁵.

5. Oración dinámica

El PN no es un monumento arqueológico, una oración estática y muerta, sino un monumento en construcción, una oración viva, dinámica, en continuo desarrollo y crecimiento, por ser la oración, la norma de más alto rango constitucional de un Reino, que es también vivo y que está en continuo desarrollo, hasta que alcance la perfección final. Es la oración de todos los tiempos, pero puede y debe ser cada vez mejor comprendido a la luz del Espíritu Santo que nos revela la plenitud de la verdad cristiana. Debe ser recitado y vivido en las diversas circunstancias históricas y en los diferentes contextos sociopolíticos y religiosos por los que el mundo pasa y en los que el hombre se encuentra inmerso.

Este dinamismo, que lo informa, exige que sea interpretado a la luz del momento histórico presente. Cada día tiene su afán y cada día aparecen nuevos problemas, nuevos males físicos, sociales y morales que hay que eliminar; nuevos peligros, de los que pedimos a Dios que nos libere. Y, como contraste, frente a los «estados de malestar», cada día aparecen «estados de bienestar», con el avance de las ciencias y de las técnicas, lo que puede significar que por ese camino vamos hacia el estado de utopía, la plenitud del Reino.

6. Sentido escatológico del PN

Todos los comentaristas, antiguos y modernos, han puesto de relieve el carácter escatológico del PN, considerado globalmente y en cada una de las peticiones. Se ha llegado a

⁵ A. HAMMAN, *Le Notre Pere dans la Catéchèse des Pères de L'Église*, MaisDieu 85 (1968) 66-67.

⁴ S. JUAN DE LA CRUZ, S 3,44,4.

decir que en el PN sólo pedimos una cosa, la realización de la escatología, el fin de este mundo lleno de maldad, la venida del mundo transformado, la tierra nueva y el cielo nuevo; pedimos la escatología final, o el final de la escatología «realizada» o «existencial», en la que ya estamos (tan claramente afirmada en el cuarto evangelio), que coincidirá con la parusía y con la utopía anunciada por los profetas. El PN estaría contenido en las últimas palabras del Apocalipsis: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20).

Bien podemos decir que el PN es la utopía en realización, o el camino señalado con dirección hacia la utopía, el lugar feliz, y que nos reafirma en la futura realidad utópica, pues todas las peticiones del PN se realizarán, ya que no podemos suponer que Jesucristo nos ordenara pedir unas cosas que no se iban a conceder, o que eran de imposible realización: «A buen seguro que no nos dice que pidamos cosas imposibles»⁶.

Pero, ¿cuándo será eso? «Nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mt 24,36). Y sin olvidar que «para el Señor un día es como mil años y mil años como un día» (2Pe 3,8). La escatología final ciertamente no está próxima, ya que coincide con la plenitud, real y efectiva, de la redención llevada a cabo por Jesucristo; plenitud que tiene que alcanzarse con la plena realización de la misión que Jesucristo encomendó a su Iglesia. Y «la misión de Cristo redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse... Esta misión se halla todavía en los comienzos» (RM 1). Que el PN tiende hacia un final feliz escatológico está muy claro, pero decir que su esencia, su única finalidad, descansa en la escatología y su realización en el más allá de la historia es un grave error. El acento excesivo en el sentido escatológico nos hace correr el riesgo de dejarlo todo para el más allá y evadirnos de los compromisos temporales, a los que el PN nos obliga. Por esta razón, sobre el PN se ha efectuado un proceso de descatalogización, iniciada ya en la formulación lucana, continuada por los santos padres y escritores eclesiásticos y evidenciada en la segunda petición

⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, C 52,3.

tal y como se recita oficialmente en la liturgia: «Venga a nosotros tu Reino». Este añadido, «a nosotros», que ha hecho la Iglesia, temporaliza el PN y proclama el compromiso del hombre en la venida del Reino a este mundo⁷.

Hay un PN que recitamos de palabra los que somos religiosos y hay otro PN que recitan con obras los que luchan por la utopía, es decir, por el reinado de la justicia interhumana. ¿Cuál de estos dos es el verdadero? El primero lo es, si lleva también consigo el compromiso por la justicia y el segundo ciertamente lo es, aunque no se recite el primero.

7. Una oración sagrada

El PN no es una oración para repetirla de modo mecánico⁸. No es una oración estereotipada, para recitarla literalmente una y otra vez, haciendo incluso ostentación pública de su rezo. Es más bien una enseñanza de la actitud humana, espiritual y existencial, que hemos de adoptar ante Dios y ante los hombres. ¿Qué sentido, qué justificación puede tener recitar el PN una y siete veces de corrida y de manera automática?

«Hermanas, mirad que hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del Paternoster, que con decirle muchas veces apresia y no os entendiendo»⁹.

La *Didajé* (8,3), contemporánea de los evangelios, manda rezar tres veces al día el PN, como se hacía con la *Semá* (o lectura de estos tres pasajes bíblicos: Dt 6,4-8; 11,13-21; 15,37-40), lo que indica, por otra parte, que el PN reemplaza en el cristianismo a la *Semá* judía. Y basta. El PN no es la oración de un momento, es la de todo momento, pues

⁷ Cf J. ALONSO DÍAZ, *Teología del Padre Nuestro*, La Casa de la Biblia, Madrid 1967, 28.

⁸ CEC 2766.

⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, C 53,9.

en todo momento hemos de sentirnos hijos de Dios y hermanos de los hombres. Es una oración sagrada y, como todo lo sagrado, merece un respeto sumo. Recitarlo supone un compromiso. En las primeras comunidades cristianas, sólo los fieles que habían adquirido el compromiso de ser cristianos, mediante el bautismo, podían recitarlo. La catequesis primitiva consistía sustancialmente en explicar a los catecúmenos el credo y el Padre Nuestro. El PN se explicaba muy detalladamente, petición por petición. Y se les enseñaba después de haber sido bautizados. Por eso, al PN se le llamó desde el principio «la oración de los fieles», para indicar que sólo pueden recitarlo los fieles miembros de la iglesia, los que practican la doctrina cristiana, no los llamados «cristianos practicantes», únicamente fieles a la liturgia y al culto. Recitar el PN es un privilegio, de tal modo que en la liturgia oriental de san Jerónimo se decía: «Dígnate, oh Señor, concedernos que, gozosos y sin temeridad, nos atrevamos a invocarte a ti, Dios celestial, como a Padre, y que digamos: “Padre nuestro...”». El PN es el eco de la oración personal de Jesús que el mismo Jesús ha querido que sea la oración personal de sus discípulos. Por esta razón, la recitación del PN comunitaria y litúrgica alcanza su legitimidad sólo cuando es la expresión de la oración íntima de cada uno¹⁰.

El PN es una oración comprometedora que no se puede recitar a la ligera. En la liturgia romana decimos: «Nos atrevemos a decir: Padre nuestro...». El que se atreva a recitarlo públicamente debe ser consciente de que está manifestando ante la cara de la Iglesia que es un cristiano comprometido, un fiel seguidor de Jesucristo. Considero muy afortunada la licencia del que preside la eucaristía para usar fórmulas espontáneas adaptadas al momento, que invitan a recitar el PN, pero con la condición de que la invitación concluya siempre con estas palabras: «Nos atrevemos a decir». El atrevimiento debe ir unido a la confianza, como expresa la liturgia griega: «Haznos dignos, Señor, de atre-

¹⁰ Cf N. M. DENIS-BOULET, *La place du Notre Père dans la liturgie*, MaisDieu 85 (1968) 70.

vernos con confianza...». En todo caso, es lamentable que se haya perdido el temor y el respeto reverencial a recitar el PN y que lo recemos maquinalmente y sin más ni más. ¿No es también un desacierto el que en el sacramento del perdón, el sacerdote imponga como penitencia recitar equis veces el PN?

El PN no es una oración por la Iglesia, ni por el papa, ni por los santos, ni por los difuntos, sino una oración de la Iglesia, que la comunidad de hermanos dirige a Dios, en público y en privado, y que nos compromete a luchar por un mundo nuevo, en el que todos los seres humanos constituyan la gran familia solidaria que tiene a Dios por Padre.

2

Invocación: Padre nuestro que estás en los cielos

La invocación viene a ser la «captatio benevolentiae», de la que ya habló san Agustín. Antes de comenzar la oración nos situamos en una postura de humildad profunda. Y al llamarle «Padre» le predisponemos a que nos conceda lo que le vamos a pedir, le manifestamos nuestro amor y nos sentimos amados por él. Comenzamos con tres vocablos: Padre, nuestro, celeste (que estás en los cielos).

1. Padre

La palabra «padre» aparece diez veces en el capítulo 6 de Mt. La primera vez, al principio (6,1) y luego nueve veces; la quinta, la central, es el «Padre» nuestro.

1.1. *Abba*

Abba es una palabra aramea que significa «papá», la primera palabra que el niño pronuncia. Esto dice el *Talmud*: «Tan pronto como el niño prueba el gusto del cereal (cuando lo destetan), aprende a decir *abba* e *imma* (papá y mamá)». *Abba* equivale a papá, papaíto, padre querido. *Imma*, a mamá, mamaíta, madre querida. Con las dos palabras podemos invocar a Dios, pues Dios es Padre y Madre. «Dios es padre, más aún, es madre» (Juan Pablo I), un padre materno. Dios es asexuado, trasciende lo masculino y lo femenino, pero le cuadra mejor la ternura de la madre, porque

lo esencial en él es el amor. La Biblia habla de Dios como de una madre: «Como un hijo, al que consuela su madre, así yo os consolaré a vosotros» (Is 66,13). «¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, yo no me olvidaría de ti» (Is 49,15).

El lenguaje de la interacción de lo humano y lo divino no tiene por qué ser ni androcéntrico, ni genicocéntrico. En la Biblia suele ser androcéntrico, por dos razones fundamentales:

1) Porque la mujer ha sido discriminada y marginada a lo largo de la historia y concretamente en el amplio período en que fueron escritos los libros sagrados.

2) Porque todos los libros de la Biblia han sido escritos por hombres, lo que explica la visión machista de la Biblia, aplicada incluso al mismo Dios. Dios está por encima de los sexos. San Jerónimo, no sin cierta ironía, dice: «El Espíritu es femenino en hebreo (*Ruah*), neutro en griego (*Pneuma*) y masculino en latín (*Spiritus*)»¹.

A Dios le llamamos «Padre», «nombre de amor y de dulzura» (El Tostado). Y lo hacemos «para captarnos, con ese dulce nombre, la benevolencia de Dios y moverle con ese dictado a conceder lo que pidamos»². Si le llamamos «papaíto» se ve obligado a escuchar a sus «hijitos».

Toda oración debe empezar así: *iAbba!*, la palabra que sirve de composición de lugar y sitúa al orante en un clima de fe, de confianza en Dios Padre:

«Ocurrirá muchas veces que sólo con decir “Padre” entremos en la oración contemplativa de unión con él: en decir “Padre nuestro” una vez, se les pasará una hora»³.

¹ PL 24, 411B.

² J. MALDONADO, *Comentarios al evangelio de san Mateo*, BAC, Madrid 1950, 288; cf I. GÓMEZ-ACEBO, *Dios también es madre*, San Pablo, Madrid 1994, 11-20; J. MOLTSMANN, *El Padre maternal*, Concilium 163 (1981) 381-389; L. M. ARMENDÁRIZ, *El Padre maternal*, EstEcl 58 (1983) 249-275.

³ SANTA TERESA DE JESÚS, C 53,3.

En definitiva, con decir «Padre» bastaría, no haría falta seguir recitando el Padre Nuestro.

«El segundo modo de orar es que la persona, de rodillas o asentado, según la mayor disposición en que se halla y más devoción le acompaña..., diga Pater, y esté en la consideración de esta palabra tanto tiempo cuanto halla significaciones, comparaciones, gustos y consolación en consideraciones pertinentes a tal palabra y de la misma manera haga en cada palabra del Pater Noster» (san Ignacio de Loyola).

Hay que saber decir *Abba*, padre paciente, indulgente y amoroso y no juez inmisericorde y castigador. El Espíritu Santo nos hace descubrir que Dios es nuestro *Abba* (Rom 8,15; Gál 4,6) y que las relaciones con Dios y con los hermanos deben estar regidas por la ley del amor (Jn 14,15-16; 15,8-13). La paternidad divina y la filiación humana alcanzarán su realización plena cuando lleguemos a la utopía de la nueva Jerusalén: «Yo seré su Dios y él será mi hijo» (Ap 21,7).

1.2. La paternidad de Dios en el AT

En el AT a Dios se le llama «Padre», pero no en el sentido revelado por Jesucristo: filiación natural de Jesucristo y filiación adoptiva del hombre. Dios es Padre porque es el creador; es padre de Israel en cuanto le creó como pueblo independiente y libre por medio de la Alianza (Dt 32,6; Mal 2,10), tras haberle liberado de la esclavitud de Egipto (Jer 3,4; Ez 23,3; Éx 4,22) y haberle preferido entre todos los pueblos de la tierra (Éx 4,22; Jer 31,9). Dios es el padre de Israel colectivamente considerado («Tú eres nuestro Padre»: Is 63,16; 64,7), es su libertador (Is 63,16), su roca salvadora (Sal 89,27); individualmente sólo lo es del rey (2Sam 7,14) y del israelita justo (Sab 2,16-18; Si 23,1.4).

Es Padre, en cuanto a su constancia en el amor, porque «es el que es», el siempre fiel, el que jamás deja de amar, pase lo que pase: «¿No es Efraín mi niño predilecto, mi niño mi-

mado? Cada vez que le amenazo, vuelvo a pensar en él, mis entrañas se conmueven por él» (Jer 31,20). Los profetas acusan a Israel de no haberse comportado con él como deben comportarse los hijos con su padre: «El hijo honra al padre, el siervo a su señor. Pues si yo soy Padre, ¿dónde está el honor que me pertenece? Y si soy Señor, ¿dónde está el respeto que él me debe?» (Mal 1,6). Dios quiso atar a su pueblo con ataduras de un amor paternal, que no fue correspondido: «Quiero contarte entre mis hijos, agraciarte con una tierra de delicias, la heredad más preciosa entre las naciones. Pensaba: “Me llamarás padre” y no te separarás ya más de mí. Pero como una mujer infiel a su amante, así me has traicionado a mí» (Jer 3,19-20).

A pesar de todo, Dios se comportó siempre como Padre y así incluso lo reconoce Israel que, desde la desgracia, le invoca como Padre: «Ahora, sí, me gritas: “Padre mío, tú, el amigo de mi juventud”» (Jer 3,4). Israel le llama «Padre y dueño de su vida» (Si 23,1.4), porque a lo largo de la historia ha experimentado una y otra vez su amor paternal. Dios le corregía como Padre (Dt 8,5), «como un padre a su hijo querido». (Prov 3,12), como un padre providente (Sab 14,3-4). En las dieciocho bendiciones se llama a Dios Padre. N° 4: «Concédenos, Padre nuestro, una ciencia emanada de ti». N° 6: «Perdónanos, Padre nuestro, porque hemos pecado contra ti».

En el judaísmo contemporáneo a Jesucristo también se le llamaba «Padre». El rabino Eliecer decía: «¿En quién debemos confiar? En nuestro Padre, que está en el cielo». Pero tanto en el AT como en las oraciones rabínicas, cuando a Dios se le llama Padre, se hace de manera metafórica, es decir, Dios se comporta con Israel como un padre, pero no se le considera padre de manera real, tal como se hace en el NT. Nadie se hubiera atrevido a llamar a Dios *Abba*, en el sentido que lo hace Jesucristo. Haberlo hecho hubiera sido considerado como una blasfemia. Justamente porque Jesucristo lo hizo, fue condenado por blasfemo (Jn 5,18; 10,25-32; Mc 12,6-7).

1.3. *Jesucristo, revelador de la paternidad de Dios*

Todas las religiones han llamado Padre, con diversos matices, a la Divinidad, pero ninguna lo ha hecho en el sentido que lo hizo Jesucristo. La gran novedad del NT es que Dios es padre de Jesucristo, el cual en los evangelios se dirige a Dios, como a su padre, unas 170 veces —4 en Mc, 15 en Lc, 42 en Mt y 109 en Jn—. Se trata de una fórmula original, no inventada por la primitiva comunidad cristiana, pues ya aparece en los textos de Marcos, pertenecientes a los orígenes de la tradición evangélica. Jesucristo empieza todas sus oraciones con la palabra «Padre»: «*Abba*, ¡Padre! Todo te es posible, aparta de mí este cáliz» (Mc 14,36; cf Mt 7,21; 10,32; 12,58; 15,13; 16,17; Lc 22,41; Jn 11,41; 12,27; 17,1). Sólo en la oración hecha en la cruz no le llama Padre, porque en ese momento no se siente tratado como hijo, se siente abandonado (Mt 27,46).

Los evangelios conservan la palabra *Abba* en arameo, porque era la original, pronunciada por el mismo Jesucristo. Así lo afirma el texto citado de Marcos (14,36) confirmado por Rom 8,15 y Gál 4,6. Dios puede ser Padre (lo es), pero es, al mismo tiempo, Señor y creador, el Omnipotente, al que hay que tratar con sumo respeto, guardando siempre las distancias y nunca con la familiaridad excesiva a la que podría conducir la palabra *Abba*. Nadie, hasta Jesucristo, llamó a Dios *Abba*. Jesucristo lo hizo, lo que indica que tiene con Dios la confianza absoluta del niño pequeño con su padre, la íntima comunicación que reina entre él y su padre. Su revelación sorprendente fue la de llamar a Dios *Abba*, la palabra de mayor riqueza teológica: «*Abba* es, sin duda, la palabra teológicamente más densa de todo el NT, ya que ella nos revela el misterio último de Jesús que, al atreverse a llamar a Dios con ese término, nos ha entregado su propia autoconciencia y con ello el secreto de su amor»⁴.

En el cuarto evangelio es donde más se pone de relieve

⁴ O. G. DE CARDEDAI., *Jesús de Nazaret. Aproximación a la cristología*, BAC, Madrid 1975, 91.

ese contenido teológico de la palabra *Abba* que nos revela el misterio de Dios. El PN es el resumen de todo el evangelio y la palabra *Abba* es el resumen del PN, la culminación de la revelación cristiana.

1.4. «Mi Padre» y «vuestro Padre»

El NT llama «Padre» a Dios unas 250 veces. Dios es Padre no sólo de Israel y de los cristianos, sino de todos los pueblos de la tierra. Su amor paterno no conoce fronteras (Mt 5,43). Dios no se deja monopolizar por nadie. Que nadie se crea amado en exclusiva o en preferencia, ni se atreva a juzgar a los demás como no amados o menos amados. El PN no es sólo «la oración del ecumenismo cristiano» —«el primer lugar ecuménico en que todos los cristianos podemos encontrarnos unidos»⁵—, sino «la oración universal de la comunidad humana».

Dios es padre de Jesucristo y lo es también de nosotros, pero de manera absolutamente distinta. Esto lo dejó muy claro el mismo Jesucristo al distinguir y casi contraponer su filiación y la nuestra: «Mi Padre» y «vuestro Padre». «Mi Dios» y «vuestro Dios» (Jn 20,17). Nunca dice «nuestro Padre» y «nuestro Dios». Cuando se refiere a nosotros, dice «vuestro Padre» (Mt 5,16.45.48; 6,14.26.32; 7,11; 23,9; Mc 11,25-26; Lc 11,13). Él es el hijo de Dios por naturaleza, eternamente engendrado por el Padre, mientras que nosotros somos hijos por adopción. Él es «el Hijo» con artículo, el hijo «único» de Dios, el *monoguenes* (Jn 1,18; 3,16.18; Mt 3,17; 11,27; 16,16; Mc 1,1; Lc 4,41; 10,22; 22,70; Jn 1,49; 3,35.36; 5,19.25; 6,40; 8,36; 10,36; Rom 5,10; 8,3), el hijo «propio» de Dios (Rom 8,32), el elegido, el predilecto (Mt 3,17; Mc 1,11; Lc 3,22; 9,35; 2Pe 1,17), el Hijo del Altísimo (Mc 5,7; Lc 1,32), el Hijo del Bendito (Mc 14,61). Los apóstoles no tuvieron conciencia de esta filiación divina de Jesucristo hasta después de la resurrección.

Nosotros también somos hijos: «No recibisteis el espíri-

tu de esclavitud para recaer de nuevo en el temor, sino que recibisteis el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace exclamar: ¡*Abba!* ¡Padre!» (Rom 8,15; cf Gál 4,4-6).

Esta diferencia de filiación aparece con claridad en el original griego. Él es siempre *uios Zeou* (Mt 4,3; 8,29; 14,33; 26,63; Jn 1,34; 10,36; 11,4; 17,1; 19,7). Nosotros somos *tekna Zeou* (Jn 1,12; 11,52; Rom 8,16; 9,7; Ef 5,1; Flp 2,15; 1Jn 3,1.2.10). Esta filiación adoptiva es un don que poseen los constructores de la paz (Mt 5,9), los que profesan un amor universal a todos los hombres, incluidos los enemigos (Mt 5,45), los que son dóciles al Espíritu Santo y se dejan guiar por él (Rom 8,14), los que practican la justicia (1Jn 2,29), un don que se obtiene por la fe (Jn 1,12) que Dios nos ha concedido por puro amor: «Por puro amor nos ha predestinado a ser sus hijos adoptivos» (Ef 1,5). «Mirad qué grande amor nos ha dado el Padre al hacer que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos de verdad» (1Jn 3,1). Es una filiación recibida en el nacimiento nuevo por medio «del agua y del Espíritu» (Jn 3,5) y por la palabra de la verdad (Sant 1,18), «haciéndonos partícipes de la naturaleza divina» (2Pe 1,4; cf Gál 4,6; Rom 8,15; 2Cor 3,3). Esto significa que no sólo hemos de reflexionar sobre el don, que Dios nos ha hecho, sino sobre el infinito amor de Dios que nos ha elevado al plano sobrenatural, en el que él reside.

Es una filiación más que adoptiva y que ya poseemos, pero que no está plenamente manifestada: «Queridos míos, desde ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1Jn 3,3). Las últimas consecuencias de esta filiación no las conocemos ahora. Cuando las conozcamos sabremos en qué consiste eso de que «seremos semejantes a él», una transformación tan maravillosa, que ni siquiera podemos imaginar. Se trata de ver a Dios, cosa que ahora es privilegio de Jesucristo, el único que ha visto a Dios (Jn 1,18). Tenemos una filiación que ya está realizada y por cuya plena realización estamos expectantes: «Nosotros gemimos dentro de nosotros mismos esperando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo» (Rom 8,23). Por tanto, esta misteriosa filiación no sólo se refiere

⁵ B. JIMÉNEZ DUQUE, *Teología de la mística*, BAC, Madrid 1963, 355.

al alma, sino también al cuerpo. Pero, ¿cómo podrá afectar a este cuerpo material que se deshace en polvo? He aquí un gran misterio, lleno de esperanza y de sorpresas que conoceremos y disfrutaremos cuando entremos en posesión de la herencia eterna, a la que, como hijos, tenemos derecho (Rom 8,17; Gál 4,7). Dios puede, o no, darnos la gracia de la filiación, pero, si nos la da, tenemos derecho a todo lo que de esa gracia se deriva, como es la herencia de la gloria eterna, de la que somos coherederos con Cristo, el «primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29).

1.5. *El único Padre*

La palabra *Abba* es de tal importancia y sacralidad que sólo puede ser usada para dirigirse a Dios. Sólo Dios es nuestro *Abba*: «No llaméis a nadie “padre” vuestro en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el del cielo» (Mt 23,9). Dios es «el Padre», con artículo y con mayúscula, el Padre por excelencia, el único. Podemos decir que su nombre propio es ese: «El Padre». A nadie más se puede llamar padre, y nadie se puede dejar llamar padre, pues eso supone apropiarse del mismo nombre de Dios; menos todavía «el Padre» y menos aún «el Padre santo». Juan Pablo II ha escrito esto: «No hay que tener miedo cuando la gente te llama Vicario de Cristo, cuando te dicen Santo Padre o Su Santidad o emplean otras expresiones semejantes a estas, que parecen incluso contrarias al evangelio, porque el mismo Cristo afirmó: “A nadie llaméis Padre..., porque sólo uno es vuestro Padre, el del cielo...”. Pero estas expresiones surgieron al comienzo de una larga tradición, entraron en el lenguaje común, y tampoco hay que tenerles miedo»⁶.

Efectivamente, a estas expresiones no hay que tenerles miedo, ni hay que sublimarlas, ni darles un significado distinto del que realmente tienen en el lenguaje popular, pero al igual que Juan XXIII desechó la silla gestatoria y Pablo

⁶ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janes, Barcelona 1994, 29.

VI la tiara del triple poder, estaría bien acabar con esas expresiones, pues si «pueden parecer contrarias al evangelio», hay razón más que suficiente para erradicarlas de una vez.

En un sentido más amplio, Dios es Padre, porque a él le debemos el ser y el subsistir, porque de él procede todo bien (2Cor 5,18), el don de la nueva vida en Cristo (Rom 5,15), la gracia y el don de la justicia (Rom 5,17), «el don indecible», portador de gracias sin fin (2Cor 9,14-15), el don de la fe, garantía de nuestra salvación (Ef 2,8), el don del Espíritu Santo: «Todo don excelente y todo don perfecto viene de lo alto, del Padre de las luces. Él nos ha engendrado» (Sant 1,17-18).

Y como él nos ha engendrado, quiere y reclama para sí mismo el título de Padre: «A nadie llaméis Padre». «Buen Padre os tenéis, que os da el buen Jesús; no se conozca aquí otro Padre»⁷.

Los dirigentes de la Iglesia y de las comunidades cristianas son eso, dirigentes, pero no padres. Si las gentes les llaman «padres» (más bíblico sería llamarles «pastores» o «ministros» —servidores—), no es porque lo sean, sino para recordarles que deben comportarse como padres, como fieles y solícitos servidores de todos. En todo caso, cuando Jesucristo nos dice que no llamemos Padre a nadie, insiste en la humildad que deben tener sus discípulos, frente a la soberbia de los fariseos, engreídos de su autoridad doctrinal, por lo que se hacían llamar «Rabbi» o «Padre». Si los discípulos de Cristo se hacen llamar «Padre» se están igualando a los fariseos. San Pablo decía a los de Corinto que los ha engendrado en Cristo, que los quiere como hijos muy queridos, por lo que ellos deben obedecerles como lo hacen los hijos a los padres, pero no les dice que le llamen padre (1Cor 4,16-17).

Al llamar Padre a Dios, estamos reconociendo que él es la fuente de la vida, el poder supremo, la misericordia infinita; que de él nos fiamos y que de él lo esperamos todo; que nuestras relaciones con él son filiales, llenas de amor y

⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, C 45,2.

de respeto. La palabra «padre» habla, por sí misma, de amor, y referida a Dios, habla de su amor infinito para con nosotros manifestado al entregar a su Hijo único por la salvación del mundo (1Jn 4,1-11). Y como es un padre bueno, nos da lo que necesitamos, satisface nuestros caprichos, aguanta nuestras impertinencias y comprende nuestras debilidades:

«En siendo padre, nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a él, como el hijo pródigo, hanos de perdonar, hanos de consolar..., hanos de regalar, hanos de sustentar»⁸.

Por nuestra parte, al atrevernos a llamarle Padre, nos comprometemos a comportarnos como hijos: «Con toda humildad hablarle como Padre, pedirle como Padre, regalarle con él como con Padre»⁹. Cuando así no lo hacemos, estamos manchando nuestra filiación divina y desacreditando al Padre celestial, pues la conducta de los hijos afecta de alguna manera al nombre del Padre.

Dios, al hacernos hijos suyos, nos da la libertad absoluta, la liberación de toda esclavitud (Rom 8,14).

Libertad de hijos en el sentido más amplio y al estilo de la libertad de Jesucristo. Jesucristo hablaba públicamente (Jn 7,26; 18,20), con absoluta franqueza (Jn 11,14), con toda claridad (Jn 16,23), con valentía, sin miedo alguno. Si ese era el estilo del Hijo, ese debe ser el estilo de los hijos (He 2,29; 4,13-29), de hombres libres que proceden con toda libertad (2Cor 3,12) y absoluta confianza en el trato con Dios (cf 3,12). Una libertad de palabra, que san Pablo quería ejercer en la predicación del evangelio (Ef 6,19) y que nos confiere la seguridad de que Jesucristo será glorificado en nosotros (Flp 1,20), la seguridad de la fe en él (1Tim 3,13). Una valentía en confesar nuestra fe sin miedo alguno a nada ni a nadie (Heb 3,6), que nos hace acercarnos confiadamente al trono de la gracia (Heb 4,16), con la esperanza cierta de

⁸ SANTA TERESA DE JESÚS, C 44,1.

⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, C 46,2.

recibir la recompensa merecida (Heb 10,35) en el día del juicio, el encuentro del Padre con los hijos. Dios, en su condición de juez, nos juzgará con justicia, y, en su calidad de Padre, nos juzgará con amor y sobre el amor a los hermanos (Mt 25,31-46), haciendo que la justicia alcance su más alta cota de perfección, que es la misericordia, el perdón absoluto, la amnistía general. Dios es amor (1Jn 4,8) y el cristiano ha creído en el amor, se ha entregado al amor (1Jn 4,16), no tiene miedo a Dios, le tiene amor, pues si le teme, es que está lejos del amor, ya que en el amor no hay temor (1Jn 4,18). Eso del temor se puede quedar, en todo caso, para los esclavos, no para los hijos (Rom 8,14).

2. Nuestro

2.1. Hijos y hermanos

Si la palabra «Padre» nos habla del amor a Dios, la palabra «nuestro» nos habla del amor al prójimo. El PN es la oración de los hijos y de los hermanos. No podemos llamar Padre a Dios si no llamamos hermanos a todos los hombres y mujeres del mundo, cristianos y no cristianos, creyentes y ateos, santos y criminales, ricos y pobres, los que nos quieren y los que nos odian, los que nos alaban y los que nos critican. Sentirse hermanos de los demás es amarlos. Sólo desde el amor podemos recitar el PN.

En la parábola del hijo pródigo, «la perla de las parábolas», aparecen tres personajes. El hijo menor que se distancia del padre y, que, al hacerlo, cae en el vacío y en un estado degradante. Al hacerse guardador de cerdos, animal impuro, se situó en estado permanente de impureza ritual. Al fin, recapacita y desanda el camino, lleno de humildad y de arrepentimiento. El mayor infortunio del hijo es la lejanía del padre. El padre respeta profundamente la libertad del hijo. No sólo no le fuerza a quedarse en casa, sino que ni siquiera trata de convencerle con consejos paternos de que se quede. Acepta, sin más, la decisión del hijo y después le acepta de nuevo incondicionalmente en casa. El hijo recu-

pera todo lo que había dejado. El hijo mayor no entiende el proceder tan generoso del padre. No quiere ni entrar en casa, ni saludar a su hermano, al que ni siquiera llama hermano. En el diálogo con su padre dice: «Ese hijo tuyo». Y el padre le contesta: «Ese hermano tuyo», porque si ese no es tu hermano, yo no soy tu padre. Si el padre no hubiera obrado así, no hubiera sido padre. Si el PN no se recita con el doble sentimiento, de filiación y de fraternidad, no tiene sentido alguno recitarlo, porque «Él nos reconocerá por hijos si nosotros tenemos por hermanos a todos los demás que Él tiene por hijos»¹⁰.

2.2. *Las comunidades y la comunidad*

El PN es una oración pública, porque, cuando el cristiano reza, no dice: «Padre mío», sino «Padre nuestro». Si dijera «Padre mío» no sería cristiano. San Pablo, en sus cartas, saluda a sus destinatarios con el augurio de la gracia y la paz de parte de Dios, «nuestro Padre» (Rom 1,7; 1Cor 1,2; 2Cor 1,2; Gál 1,3; Ef 1,2; Flp 1,2; 4,20; 1Tes 1,5; 2,16; 1Tim 1,2; 2Tim 1,2). «Esta oración no es privada, sino pública, de toda la Iglesia. Cuando oramos a Dios, oramos como miembros de la Iglesia; quien ora de otro modo, ora tal vez, pero no con mucha eficacia»¹¹.

El PN se recita en plural: Padre nuestro, danos pan, perdónanos, no nos metas en tentación, líbranos. Por eso es la oración de la comunidad, se hace desde la comunidad y en nombre de la comunidad. Hacerlo desde uno solo y para uno solo es profanarlo. A Dios no se le encuentra ni en el individualismo, ni en los grupos cerrados, ni en cualquier comunidad paralela, sino en la gran comunidad, que es el pueblo de Dios, la Iglesia. Las comunidades, agrupaciones, asociaciones, instituciones religiosas, no pueden funcionar de forma paralela a la comunidad de todos, deben estar perfectamente conjuntadas e insertas en la parroquia, bajo los di-

rigentes de la misma que son los que tienen el carisma de gobierno, que garantiza la unidad. «La parroquia es el modelo de la comunidad de base» (Juan Pablo II). Cada parroquia, bajo la dirección del párroco, es una célula viva de la Iglesia diocesana. Cada Iglesia diocesana, bajo el gobierno del obispo, es una célula viva de la Iglesia universal, con su máximo dirigente que es el papa, garantizador de la unidad universal. Y esta Iglesia universal es, a su vez, una célula viva —y transformadora— de la comunidad universal que es el mundo entero.

«Hay diversidad de dones..., diversidad de funciones..., diversidad de actividades..., pero el Espíritu es el mismo..., el mismo Señor..., el mismo Dios, que lo hace todo en todos. A cada cual se le da la manifestación del Espíritu para el bien común» (1Cor 12,4-7).

El carisma es un don de Dios para utilidad pública. Los grupos, con sus propios y diversos carismas, no pueden proceder a sus anchas, tal y como les venga en gana o les sugiera su sentimentalismo religioso, no pueden caer en el narcisismo, la autosuficiencia, el aislamiento y, mucho menos, en la independencia. No pueden olvidar que son una pieza dentro de la gran maquinaria de la comunidad cristiana, el cuerpo de Cristo, en el que todos los miembros tienen una función para el bien común del organismo. Ningún miembro puede funcionar por su propia cuenta y a su libre albedrío. No se trata de apagar el Espíritu, sino de que haya paz, armonía, coherencia, unidad. Si los grupos no están plenamente integrados, incorporados a la comunidad parroquial, pueden convertirse en sectas dentro de la iglesia y, en ese caso, no pueden llamar a Dios «Padre nuestro».

Y algo muy importante: por encima de todos los carismas está el amor, siempre tolerante. La unidad no quiere decir la unicidad. En el pueblo de Dios siempre habrá pluralidad de miembros, tanto en el ser, como en el obrar. Salvada la unidad de fe y la comunión en el amor, todos los miembros de la comunidad, empezando por los más importantes, los dirigentes, deben ejercer la tolerancia y no intentar nunca

¹⁰ L. VIVES, *Tratado del socorro de los pobres*, Hacer, Valencia 1992, 206.

¹¹ J. MALDONADO, *o.c.*, 288.

el estrangulamiento de toda iniciativa. Hay que unir, pero no unificar. Los hijos de Dios han de moverse a gusto en la comunidad, sin perder nunca su libertad personal.

La fraternidad es universal, no sólo dentro de la Iglesia. La tarea del cristiano es construir un mundo sin fronteras. Babel significa la confusión de lenguas, la ruptura de la comunidad humana, la instalación de fronteras, que separan y dividen a los pueblos, la dispersión de los hermanos. Aquí está el inicio de las diferencias y discriminaciones, acentuado a lo largo de la historia humana. Pero también ahí, en la raíz de todas las marginaciones, divisiones y distanciamientos, aparece la figura de Abrahán con una misión universal restablecedora de la unidad quebrada (Gén 12,1). «Por ti serán bendecidas todas las comunidades de la tierra» (Gén 12,3). Esos pueblos, que se han visto obligados a dispersarse, a comenzar una andadura, en la que, con el correr de los tiempos unos serán tributarios de los otros, no quedarán definitivamente abandonados a su propia suerte sino que en Abrahán y su descendencia, «la descendencia» —el descendiente— en singular (Gál 3,6), es decir, en Jesucristo, encontrarán de nuevo la reunificación, en igualdad de derechos y deberes. Reunificación que tiene lugar en el primer pentecostés cristiano (He 2). Babel fue el principio de la desunión, cuando cada cual comenzó a hablar su propia lengua, la lengua del egoísmo, de los propios intereses. Pentecostés fue el final de la desunión y el principio de la unión, porque todos comenzaron a hablar el mismo lenguaje, el lenguaje del amor.

El PN proclama la paternidad universal de Dios, en el que no hay discriminación alguna: «Ya no hay judío, ni griego, ni esclavo ni libre, hombre o mujer, todos sois lo mismo en Cristo» (Gál 3,28; cf Ef 2,14). Cristo ha venido a derribar los muros discriminadores del templo de Jerusalén que separaban a hombres de mujeres, a sacerdotes de laicos, a judíos de gentiles, a destruir todas las fronteras, para hacer de todos un solo pueblo. Al que viene de lejos, al que habla otra lengua, al que es de otro color, un cristiano no le llama extranjero, le llama hermano. El hombre es ciudadano del mundo y no necesariamente tiene que estar ubicado en un

espacio fijo. Como miembro de la familia humana, tiene perfecto derecho a circular por la bola del mundo y a fijar su residencia donde mejor pueda subvenir a sus necesidades y desarrollar su personalidad. La tierra es de Dios (Lev 25,23) y todos somos hijos suyos: «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos» (GS 69). La migración, que tanto contribuye a la unión fraternal de todos los pueblos y al progreso de la civilización humana, es un derecho natural del hombre. En el pueblo de Dios permaneció siempre vivo el recuerdo de su emigración y de la opresión sufrida en el extranjero. Por eso debía acoger con hospitalidad generosa al emigrante (Dt 10,19) y no conculcar nunca sus derechos (Dt 27,19). Incluso debía ofrecerle protección especial (Jer 7,6; 22,3) y, por supuesto, tratarle siempre con justicia (Dt 1,16). El emigrante se integra definitivamente en el pueblo como los demás israelitas (Lev 19,33-34).

El emigrante debe ser integrado en la comunidad receptora con los mismos derechos y deberes de los demás ciudadanos sin discriminación alguna. El totalitarismo, el imperialismo del Estado y el nacionalismo exagerado, que tantos obstáculos pone a la emigración, son incompatibles con el evangelio.

2.3. *La palabra de Dios*

Una espiritualidad comunitaria o eclesial sólo puede ejercerse y vivirse desde la lectura en común de la palabra de Dios. La Biblia es una carta abierta, pública, que Dios, nuestro Padre, ha dirigido a todos sus hijos, hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los espacios, para que la leamos, la meditemos, la comentemos y la vivamos en común. Se ora en comunidad y se pide para la comunidad. La palabra de Dios es mejor comprendida cuando se lee y se medita en común: «Muchas de las cosas de la Escritura, que yo no lograba comprender, las he comprendido cuando me he encontrado en medio de mis hermanos» (san Gregorio Magno).

Pablo VI decía que los nuevos cristianos se debían distinguir «por una espiritualidad más bíblica». Jesucristo entraba en las sinagogas, donde estaba siempre expuesta la Biblia, para leerla, comentarla y proclamarla (Lc 4,16-21). La espiritualidad cristiana se nutre con «la acción» por excelencia, que es la eucaristía, y con la palabra de Dios (DV 21). Por eso, en todos los templos, junto al sagrario cerrado, debe estar la Biblia abierta.

Las dos mesas tienen el mismo valor nutritivo: Jesucristo, que en una está bajo las especies de naturaleza muerta y en la otra en la fragilidad del papel y la tinta. Las dos son igualmente necesarias e importantes.

El PN supone y pide la comunidad de bienes. «Tendréis todas las cosas en común y nadie dirá: “Esto es mío”. En la primitiva comunidad cristiana se practicaba esta comunión (He 2,44-47; 4,32-37). Tertuliano habla del «depósito de la piedad» para repartirlo entre los pobres y los presos. Sin justicia y sin amor no hay cristianismo. La moral cristiana es esencialmente social. Cristo nos redimió de todas las esclavitudes. Las almas no andan sueltas, están informando el cuerpo, por lo que un cristiano tiene que prestar atención a las necesidades espirituales y sociales del prójimo. Un movimiento religioso que no esté comprometido con lo social no tiene nada de cristiano, aunque se crea muy de Iglesia y sea muy espiritual y muy «practicante».

El vocablo «nuestro» nos saca de nuestro egoísmo personal, del individualismo, y nos sitúa en comunión con los demás, nos hace solidarios. De alguna manera nos despersonaliza, nos convierte en unos expropiados para utilidad pública. La caridad bien entendida debe comenzar por los demás y terminar por uno mismo, la única manera de cumplir, como Dios manda, el mandamiento nuevo.

«No dice “Padre mío”, sino “Padre nuestro”, con lo que extiende las súplicas a todo el cuerpo de la Iglesia y nos manda no poner la mirada en nuestro propio interés, sino en el de nuestro prójimo. Y con este solo golpe, mata el Señor el odio, reprime la soberbia, destierra la envidia, trae la caridad, madre de todos los bienes; elimina la desigualdad de las cosas

humanas y nos muestra que el mismo honor merece el emperador que el mendigo, como quiera que en las cosas más grandes y necesarias todos somos iguales» (san Juan Crisóstomo).

Pensar en los demás y olvidarse de uno, dejando abandonada nuestra vida en las manos de Dios, para que sea él el que cuide de nosotros. No hay cosa espiritualmente más cómoda y más acertada que echarse en los brazos de Dios y dejarse llevar por él, «saberse dejar llevar de Dios»¹², como niños pequeños en brazos de su madre, no como «los niños que, queriendo su madre llevarlos en brazos, ellos van pateando y llorando porfiando por ir ellos por su pie»¹³.

3. Que estás en el cielo

3.1. *Cosmología bíblica*

La Biblia no está escrita para hacernos científicos, astrólogos, matemáticos. No dice cómo funciona el cosmos, cómo va el cielo, sino «cómo se va al cielo» (san Agustín). La verdad de la Biblia no es de orden científico, sino de orden religioso. Todo es verdad en ella en cuanto se refiere a nuestra salvación. La historia bíblica es la historia de la salvación del hombre, no un tratado de cosmología. Los escritores de la Biblia hablan de la naturaleza y de los fenómenos cósmicos según las apariencias, tal y como en su época hablaba todo el mundo.

Para los israelitas el cosmos estaba estructurado en tres grandes espacios o compartimentos: el cielo, el suelo y el subsuelo. Por encima de todo, en lo más alto, «allá arriba», está el cielo, morada de Dios; «aquí abajo», la tierra, morada del hombre y de los seres creados; «bajo la tierra» está el *sheol*, morada de los muertos (Éx 20,4; cf Dt 32,22; Job 26,5; 38,16-17).

La Biblia tiene una concepción geocéntrica del cosmos.

¹² S. JUAN DE LA CRUZ, S *Prólogo*, 4.

¹³ *Ib.*, 3.

La tierra es el centro de todo, es plana, está rodeada de agua y descansa en el agua, sostenida por columnas (Sal 24,2; 74,4; 136,6; Prov 8,29). En la tierra se manifiesta y se desarrolla la vida, que procede del cielo. Jerusalén es el centro geográfico, el ombligo del mundo y esto también en sentido teológico: «A ella afluirán todas las gentes» (Is 2,2).

Por encima de la tierra está el firmamento a manera de cúpula firme bien hormigonada o hecha de metal fundido (Job 37,18), como una inmensa tienda de campaña (Sal 104,2) que a veces es llamada cielo y que se apoya firmemente en las montañas, «las columnas del cielo» (Job 26,11).

Si llueve es porque sobre el firmamento hay agua, las aguas superiores. El firmamento, que separa las aguas de arriba de las de abajo, tiene unas compuertas; cuando Dios las abre, llueve (Gén 7,11; 8,2; 2Re 7,2.9). Por encima del firmamento hay grandes almacenes de nieve y de granizo (Job 38,22). En el firmamento hay astros, a manera de lámparas colgadas, cuerpos celestes llamados «el ejército de los cielos» (Is 34,4; 40,26), algunos de los cuales gira alrededor de la tierra. Por encima del firmamento está el cielo.

Debajo de la tierra está el *sheol*, el reino de los muertos (Job 26,5-6). En el *sheol*, «las tinieblas del abismo» (Sal 88,7), los muertos viven en las sombras, en el silencio, donde no pueden alabar a Dios (Sal 115,17; Is 38,18). El *sheol* es un «sendero sin retorno» (Job 16,22), «el país del olvido» (Sal 88,13), «el reino de la muerte» (Job 26,6).

Arriba está el cielo, origen de toda clase de vida. Abajo está el subsuelo, el abismo, sede de la muerte. Y en medio está el suelo, la tierra, sede de la vida. Por encima del firmamento está el cielo o los cielos. Los babilonios y los asirios admitían siete cielos superpuestos. El Corán habla también de siete cielos. Los escritos judíos refieren tres, cinco, siete y hasta diez cielos. En los tiempos de san Pablo la astronomía distinguía tres cielos: el atmosférico, el de los astros y el superior o empíreo. Pablo llegó a la altura máxima, fue arrebatado al tercer cielo (2Cor 12,2-4), el paraíso, la morada inaccesible de Dios.

3.2. El Dios del cielo

El cielo es el trono de Dios, su morada regia (Sal 11,4; Mt 5,34; 23,22). Dios habita en el cielo (Sal 2,4; 112,5; 122,1), «en el cielo de los cielos» (Sal 148,4; Neh 9,6), «en lo más alto del cielo» (Ef 1,2) por encima de todo y desde donde lo trasciende y lo gobierna todo con su poder omnímodo (Is 55,9). Frente a él, nosotros estamos en un estado de gran inferioridad. «Él está en los cielos y nosotros en la tierra» (Qo 5,1). El cielo es suyo y la tierra se la ha dado a los hombres (Sal 115,16; Dt 10,14). Como es el Señor de los cielos, «los cielos narran su gloria y el firmamento pregona la obra de sus manos» (Sal 19,2; 148,4).

A partir de la época persa, Dios es simplemente el «Dios del cielo» (Esd 1,2; 5,11-12; 6,9-10; 7,12.21; Neh 1,4; Sal 126,36; Dan 2,18.19.28.44). Esta relación íntima entre Dios y el cielo termina por identificarse de tal modo que a Dios se le llama «cielo» (Dan 4,23): «Lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo» (Mt 16,19; 18,18).

La expresión «que estás en los cielos» es una metáfora que designa la excelsitud divina, la augusta majestad de Dios, su cualidad de «celeste». Dios es nuestro Padre celeste, distinto del terrestre y distinto también de Abrahán, al que los judíos llamaban «padre nuestro» (Mt 3,9; Lc 3,8; Jn 8,59; Rom 4,12). El cielo es un lugar muy distante y muy alto que nos habla de la trascendencia de Dios. Dios es el trascendente, el inaccesible. Entre Dios y el hombre hay una distancia insalvable, la misma que media entre el espíritu y la carne, distancia absolutamente irreductible. Dios es, a la vez, el cercano y el lejano, el inmanente y el trascendente. Es el cercano y el inmanente, porque es «Padre», nuestro Padre y porque está en nosotros, pues «en él vivimos, nos movemos y existimos» (He 17,27-28). Y es el lejano y el trascendente porque «está en los cielos» y porque es «Señor», el totalmente otro. Es Padre y Señor. «Con una mano nos atrae y con la otra nos mantiene a distancia. Un gesto no anula el otro¹⁴.

¹⁴ J. M. CABODEVILLA, *Discurso del Padrenuestro. Ruegos y preguntas*, BAC, Madrid 1986, 119.

La fórmula «Padre que estás en los cielos» conjuga dos cosas contrapuestas: el infinitamente distante de nosotros por su condición ha venido a ser nuestro «Padre». Es decir, el ser más lejano ha devenido el más íntimo y el más cercano»¹⁵.

3.3. *El Dios de la tierra*

Dios no está circunscrito a un lugar concreto. No está en los cielos, porque no hay espacio alguno capaz de contenerlo: «Los cielos en su inmensidad no te pueden contener» (1Re 8,27). Tampoco está en un lugar de la tierra, ni siquiera en el templo: «¿Será posible que Dios habite en medio de los hombres sobre la tierra? Si los cielos en toda su inmensidad no pueden contenerte, ¡cuánto menos este templo que yo he construido!» (2Crón 6,18). Los teólogos dicen que está en todas partes «por esencia, presencia y potencia».

Aunque está en todo, está más allá de todo, está en el misterio, en lo incomprensible.

«Ya sabéis que Dios está en todas partes. Pues claro está que adonde esté el rey, allí, dicen, está la corte: en fin, que adonde está Dios es el cielo. Sin duda, lo podéis creer, que adonde está su majestad, está toda la gloria. Pues mirad qué dice san Agustín, que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí mismo. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esa verdad y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarle con él, ni ha menester hablar a voces?... Ni ha menester alas para ir a buscarle, sino para ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan buen huésped»¹⁶.

Está en todas partes, hasta «entre los pucheros»:

«Si subo hasta los cielos, allí te encuentras tú.
Si bajo a los abismos, allí estás presente;

¹⁵ L. L. DE LAS HERAS, *Dios nuestro Padre*, BAC, Madrid 1986, 11.

¹⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, C 46.

si vuelvo hasta el origen de la aurora,
si me voy a lo último del mar,
también allí tu mano me sostiene
y tu diestra me agarra» (Sal 139,8-10).

Está de una manera especial en las chabolas de los miserables y pasa hambre, frío y calor con ellos; en las pateras y en las balsas de los emigrantes y naufraga con ellos; en los que piden una limosna y pide con ellos y para ellos; en las camas de los hospitales y está enfermo con los enfermos; en las celdas de las cárceles y está preso con los presos; está en todos los que sufren. Está a nuestro lado, en el mar y en la montaña, en el templo y en las calles, en el bar y en el metro, en la oficina y en el campo. Está en todas partes, pero no le vemos:

«Si voy hasta Oriente, no está allí; y a Occidente, no le diviso; le busco al Norte y no le encuentro; y no le veo, si me vuelvo al Mediodía» (Job 23,8-9).

Está en nosotros mismos, y tampoco le vemos, porque es «el Dios escondido» (Is 45,15), al que hay que buscar y descubrir. Y si en nosotros mismos no le descubrimos, es porque no le hemos descubierto antes en los hermanos. Por eso, sólo se reza bien el «Padre nuestro que estás en los cielos», si practicamos el «Padre nuestro que estás en la tierra: “Padre nuestro que estás en los pobres...”». Dios está aquí, a nuestro lado, no está más allá de las estrellas. Cuando hablamos del cielo, miramos hacia arriba en lugar de mirar hacia abajo, a nuestro alrededor, para no perdernos en las nubes y caer en el vacío.

... QUE ESTÁS EN LOS CIELOS

Nos llevas de la mano y en la oscura
soledad de la noche te llamamos,
y, sin saber tu nombre, te nombramos
perdidos entre el gozo y la amargura.

No sabemos tu nombre y te soñamos
más íntimo a nosotros que la pura

transparencia del aire, y tu ternura
es nuestra sed de amor cuando lloramos.

Si estamos tan perdidos y la brisa
murmura apenas tu celeste nombre,
que es suavidad de seda o terciopelo,

deja que grite en su esperanza el hombre,
como un niño mecido en tu sonrisa,
Padre nuestro que habitas en el cielo.

(V. SÁNCHEZ PINTO)

3

Primera petición: Santificado sea tu Nombre

Los verbos terminados en *-azo* son causativos, realizan lo que significan. La santificación del nombre de Dios será un hecho incuestionable. El verbo está en pasiva —*agyazeto*— como los dos siguientes —*elzeto, genezeto*—, hay dos ablativos agentes implícitos: Dios y el hombre. De ambos depende la santificación del nombre.

La petición está en el *Qaddish*:

«Glorificado y santificado sea su gran nombre en el mundo, que Él por su voluntad creó. Haga prevalecer el Reino en nuestras vidas y en la vida de toda la casa de Israel presurosamente y en breve. Y a esto decid: Amén».

Para llegar al contenido de esta petición, hay que precisar el sentido del «Nombre de Dios» y del verbo «santificar».

1. Dios es el «Nombre»

En los pueblos antiguos (egipcios y asirio-babilonios) existía una valoración existencial del nombre, que termina por definir y proyectar en sí mismo la índole y el carácter del ser o la cosa, a que el nombre hace referencia. La cosa es lo que el nombre significa. Hasta la misma existencia de una cosa está en dependencia del nombre, pues, sin el nombre, no hay existencia real. Nombrar un objeto es darle la existencia. Dada la identidad entre el nombre y la cosa, la maldición del nombre suponía la maldición de la cosa o del ser

a que se refiere. Por eso, los egipcios ponían dos nombres a sus hijos, el verdadero, que nunca se usaba en la vida corriente, y el sobrenombre, que empleaban en las relaciones sociales.

Entre los hebreos el nombre designa la realidad profunda del ser, está incluso por la persona y por su propia dignidad. El supremo deseo para un israelita es perpetuar su nombre (1Re 1,47; Sal 21,5; 1Sam 24,22) y, como contraste, cuando pide a Dios la derrota de sus enemigos, le pide que extermine su nombre de la tierra (Dt 7,24; 9,14; 12,3).

Cuando una persona es elegida para una misión nueva, recibe un nombre nuevo en función de la etapa de vida que comienza. Abrán se llamará Abrahán (padre de muchos pueblos, Gén 17,5); Saray se llamará Sara («princesa», porque iba a ser madre de reyes, Gén 17,15); Jacob se llamará Israel («Dios, lucha»), porque ha luchado con Dios (Gén 32,29); Simón se llamará Pedro («piedra», fundamento de la Iglesia, Mt 16,18; cf 2Re 23,34; 24,17; Is 62,2; 65,15).

Conocer el nombre es conocer la cosa o la persona (Gén 32,30; Jue 13,17). Saber el nombre de Dios es conocer a Dios (Éx 3,13; Is 42,8; Sal 9,11; 91,14), pues entre el nombre de Dios y el mismo Dios hay una identidad absoluta (Éx 23,21; 33,19; 34,5; Dt 5,11; 12,5.11.21; 16,2.6; 1Sam 20,42; 1Re 8,29; 9,3; 2Re 21,4.7; Is 30,27; 59,19; 60,9; Jer 24,27; Sal 20,2; 22,23; 105,47; 122,4). Esta identidad está muy clara en Is 42,8: «Yo, Yavé, tal es mi nombre». Moisés quiere saber cómo es Dios y le pregunta por su nombre. Y Dios le dice: «Yo soy Yavé, el que es, el que soy» (Éx 3,14), el fiel, siempre el mismo. En todos los tiempos el hombre ha querido siempre conocer a Dios:

«¡Dime tu nombre!
¡Tu nombre que es tu esencia!
¡Dime quién eres!

(...)

¡Dinos “yo soy”, Señor! Que te lo oigamos
sin velo de misterio
sin enigma ninguno»

(M. de Unamuno).

El nombre de Dios es el nombre supremo, nombre santo (Lev 20,3; 1Crón 29,16; Sal 103,1; Ez 20,39), formidable y terrible (Dt 28,59; Sal 99,33; 111,9; Mal 1,11-14). Dios habita en un espacio trascendente, del que no se le puede hacer salir, presenciarle en leño labrado, piedra esculpida o metal fundido (Éx 34,17; Lev 26,1; Dt 4,15-28), pero, sin perder su lejanía inaccesible, se presencializa y se concreta en el nombre (Job 1,21; Dt 28,58; Ez 48,9; Am 2,7). La centralización del culto, llevada a cabo por el deuteronomista, se fundamenta en esta teología del nombre de Dios, que mora en el santuario (Dt 12,2-3). Dios habita en el cielo, mientras que el templo es la morada fija y permanente de su nombre (1Re 27,30; Dt 12,5; 14,24; 2Re 8,29; 21,7; 23,27). Toda ofensa cultural, hecha en el santuario, implica una profanación del nombre de Yavé (Lev 18,21; 20,30; 22,2); también se le profana, jurando en falso por el Nombre (Lev 19,12), empleándolo en vano y a la ligera (Éx 20,7; Dt 5,11; Si 23,9), blasfemándolo (Lev 19,12; 24,11).

La prohibición de usar el nombre de Yavé en vano, los rabinos la interpretaron de todo uso superfluo del Nombre, en la vida privada, en las relaciones sociales, hasta en la misma lectura y oraciones privadas o colectivas. A partir del s. III a.C., ya no se pronuncia el nombre sagrado de Yavé, el hacerlo se consideraba una profanación, equivalía a «maldecir a Yavé», y hasta constituía un grave peligro para la vida misma, como si una corriente eléctrica de alta tensión rodeara el espacio donde mora el nombre de Yavé. El tetragrama de Yavé se reemplaza por el de Adonai. Yavé es un nombre impronunciable. Esto dio origen a una serie de circunlocuciones sustitutivas del nombre de Yavé, tales como el Cielo, el Santo, la Presencia, la Morada, el Lugar, el Nombre, la Palabra. Entre todas, la más frecuente es la Palabra, pero la más profunda es el Nombre que es una manifestación de la identidad del Nombre y la Persona de Yavé.

2. El Nombre es (ya) santo

La idea de santidad se expresa en el AT con el término «*qadosh*» que entraña la idea de separación de lo profano. El Nombre es santo (Lev 20,3; Am 2,7; Ez 20,39; Sal 11,9; Si 39,35; Lc 1,49). Dios es el tres veces santo (Is 6,3), el santo por excelencia (1Sam 6,20; Sal 99,3.5.9; Os 11,9), el único santo: «Sólo el Señor puede proclamarse justo» (Si 18,2), porque vive en una región pura, incontaminada, adonde no llega el lastre de lo profano y de lo impuro (Gén 28,16; 1Sam 6,20; Is 6; 57,15; Os 11,9; 12,1; Ez 28,25; 36,23; 58,28), porque es el amor, el amor de *Abba* (Os 11,1-4), el amor que perdona, el amor misericordioso y salvador y porque ayuda y libera a su pueblo, para hacer de él un pueblo de exclusiva pertenencia suya, un pueblo de su adquisición, un pueblo santo, un reino sacerdotal (Éx 19,6). Dios es santo y santificador (Lev 20,7-8; Ez 20,12; 27,28; Os 11,9), el que santifica totalmente (1Tes 5,23; Jn 17,17). Su nombre es imantador de santidad. Todo lo que toca ese nombre queda santificado y el que se atreva a tocarlo, lo ha de hacer en actitud de santidad. La santidad del pueblo era una exigencia de haber sido liberado (Núm 15,41; Is 40,25; 41,14; 43,3.14; 45,18). Dios vive rodeado de ángeles que proclaman sin cesar su santidad (Is 6,2; Ap 4,8).

El nombre de Dios es la «fuente de toda santidad», todo lo que es santo está relacionado con él. Por tanto, el nombre de Dios no necesita ser santificado, como si fuera profano o imperfecto o manchado y tuviera que ser divinizado, perfeccionado o purificado. Por otra parte, ¿quién podría santificarlo? «¿Por quién será Dios santificado, ya que es Él quien santifica?» (san Juan Críóstomo). ¿Y cómo el hombre pecador podría santificar a Dios, que es la misma santidad?

3. Santificar el Nombre es glorificar el Nombre

La gloria y el nombre son dos palabras asociadas frecuentemente en el AT. La manifestación del nombre divino significaba la presencia eficiente de Dios en el mundo. Ahí radica la facilidad de asociar el nombre con la gloria. Hay que proclamar el nombre de Yavé y darle gloria, es decir, santificarle (Dt 32,3). «No a nosotros, sino a tu nombre da la gloria» (Sal 115,1). Hay que tributarle «la gloria de su nombre» (Sal 29,2; 66,2; 96,8), «nombre glorioso» (Sal 72,19), nombre que será glorificado por todos los pueblos de la tierra (Sal 115,1; 86,9-12; Is 24,15; Jer 14,21; Mal 2,2). La gloria del nombre es igual que el nombre de la gloria (Neh 9,5). Gloria y nombre, nombre y santidad, son una misma cosa.

La idea fundamental de la palabra «gloria» (*kabod*) es la de peso, gravedad, carga. Se aplica en relación con una cosa pesada, con todo lo que tiene peso. Se habla de la «*kabod*» aplicada a la riqueza, a la hacienda, a las posesiones (Gén 31,1; 2Crón 29,28; 1,11; Sal 49,17; Ag 2,6). La gloria de una nación es su prosperidad (Is 16,14; 17,4; 21,16; 54,6). Todo lo que es pesado y fuerte inspira respeto y honor. Por eso la *kabod* significa el honor (Éx 28,2; Núm 24,11; 2Crón 26,18); el honor objetivo, la capacidad de infundir respeto y veneración; y el honor subjetivo, el sentimiento experimentado ante la presencia de Dios que manifiesta su gloria y quiere que se rinda homenaje a esa gloria (Sal 29,1; Jos 7,19; Is 42,8; 48,11). Lo que está cargado de fuerza tiene un gran poder; por eso, la *kabod* está a veces por el poder, es una manifestación de poder (Éx 14,4; Dt 15,20-24; Is 26,15; 66,18-19; Sal 63,3; 89,18; 91,15; Job 40,9; Jue 16,3; Si 17,3; 36,6). La gloria de Dios es Dios mismo manifestado. Dios usó múltiples medios para manifestar su gloria. Lo hizo a través de la creación (Sal 19,21); a través de un fenómeno físico, el trueno, la tormenta, el relámpago, el fuego, las tinieblas (Éx 14,17; 24,15-17; 33,18-23; Dt 15,18-21); del arca de la alianza, donde también manifestaba su poder (Éx 25,21-22; 1Sam 4,20). El arca era como

un Sinaí permanente, desde donde Yavé ejercía sobre su pueblo la protección y la justicia (Núm 7,89; 14,44; Jos 3,4; 6,8; 7,6; Jue 20,27; 1Sam 4,7), era el «trono de la gloria» (Jer 14,21), desde donde Dios extendía su presencia al tabernáculo. Cuando Moisés acabó de construirlo, la gloria de Yavé lo llenó enteramente (Éx 40,34; Núm 14,10; 16,19; 17,6; Lev 9,6.23).

El templo de Salomón será la morada permanente de la *kabod*, que tomó posesión de él en forma de nube (1Re 8,11; 2Crón 5,14; 7,3; 1Mac 4,54-55; 2Mac 7,19-36; Sal 87,3; 102,17). La *kabod* lo llena todo, el cielo (Is 63,15; Sal 19,2; 96,6; 104,1; 113,14; 148,13; Sab 9,10; Si 42,16; 43,1.9.12), la tierra (Is 2,10; 6,3; Núm 14,21; Sal 57,6; 72,18; Ez 43,2) y, de manera especial, la Jerusalén mesiánica (Is 52,1; 60,1-13; Jer 3,16-17; 33,9; Zac 2,9). La gloria de Dios, manifestada también a los profetas (Is 6,1-4; Ez 1,4; 8,4; 10,4; 43,1.5), lo sacraliza todo: el tabernáculo (Éx 29,43), el templo (1Re 8,10), las personas (Éx 34,29; Si 45,2), los objetos (Éx 28,2.40; Si 50,13), todo lo que se relaciona con ella. Se ha dicho que la gloria de Yavé es «la santidad manifestada».

La *kabod* va esencialmente unida a la luz, al resplandor; se presenta como algo deslumbrante, de tal modo que si quitamos esa irradiación la hemos dañado sustancialmente, pues sólo se hace sensible a través de la luz. La *kabod* es la luz y la divinidad al mismo tiempo; sin la luz no existe, y la luz sola no es nada. La *kabod* es la divinidad envuelta en luz y hecha visible, está relacionada con el culto, el cual consiste en adorar a Dios (Sal 86,9), en proclamar su gloria (Sal 145,5; 1Crón 16,24), en glorificar el nombre de Dios (Sal 86,12). Eso mismo ocurre también en la liturgia con el vocablo «nombre», de forma que el centro de gravitación de la vida religiosa de Israel es la alabanza del nombre de Yavé: «Señor tú eres Dios, yo te ensalzo y bendigo tu nombre» (Is 25,1). «Alabaréis el nombre del Señor, vuestro Dios, que ha obrado con vosotros maravillas» (Jl 2,26). «Si no os preocupáis de glorificar mi nombre, yo mandaré contra vosotros la maldición» (Mal 2,2; cf Sal 9,3; 69,31; 104,1; 145,21). De esta manera, dar culto a la gloria de Yavé, proclamarla

y celebrarla, equivale a alabar, bendecir y ensalzar el nombre de Yavé. Gloria y nombre son un binomio que designa a Dios manifestado y revelado.

«Santificado sea tu nombre vale tanto como glorificado sea tu nombre» (san Juan Crisóstomo). Al pedir que Dios santifique su nombre, pedimos que se santifique a sí mismo, que se manifieste al mundo como lo que es, Padre y Santo: «Glorifica tu nombre: muéstrate en lo que eres, santo y divino» (H. van den Busche). Y, en consecuencia, que los hombres le aceptemos como «Padre Santo». Dios manifiesta su santidad, su divinidad, su gloria, llevando a cabo sus «maravillas», las acciones salvíficas en favor de los hombres. Pedimos que intervenga en la historia humana, revelando su nombre poderoso, haciendo que todo el mundo reconozca ese poder de Padre, que quiere que todos seamos hermanos, cumplidores de la justicia.

4. Israel, el nombre de Dios y el profanador del Nombre

Israel es pertenencia exclusiva de Yavé, el cual se desposó con él, se unió a él con un amor eterno. Esta unión es tan estrecha que los dos vienen a ser una sola carne (Gén 2,24), hasta el punto que el pueblo pasa a ser el «nombre del Señor», «el pueblo que lleva el nombre del Señor» (Si 36,11), igual que la esposa recibe el nombre o el apellido del esposo y el hijo el nombre del padre, pues Dios es padre y esposo y el pueblo es hijo y esposa. Esta identidad lleva como consecuencia el que todo lo que afecta al pueblo, lo bueno y lo malo, redunde en engrandecimiento o en descrédito del nombre de Dios, de Dios mismo (Jer 13,11; 33,9; Sof 3,19-20). Hasta tal punto esto es así, que cuando el pueblo peca, está profanando el Nombre. Y de hecho pecó, a pesar de ser un «pueblo consagrado» al Señor (Dt 7,6), profanando así el nombre de Dios:

«Los israelitas, cuando habitaban en su tierra, la mancharon con su proceder y sus acciones. Como la impureza de una mu-

jer en la menstruación era su conducta ante mí» (Ez 36,17; cf Lev 22,31-32; Is 52,5-6; Jer 34,15-16).

Este pecado se hizo merecedor de un castigo, que Dios materializa en el destierro de Babilonia, donde el pueblo sigue profanando el nombre santo de Yavé:

«En las naciones donde llegaron profanaron mi santo nombre, al decir de ellos: son el pueblo de Dios y han tenido que abandonar su país» (Ez 36,18-20).

A esta profanación se refiere san Pablo: «En efecto, como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado por causa de vosotros entre los paganos» (Rom 2,24). El pueblo es derrotado y humillado, y esto va en descrédito de su Dios. De esa manera el nombre de Dios queda por los suelos. ¿Qué Dios es ese, qué poder o qué amor es el suyo, cuando no puede o no quiere liberar a su pueblo del oprobio y de la esclavitud? Así, el castigo del pueblo se revuelve contra el mismo Dios. Dios levanta el castigo, pero lo hace en defensa de su propio honor, en consideración a su propio nombre:

«Pero yo tuve consideración de mi santo nombre, que la casa de Israel profanaba en medio de las gentes, entre las que se encontraba... No hago esto en consideración a vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre que vosotros habéis profanado entre las gentes donde fuisteis. Santificaré mi gran nombre, profanado entre las naciones, deshonorado por vosotros en medio de ellos, y sabrán las naciones que yo soy el Señor, cuando me glorifique en vosotros a la vista de ellos» (Ez 36,21-23).

En este texto queda bien clara la identidad entre «santificaré mi gran nombre» y «me glorifique»: «Cuando yo me glorifique en vosotros». Dios se glorifica, manifiesta su divinidad, con el despliegue de su poder a favor de los exiliados, lo que lleva consigo la santificación del nombre: «Santificaré mi gran nombre», es decir, manifestaré mi divinidad, que será reconocida por todas las naciones, que sabrán «que yo soy el Señor» (Ez 36,23).

El pueblo recobrará la libertad y una santidad santifica-

dora del Nombre: «Verá en medio de él la obra de mis manos y santificará mi nombre» (Is 29,23). Y lo hará reconociendo la grandeza del nombre de Dios: «Qué admirable es tu nombre en toda la tierra» (Sal 82,2), y ensalzándolo: «Ensalzaré el nombre del Altísimo» (Sal 9,3). «Os tomaré de entre las gentes, donde estáis, os recogeré de todos los países y os conduciré a vuestra tierra» (Ez 36,24). Esta anunciada liberación de Israel es una profecía en doble sentido. Un sentido próximo literal histórico: la liberación del exilio babilónico, un nuevo éxodo, más glorioso aún que el de Egipto, que se hace efectivo con el decreto de Ciro en el año 538 (Esd 1,2-4; 6,3-5), ordenando la restauración de la comunidad judía en Palestina y la reconstrucción del templo de Jerusalén. Se trata también de un sentido mesiánico y escatológico:

«Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis preceptos, observando y guardando mis leyes... Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (Ez 36,26-28). «Manifestaré mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel, no permitiré que vuelva a ser profanado mi santo nombre y sabrán las naciones que yo soy el Señor, el Santo de Israel» (Ez 39,7).

Esta es una profecía cuyo cumplimiento coincidirá con el estado de utopía. Entonces se dirá: «La tierra, que estaba hasta ahora devastada, se ha convertido en un jardín de Edén» (Ez 36,35), el paraíso recobrado, la plenitud del reino mesiánico.

Según estos textos, cuando pedimos que Dios santifique su nombre, estamos pidiendo que, en honor a su nombre, intervenga en favor de su pueblo para liberarle de toda opresión, de la misma manera que intervino cuando estaba esclavo en Egipto, para que su nombre no quedara humillado:

«Cambié de propósito en honor a mi nombre, para que no fuera vilipendiado a los ojos de las gentes, entre las que ellos se

encontraban, porque había prometido sacar a mi pueblo de Egipto ante los ojos de sus habitantes. Los saqué de Egipto y los llevé al desierto» (Ez 20,9-10).

Dios manifestará la santidad trascendente de su nombre, mediante una intervención poderosa en favor de los hombres, apareciendo no sólo como el Dios santo, sino como el Dios santificador (Lev 22,32) que transforma interiormente al hombre provocando en él la admiración, el reconocimiento y el honor que le es debido¹.

Quizás los textos bíblicos, que mejor expresan el sentido de esta primera petición, sean estos tres:

«Ayúdanos, Señor, por la gloria de tu nombre» (Sal 79,9);
«Apiádate de tu pueblo que lleva tu nombre» (Si 36,11);
«No nos desampares por amor a tu nombre» (Dan 3,34).

Pedimos a Dios —como lo hacía el pueblo durante la persecución de Antíoco IV Epífanes— que nos libere de la situación adversa en que nos encontramos, considerada como un castigo por nuestros pecados; y que lo haga por la gloria de su nombre, es decir, para glorificar (para santificar) su nombre, manifestando su poder y su misericordia.

Por tanto, lo que se pide es algo, que interesa al pueblo y no a Dios, pues la santificación del Nombre es la liberación del pueblo. Así lo pedía expresamente la séptima de las dieciocho bendiciones: «Mira nuestra aflicción y sostén nuestra causa y líbranos en favor de tu nombre». «Cuando pides que el nombre del Padre sea santificado, bien considerado, pides por ti» (san Agustín). Dios lo tiene todo. ¿Qué podemos pedir nosotros a él para él?

5. Jesucristo, el Nombre

Jesucristo es el nombre del Padre manifestado a los hombres. Esto está claro en la comparación de dos textos paralelos del cuarto evangelio: Jn 12,28a: «Padre, glorifica tu Nombre».

¹ J. DUPONT, *Le Notre Père: Notes exegetiques*, MaisDieu 85 (1968) 12.

Jn 17,1b: «Padre, glorifica a tu Hijo». Así lo entendió san Agustín: «Pater, clarifica nomen tuum; quid est autem clarifica nomen tuum..., nisi ut Pater clarificet Filium?»². Y lo mismo Maldonado: «Vale tanto glorificar al Hijo como glorificar el nombre del Padre; el Hijo no dice glorifícame, sino glorifica tu nombre; y el Padre, a su vez, no contesta: yo le he glorificado y glorificaré mi nombre, sino: he glorificado y glorificaré de nuevo a ti»³.

El Dios del Éxodo tiene un nombre: Yavé —el que es, yo soy— y el Cristo del cuarto evangelio es la encarnación de ese nombre: «Yo soy» (Jn 8,24.28.58). En la profecía mesiánica de Joel, la salvación está ligada a la invocación del nombre de Yavé (3,5), interpretada por san Pedro como la invocación de Jesucristo (He 2,38; 4,12). Miqueas confiere al Mesías los títulos de Pastor, Señor y Nombre: «Él se alzará y pastoreará el rebaño con la fortaleza del Señor, con la majestad del nombre del Señor» (Miq 5,3). La misión reveladora de Cristo consiste sustancialmente en la manifestación de su nombre, tal y como él mismo lo dice al recapitular su obra: «He manifestado tu nombre a los hombres» (Jn 17,6), lo que equivale a manifestar que Dios es Padre. De la misma manera que es «palabra de Dios», por su función reveladora, es también «nombre de Dios». Cristo es Palabra y Nombre, *Logos* y *Onoma*, lo que aparece claro si se comparan Jn 17,6 y Ap 19,11-13 con Jn 17,17. En Jn 17,6 Cristo ha manifestado el nombre a los hombres. Este nombre es el *logos* de Ap 19,13. Después de haberles revelado el nombre, ellos fueron fieles al *logos* (Jn 17,6), cuando tendrían que haber sido fieles al Nombre. El que lleva ese Nombre es el Veraz, el Verdadero (Ap 19,11). Ellos tienen que ser santificados en la verdad y el *logos* es la Verdad (Jn 17,17). Esta identidad está expresada en Jn 1,12: Dios hace hijos suyos a los que creen en su Nombre, es decir, a los que creen en Jesucristo, ya que para ser hijos de Dios hay que «creer en el Unigénito de Dios» (Jn 3,18). Jn 1,14 podría

² PL 3, 1770.

³ J. MALDONADO, *Comentarios al evangelio de san Mateo*, BAC, Madrid 1950, 896.

traducirse así: «El Nombre se hizo carne y habitó con nosotros», fórmula más arcaica, a la que responde «La Palabra habitó con nosotros». La idea de habitar corresponde al Nombre mejor que a la Palabra. El vocablo *logos* se dice de Jesucristo en cuanto tiene una función reveladora, pero no nos dice nada de su esencia, mientras que el vocablo Nombre sí, pues afirma que Jesucristo es el nombre de Dios e implícitamente que es hijo natural de Dios. Con la expresión «Yo soy» (Jn 8,28) Jesucristo se apropia el nombre de Dios. Los dos tienen en común el Nombre, como se deduce de Jn 15,21: «Todas estas cosas harán con vosotros por mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado». La razón de la persecución está en Dios —el que le ha enviado— y en el nombre de Cristo.

En la primitiva literatura cristiana está muy desarrollado el título mesiánico de Nombre, hasta el punto que a Jesucristo se le llama «El Nombre», como se hacía con Yavé en el AT y en la literatura rabínica.

La *Didajé*: «Tú has creado el universo por tu Nombre. Te damos gracias, Padre santo, por tu Nombre, que has hecho habitar en nuestros corazones» (10,2-3). *El Pastor de Hermas*: «La Torre (La Iglesia) tiene por fundamento la palabra del Nombre omnipotente, glorioso, y por apoyo, el poder invencible del Maestro». El Nombre omnipotente es una sustitución de Jesucristo. *El Pastor de Hermas* habla de «sufrir por el Nombre del Señor» (IX,28,6), donde el Nombre es Cristo y el Señor es el Padre. El evangelio de la verdad:

«El nombre del Padre es el Hijo. Como Hijo, él le ha dado su Nombre (El Nombre), que le pertenece a él, al Padre... El no engendrado no tiene nombre, pero el que ha venido a ser ha sido con su nombre... Sólo al Padre pertenece dar su nombre. El Hijo es el Nombre... A él sólo le dio el Nombre. Así el Nombre es el del Padre, de la misma manera que el nombre del Padre es del Hijo... El es, en efecto, el Nombre, que viene del Padre, porque es el Nombre propio»⁴.

⁴ C. VIDAL MANZANARES, *Los evangelios gnósticos*, Ed. Martínez Roca, Barcelona 1991, 118.

En la *Doctrina de los doce apóstoles*, después de comer el pan eucarístico se decía: «Te damos gracias por tu santo Nombre que hiciste morar en nuestros corazones... Tú, Señor omnipotente, creaste todas las cosas por tu Nombre», lo que se refiere claramente a Jesucristo.

Los *Extractos* de Teodoto (210): «El pan y el aceite son santificados por la «*dynamis*» del nombre de Dios», donde el Nombre es Jesucristo, el pan, la eucaristía y el aceite, la unción bautismal. Estas teorías gnósticas distinguen en Cristo la parte invisible, que es el Nombre, el Hijo Unigénito, y la parte visible, que es Jesús, el hombre. «El que cree en Jesucristo lleva, como inscripción, el nombre de Dios» (ib). La *Epístola* de Clemente: «Haznos sumisos a tu Nombre Omnipotente»; la oración se dirige al Padre y el Nombre designa a Jesucristo. San Ignacio de Antioquía dice que «ha sido encadenado y condenado por el Nombre»⁵. «El nombre del Padre en realidad es el mismo nombre de su propio Hijo»⁶.

6. Jesucristo, santificador del Nombre

Jesucristo es el nuevo templo, donde moran, de manera permanente, el nombre y la gloria de Dios. Ese Nombre debe ser santificado, es decir, la divinidad de Jesucristo debe ser manifestada. Eso es lo que Jesucristo pide al Padre al final de su vida terrena:

«Ha llegado la hora, en que va a ser glorificado el hijo del hombre... Estoy profundamente angustiado. ¿Y qué voy a decir? ¿Pediré al Padre que me libre de esta hora? No, pues para eso precisamente he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu Nombre. Entonces dijo una voz del cielo: Lo he glorificado y lo glorificaré de nuevo» (Jn 12,23.27-28).

El Padre le ha glorificado y le va a glorificar. Lo ha hecho por medio del testimonio que ha dado acerca de su

⁵ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los efesios*, III,1; I,2.

⁶ SAN IRENEO DE LYON, *Tratado contra las herejías*, Lib 4,17,6.

persona (Jn 5,37). Jesucristo hacía los milagros en el nombre y con el poder del Padre (Jn 5,36). El mismo Padre había testificado, con su palabra, que Jesucristo era su Hijo en el bautismo (Mt 3,17) y en la transfiguración (Lc 9,35). Ahora le glorificará en la cruz.

Jesucristo también ha glorificado al Padre dando a conocer su nombre: «Les he dado a conocer tu nombre y se lo daré a conocer» (Jn 17,6). Lo ha hecho con su vida y lo hará con su muerte. En justa recompensa, le pide su propia glorificación: «Padre, glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a ti» (Jn 17,1). Jesucristo glorifica al Padre entregándose a la muerte, consagrándose, santificándose por los hombres (Jn 17,17.19). En la cruz se santifica y nos santifica.

Jesucristo ha manifestado a los hombres el nombre de Dios, con lo que se ha dado a conocer a sí mismo. Ha glorificado a los hombres para consagrarlos en la unidad: «Yo les he dado la gloria, que tú me diste, para que sean uno» (Jn 17,22). La gloria es lo mismo que el Nombre y ambos iguales a la divinidad. Por consiguiente, y teniendo en cuenta que santificar es lo mismo que glorificar y que Jesucristo, el Hijo de Dios, es el Nombre de Dios, esta petición del PN: «Santificado sea tu nombre» quiere decir: «Glorificado sea tu Hijo». Pedimos, pues, que Jesucristo sea glorificado. Cuando Cristo dice: «Padre, glorifica tu nombre» (Jn 12,28), «Padre, glorifica a tu Hijo», está recitando esta primera petición del PN: «Padre, santificado sea tu nombre», santifícalo tú, para que lo santifiquen también los hombres.

Esta santificación del nombre de Dios, anunciada por Ezequiel para tiempos futuros o escatológicos (Ez 36,23), tuvo su cumplimiento en Cristo, santo por su origen (Lc 1,35; 4,33; Jn 6,69). El nombre del Padre fue santificado en Cristo, a través de su vida y milagros, que manifestaba su divinidad. Y esta glorificación del Nombre llegó a su plenitud en la cruz. Ahora en el PN pedimos que Jesucristo sea glorificado, manifestado (santificado) como Dios y que, en consecuencia, sea reconocido como tal por todo el mundo. Estamos pidiendo que Jesucristo sea santificado en nosotros, que reconozcamos su filiación divina y que pongamos en

práctica la doctrina evangélica de amar a Dios y de amar a los hombres. Él se santifica, para que también nosotros seamos santificados (Jn 17,19) viviendo en la unidad (Jn 17,22) y en el amor (Jn 17,26): «Lo que en Jn 17,22 se llama claridad (gloria) en Jn 17,26 se llama caridad (amor). Quita de la palabra “claridad” la ele y tendrás el verdadero sentido»⁷. Creo que queda bien claro el carácter social y humano también en este significado de la petición.

Al igual que en la primera bienaventuranza están contenidas las otras siete, así en esta primera petición lo están las otras seis. Si esta petición se lleva a cabo en plenitud, tanto en lo espiritual, como en lo social, estaremos en pleno reinado universal de Dios, se cumplirá la voluntad de Dios, habrá pan para todos, nadie sucumbirá a la tentación, habrá desaparecido el mal del mundo.

7. El hombre santificador del Nombre

Santificar el Nombre es también obra de los hombres. Lo santificamos de múltiples maneras:

1) Reconociendo la santidad del Nombre.

«Al decir: “Santificado sea tu Nombre”, nos amonestamos a nosotros mismos para que deseemos que el nombre del Señor, que siempre es santo en sí mismo, sea también tenido como santo por los hombres» (san Agustín, *Carta a Proba*).

Santificar el Nombre es reconocer a Dios como creador del mundo y Señor de la historia, reconocerle y acatarle como el único Señor soberano, cumplir el primer mandamiento de la ley, el derecho de Dios a ser «el único», derecho absoluto, indeclinable, intangible, constitutivo de la misma esencia de Dios; derecho, por eso mismo, sagrado, irrenunciable. El hombre no se puede construir otros dioses, porque esos no son dioses, son ídolos, es decir, la vaciedad, la nada. Y lo más peligroso para el hombre es caer

⁷ J. MALDONADO, *o.c.*, 927.

en la nada, caer en el vacío; o estar encadenado por esos falsos dioses del dinero, el consumismo, la vanidad y el morbo que la sociedad nos presenta a nuestra adoración. Pedimos que el mundo se entere de que Dios es Dios y de que no hay otro.

2) Santificándonos a nosotros mismos.

Pronunciar el Nombre santo debe hacerse de la manera más santa posible. Si el Padre es santo, los hijos deben también serlo (Lev 19,2). No se trata de que nosotros le santifiquemos a él, sino de que él nos santifique a nosotros:

«Lo cual no se pide como si no fuera santo su nombre, sino para que sea venerado como santo por todos los hombres, es decir, que sea Dios conocido por todos ellos de tal manera que no tengan cosa alguna por más santa... ¿Qué pides? Que lo santo en sí, sea santificado en ti..., sea tenido por santo, no con poco aprecio... No rogamos por Dios al pedir esto, sino que rogamos por nosotros. Ningún bien pedimos para Dios, a quien ningún mal puede amenazar, sino que deseamos el bien para nosotros, para que en nosotros sea santificado su santo Nombre» (san Agustín, *Carta a Proba*).

La Iglesia debe ser la esposa «santa y perfecta» (Ef 5,27) y sus miembros «santos e irreprochables» (Ef 1,4), a título de hijos del Dios santo (Lc 20,56).

«¿Qué quiere decir “santificado”? ¿Acaso que sea santificado aquel que dijo: “Sed santos, como yo soy santo”? Como si nuestra petición pudiera añadir algo a su santidad. Nada de eso. Más bien que sea santificado en nosotros para que también a nosotros llegue su santidad» (san Ambrosio). «El primero de todos los bienes es que el nombre de Dios sea glorificado a través de mi vida» (san Gregorio Niseno).

3) Alabándole y adorándole.

El salmista ve un futuro glorioso, en que todas las naciones glorificarán el nombre de Dios (Sal 86,9); él mismo «ensalzará su Nombre eternamente» (Sal 86,11); la creación en-

tera es una alabanza continua al Señor (Sal 148). Santificarle es verle en todas las cosas (Is 29,23) y practicar la oración de alabanza (Sal 103,1). La primera obligación del hombre es alabar a Dios, pues para eso ha sido creado, para ese primordial quehacer religioso:

«Siervos del Señor, alabadlo,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor
ahora y siempre;
desde que sale el sol hasta el ocaso,
alabado sea el nombre del Señor» (Sal 113,1-3).

Los Salmos constituyen un rosario de invitaciones a bendecir, alabar y glorificar el nombre del Señor (cf Sal 52,11; 54,3,8; 79,9; 106,8; 109,21; 124,8; Is 25,1; Dan 3,43).

8. Reflexiones

1) Los pobres están marcados con el nombre de Cristo, son sacramento de Cristo:

«Tú, Padre, eres un Dios que da su nombre al que está desprovisto de él: a los pequeños, a los que no son nadie, a los que no cuentan, a los abandonados en el naufragio de la vida, a los irremediadamente descalificados, a los que están manchados a los ojos de nuestra sociedad con la culpa imperdonable de no haber tenido éxito, de no haberse hecho un nombre»⁸.

Sólo los pobres pueden presumir de contar entre sus filas al redentor del mundo. Jesucristo no se identificó nunca con un rey, con un sumo sacerdote, con un sabio, o con un doctor de la ley, pero sí lo hizo con los pobres y en su primera predicación pública (Lc 4,18-19) anunció que había venido a este mundo a defender su causa, la causa de

⁸ A. PRONZATO, *El padrenuestro, oración de los hijos*, Sígueme, Salamanca, 159.

los indefensos, de los pobres, de los oprimidos. El mismo que dijo: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo», dijo también: «Tuve hambre y me disteis de comer». Lo primero nos lo hemos creído, pero no así lo segundo. Y si no nos creemos lo segundo, ¿de qué nos sirve creernos lo primero?

2) Momentos antes de dejar este mundo dijo a sus discípulos que las relaciones directas y personales entre ellos y él tocaban a su fin. Él se iba, pero se quedaba. Se quedaba en los pobres, por lo que, en adelante, para relacionarse con él había que hacerlo a través de los pobres: «A mí ya no me tendréis con vosotros», pero a los pobres sí. Si queréis estar conmigo, debéis tener siempre con vosotros a los pobres (Jn 12,8). Por eso, santificamos el nombre de Cristo, cuando nos comprometemos con la causa de los pobres. En los pobres el nombre de Cristo está aplastado, vilipendiado y humillado. En ellos «el nombre que está sobre todo nombre» (Flp 2,9) está por debajo de todos los nombres. Santificamos el nombre de Dios cuando nos empeñamos en que ese nombre excelso sea glorificado en los pobres, en que todo el mundo vea en el rostro de los pobres el rostro de Cristo.

3) Santificamos el nombre de Dios cuando nos comprometemos en la defensa de los derechos humanos que no son otros que los derechos de los pobres, pues los ricos ya se las arreglan para hacer valer sus derechos incluso contra todo derecho. Santificamos el nombre de Dios, cuando hacemos de nuestra vida un servicio a los demás, siguiendo el mandato de Jesucristo que, como «maestro» nos dio la grande y última lección de su vida, haciendo el oficio de esclavo, lavando los pies a sus discípulos —signo de su muerte en cruz— y como «señor» nos ordenó que hiciéramos nosotros lo mismo. Servir a los demás no es un consejo evangélico, es un mandato de obligado cumplimiento (Jn 13,1-16).

«Santifica a Dios quien se pone al lado de los oprimidos para luchar por su libertad cautiva; santifica el nombre santísimo del Padre quien se solidariza con las clases subalternas, entran-

do en el conflictivo proceso social y ayudando, sin odios disgregadores, a crear lazos más fraternos en el tejido social»⁹.

4) Santificamos el nombre de Dios cuando luchamos por una Iglesia pobre, despojada de tanta parafernalia y ostentación, amante y servidora de los pobres, destinatarios preferidos del evangelio (Lc 7,22), porque una Iglesia que no sea pobre, de los pobres y para los pobres, no es la Iglesia de Jesucristo. Cristo fundó su Iglesia con un grupo de pobres. San Pablo dice que Santiago, Pedro y Juan, considerados como columnas de la Iglesia, le encargaron a él y a Bernabé esto: «Que nos acordásemos de los pobres, cosa que he procurado hacer con el máximo interés» (Gál 2,10). De hecho, las comunidades cristianas evangelizadas por Pablo están llenas de pobres: «Considerad vuestro grupo de llamados: no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Dios eligió lo que el mundo tiene por necio para humillar a los sabios; lo débil para humillar a los fuertes; lo vil, lo despreciable, lo que es nada, para anular a lo que es algo» (1Cor 1,26-28).

5) Blasfeman el nombre de Dios los poderosos que oprimen a los débiles; los famosos que marginan a los insignificantes, a los que nada cuentan; los ricos que desprecian a los pobres. «¿No ha elegido Dios a los pobres?... ¿No son los ricos, los que os oprimen?... ¿No son ellos los que blasfeman el hermoso nombre que ha sido invocado sobre vosotros?» (Sant 2,5-7).

6) Hacemos que otros blasfemen el nombre de Dios por nuestra culpa, cuando nos declaramos cristianos practicantes y nuestra conducta está en contradicción de lo que el nombre de cristianos significa y exige de nosotros (Rom 2,24).

7) Blasfemamos el nombre de Dios cuando nos olvidamos

⁹ L. BOFF, *El Padrenuestro, la oración de la liberación integral*, San Pablo, Madrid 1993⁷, 67.

mos de su nombre (Jer 23,27), que llevamos en nosotros (Is 43,7); de nuestro nombre propio que Dios pronunció desde la eternidad y sigue incesantemente pronunciando¹⁰. El nombre que Dios nos impuso al redimirnos (Is 43,1), el nombre nuevo grabado en la piedrecilla blanca que nos identifica (Ap 2,17) y escrito en el libro de la vida (Ap 3,5), el nombre que define nuestra personalidad, marca nuestro destino y condiciona nuestra vida; cuando en lugar de proceder y de actuar con ese nombre verdadero, el de la verdad, que la misma boca de Dios acuñó para cada uno de nosotros (Is 62,2) y que sólo nosotros conocemos, lo hacemos con el nombre falso de la mentira, la hipocresía y la doblez.

... SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

Me moriré de amor sin haber sido
capaz de pronunciar tu nombre amado.
Entre sombras y nieblas te he buscado
y por buscarte anduve tan perdido.

¡En qué lejanos campos o qué olvido
se me quedó mi acento estrangulado,
si no soy más que un llanto arrodillado
contemplando un pasado derruido!

Y con todo, tu nombre en la precisa
geometría que traza el firmamento
se hace rosada luz y tenue brisa.

Círculo de lo eterno, suave aliento
suspendido entre el gozo y la sonrisa,
más próximo al amor que al pensamiento.

(V. SÁNCHEZ PINTO)

¹⁰ Cf R. M. CARLES, *Santificado sea tu Nombre*, BAC, Madrid 1988, 121.

Segunda petición: Venga tu Reino

La versión española: «Venga a nosotros tu Reino» aparece ya en el código mayúsculo D, del S. V-VI, que añade «a nosotros», seguramente influido por Mt 12,28: «Es señal de que ha llegado a *vosotros* el reino de Dios».

1. Reinado mejor que Reino

Hablar hoy del «reino» es emplear un lenguaje arcaico, de otras épocas, en las que el mundo estaba gobernado por reyes y emperadores con poderes absolutos, pero que no es apto para el hombre occidental de hoy, cuando las monarquías han desaparecido casi por completo y las que quedan son puramente testimoniales y carentes de poder. Pedir que venga el reino de Dios resulta inapropiado, pues entre nosotros la corona es simplemente algo figurativo y un Dios figurativo no nos sirve. Hasta el papa se despojó ya de la clásica tiara de tres poderes —rey, emperador y papa—.

Más que de un estado regio, habría que hablar de un estado de bienestar y de progreso, aunque «haya que distinguir entre progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo» (GS 39) ya que puede haber progreso temporal sin crecimiento del Reino, pero el crecimiento del Reino lleva inevitablemente consigo el crecimiento del estado de bienestar que afecte por igual a todos sus miembros, pues, en definitiva, lo que pedimos en el PN es un estado de bienestar sin mezcla de malestar alguno para todos. Más que del Reino hay que hablar del reinado de Dios, o del ejercicio

efectivo del poder divino sobre todas las cosas, de tal modo que Dios sea todo en todo (1Cor 15,28).

2. Dios es rey

Son muchos los textos del AT que confieren a Dios el título de rey. «El Señor es rey de majestad vestido» (Sal 93,1), Creador y Señor soberano de todo, todo le pertenece y ejerce sobre todo un poder absoluto (1Crón 29,11). El Señor es el rey del cielo —un rey celeste—, «el rey de la gloria» (Sal 24,7). Su reino está en el cielo y allí tiene su trono (Sal 47,8; 97,1-2; 99,1; Sab 10,10; Sal 103,19), más allá de las nubes, por encima de las estrellas, en lo más alto, y de las aguas torrenciales del diluvio (Sal 29,11); Dios es rey sobre todos los dioses (Sal 95,3). Es también rey de toda la tierra (Sal 47,8), el escabel de sus pies (Is 66,1); es el rey de todos los pueblos (Sal 22,29), es rey eterno (Sal 47,9; 96,10; 93,2; 146,10); su reino dura por todas las edades (Sal 145,13).

Su trono es firme, bien consolidado (Sal 93,2), porque está sentado en la justicia y el derecho (Sal 97,2). Es un rey justiciero que quiere implantar en la tierra el reino de la justicia y la lealtad (Sal 96,11.13; 98,9). Dios es el rey del mundo, «alegría de las islas incontables» (Sal 97,1), «luz y gozo para los que practican la justicia» (Sal 97,11-12), pero lo es de manera singular de Israel, su pueblo elegido, el cual, desde el principio de su existencia, tuvo un régimen teocrático (Jue 8,23); «Yo, el Señor, vuestro Santo, el creador de Israel, vuestro rey» (Is 45,15).

Pero que sea rey, ya no sólo de Israel, sino del mundo entero: «Que se postren ante él todos los reyes de la tierra» (Sal 72,11); «Que le sirvan todas las naciones», y que haya un solo reinado, el de Dios, en un mundo sin fronteras: «El Señor reinará sobre toda la tierra; en aquel día el Señor será el único y único será su nombre» (Zac 14,9).

3. El mesías, rey

El rey, que inaugurará ese reinado universal y único, es el Hijo del Rey de reyes, el Mesías (Sal 72,1-2), el que implantará en el mundo la justicia y el derecho. Pero no será un rey tirano, sino un rey al estilo del Buen Pastor: «Yo les suscitaré un pastor que los apaciente... Él los conducirá al pasto y será su pastor» (Ez 34,23). «Todos ellos tendrán un solo pastor y caminarán por las sendas de mis mandamientos» (Ez 37,24). El Mesías no impondrá yugos insoportables; al revés, su yugo será suave y ligero (Mt 11,28-30). Los ciudadanos son en todo momento hombres libres. Los profetas, y como ninguno Isaías, contemplan la instauración de un reinado glorioso en el mundo, que será llevada a cabo por el Mesías:

«Un niño nos ha nacido, un niño se nos ha dado; sobre sus hombros el imperio. Y su nombre será: Consejero admirable, Dios potente, Padre eterno, Príncipe de la paz, para ensanchar el imperio, para una paz sin fin, en el trono de David y su reino, para asentarlo y afirmarlo en el derecho y la justicia desde ahora y por siempre» (Is 9,5-6).

Será un rey que «juzgará con justicia a los débiles y con rectitud a los pobres de la tierra» (Is 11,4); que instaurará el reinado de la felicidad, el reinado de la utopía: «Porque el país estará lleno del conocimiento del Señor, como las aguas llenan el mar» (Is 11,9). El mundo estará lleno del amor de Dios, difundido en el corazón de todos los seres humanos, pues es bien sabido que en la Biblia el conocimiento es el amor y, en este caso, quiere decir que el amor, con que Dios nos ama, será el amor difundido en nuestros corazones, con el que los hombres le amaremos a él y nos amaremos los unos a los otros, un reinado de amor que se hace presente en Cristo Mesías:

«Cristo no sólo ha anunciado el Reino, sino que en Él el mismo reino se ha hecho presente y ha llegado a su cumplimiento; sobre todo, el Reino se manifiesta en la persona misma de Je-

sucristo, hijo de Dios e hijo del hombre, quien vino a servir y a dar su vida para la redención de muchos» (RM 18).

Cristo es el rey y el Reino, las dos cosas. Los judíos celebraron con gran entusiasmo la llegada del Reino en la persona de Cristo que hace la entrada triunfal para tomar posesión de su corte, Jerusalén: «Bendito el que viene en el nombre del Señor. Bendito el Reino que llega de nuestro padre David» (Mt 11,10). De hecho, Jesucristo no hará otra cosa que anunciar el Reino, decir lo que es este Reino y manifestarse a sí mismo, anunciar que es el Hijo de Dios. Diríamos que el Reino viene a ser el «predicador predicado»: un predicador, que habla de sí mismo, de lo que él es, de cuál es su obra y su misión, que no es otra que el establecimiento del Reino. Esto aparece claro en Mc 4,11: «A vosotros se os es dado el misterio del reino de Dios», en relación con Mt 13,11: «A vosotros se os ha dado a conocer los misterios del reino de Dios». Según Marcos no se trata de un don del conocimiento de los misterios del Reino, sino de un don, que es el misterio mismo, el designio de Dios presente en la persona de Jesucristo. Por eso, cuando Jesucristo llegó, llegó el Reino, porque Jesucristo es el Reino. Orígenes llama a Jesucristo «*autobasileia*», el Reino mismo. Jesucristo proclama el reinado de Dios con su palabra liberadora (Lc 4,18-19; Mt 11,5), con sus acciones salvíficas: «Los milagros de Jesús confirman que el Reino ya llegó a la tierra» (LG 5).

En Jesucristo se cumple la profecía de Natán a David: «Haré surgir un descendiente tuyo..., y lo confirmaré en mi Reino... Tu casa y tu reino subsistirán por siempre» (2Sam 7,12.16). El mismo Jesucristo se hace llamar hijo de David (Mc 12,35-37). Es rey por ser hijo de David y, de Dios, el rey del mundo (Sal 2,7-8; Jn 1,49).

Según los Hechos (2,36) y Filipenses (2,6-11), Jesucristo es constituido rey en el momento de la resurrección y de la ascensión gloriosa, mientras que en Juan es constituido rey en la cruz. Juan funde en una misma hora la pasión, la resurrección y la exaltación gloriosa. El proceso en el tribunal de Pilato se centra en la realeza de Jesucristo.

Proclamación del rey: Pilato se burla de Jesucristo como rey y Jesucristo se proclama rey: «¿Tú eres rey? Así es, yo soy rey» (Jn 18,37). Para eso ha venido al mundo, para ser rey, pero él no tiene pretensiones políticas de mando, sino de servicio, pues su reinado está asentado en la justicia y el amor (Jn 18,36).

Investidura: (Jn 19,1-3). Le ponen la corona real hecha de espinas, le visten el manto de púrpura y, en forma de parodia, le proclaman rey: «Viva el rey de los judíos».

Presentación al pueblo: Pilato le presenta al pueblo, con la corona y el manto, es decir, como rey: «Aquí tenéis al hombre» (Jn 19,5). «Aquí tenéis a vuestro rey» (Jn 19,14). La espera del rey mesiánico tiene ahora su irónico cumplimiento.

Aclamación popular (Jn 19,15): «Crucifícale»; «no tenemos más rey que al César». Y he aquí el sarcasmo: rechazan a Jesucristo, al que acaban de proclamar rey (Jn 12,12), el único y verdadero rey de Israel, y aceptan al César, renunciando así a las esperanzas seculares y nacionalistas del rey mesiánico.

Entronización (Jn 19,19): Jesucristo muere como rey en su trono real, la cruz, que lleva el título: «Jesús nazareno, rey de los judíos» en tres lenguas: hebreo (la religión), latín (el imperio) y griego (la cultura). Se anuncia a todo el mundo que Jesucristo ha muerto por ser rey.

4. El Reino, centro de gravitación del evangelio

Jesucristo, al establecer en la tierra el Reino, daba cumplimiento a las profecías mesiánicas. Estas son sus primeras palabras en el evangelio de Marcos: «Se ha cumplido el tiempo y el reino de Dios está cerca (ha llegado). Arrepentíos y creed en el evangelio» (Mc 1,15; Mt 4,17). Su misión primordial era esta: «Debo anunciar el reino de Dios..., porque para eso he sido enviado» (Lc 4,43). «Iba por los pueblos y aldeas predicando el reino de Dios» (Lc 8,1). «Recorría toda Galilea predicando el evangelio del Reino». Y lo

mismo los apóstoles: «Fueron por todas partes anunciando la Palabra» (He 8,4). «Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía anunciando la palabra del Señor» (He 15,35). «Felipe se puso a predicar a Cristo» (He 8,5). «Hay que dejarlo todo por el reino de Dios» (Lc 18,29); «por el evangelio» (Mc 10,29). De todos estos textos se deduce que las expresiones «predicar el Reino», «anunciar la Palabra», «predicar el evangelio» y «predicar a Jesucristo» son equivalentes, igual que «reino de los cielos» y «reino de Dios». Marcos y Lucas hablan siempre del «reino de Dios» y Mateo del «reino de los cielos», por lo que a Mateo se le ha llamado el evangelista del reino de los cielos, pues al dirigirse a los judíos, y siguiendo la costumbre del judaísmo, evita pronunciar el nombre de «Dios» y en su lugar pone «cielos».

El sermón de la montaña, el resumen más logrado de la predicación de Cristo, viene a ser la proclamación solemne y la estructuración del reino:

- Las bienaventuranzas (Mt 5,3-12) son la carta magna y la ciudadanía del Reino: «Dichosos los pobres porque de ellos es el Reino».
- Los dirigentes del Reino son los discípulos (Mt 5,13-16), sal de la tierra y luz del mundo.
- Las pragmáticas del Reino regulan las relaciones de unos con otros y con Dios (Mt 5,17-48; 7,13-28). La perfección de la ley está en el amor. Comportarnos con los demás como queremos que los demás se comporten con nosotros.
- La piedad del Reino se apoya en tres pilares: la oración, el ayuno y la limosna (Mt 6,1-18).
- Confianza en el rey y búsqueda del Reino (Mt 6,19-34). Lo principal es la justicia. Lo demás hay que dejarlo en manos del rey.

Hay tal identidad entre el evangelio y el Reino que los evangelizadores tienen la misión de anunciar el Reino: «Jesús los envió con estas instrucciones: “Id predicando que el reino de Dios está cerca de vosotros”» (Lc 10,9). De hecho los apóstoles no hicieron otra cosa. San Pablo se pasó la vida «predicando el reino de Dios» (He 28,31).

5. Naturaleza del Reino

A pesar de que el tema central de la predicación es el Reino, Jesucristo nunca explicó de manera clara y precisa en qué consistía.

5.1. *Un misterio*

El reino de Dios es un misterio lleno de misterios (Mc 4,11) incomprensibles para el hombre; un secreto oculto, indecifrabable. Sabemos que, con la venida de Jesucristo, el Reino esta ya entre nosotros, funcionando y desarrollándose, pero de una manera misteriosa; que caminamos hacia el pleno desarrollo del Reino, pero no sabemos ni cuándo, ni cómo ese Reino funcionará en plenitud. Desconocemos los tiempos, las circunstancias que el Padre ha fijado (He 1,7). Jesucristo no nos dio una definición del Reino, tal vez, porque el Reino es tan complejo que no se deja encerrar en una definición concisa y estricta. Describió el Reino bajo diversos aspectos con parábolas; por eso, para llegar a una aproximación de lo que es, se hace imprescindible acudir a las parábolas. Pero las mismas parábolas indican que el Reino es un misterio, que dejan sin descifrar de manera absoluta. En el capítulo 13 de Mateo encontramos siete parábolas: el sembrador, donde se indican las diversas actitudes ante el Reino; el trigo y la cizaña, que simbolizan a los hijos del Reino y a los hijos del Maligno; la semilla de mostaza y la levadura, que ponen de relieve la pequeñez inicial y la grandeza final del Reino, así como el dinamismo en su desarrollo; el tesoro escondido y el mercader de perlas, que enseñan que por el Reino hay que jugárselo todo; la red del pescador, que señala la fase final del Reino, la escatología. Pero son parábolas llenas de misterios, pues, ¿quién sabe cómo germina el grano y produce hasta el ciento por uno, cómo nace y crece la semilla más pequeña de las hortalizas hasta hacerse la más grande, cómo un poco de levadura hace fermentar toda la masa? ¿Quién lo sabe? Así es el Reino, que crece y crece empujado por el poder oculto y misterioso de Dios.

5.2. *Un Reino político*

Los judíos esperaban un reino temporal y político, consistente en la restauración de la monarquía y del Estado de Israel con poderes absolutos y libertades plenas, un estado de bienestar social, en el que se daría la abundancia de todos los bienes. Eso parecían indicar los profetas, al anunciar un reinado futuro de Dios, lleno de gloria y de felicidad, cuya capitalidad estaría en Jerusalén, el Monte Sión (Is 24,23; Miq 4,6-7; Sal 48,3; cf Mt 5,35). Y esa era la petición del Qaddish: «Haga reinar su señorío..., enseguida y pronto». Los mismos cristianos pedían la pronta venida del Señor. La gesta de los Macabeos responde a esta concepción política, que quiere reimplantar la monarquía, aunque sea acudiendo a la violencia. Esta concepción está presente en los tiempos de Cristo, como lo prueba el deseo de los hijos del Zebedeo de desempeñar los primeros puestos en el reino mesiánico (Mc 10,37), o los de Emaús, que manifiestan su desengaño con la muerte de Cristo en la cruz: «Nosotros esperábamos que él era el libertador de Israel» (Lc 24,21). La misma propuesta del diablo lo dice: «Te daré todos los reinos de la tierra» (Mt 4,8). Tras el milagro de la multiplicación de los panes, los judíos creen que Jesucristo es el profeta anunciado en Dt 18,15-19 y quieren hacerle rey (Jn 6,15). Los mismos discípulos le hacen esta pregunta: «Señor, ¿vas a establecer ya el reino de Israel?» (He 1,6).

5.3. *Un Reino espiritual*

En el judaísmo tardío había también una concepción espiritual y ultraterrena del Reino que será inaugurado tras el juicio final, cuando cada cual recibirá según su merecido: «Los justos alcanzarán el Reino de la gloria, gozarán de la felicidad eterna» (Sab 5,16). «Los malvados recibirán el castigo que merecen» (Sab 3,10). Es el Reino eterno de la visión de Daniel (Dan 2,44), un reinado que se instalará definitivamente en el cielo (Dan 7,13-14).

La pregunta es esta: ¿el Reino es puramente espiritual y escatológico o es también de carácter temporal y humano?

Está claro que el Reino, del que hablan siempre los sinópticos, es un Reino espiritual, pues se identifica con lo que Juan llama «vida» y «vida eterna», y esta vida es la vida sobrenatural, recibida mediante el nacimiento nuevo a través del agua y del Espíritu y que se prolongará en el más allá. Jesucristo vino para darnos esta vida, recibida del Padre y comunicada a los hombres. Al poseer esta vida, entramos en el reino de Dios, el cual, por consiguiente, no es un reino político, terreno y temporal, al estilo de los reinos humanos. Pero tampoco puede haber la menor duda de que el Reino es también un reino sociopolítico, en el sentido de que tiene repercusiones esenciales de orden político y social, pues pretende el cambio, la transformación sustancial de todos los reinos de la tierra; tampoco es un reino político, como lo esperaban los judíos, vinculado a su propio destino y capitaneado por Israel. Es decir, se trata de un Reino que tiene que hacerse presente en el estado social y político humano. Jesucristo fue también un revolucionario social y político, aunque no quisiera liderar facción revolucionaria alguna y rechazara la violencia como instrumento para implantar su reinado, un reinado que no se implanta con la lucha armada, sino con el amor, pues postula una sociedad fraterna e igualitaria. Jesucristo fue condenado por blasfemo, porque, siendo hombre, se hizo igual a Dios, pero también lo fue por ser un revolucionario social, por proclamarse rey. Su doctrina exige, en efecto, un cambio radical en las estructuras de injusticias sociales y políticas. Y si esto no es de orden político, ¿qué es lo político?

El Reino trasciende este mundo, es un Reino eterno, pero esto no significa que no tenga que funcionar en este mundo. Jesucristo dijo: «Mi Reino no es de este mundo», es decir, procede de arriba, de Dios, del rey eterno, que ejerce un señorío incuestionable. Pero se tiene que instalar en la tierra, porque los ciudadanos del Reino son los hombres. Si lo dejamos todo para el otro mundo, lo hemos desvirtuado, pues quedaría clausurado en lo puramente espiritual y religioso. El «reino de los cielos» no significa un reino en el cielo sino el reino de Dios que viene del cielo, pero para realizarse en la tierra, dentro del tiempo. Lanzarlo otra vez

al cielo, más allá de las estrellas, es rechazarlo, desentenderse de él y de sus exigencias de tipo terrenal. «No sería cristiano decir que esperamos que venga el Reino sólo después de la muerte. Eso no es cristiano. Eso es una herejía»¹. Si Jesucristo nos manda pedir su venida, es porque se trata de un reino terreno, pues si se tratara de un reino para el cielo, no haría falta pedir que llegara, pues llegará, sin duda, cuando él lo tenga decidido, aparte de que era tanto como pedir que llegara cuanto antes el fin del mundo o el final de cada uno de nosotros, lo que va en contra del instinto humano de vivir mucho y bien. Dejar el Reino para el mundo de arriba invita a la pereza, una muy cómoda evasión de los graves problemas humanos, a los que el Reino debe dar una respuesta. Eso supondría dejarlo todo en manos de Dios, para que todo lo haga él, cuando lo tenemos que hacer juntos él y nosotros: el desarrollo del Reino es un don de Dios que exige la colaboración del hombre, es fruto de nuestro trabajo y de su poder².

5.4. Fases del Reino

Se pueden distinguir cinco fases en el reino de Dios:

1ª fase: Proyecto de Dios. El Reino es un proyecto eterno de Dios, su proyecto de salvación universal. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

2ª fase: Revelación del Reino. El Reino fue revelado en el AT por los profetas, los salmistas y los sabios para un futuro mesiánico.

3ª fase: Inauguración del Reino. Cuando llega la hora culminante de la historia, Jesucristo inaugura el Reino en la

¹ F. F. RAMOS, *El anuncio del evangelio. La evangelización nueva*, Naturaleza y Gracia 42 (1994) 30.

² J. GALOT, *El reino de Dios*, BAC, Madrid 1978, 3-10.

tierra, con su palabra, con su muerte y con su resurrección. El Reino eterno, revelado en el AT, se hace presente, de manera real, en la historia humana. Con Jesucristo ha llegado el Reino: «El Reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17,21). «El Reino está ya misteriosamente en nuestra tierra» (GS 39).

4ª fase: Desarrollo del Reino. El Reino tiene unos inicios muy humildes, pero un poder infinito, capaz de extenderse al mundo entero, lo que hará poco a poco. Su desarrollo se deberá a la actuación de Dios y a la colaboración del hombre.

5ª fase: Plenitud del Reino: Escatología final. La palabra anunciadora del Reino (el evangelio), el Reino mismo, llegará a todos los confines de la tierra (Mc 13,10). El puñado de levadura terminará por hacer fermentar a toda la masa: «El Señor reinará sobre toda la tierra. En aquel día el Señor será único y único será su nombre» (Zac 14,9). El Reino llegará a su perfección en la parusía.

Es el final de la historia humana. El Reino retorna al cielo, de donde vino, con la tierra transformada, una tierra hecha cielo. La Palabra ha fructificado en la tierra y ha retornado al cielo, tal como lo anunció Isaías (Is 55,10-11).

El Reino no se agota en la historia humana, va más allá de la historia, donde las realidades conseguidas en su realización histórica llegan a una plenitud eterna. «Su poder es un poder eterno, que nunca pasará y su reino no será destruido jamás» (Dan 7,14). «El Señor reinará eternamente..., y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33).

Por tanto, el Reino es y no es; es de aquí y de allí, es temporal y eterno, presente y futuro. Esta tensión entre la espera y la realización es una realidad muy clara en las parábolas del Reino. De la primera fase hablaremos en la tercera petición, pues la voluntad de Dios coincide exactamente con el proyecto salvador de Dios y con el reino de los cielos. Sobre la segunda, ya hemos hablado al referirnos al Mesías rey. Sobre la tercera, aunque ya hemos dicho algo, conviene añadir que Jesucristo instaura el Reino destruyendo las

obras del diablo. En realidad la instauración del Reino supone una lucha abierta entre las fuerzas del bien (Dios) y las fuerzas del mal personificadas en el diablo: «Si yo echo los demonios con el poder de Dios, es señal de que el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 11,20). Los milagros y las curaciones significan que Cristo ha vencido a Satanás, los poderes del mal, y que el Reino importa la liberación integral del hombre, no sólo de lo que se refiere a la esfera de lo interior y de lo espiritual. «El diablo cae del cielo como un rayo» (Lc 10,18) para terminar encadenado (Ap 20,2-3) con su reinado destrozado, mientras que el reinado de Dios queda definitivamente instalado en la tierra (Lc 17,21).

Ahora estamos en la cuarta fase del Reino. Jesucristo nos ha entregado la fuerza y el poder del Espíritu Santo, para que ese Reino, que comenzó a desarrollarse el día de Pentecostés, llegue a su plenitud. Con ese poder tenemos que construir el Reino y acabar con todas las fuerzas del mal, con la seguridad de que el mal será vencido para siempre. Estamos en los tiempos de la germinación y del crecimiento de la semilla, cuando el Reino ha pasado de la Palabra al poder: «Pues el reino de Dios no es cuestión de palabras, sino de poder» (1Cor 4,20) Este poder de Dios acabará con todo mal. El aoristo (*elzeto*: venga), sin que excluya la venida progresiva del Reino, hablaría más bien de una venida única y se referiría a la intervención definitiva de Jesucristo en la historia humana, que terminará con el tiempo presente y será el inicio del tiempo futuro del reinado eterno de Dios (Mc 9,1; Is 49,9-10). Cuando esto suceda, se habrá llegado a la quinta fase, la plenitud, el Reino perfecto. La esperanza del Reino se verá colmada con la realización de un pueblo justo, un pueblo universal de justos. «Sabemos que Dios prepara una nueva tierra en la que habita la justicia» (GS 3a). Entonces vendrá el Hijo del hombre con gran poder y fuerza, el maligno será aniquilado para siempre y todas las fuerzas del mal destruidas (Ap 2,10). «Satanás será arrojado al estanque de fuego y azufre..., por los siglos de los siglos» (Ap 20,10). Cristo tomará posesión del Reino y «todo le será sometido» (1Cor 15,28). Todo es perfecto en la tierra, se ha cumplido la ley de la utopía evangélica: «Sed

perfectos como mi Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Entonces «Cristo entregará el Reino a su Padre» (1Cor 15,24). «Cuando todo le esté sometido, también el Hijo se someterá al Padre, que lo sometió todo a él, para que Dios sea todo en todas las cosas» (1Cor 15,28). Hemos llegado al fin: la felicidad eterna para todos, utopía, el lugar feliz.

La culminación del desarrollo del Reino se realizará en la segunda venida de Cristo, lo que llamamos parusía. Bien podemos decir, por tanto, que el reinado de Dios es una realidad escatológica. Lo es en el presente y lo será en el futuro, porque Jesucristo, con su primera venida, inaugura la escatología, la presente, la ya realizada, y con su segunda venida inaugurará la escatología final, todavía por realizar. Al Reino no se le puede lanzar únicamente a la escatología final, hay que vivirlo y realizarlo en la escatología presente, la que de momento nos importa.

Queda clara la tensión del Reino entre el presente y el futuro, el Reino terrestre y el celeste, lo que constituye una misma realidad, que es eterna y temporal, pues se realiza en el hoy histórico de la humanidad. El Reino es el «ya» y el «todavía no», una realidad y una promesa, un futuro que tenemos que ir realizando en el presente. El quehacer de nuestra generación y de todas las que vengan detrás es trabajar para que se realicen las características del Reino, que no son pocas: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz.

Nos vamos a fijar sólo en dos: la bondad y la justicia.

5.5. *El Reino de la bondad*

El Reino, el reinado de Dios, es bien diferente al de los sátrapas de la Antigüedad y al de los dictadores déspotas de nuestros días, pues es el reinado de la bondad, en el que la ciudadanía está constituida por una familia de hermanos y en el que Él es el servidor de todos.

La esencia del Reino es, en efecto, la bondad, pues el rey es la bondad misma y porque las relaciones de sus ciudadanos debe regirse por la bondad. Así lo ponen de manifiesto las parábolas:

• *Los obreros de la viña* (Mt 20,1-16): unos van a trabajar al salir el sol, otros a las nueve de la mañana, a las tres y a las cinco de la tarde. El dueño de la viña les paga a todos por igual, comenzando por los últimos, los que apenas trabajaron una hora, para que los de la primera hora vean que todos reciben el mismo salario. Dios tiene una incomprendible bondad que todos recibimos de él por igual, pues todo es gracia. Si vemos mal que los demás reciban igual que nosotros, sin merecerlo como nosotros, es porque nuestros ojos son malos (Mt 20,15), porque nuestras relaciones con los demás están regidas por la envidia y no por la bondad.

• *El deudor despiadado* (Mt 18,23-35): un rey acreedor exige de un deudor suyo el pago de una deuda impagable, de muchos millones. El deudor suplica el aplazamiento de la deuda que está dispuesto a pagar, cosa que resulta absolutamente imposible. El acreedor le concede más de lo que pide, le perdona la deuda. En un mundo materializado, donde reina el dios dinero, tanta generosidad, tanta bondad, resulta incomprendible. Pero esta inmensa bondad exige del deudor que se deje transformar por la bondad, cosa que aquí no sucede. El deudor, que era a su vez acreedor, trata de manera cruel a su deudor, algo que ni los demás súbditos del rey, ni el mismo rey, pueden tolerar. Si Dios procede con nosotros con una bondad infinita, nosotros debemos proceder unos con otros a imitación suya.

• *Los dos deudores* (Lc 7,41-42): «Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía diez veces más que el otro. Como no podían pagarle, se lo perdonó a los dos». Estamos ante un caso singular, que lo perdona todo, una generosidad inaudita en un prestamista. Así es de magnánima e incomprendible la bondad de Dios. Así era Jesucristo con los pecadores. Y así debemos ser nosotros.

• *El padre bondadoso* (Lc 15,11-32): el hijo pródigo llega hasta el estado más deplorable y degradante, tanto en lo físico como en lo moral. Lo ha gastado todo en vino y en mujeres. El protagonista de la parábola, el padre, lo olvida todo y le recibe con un amor infinito y una alegría desbordante. Al final aparece la maldad del hijo mayor, cosa que no debe ser así. Las relaciones del triángulo padre-hijo me-

nor-hijo mayor deben ser relaciones de amor y de bondad. Si el padre es bueno con sus hijos, los hijos deben serlo también entre ellos.

• *El sembrador* (Mt 13,3-23): el Reino está destinado a todos, pero sólo se abre camino en los que están instalados en la bondad. La semilla del Reino únicamente es productiva cuando la tierra es buena, pues si es mala, unas veces muere sin germinar, otras germina pero no crece y otras crece pero no echa espigas, mientras que cuando es buena produce el 30, el 60 y hasta el 100 por uno. En Palestina cuando alcanza el 10 por uno es ya una cosecha extraordinaria. El énfasis se pone no tanto en la semilla, que es óptima, como en la calidad de la tierra. El que la cosecha sea más o menos abundante no depende de la semilla, que siempre es la misma, sino de los grados de bondad de la tierra, así como del cultivo que se le haya prodigado; el establecimiento, la extensión y el progreso del Reino depende, en gran medida, de la calidad y de las disposiciones del corazón de los hombres. La esencia de la parábola está en el contraste de las cuatro clases de tierra, es decir, de las diferentes clases de personas. En las que tienen el corazón lleno de maldades —la tierra estéril— el Reino se estanca, mientras que en las que tienen el corazón más bondadoso —la tierra más fértil— el Reino avanza de manera prodigiosa. Sólo la tierra «buena» es el espacio apto para el Reino.

• *La oveja perdida* (Lc 15,4-7): la oveja perdida es el símbolo del pecador, del alejado, del extraviado. La parábola pone de relieve el inmenso amor de Dios a los pecadores. Su amor a las ovejas es tan grande que no quiere que se pierda ni una sola (Mt 18,14). El buen pastor ejerce sobre las ovejas una solicitud y una bondad dinámica. Va en busca de las ovejas donde quiera que estén y no cesa hasta encontrarlas. En eso consiste la esencia misionera del evangelio. Los pastores no pueden permanecer estáticos en el reducido redil del templo, contemplando siempre a las mismas ovejas, entretenidos con ellas en el idilio de un diálogo narcisista y estéril, esperando a que vengan las otras ovejas, las que están lejos; tienen que evangelizar —pues esa es su misión fundamental, su razón de ser—, tienen que salir en

busca de los que no vienen, de los que no pueden venir, o porque están desorientados y descarriados, o porque están atrapados en la trampa mortal del Maligno, para liberarlos de sus cadenas y enseñarles el camino recto, para acompañarlos y ayudarlos a traspasar las puertas del Reino siempre abiertas para todos. Y deben hacerlo a costa de lo que sea, hasta de la propia vida, pues el buen pastor da la vida por las ovejas (Jn 10,11). Así es de bueno. Se echa a los hombres la oveja perdida y encontrada, lo que es signo de un exquisito sentimiento de bondad. Los pastores deben ser conscientes de que son los pecadores, y no los «fieles practicantes», los primeros destinatarios del evangelio. Jesucristo fue en busca de las ovejas perdidas de Israel (Mt 15,24) y en busca de los pecadores (Mt 9,13), los acogía, se juntaba con ellos, los invitaba a comer y se dejaba invitar por ellos (Mc 2,15; Lc 15,2), lo que, entonces para los fariseos —y ahora para los beatos— constituía un gran escándalo. Ellos deben ser la parcela preferida de la evangelización, a la que hay que ir derramando amor y misericordia, la infinita bondad del evangelio, cosa que sólo saben y pueden hacer los «buenos pastores».

• *El buen samaritano* (Lc 10,30-37): la clave de la parábola es la bondad, la caridad, la misericordia; proclama la universalidad del prójimo y la universalidad del amor; todos son mi prójimo, no sólo mis conciudadanos; todos los seres humanos son acreedores a mi amor. El ciudadano del Reino tiene el deber de socorrer al que lo necesita, y el necesitado de socorro tiene derecho a ser socorrido por todos los que están en condición de socorrerle. El doctor de la ley preguntó: «¿Quién es mi prójimo?». Y Jesucristo, con esta parábola, le responde: prójimo es todo aquel que se encuentra en estado de necesidad. Ni el sacerdote, ni el levita, intérpretes de la ley y de la religiosidad, conocían el secreto del Reino, mientras que un laico, que ni siquiera era lo que hoy llamamos «practicante», lo conocía y lo practicaba muy bien: la bondad. Una bondad generosa y desinteresada. Se trata de hacer siempre el bien y sin mirar a quién, a quien sea y como sea, sin distinción de raza y religión. El sacerdote y el levita, con su conducta llena de insolidaridad, pa-

ralizan la marcha del Reino, mientras que el buen samaritano, con la suya llena de generosidad, lo hace avanzar. Esta es la parábola de nuestra fraternidad humana, como el PN es la oración de nuestra filiación divina, dos joyas literarias de la Biblia, grabadas en el frontispicio de la entrada al reino. Los «buenos samaritanos» son los mejores misioneros del Reino.

Todo esto quiere decir que el reino de Dios está configurado por un nuevo orden centrado en la bondad de unos con otros, fruto de la bondad inagotable de Dios.

5.6. *El Reino de la justicia*

La columna vertebral de la Biblia es la justicia. Toda ella nos habla del reino de Dios, que se asienta en estos cuatro fundamentos: la igualdad, la libertad, el amor fraterno y la justicia social. Postula un nuevo orden de justicia, un mundo justo y santo, en el que se hagan realidad las palabras del Señor a Israel: «Vosotros sois mi especial propiedad entre todos los pueblos de la tierra: vosotros sois un reino de sacerdotes, un pueblo santo» (Éx 19,5-6). Israel fue elegido para ser un pueblo piloto, el pueblo de la justicia, pero fue el pueblo de la injusticia, como denunciaron con todo vigor los profetas. La pretensión frustrada con Israel será una realidad lograda en el reino universal de Dios, cuando todos los pueblos estén gobernados por Dios como un pastor apacienta sus ovejas (Ez 37,23-60).

a) *Yavé, justicia nuestra* (Jer 23,6)

He aquí la más exacta definición del Dios de la Biblia: Yavé justicia nuestra (Jer 26,6; 33,16). Yavé es el Señor de la justicia (Tob 13,7), la sede de la justicia (Jer 31,23; 50,7); las bases de su trono son el derecho y la justicia (Sal 89,15; 97,2; 111,3; 119,142.144; Is 28,17); Dios justo y recto (Dt 23,2), justo y salvador (Is 45,21) que odia la injusticia y ama la justicia (Sal 11,7; 33,5; 37,28; 45,8; 99,4); sus caminos

son justos (Dt 32,4); sus obras son redentoras y salvíficas (Is 45,21; 51,5-6; 56,1; 62,1), justicia pura (Jue 5,11; 1Sam 12,6; Sal 103,6; Dan 9,16; Miq 6,5); todo lo gobierna con justicia (Sab 12,15), porque es el juez justo (Sal 9,9; 11,20; 51,6; 67,5; 96,13; 98,9; Jer 11,20; 1Pe 2,23), intachable siempre cuando juzga (Sal 56,1); dicta decretos justos (Sal 119,7.62.75.106.160.164.172). Al hacer justicia, nos revela su naturaleza (Sal 9,17), de su boca sale la palabra justa, irrevocable, la verdad misma (Is 45,19.23-24; Prov 8,8), pues en él la justicia y la verdad son una misma cosa (Sal 96,13).

La palabra justicia (*sedaqah*), referida al hombre, significa, lisa y llanamente, justicia interpersonal, justicia social, la única justicia verdadera. La historia bíblica demostró, como atestiguan los profetas, que la justicia legal se convierte fácilmente en legalización de la injusticia por el poder constituido que promulga leyes injustas; que la justicia conmutativa se convierte también en la institucionalización de la injusticia ejercida por los más poderosos, y que la justicia distributiva —que en teoría establece la igualdad entre todos— termina igualmente convirtiéndose en la ley del embudo dictada por los grupos de presión.

Según la Biblia, la justicia consiste en el cumplimiento de todos los deberes que rigen en cada momento las relaciones con los demás; es, pues, un concepto de relación, de solidaridad, comunitario: hacer en cada instante lo que hay obligación de hacer en la convivencia humana.

Cumplir la justicia es practicar la verdad, la fidelidad, la bondad, la misericordia, la limosna y el amor (Os 12,7; Sal 85,11-14; 89,15; 101,1; Zac 7,9; Sof 9,8). Y el amor y la misericordia son la justicia llevada a sus cumbres más altas (Is 41,2; 10; 42,6.21). La palabra justicia comprende todo el conjunto de bienes a los que el hombre tiene derecho, darle lo que le pertenece y lo que le hace falta: pan a los hambrientos, libertad a los oprimidos, cultura a los ignorantes, consuelo a los afligidos, trabajo a los parados, etc. En definitiva, justicia es servicio y fidelidad a la comunidad.

En última instancia, la justicia es la salvación del que está en peligro y la liberación del que está esclavizado (Sal 51,16;

71,15; 98,2; 119; 123; 132,9.16; cf Rom 10,10). En el AT jamás se habla de justicia en el sentido de castigo o condenación; hacer justicia a uno es salvarle, no condenarle; la justicia es siempre un bien salvífico. Practicar la justicia es defender la causa de los desdichados (Sal 140,13), de la viuda, del huérfano (Is 1,17), del desvalido y del pobre (Jer 22,16), no lesionar el derecho del extranjero y del huérfano, del pobre y de la viuda (Éx 23,6; Dt 24,17; 27,19; Is 10,1-3), no hacer violencia ni derramar sangre inocente (Jer 22,3), no oprimir a nadie (Job 37,23), liberar al oprimido de las manos del opresor (Jer 21,12; 22,3; 9,23; 11,20; 23,6), decir la verdad en los juicios (Prov 12,17), practicar la generosidad, dar a los pobres, repartir los bienes (Prov 21,26; Sal 112,9; 2Cor 9,9), para que así se establezca la nivelación económica (1Tim 6,18; 2Cor 8,13-14; He 4,32.34-35), partir el pan con el hambriento, vestir al desnudo, albergar a los que no tienen cobijo (Is 58,7; Ez 18,7).

A veces justicia está por lo que llamamos limosna u obras de caridad (Si 3,30; Tob 12,8; 14,9); el justo es un hombre caritativo (Tob 7,6; 9,6; 14,9; Mt 25,31-46), un filántropo (Sab 12,19); y es que dar limosna y hacer obras de caridad es cumplir la justicia, hacer lo que hay obligación de hacer: hacerse guía del prójimo (Prov 12,26), ser ojos para el ciego, pies para el cojo, padre de los pobres y cuidarse de la causa del desconocido (Job 29,14-16), romper las cadenas injustas, dejar libres a los oprimidos, quebrar todos los yugos (Is 58,6), devolver lo robado (Ez 18,7; 33,14) y odiar las rapiñas y el crimen (Is 61,8).

He aquí, pues, la primera y más fundamental obligación del hombre: practicar la justicia (Dt 6,25; 16,20; Zac 8,16); en esto, y no en otra cosa, consiste la conversión, el conocimiento de Dios, la santidad (Os 12,7; Tob 13,8; Is 5,16): «Tu padre, sí, comía y bebía, pero practicaba el derecho y la justicia, y todo le iba bien. Hacía justicia al débil y al pobre y todo le iba bien. ¿No es eso conocerme?, dice el Señor» (Jer 22,15-16). La cosa está clara: Dios es la justicia, sólo los justos pertenecen a Dios.

b) *Un germen justo que ejercerá el derecho y la justicia (Jer 33,15)*

En la tienda de David —un rey que administró derecho y justicia al pueblo— (1Crón 18,14; 2Sam 8,11) se sentará un juez amante del derecho y dispuesto a la justicia (Is 16,5; Sal 45,4.7-8; 72,1-2).

Este rey, que reinará con justicia y gobernará según derecho (Is 32,1), es el germen justo que el Señor suscitará a David (Jer 23,5; 33,15). Con su llegada todo quedará inmerso en una justicia cósmica (Is 45,8). El abanderado de la justicia (Is 63,1; 11,5; 61,10), el siervo, el elegido del Señor que no desfallecerá hasta implantar en la tierra el derecho (Is 42,1-4). El Señor le ha llamado para la justicia, para instalar en la tierra la libertad (Is 42,6). Juzgará con justicia a los débiles, sentenciará en favor del pobre, salvará al indigente y aplastará al tirano (Is 11,4; Sal 72,4).

La obra salvadora del Mesías importa el restablecimiento de la justicia (Is 9,6; 11,3.5-9; Jer 23,6; Is 45,8; 60,17; 61,3; 62,2), hacer justos a los hombres, a través de sus sufrimientos y cargando con nuestras maldades (Is 53,11). Esta fue la misión de Jesucristo, la figura ejemplar del hombre justo (Mt 17,19), reconocido así por el centurión romano (Mt 23,47) y presentado como «el justo» en la predicación de los apóstoles (He 3,14; 7,52; 22,14). Él es perfectamente justo (1Jn 2,1), el rey de la justicia (Heb 1,9). Dios le hizo pecado por nosotros, para que nosotros viniéramos a ser en Él justicia de Dios (2Cor 5,21), llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero para que nosotros, muertos a los pecados, vivamos para la justicia (1Pe 2,24). Por él nos hemos llenado del fruto de la justicia (Flp 1,11), porque Dios le hizo para nosotros justicia, santificación y redención (1Cor 1,30); es decir, Dios le hizo liberación, pues vino a liberar a todos los oprimidos, a establecer las libertades individuales y colectivas (Lc 4,18), garantizadas por el ejercicio de la justicia, y no desfallecerá hasta que haga triunfar la justicia (Mt 12,18-20), pues vino a establecer el Reino anunciado por los profetas, el reino de la justicia social, un reino de justos (Is 60,21). El plan de Dios tiene que triun-

far. Los injustos serán definitivamente eliminados de este Reino (Sal 101,8; 145,20; Mal 3,11-20) y los justos se alegrarán (Sal 68,3-4) y heredarán la tierra (Sal 37,28-29). Nos encontramos ante la salvación definitiva, ante la justicia sin fin.

Esto se conseguirá únicamente por el evangelio, «que es fuerza de Dios para la salvación de todo el mundo, porque en él se revela la justicia de Dios, una justicia de la fe» (Rom 1,16-17). El evangelio es salvación, porque es justicia. Esta justicia se da por la fe y en el hombre de fe. Un hombre de fe, un cristiano, que no practique la justicia, es una contradicción *in terminis*, pues si no hay justicia, no hay cristianismo. El evangelio es Jesucristo y Jesucristo es la justicia (Rom 3,21-22). Y cuando san Pablo habla de la justicia, quiere hablar de la justicia y no de otra cosa, de la justicia social, la misma que con tanto vigor proclamaron los profetas; no se puede decir que la justicia es simplemente la santidad, algo que se realiza en el interior del alma, algo, por consiguiente incomprensible, invisible, que se pierde en la esfera de lo puramente espiritual, aunque, naturalmente, la práctica de la justicia conlleve ese estado de santidad.

c) *Buscad primero el reino de Dios y su justicia (Mt 6,33)*

Es un Reino que tenemos (1Cor 6,11) y que no tenemos (Rom 5,19), que es todavía teoría pura, aunque sea la más bella y la más sublime; sólo ha logrado realizarse en pequeñas selectas minorías y, como en ninguna, lo fue en las primeras comunidades de los frailes menores de san Francisco de Asís. Porque «el reino de Dios es justicia y paz» (Rom 14,17). Llegará un momento, en que la justicia reine, en que desaparezcan todos los injustos y el pueblo de Dios sea un pueblo de justos (Is 9,5-6; 11,3-9; 42,6-7; 45,13; 60,21; 61,1-11; Jer 23,5-6; 32,1-17; 33,15-16; Sal 6,9; 37,28-29; Mal 3,19-21; 1Cor 6,9; Lc 13,27; Mt 25,31-46). Esto es ya obra de los hombres y muy singularmente de todos los creyentes. El adjetivo «justo» en el AT llegó a significar sim-

plemente que se pertenecía al pueblo elegido, el pueblo de la justicia (Sal 7,9; 17,1-5; 18,22-24; 26,1-6) y en el NT significó también pertenecer a la comunidad cristiana; en 2Pe 2,21 se define al cristianismo como «el camino de la justicia».

Lo primero que tiene que buscar un cristiano es la justicia, pues todos los demás bienes serán una consecuencia del triunfo de la justicia (Mt 6,33; Lc 12,31), antes que rezar, ir a misa y ofrecer sacrificios (Am 4,4-5.22; Miq 6,6-8; Si 35,11; 1Cor 11,20-21). Dios sólo recibe con agrado los sacrificios de justicia, pues sin justicia, no hay sacrificio válido y la oración no sirve para nada (Sal 4,6; 51,21). El hombre manifiesta su justicia para con Dios en el culto, pero el culto sólo puede ser celebrado por los que sean justos (Sal 15 y 24); las «puertas de la justicia», entrada al templo, sólo pueden ser atravesadas por los que practican la justicia (Sal 118,19-20; Is 26,2); y del culto hay que salir más justos aún (Lc 18,14). Una misa de injustos no es misa. El ministerio de la Iglesia es el ministerio de la justicia (2Cor 3,9; 11,15). A Dios sólo se le sirve en la justicia, con la justicia (Lc 1,75). «Dios es justo..., el que hace la justicia ha nacido de él» (1Jn 2,21), «es justo, como él es justo» (1Jn 3,7). De esta manera, el hombre, purificado de todo pecado, es decir, de toda injusticia (1Jn 1,9), se ha hecho «esclavo de la justicia» (Rom 6,16-20). A través de esta esclavitud entra en la absoluta y perfecta libertad, pues la libertad cristiana sólo se realiza desde la vinculación con Jesucristo, el gran libertador (Jn 8,36; Gál 5,1.13; 2Cor 3,17; Rom 8,21).

El cristiano, cuyo constitutivo esencial es la justicia (Rom 5,19), debe empuñar las armas de la justicia (Ef 6,13-14), con la derecha y con la izquierda (2Cor 6,7), y luchar con ahínco, sin tregua y sin descanso, para que la justicia triunfe (Mt 5,6; Is 62,1-2), proclamar, defender y practicar la justicia aún a costa de sufrir y de ser perseguido por tan noble causa (1Pe 3,14; Mt 5,10), hasta que la justicia de Jesucristo llegue a su realidad viviente en todos los hombres (Rom 5,18). Si un cristiano no es esto, no es nada; el hombre nuevo ha sido creado por Dios en la justicia, para la justicia (Ef 4,24; 1Pe 2,24), pues la justicia es lo que salva (Ez 14,14-20;

18,21-22; Prov 10,2; 11,4.6.19; 12,28; 21,21) y sólo el justo es grato a los ojos de Dios (Is 64,4; He 10,35; Prov 15,9); el hombre encuentra la felicidad en practicar la justicia (Prov 13,6; 16,31; 21,15). Los sabios de Israel sentenciaron que la justicia es el engrandecimiento de una nación y la injusticia la decadencia de los pueblos (Prov 14,34); que «más vale poco con justicia, que mucho sin limpieza» (Prov 16,18). Jesucristo, al final, argüirá al mundo de justicia, es decir, de la obligación que tiene de implantar la justicia, manifestada por él mismo, que es la justicia misma ahora junto al Padre (Jn 16,10).

El juicio final no será sino un juicio a la colectividad humana sobre la justicia, que hemos o que no hemos practicado (Mt 25,31-46; He 17,13; 1Sam 26,23; Sal 9,9; 98,9); en la nueva tierra será definitivamente instaurada la justicia eterna (2Pe 3,13; Dan 9,24; Ap 21,1); entonces se cumplirá el anhelo de los oprimidos y de los explotados (Is 61,1-3; Sal 72,4; 147,6; Lc 1,52; Mt 5,6), porque ellos, los justos, heredarán la tierra (Sal 37,29; Mt 5,6).

Esta justicia colectiva no se conseguirá por la ley, la cual es incapaz de generarla (Rom 3,11.20.21.28; 4,13; 5,20; 7,6; 1Cor 15,56; Gál 3,10.11.21; 4,4-5; 5,4; Flp 3,6). La justicia de los fariseos es una justicia falsa, porque se apoya únicamente en el cumplimiento riguroso y escrupuloso de una fría normativa legal y proclama, en definitiva, una religión puramente humana (Mt 23); la justicia de los cristianos tiene que superar la de los fariseos, porque se apoya en Dios y sirve al hombre. Esta justicia se consigue únicamente por la fe en Jesucristo (Rom 1,16-17; 3,21.26.28; 4,3; 5,1; 6,11.13.23.24; 9,30-31; 10,2-4; Gál 2,16; Flp 2,8; 3,6; Heb 11,4.7.33). Una fe originada por la justicia de Jesucristo y originante de la justicia humana (2Pe 1,1). «La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve» (Heb 11,1). Y lo que se espera es la justicia: «Nosotros, por el espíritu, que viene de la fe, estamos en expectación de la justicia, que esperamos» (Gál 5,5). La fe, pues, nos da la certeza de que la justicia de uno (Jesucristo) traerá a todos los hombres la justicia (Rom 5,18-19; 4,5). No se trata de la fe intelectual, sino de la fe del corazón, pues «la fe del

corazón consigue la justicia» (Rom 10,10). Este mundo de injusticias sólo acabará cuando funcione el corazón de los hombres y el amor sea la norma de convivencia social, la única norma capaz de acabar con las injusticias y de hacer de todos los hombres y mujeres del mundo una comunidad de hermanos, con una manera de vivir civilizada, en una sociedad en paz y en orden. La justicia se consigue también por las obras (Sant 2,24), pero entendiendo bien que estas obras no son las obras de la ley, sino las obras del amor, de la hospitalidad y de la beneficencia, es decir, de la justicia (Sant 1,27; 2,15-17.25). La fe, en definitiva, es obediencia (Rom 1,5) al evangelio (Rom 10,16), una «obediencia para la justicia» (Rom 6,16), pues evangelio y justicia son una misma cosa (Rom 1,16-17; 3,26).

La justicia llegará (Rom 5,19). Cuando llegue será una gracia total, «el don de la justicia» (Rom 5,17), «la justicia de Dios» (Rom 3,21-22.26; 10,3), porque viene de Dios, porque la regala Dios y porque sólo desde Dios el hombre será capaz de hacer que la justicia triunfe por doquier. Para que esta gracia llegue, se requiere una especial educación del hombre. De conseguir esta educación es de lo que trata la Biblia, toda ella, pues «toda Escritura es útil para educar en la justicia» (2Tim 3,16).

5.7. Reino dinámico

El Reino está en etapa de desarrollo y se encuentra en dificultades. Esta petición tiene su contrapunto evangélico en la parábola de las monedas³. Frente a los que claman «venga tu Reino» están los que gritan «no le queremos por rey» (Lc 19,14), «no tenemos más rey que al César» (Jn 19,15). El Reino se debate en esta tensión, en la que se enfrenta al «poder de las tinieblas» (Lc 22,53), hasta el triunfo definitivo, al final de la historia, cuando «todos tendrán un solo rey» (Ez 37,22). El Reino ha irrumpido en el mundo con un dinamismo que avanza en una doble coordenada:

como salvación y como escatología, debe culminar en la salvación universal al final de la historia. El proceso es lento, la fermentación de la masa no se hace de manera espectacular (Lc 17,20-21). Una prueba de que el Reino está aquí y de que avanza con gran poder y fuerza es esta: «Los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el evangelio a los pobres» (Lc 7,22; cf Lc 4,18-19; Is 61,1-2).

El compromiso con el Reino comienza en nuestra vida con nuestra propia conversión: «Se ha cumplido el tiempo y el reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed en el evangelio» (Mc 1,15). «Afírmese tu Reino en nuestras vidas» (*El Qaddis*). Pedimos que el Reino sea una realidad en cada uno de nosotros y en todos los pueblos de la tierra (Mt 8,11). Jesucristo, con su victoria sobre las fuerzas del mal, ha ganado la guerra, el reinado de Dios está asegurado. Ahora hay que ir ganando batallas poco a poco hasta el triunfo final. Aquí no tienen sitio los catastrofistas ni los profetas de desventuras, los que creen que este mundo no tiene arreglo, pues el Reino de la bondad y de la justicia es un hecho incuestionable. Hacia él nos dirigimos con optimismo y con la esperanza cierta de que a él arribaremos. «El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás no es apto para el reino de los cielos» (Lc 9,62).

El pesimista es un hombre sin fe, sin esperanza, no es apto para el Reino. El ciudadano del Reino es progresista y arriesgado, sabe que el Reino es dinámico, que avanza siempre hacia nuevas cotas de bienestar y que estará en crecimiento continuo hasta que logre instalarse en el mundo entero. Jesucristo envió a los 72 discípulos a predicar el Reino (Lc 9,2). El número 72 indica todos los pueblos de la tierra (Gén 10).

El Reino opera cambiando y transformando el mundo: «El Reino tiende a transformar las relaciones humanas y se realiza progresivamente, a medida que los hombres aprendan a amarse, a perdonarse y a servirse mutuamente» (RM 15), es el fin de todo mal y la posesión de todo bien en un nuevo mundo transformado, en el que todos disfrutarán de los grandes valores que comporta, «la paz, la justicia, la li-

³ Cf J. M. PERO-SANZ, *Venga a nosotros tu Reino*, BAC, Madrid 1987, 4.

bertad, la fraternidad» (RM 17), cuando ya no habrá «enfermedades ni sufrimientos» (RM 14).

6. Los ciudadanos del Reino

6.1. *Todo el género humano*

Todos somos candidatos a ser ciudadanos del Reino (Mt 8,11). «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,4). Jesucristo vino al mundo para que esa salvación universal sea una realidad (1Tim 1,15). Su sangre fue derramada en la cruz por todos los hombres (Mc 14,24). La voluntad del Padre es que no se pierda ni uno solo (Jn 6,39; Mt 18,14). Se trata de que el plan salvífico de Dios sea una realidad en el mundo entero: «La universalidad de la salvación no significa que se conceda solamente a los que, de modo explícito, creen en Jesucristo y han entrado en la Iglesia. Si es destinada a todos, la salvación debe estar en verdad a disposición de todos» (RM 10). Todos están llamados, pero no todos responden a esa llamada. Y aunque el reino, en su estadio final, será efectivamente universal y en él tendrán cabida todos los seres, sintetizando mucho, debemos decir que los ciudadanos preferidos son los pobres y los excluidos son los ricos.

6.2. *Los pobres, los preferidos*

¿Quiénes son los famosos «pobres de Yavé», tan celebrados en la Biblia como objeto de predilección divina y como los más grandes y leales amigos del Señor? Pobre es el que pasa hambre, el que no tiene casa, el desplazado, el que no tiene ropa digna, el desempleado, el oprimido, el enfermo, el preso. Pobre es el «nadateniente»; el que está oprimido y explotado; el abandonado a su propia miseria, el que tiene clara conciencia de su indignidad y de sus limitaciones; el que acepta su estado de pobreza social y se da cuenta de la vaciedad de las cosas humanas, el que, al no contar con resortes humanos, se refugia en Dios y lo espera todo de él;

el que se torna humilde y obediente ante Dios en absoluta disponibilidad, con el deseo más sincero de cumplir su voluntad; el pobre del Señor es el hombre de la esperanza que, como un niño desvalido, busca su seguridad en los brazos de Dios, su único y poderoso protector. El profeta Sofonías (3,12-13) nos da su más exacta definición: «Pobre y humilde». La humillación, que el pueblo sufre ante la dominación asiria, le ha sugerido a Sofonías la sinonimia de estas dos palabras: pobre y humilde. El pueblo debe adoptar ante Dios una postura similar a la que adopta frente a Asiria: una postura «pobre y humilde». Estas dos actitudes, la pobreza y la humildad, una material y la otra espiritual, serán encarnadas en el famoso «resto» de Israel, lo poco que quedó a partir del exilio y que constituye el verdadero pueblo de Dios: los pobres, los de baja condición social, son los auténticos representantes del pueblo elegido (cf Is 40,27-31; 49,14-15; 54,8). Están igualmente encarnados en el Siervo de Yavé, el cual, en «personalidad corporativa» representa también a Israel, humilde y pobre pueblo del Señor.

A estos pobres es a los que Jesucristo dirige la primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino» (Lc 6,20). Mateo añade «de espíritu» (Mt 5,3). Se trata de una pobreza material (Lucas) aceptada, asumida (Mateo), pobreza exterior (social) y pobreza interior (espiritual). Mateo no llama bienaventurados a aquellos que, aunque sean ricos, están desprendidos de su riqueza; se refiere al pobre socialmente que, además, es humilde: los pobres de espíritu. La pobreza material sin la pobreza espiritual puede crear un estado de desesperación y de apartamiento de Dios. Y la pobreza espiritual, sin la pobreza material, no existe, es una ficción.

Estas son las actitudes del pobre de Yavé:

—*Ante Dios*: sólo en él se apoya, confía en él, se entrega a él, de él lo espera todo.

—*Ante sí mismo*: tiene clara conciencia de su necesidad, de su incapacidad, de su pecado, de sus limitaciones, de su nada.

—*Ante los demás*: el valor supremo para él es la fraternidad, la solidaridad, el servicio, la absoluta disponibilidad;

dentro de su pobreza, ejerce la máxima generosidad posible. Los pobres son los que mejor comprenden a los pobres.

—*Ante los bienes*: rechaza el egoísmo y las riquezas. Valora los bienes de este mundo como un don de Dios al servicio de todos y persigue la igualdad. Lucha contra la miseria y las desigualdades sociales.

Estos pobres son los ciudadanos de primera en el reino de Dios, los que no cuentan, los despreciados, los desheredados, los marginados, la gente sencilla (Sal 37,11; Mt 5,3-12; Lc 6,20-23), los que renuncian a todo y se hacen pobres (Mt 19); los lisiados, los cojos, los ciegos (Lc 14,20), sean «malos o buenos» (Mt 22,10), los que no pintan nada (Mt 13,28); estos son los hijos del Reino (Lc 12,32); los violentos, los que no pueden ejercer la violencia social, pero los que conquistan el Reino con la violencia, con la fuerza de su debilidad (Mt 11,12). Son ciudadanos del Reino los que se hacen como niños (Mt 18,2-4; 19,14; Lc 18,16-17; Mc 10,14-15). Dios da el Reino a los niños no por sus virtudes, ni por su humildad, sino simplemente porque son pequeños, frágiles, insignificantes, endeble, que no se pueden valer por sí mismos, que no tienen voz, que no tienen poder, que no tienen influencias. A esta gente sencilla, sin instrucción, y no a los entendidos, intelectuales y doctores, es a los que da a conocer los secretos del Reino. Son ciudadanos del Reino los que aman a Dios y al prójimo (Mc 12,34), los que dan de comer al hambriento y cobijo al extranjero (Mt 25,31-46); los publicanos y las prostitutas, con preferencia a los fariseos (Mt 21,31); los gentiles, los que parece que están lejos y excluidos, ocuparán los puestos que pertenecen, por derecho propio, a los hijos del Reino (Mt 8,11-12; Lc 13,28-30); los que hacen la voluntad de Dios (Mt 7,21; Lc 6,46).

6.3. Los ricos, los excluidos

Frente a estos pobres, amigos del Señor, ¿quiénes son los ricos, enemigos del Señor? Los que han puesto su corazón en

el dinero y, como consecuencia, están en pecado (Si 31,5). Son egoístas, insolidarios (Si 27,1). El amor al dinero es la raíz de todos los males (1Tim 6,10). El que ama al dinero, jamás se harta de dinero (Qo 5,9-10), es un esclavo del dinero, porque el dinero, lejos de satisfacer, aumenta el deseo de poseer más. El que deprisa se enriquece, no lo hace sin culpa (Prov 28,20). El que confía en la riqueza, cae (Prov 11,28; 1Tim 6,9). El rico se olvida de Dios (Dt 32,15), se hace orgulloso y soberbio y desprecia a los demás (Sal 73,4-9); está incapacitado para dar buena acogida a la palabra de Dios (Mt 13,22); se ha instalado en la autosuficiencia, es orgulloso, no tiene fe, ha roto con Dios y con los hombres, se ha hecho esclavo del dinero y practica la explotación y la injusticia, es un pecador público.

Los ricos han cometido la mayor insensatez, se han rodeado de riqueza que tienen que dejar en esta vida (Si 11,18-19; Qo 5,14; Sal 49,17-18); desnudos salieron del vientre de su madre y desnudos allá retornarán (Job 1,21). La riqueza no da la felicidad, más bien es causa de preocupaciones y desgracias (Qo 5,11-12). Los ricos son injustos, malvados y crueles, mientras que los pobres son religiosos, solidarios, íntegros, honrados (Sal 37); han optado por esta vida, por el reino terrenal y aquí tendrán su consuelo: «Ay de vosotros, los ricos, pues ya tenéis vuestra consolación» (Lc 6,24), «ay de vosotros, los ricos, opresores de los pobres, aprisionados en vuestra propia riqueza, en situación desesperada». La pobreza favorece una actitud de fe, mientras que la riqueza la favorece de incredulidad. «Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios» (Mc 10,25). Es prácticamente imposible que un rico entre en el reino de Dios. Tener riquezas y no estar apegado a ellas, en teoría es posible, pero en la práctica es moralmente imposible; para que sea posible hace falta una gracia muy especial, un milagro moral.

Estas son las actitudes del rico:

—*Ante Dios*: el rico desprecia a Dios. Ante el dinero y ante Dios, ha elegido el dinero, el dios «mammon», divinidad demoníaca opuesta a Dios, el poder más fuerte contra Dios. Dios y el dinero son dos señores incompatibles. Si se

elige a uno, es a costa de despreciar al otro. La cosa no puede ser más radical (Mt 6,24; Lc 16,11.13). El dinero incapacita para seguir a Jesucristo (Mt 13,22; 19,22; Lc 12,15-21). Papini decía que el dinero es «el estiércol de Satanás», un estiércol que no debe utilizarse nunca para abonar la tierra de la Iglesia.

—*Ante sí mismo*: el rico está hundido en el egoísmo y en el hedonismo. La parábola del rico insensato (Lc 12,16-21) demuestra su egoísmo y su insensatez: apoyado en el dinero, se hace orgulloso y soberbio.

—*Ante los demás*: es insolidario con la indigencia ajena, como lo pone de manifiesto la parábola del rico y del pobre Lázaro; el rico no deja siquiera que el pobre recoja las migajas que caen de su mesa (Lc 16,21); no es capaz de compadecerse de la miseria humana. Si se ha hecho rico, ha sido por eso, por su falta de amor a los demás, a costa de la miseria de los otros.

—*Ante el dinero*: su único afán es amontonar riquezas (Mt 6,19). Está devorado por la avaricia, nunca se ve hartado de dinero (Qo 5,9; Si 11,18).

Estos ricos son los primeros excluidos del Reino. Lo son también los beatos, «los que creen que son de la gracia, porque no tienen fuerza para ser de la naturaleza; los que creen que están en lo eterno, porque no tienen el coraje de lo temporal; los que creen que están con Dios, porque no están con el hombre, los que creen que aman a Dios, porque no aman a nadie» (Peguy); los que se pasan el día diciendo: «Señor, Señor», creyendo que están con el Señor (Mt 7,21), porque están alejados y se desentienden de los hombres. Están excluidos los escribas y los fariseos, por ser soberbios, engreídos (Mt 21,43); los insolidarios, por su falta de amor, como está muy claro en las parábolas más hermosas, el buen samaritano (Lc 10,30-37), el hijo pródigo (Lc 15,11-32), y el fariseo y el publicano (Lc 18,9-14); los injustos (1Cor 6,9), por su injusticia y por la opresión y explotación que hacen al prójimo; la lista de los excluidos se puede alargar mucho más: «Ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los salteadores heredarán el reino de

Dios» (1Cor 6,10), aunque a esta lista haya que ponerle excepciones, pues «el buen ladrón» entró en el Reino directamente con Cristo (Lc 23,42-43).

7. La Iglesia y el Reino

La Iglesia no es el reino. Se ha venido tradicionalmente identificando Iglesia y reino de Dios, en menoscabo del reino de Dios y de la Iglesia misma. «Es menester separar Iglesia y reino de Dios para que aquella pueda quedar configurada por este, para que la Iglesia pueda verse cada vez más libre de su “versión al mundo” mediante una auténtica “conversión al Reino”»⁴. Hemos dicho que más que de Reino, había que hablar del reinado de Dios, reinado de bondad y de justicia, y está muy claro que la Iglesia, formada por los bautizados, no practica, como Dios manda, la bondad y la justicia. Loisy dijo: «Jesús predicaba el reino de Dios y vino la Iglesia». El Reino es más que la Iglesia. La Iglesia es parte, y muy importante, del Reino, por varias razones:

- porque ha nacido del Reino como primicia;
- porque es el germen del Reino, la depositaria de la levadura, la levadura misma, que debe hacer fermentar toda la masa. «La Iglesia constituye en la tierra el germen y el principio del Reino» (LG 5).
- porque «ha nacido con este fin: propagar el reino de Jesucristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre» (AA 2). La única razón de ser de la Iglesia es el Reino: «El pueblo mesiánico tiene como fin dilatar más y más el reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos Él mismo también lo consuma, cuando se manifieste Cristo, vida nuestra» (LG 9). Por Iglesia hay que entender a todos los cristianos, a los que incumbe la obligación de anunciar el Reino con la palabra y el ejemplo: «Por medio de los fieles laicos el Señor desea dilatar su Reino» (LG 36).

⁴ I. ELLACURÍA, *Conversión de la Iglesia al reino de Dios*, Sal Terrae, Santander 1984, 13.

— porque «la Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiples ayudas, sólo pretende una cosa: el advenimiento del Reino y la salvación de toda la comunidad» (GS 45).

Pero la Iglesia es instrumento del Reino, cuando «contribuye a difundir el Reino de la justicia y del amor» (GS 76); es signo del Reino cuando ejerce una acción liberadora, siendo pobre y poniéndose al frente de todos los pobres y oprimidos de la tierra, evangelizando a los pobres y dejándose evangelizar por ellos, pues una iglesia burguesa, en lugar de ser signo, es un contrasigno del Reino.

8. Reflexiones

1) El Reino es un don de Dios, pura gracia. Llegará a su plenitud cuando él quiera, pero eso también es obra nuestra. Un cristiano no puede quedarse plantado mirando al cielo, esperando que venga a nosotros llovido de lo alto; tiene que bajar a la arena del mundo y comprometerse con los graves problemas que afectan a los seres humanos. Por el tesoro escondido (Mt 13,44) y la perla de valor inestimable (Mt 13,45-46), símbolos del Reino, hay que desprenderse de todo para poder adquirirlo, pues así es de costoso. El hombre tiene que liberarse del dinero, saber valorar, en su justa medida, los bienes deleznable de este mundo y no dejarse atrapar por el afán de poseer más y más, si quiere formar parte del Reino.

El Reino utópico es el estado de bienestar máximo. Hacia ese estado caminamos con la gracia de Dios, la solidaridad de los hombres y el progreso humano. «Los cristianos podemos ser a la vez realistas y utópicos, no solamente sin contradicción, sino viviendo la mutua implicación entre ambos aspectos»⁵. El avance de las ciencias y de las técnicas nos conducen hacia ese final feliz, en el que hasta la misma

⁵ CEPS, *La Iglesia y los pobres. Documento de reflexión de la Comisión Episcopal de Pastoral Social*, EDICE, Madrid 1994, 132.

muerte será definitivamente vencida. La humanidad entera debe avanzar armónicamente y por igual hacia ese estado de bienestar, pues no deja de ser una crueldad el que haya tantos estados de malestar, en los que sólo hay abundancia de males y carestía de todos los bienes.

2) Estamos comprometidos con el desarrollo del Reino, si lo estamos con los pobres y los oprimidos, pues la señal de que el Reino ha llegado es la evangelización de los pobres (Lc 7,22), sus primeros destinatarios. El Reino pretende acabar con todas las pobreza y todas las opresiones. La hora del Reino es la hora de los pobres, la hora de su liberación. Se trata, en último término, de que la redención de Jesucristo llegue a todos los pobres del mundo. No deja de ser una cruel ironía que la vieja Europa y el occidente cristiano constituyan el espacio, donde se acumula la mayor riqueza diferenciante, a costa del tercer y cuarto mundo empobrecidos y muertos de hambre y de miseria. Si esto es el reino de Dios, que venga Dios y lo vea. «El reino de Dios es un reino de los pobres, de los oprimidos, de los que sufren persecución, etc. Este es el gran escándalo del Reino: que la salvación se promete, en primera instancia, a los que han sido desechados por los poderes de este mundo, por los poderes mundanos»⁶.

¿Cómo vendrá el reino de Dios? Para la fe cristiana hay un criterio infalible: «Cuando los pobres son evangelizados, es decir, cuando la justicia empieza a llegar a los desheredados, a los desposeídos y oprimidos. Siempre que se restablecen lazos de fraternidad, de concordia, de participación, de respeto a la dignidad inviolable del hombre..., empieza a brotar el reinado de Dios. Siempre que en la sociedad se establecen estructuras, que impiden al hombre explotar a otro hombre, que desmonten las relaciones señor-esclavo, que propicien una mayor igualdad..., está irrumpiendo la aurora del reinado de Dios»⁷.

⁶ I. ELLACURÍA, *o.c.*, 17.

⁷ L. BOFF, *El Padrenuestro, la oración de la liberación integral*, San Pablo, Madrid 1993⁷, 82.

3) Jesucristo fue amigo de los marginados y liberador de los oprimidos. El mensaje cristiano exige la abolición de toda clase de privación de libertad, incluida la abolición de la cárcel, una institución anticristiana. Los Estados civilizados deben eliminar de los códigos penales la pena de privación de libertad como pena generalizada para todos los delitos y encontrar otros medios más humanos y evangélicos para prevenir la delincuencia y para corregir al delincuente, pues el don más preciado, que Dios ha concedido al hombre, y que Dios siempre respeta, es la libertad.

Dios ha dado a conocer los secretos del reino a los sencillos y a los ignorantes, los que lo practican con su vida, y después los entendidos, los sabios y los teólogos escriben montones de libros para explicar el Reino que no conocen. No son los entendidos, sino la gente sencilla la que hace avanzar el Reino, porque el progreso del Reino no es cuestión de la cabeza, sino del corazón.

4) Al Reino lo hace avanzar mi amigo Antonio, el mendigo que vive al día, como los pájaros del cielo; que ni atesora ni quiere atesorar un duro, porque eso sería no tener fe en la providencia; el mendigo que me sirve de revulsivo y me hace salir de mi idilio espiritual y cáltico, carente de un serio compromiso social; que me recuerda que la Iglesia es de los pobres y por eso se pone a la puerta de la iglesia, de su madre la Iglesia, para recordarme, sin que él lo pretenda, al pedirme una limosna, que él es el retrato vivo y sufriente del mismo Jesucristo, con que me encuentro en el altar; el que me saca del egoísmo de mi propia vida, para enredarme con su vida y la de sus compañeros pobres y marginados, que es en lo que consiste el amor cristiano. Los pobres se ponen a la puerta del templo, porque confían en la madre Iglesia, porque suponen que los que entran en el templo practican la acción caritativa; ellos nos ofrecen la magnífica ocasión de purificarnos antes de entrar en el templo, de congraciarnos con Dios presente en ellos y presente en el sagrario. He aquí el culto que Dios quiere: «Partir el pan con el hambriento» (Is 58,7), pues «el Dios vivo antes que cáltico, es ético».

Al Reino lo hacen avanzar los pobres; ellos deben ser los primeros en luchar para que se acabe la pobreza en el mundo, pues los redentores de los pobres tienen que salir de las filas de los pobres, no saldrán nunca de las filas de los ricos. Los ricos, los grupos de presión, los fariseos, constituyen un freno para el debido desarrollo del Reino. Los cristianos «practicantes», que nos consideramos ciudadanos del Reino, que cumplimos los mandamientos de la santa madre Iglesia, pero no los de la santa ley de Dios y nos olvidamos del mandamiento nuevo, somos también un freno para que el Reino avance.

5) Estamos comprometidos con el Reino, cuando somos constructores de la paz. En un mundo envuelto en guerras crueles, en enfrentamientos estúpidos y aterradores entre hermanos, lleno de odios, de agresividad y de violencia, un cristiano vive en paz, predica la paz, pone paz. La paz judía —*salom*— significa no solamente lo que la paz griega (*eirene*), ausencia de guerras y silencio de las armas, y la paz romana (*pax*), estado de seguridad que garantiza el tratado de paz, sino también un estado de bienestar total y pleno, de la vida feliz, en el que se encuentra todo lo que el ser humano puede apetecer, donde se da la felicidad, la paz con Dios, con los demás, con el mundo, con uno mismo, algo así como la definición, que hace Boecio de la eternidad: «*Omnium bonorum cumulata et secura possessio*».

Ante el actual panorama del mundo, cabe decir que el Reino es sólo una promesa y una esperanza; en realidad ni siquiera se ha ensayado. Si nos ponemos a buscar algún espacio, en que el Reino haya fructificado, no lo encontramos en ninguna parte, ni siquiera en la Iglesia, depositaria de la semilla del Reino, porque ella misma necesita una nueva rendición; antes, o a la par, de emprender la «nueva evangelización» necesita evangelizarse a sí misma, para ser lo que fue al principio, tal y como quedó configurada en la Biblia, donde tenemos el retrato que de ella hizo su divino fundador.

6) Cuando pedimos que venga el Reino, estamos pidiendo algo, que afecta sustancialmente a nuestras vidas, algo

que nos interesa a nosotros, no a Dios. Para Dios no pedimos nada, porque, además, él no necesita nada; lo pedimos para nosotros, para nuestra felicidad temporal y eterna. «Al pedir esto no rogamos por Dios, sino por nosotros (pues no decimos “venga tu Reino” en el sentido de que empiece Dios a reinar), os diré que seremos nosotros su Reino, si, creyendo en él, aprovechamos en él. Todos los fieles redimidos con la sangre del Unigénito, serán el reino de Dios» (san Agustín, *Carta a Proba*). «El Reino crecerá en la medida en que cada hombre aprenda a dirigirse a Dios como Padre en la intimidad de la oración (Mt 23,9) y se esfuerce en cumplir su voluntad» (RM 13).

7) «El puesto central de la suplica por la “venida del reinado” del Padre con respecto a las tres primeras súplicas de alabanza responde al puesto de relieve que la catequesis sobre el Reino ocupa en el vasto contexto literario del Sermón de la Montaña y en general de todo el evangelio mateano. Nada de extraño, por tanto, si determina el significado no sólo de la primera y tercera súplica sino también de las tres últimas peticiones. Estas, en efecto, ruegan al «Padre celeste» por aquellos dones necesarios (el pan cotidiano, el perdón de las deudas, la preservación de sucumbir a la tentación y la liberación del «maligno» tentador) para, en la obediente y filial sumisión a su voluntad, aceptar su señorío o permitir que a ellos «venga su reinado», con lo que es glorificado su «nombre». La súplica por la «venida del reinado» constituye, pues, el centro focal del Padrenuestro»⁸.

... VENGA TU REINO

Luz cenital y brisa en la pradera
y un ruboroso cántico en la altura.
Ni llanto ni dolor, sólo esta pura
y silenciosa llama de la esfera.

Plenitud del instante, tensa espera
de un amor más allá de la ternura,
frutal delicia, trémula dulzura
que ciñe en su fulgor la primavera.

El universo inmóvil, de rodillas
la ley del tiempo olvida y su influencia,
y así inaugura un nuevo firmamento.

Silencio en el azul, luz sin orillas
donde recobra el mundo su inocencia
y la palabra se hace pensamiento.

(V. SÁNCHEZ PINTO)

⁸ S. SABUGAL, *Abba. La oración del Señor*, BAC, Madrid 1985, 182-183.

Tercera petición: Hágase tu voluntad como en el cielo también en la tierra

Al igual que en las peticiones anteriores, también aquí hay dos ablativos agentes: Dios y el hombre, los dos tienen que hacer la voluntad divina. La palabra «voluntad» (*zelema*) aparece 55 veces en el NT y casi siempre referida a la «voluntad de Dios», lo que indica la trascendencia de la frase.

1. Que Dios haga su propia voluntad

Pedimos a Dios que haga su propia voluntad, su «gran voluntad», su querer máximo, expresado en Ef 1,3-14, donde san Pablo resume la doctrina de la salvación del mundo, que pasa por un triple estadio protagonizado por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

1.1. *El Padre*

Por un acto libérrimo de su voluntad, decide el proyecto de salvación del mundo:

«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales. Él nos ha elegido en Cristo antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables a sus ojos. Por puro amor nos ha predestinado a ser sus hijos adoptivos, por medio de Jesucristo y conforme al beneplácito de su voluntad, para hacer resplandecer la gracia maravillosa que nos ha concedido por medio de su querido Hijo» (Ef 1,3-6).

El Padre es el planificador del proyecto, el origen de todos los dones, que el hombre recibe (Ef 1,3; 2Cor 1,3) y que son «espirituales», porque los confiere el Espíritu Santo; «celestiales» porque proceden del cielo, porque se centran en la parte espiritual del hombre (Rom 8,2-11; Gál 5,16-25) y porque estamos unidos a Cristo. El Padre nos ha elegido en Cristo; desde toda la eternidad contempla a la humanidad entera en la persona de su Hijo. Se trata, por tanto, de una elección sustantiva, esencial a la condición humana y al amor de Dios, pues pertenece a los orígenes mismos del plan eterno de Dios, el cual nos ha creado para ser santos «a sus ojos», en su presencia, unidos con él y configurados con Cristo. Nos ha predestinado a ser sus hijos, a participar de su propia naturaleza (1Pe 1,4). No es una predestinación individual, sino comunitaria, corporativa, en cuanto formamos parte de la comunidad cristiana. Y esto, por puro amor. Esta santificación, consumada por el Espíritu Santo, engendra en nosotros una naturaleza de amor, pues procede de Dios, que es amor (1Jn 4,16), y sólo se alcanza con la práctica del amor (1Cor 13,1-3; Gál 5,4; Col 3,14).

1.2. El Hijo

Ejecuta el proyecto del Padre a través del dolor padecido y de la muerte:

«Él nos ha obtenido con su sangre la redención, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, que ha derramado sobre nosotros con una plenitud de sabiduría y de prudencia, dándonos a conocer el designio misterioso de su voluntad, según los planes que se propuso realizar por medio de Cristo cuando se cumpliera el tiempo: recapitular todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra» (Ef 1,7-10).

Jesucristo, con su sangre, nos ha obtenido la redención, la liberación plena (*apolytrosis*) de todas nuestras esclavitudes y de los poderes del maligno, y el perdón de todas nuestras culpas (Ef 1,7). Nos ha dado a conocer el designio

misterioso de su voluntad, la plenitud de la sabiduría y de la prudencia, es decir, el conocimiento teórico del proyecto eterno del Padre y el conocimiento práctico del misterio con todo lo que exige y conlleva en la vida práctica (Ef 1,8). He aquí el contenido de ese conocimiento: «Recapitular todas las cosas en Cristo» (Ef 1,9). La palabra «recapitular» (*anakefalaiosazai*) sólo vuelve a aparecer en Rom 13,9, donde significa «resumir» (todos los mandamientos se resumen en uno, en el amor). San Agustín y los padres latinos, siguiendo la traducción de la Vulgata (*instaurare omnia in Christo*), entienden que se trata de restaurar todas las cosas en Cristo, pues todas ellas se habían deteriorado con el pecado. Cristo las restaura, las vuelve a su estado original antes del pecado, las recrea, crea una nueva comunidad universal. Pero la interpretación más generalizada es esta: Cristo es la cabeza de todo, el centro de gravitación del universo, tanto en el orden cósmico, como en el soteriológico, es fuerza omnipotente de atracción, de unidad y de armonía. Todo fue hecho por él, todo ha sido recreado y reconciliado por él, para que, cuando todo le esté definitiva y realmente sometido —cuando ese sometimiento adquiera la plenitud—, una vez alcanzada la reconciliación universal, sea llevado al Padre, como última ofrenda (1Cor 15,28).

La recapitulación es un misterio (Ef 1,9; 16,25; 1Cor 2,7; Col 2,21) que san Pablo explica en otros lugares:

«El Padre quiso que habitara en él (Jesucristo) toda la plenitud. Quiso también, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las de la tierra, como las del cielo, pacificándolas por la sangre de la cruz» (Col 1,19-20).

En Jesucristo reside la plenitud (el *pleroma*), el cúmulo de todas las gracias; y de esa plenitud recibimos corporativamente una sucesión interminable de gracias, gracia sobre gracia (Jn 1,16). Jesucristo está lleno y nos llena de gracias. Podemos decir también que el mundo es el *pleroma* de Dios (Is 6,3; Jer 23,24; Sal 139,8; Sab 1,7; 1Cor 10,26) y que a la cabeza del mundo está Cristo, como recapitulación y resumen de todo. Por eso, Cristo es capaz de reconciliar to-

das las cosas —las del cielo y las de la tierra— consigo mismo y entre ellas por su muerte en cruz. La creación entera tiende hacia Jesucristo, como a su último destino, de manera pacífica y ordenada, hasta alcanzar, al final de los tiempos, la unidad, el equilibrio y la armonía universal.

«Cuando todo le esté sometido, también el Hijo se someterá al Padre, que le sometió todo a él, para que Dios sea todo en todas las cosas» (1Cor 15,28). Sólo entonces su obra redentora habrá llegado a su culminación, tras el triunfo final sobre todas las potencias hostiles: las fuerzas del mal, el pecado, las guerras, el dolor, la enfermedad, la esclavitud, la pobreza y tantas otras cosas, que no son de Dios y que tienen que desaparecer. Entonces estaremos ante un mundo transformado en bondad, en paz, en amor, en bienestar, un mundo todo él de Dios. «Toda la creación gime y está en dolores de parto hasta el momento presente. No sólo ella, sino también nosotros, que esperamos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo» (Rom 8,22-23). Ese nuevo mundo —cualquiera que sea su misteriosa transformación— está por y para nacer. Los gemidos de parto de la creación son la garantía del nacimiento nuevo, que llegará a su pleno desarrollo, cuando el hombre total —alma y cuerpo— alcance la posesión de los frutos del Espíritu Santo (1Cor 15,42-53; 2Cor 5,1-5).

1.3. *El Espíritu Santo*

Garantiza y lleva a plenitud el proyecto:

«En Cristo también hemos sido hechos herederos, predestinados según el designio del que todo lo hace conforme a su libre voluntad, a fin de que nosotros, los que antes habíamos esperado en Cristo, seamos alabanza de su gloria; también vosotros, los que habéis escuchado la palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación en el que habéis creído, habéis sido sellados con el Espíritu Santo prometido, el cual es garantía de nuestra herencia, para la plena liberación del pueblo de Dios y alabanza de su gloria» (Ef 1,11-14).

Los primeros destinatarios del proyecto de salvación son los judíos, herencia de Dios (Dt 32,9), predestinados según el designio de Dios (Ef 1,11), los primeros en esperar a Cristo, anunciado por los profetas; las esperanzas mesiánicas constituían la esencia de la vida religiosa de los judíos, que se han hecho herederos del misterio de salvación (Rom 8,17).

La elección divina se extiende también a los gentiles (Ef 1,13-14). La venida del Mesías ha hecho el prodigio de que todos los pueblos de la tierra sean asociados al hasta ahora único pueblo de Dios. Cristo ha hecho de todos, un solo pueblo. Esta unificación es obra del Espíritu Santo anunciado por los profetas y prometido por el mismo Jesucristo (Ez 36,26; 37,1-14; Jl 2,28-29; Jn 14,15-26; 16,5-16). También los gentiles han sido sellados por el Espíritu Santo con el sello de Dios, marca indeleble de que han pasado a ser posesión divina (2Cor 1,22). El Espíritu Santo es asimismo «arras» de nuestra herencia, es como las «primicias», anticipo o señal dada por algo que se ha comprado; es la garantía de que Dios cumple su promesa y de que la posesión de la herencia está asegurada; una herencia que consiste en la «plena liberación» de todo mal y que tiene como punto de referencia la liberación del pueblo de Dios de la esclavitud de Egipto (Éx 11,4-5; Dt 7,6-8; 26,18). Lo que hizo entonces con Israel, lo hará ahora con el nuevo Israel (He 20,28; 1Pe 2,1) integrado por todos los pueblos del mundo.

La voluntad de Dios «es una sabiduría divina, misteriosa, oculta, que Dios destinó para nuestra gloria, antes de crear el mundo» (1Cor 2,7), «el misterio mantenido en secreto desde toda la eternidad» (Rom 16,25), escondido a todas las generaciones pasadas (Ef 3,5; Col 1,26). Un misterio, que los sabios de este mundo no pueden comprender y que ha sido revelado ahora a los creyentes (Col 1,26-27) y a todas las naciones (Rom 16,26; Col 3,6), al mundo celeste, los seres celestiales —los ángeles buenos—, que, al contemplar a la Iglesia, donde se realiza el misterio, conocen cuál es el plan eterno de Dios, que ni a ellos había sido revelado (Ef 3,10-11), a la creación entera, la cual, sometida a servir al hombre a causa del pecado (Gén 3,17-19), será

liberada de la esclavitud de su propia destrucción (Rom 8,21) y convertida en los «cielos nuevos y la tierra nueva» (Is 65,17; 66,22; Mt 19,28; He 3,21; 2Pe 3,13; Ap 21,1), el misterio, implícito en los escritos proféticos del AT y de los apóstoles (Ef 3,5; Rom 16,26), manifestado en Cristo (Ef 3,4), en su evangelio (Col 4,3) y en su muerte (1Cor 2,1-2). Pero un misterio no claramente manifestado y que sigue siendo un misterio, que tendremos que seguir ignorando hasta que tenga lugar la manifestación gloriosa de Jesucristo en la parusía (1Cor 1,7) que llenará de gloria a los hijos de Dios (Rom 8,19); un misterio que hay que acatar y no querer explicar, pues el misterio, por su propia naturaleza, es inexplicable.

El misterio, que expresa la eterna voluntad de Dios, es la salvación del mundo. Dios, que es el origen y el destino del hombre, sólo ha querido y quiere una cosa: la salvación de todos los hombres (1Tim 2,4), pues «no nos ha destinado al castigo, sino a la salvación por nuestro Señor Jesucristo» (1Tes 5,9). Estamos salvados gracias a la voluntad del Padre y a los méritos de Jesucristo que murió por nosotros para que nosotros vivamos (1Tes 5,10).

Si la voluntad de Dios consiste en la salvación del mundo, está bien claro que es algo que depende absolutamente de él, el único que puede salvar al mundo. El hombre no puede salvarse a sí mismo. Le pedimos, pues, que cumpla su proyecto, que haga su voluntad, que nos salve. Ya lo hizo, a través de Jesucristo, y lo sigue haciendo, con la fuerza del Espíritu Santo y a través de los hombres, en cuanto estos aceptan su propia salvación y trabajan por la salvación de todos. «Si él quiere la salvación de todos los hombres, tú también debes quererlo» (san Juan Crisóstomo).

2. Jesucristo hace la voluntad de Dios

El «proyecto», el «misterio» y la «voluntad» de Dios son una misma cosa. Jesucristo, como enviado del Padre, tiene la misión fundamental de «hacer la voluntad del que le ha enviado y completar su obra» (Jn 4,34; 6,38). Esta razón de

ser de su vida misionera es en él una idea dominante, hasta el punto que es su alimento y le lleva a renunciar de manera absoluta a su propia voluntad para encarnar en su persona la voluntad del Padre. Toda su vida se puede sintetizar en esta frase: «Aquí estoy para hacer tu voluntad» (Heb 10,7; Sal 40,9), cosa que hizo siempre de manera perfecta, como hijo modelo de obediencia: «Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8,29). Jesucristo ha hecho de esto la bandera de su mensaje, de tal forma que, para pertenecer a la familia cristiana, hay que cumplir la voluntad de su Padre celestial (Mt 12,50). El acto supremo, en que culmina el cumplimiento de la voluntad de Dios, es su entrega a la muerte. Momentos antes, en la adelantada agonía de Getsemaní, acepta por tres veces este último sacrificio, con las mismas palabras del PN: «Hágase tu voluntad» (Mt 26,39.42.44).

Su muerte redentora tuvo como finalidad librarnos de la maldad de este mundo perverso, tal y como era la voluntad de su Padre (Gál 1,4). Esto importa la reconciliación con Dios (2Cor 5,18; Rom 5,10-11), la liberación del pecado (Ef 1,7; Col 1,14; Heb 9,12-13), de los poderes del Diablo (Col 1,13) y de la muerte (2Tim 1,10). Todo ello afecta a la totalidad de la persona humana, alma y cuerpo, como individuo y como miembro de la comunidad y siempre como parte integrante del cosmos también redimido (Rom 8,21-25); mediante la redención de Cristo, todo es nuevo, todo será definitivamente nuevo, «un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21,1).

A pesar de todo, el designio de salvación sigue siendo un misterio: «el misterio de Jesucristo». Esto equivale a decir que el designio de Dios, en último término, es Cristo; (Ef 1,4; 1Pe 1,20), Cristo muerto en la cruz. Por eso, san Pablo, «al que se le ha encomendado el privilegio de anunciar la incalculable riqueza de Cristo, de declarar el cumplimiento de este plan misterioso, escondido desde los siglos en Dios» (Ef 3,8-9), ni quiere saber ni predicar otra cosa que a Cristo crucificado (1Cor 2,2), pues Cristo, al morir, ha hecho brillar la vida (2Tim 1,10), porque en la cruz, patíbulo de la muerte, está la fuente de la vida. Esta es, pues, la gran revelación: la manifestación de Cristo, que llena de punta

a cabo, como idea vertebradora, toda la Biblia, desde el Génesis al Apocalipsis, hasta el punto que se ha llegado a decir que Dios, en la Biblia, sólo ha revelado una cosa: el misterio de Cristo, salvador del mundo. Un misterio que se prolonga y se perpetua en la Iglesia, como espacio de salvación y de universalidad, como representación de la nueva humanidad fraterna, integrada por todos los pueblos de la tierra (Ef 2,15), «el hombre nuevo creado según Dios en justicia y santidad verdadera» (Ef 4,22).

3. El hombre debe hacer la voluntad de Dios

Para entrar en el Reino hay una condición indispensable: cumplir la voluntad de Dios: «No todo el que me dice: “¡Señor, Señor!”, entrará en el reino de Dios, sino el que hace la voluntad de mi padre celestial» (Mt 7,21). La cosa no está en ir al templo y rezar. Esa actitud había llegado a ser en Israel norma ordinaria de conducta espiritual. Con tal de ir al templo y exclamar: «Oh templo de Yavé, templo de Yavé» (Jer 7,4), ya se creían gratos a los ojos de Dios, dando un valor mágico a los ritos litúrgicos, costumbre que se iba, tal vez, introduciendo en las primitivas comunidades cristianas. Nada más erróneo. Para ser ciudadanos del Reino hay que cumplir la voluntad de Dios y dejarse de poner la confianza en el formulismo litúrgico:

«Cuando extendéis las manos, aparto mis ojos de vosotros... Aprended a hacer el bien, buscad lo que es justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda» (Is 1,15.17; 59,2; Miq 3,4). «¿Por qué me llamáis: “¡Señor, Señor!” y no hacéis lo que yo os digo?» (Lc 6,46).

La promesa de la salvación sólo se consigue siendo constantes en el cumplimiento de la voluntad de Dios (Heb 10,36; 1Jn 2,17), pues Dios no escucha a los pecadores (Jn 9,31), está lejos de los criminales, pero escucha la oración de los que practican la justicia (Prov 15,29).

4. Cómo conocer la voluntad de Dios

Para ser cristiano, hay que cumplir la voluntad de Dios (Mt 12,50), y para poder cumplirla, primero hay que conocerla, lo que es prueba de sabiduría, mientras que ignorarla lo es de insensatez (Ef 5,16-17).

Debemos hacer nuestra la oración del salmista: «Enséñame a cumplir tu voluntad y a guardarla de todo corazón» (Sal 119,33).

Dios nos manifiesta su voluntad de diversos modos:

a) *Por inspiración del Espíritu Santo*, «el cual nos da a conocer los dones de la sabiduría e inteligencia» (Col 1,9-10), lo que Dios quiere de nosotros en las diversas circunstancias de la vida «lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rom 12,2). «Él nos lo enseña todo» (Jn 14,26), «nos guía a la verdad completa» (Jn 16,13), ejerce constantemente en la Iglesia la función de Maestro, a través de nuestra oración y de la palabra crítica de los profetas, a los que él inspira. El hombre tiene que saber escuchar la palabra del Espíritu Santo, que contiene la plenitud de la verdad: el contenido de la fe y del amor.

b) *Por los signos de los tiempos*. Los fariseos sabían presagiar los fenómenos atmosféricos por el color del cielo y, sin embargo, no sabían descubrir los signos de los tiempos mesiánicos (Mt 16,3), a pesar de ser expertos en las Sagradas Escrituras, donde estaban preanunciados. Dios nos habla a través de los acontecimientos históricos, que afectan a la comunidad humana y a la pequeña historia de cada uno de nosotros. Para que el evangelio sea un evangelio vivo, hay que conectar su mensaje con los condicionamientos que configuran nuestra existencia.

c) *Por las Sagradas Escrituras*. Para los israelitas la voluntad de Dios estaba manifestada en la ley. El que cumple la ley, cumple la voluntad de Dios. Y tenían razón. En la Biblia Dios se ha revelado a sí mismo y nos ha manifestado el misterio de su voluntad (DV 2). Por eso «la Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la tradición» (DV 21).

d) *Por la propia conciencia.* Esta ley está también impresa por Dios en la conciencia del hombre, norma suprema de conducta: «En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley, que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley inscrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente» (GS 16).

5. Cuál es la voluntad de Dios

«Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1Tes 4,3). ¿Y en qué consiste la santificación? En imitar a Dios, que es la santidad misma: «Sed santos, como yo soy santo» (Lev 19,2). «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

En el AT Dios eligió a su pueblo para que fuera un «pueblo santo», como propiedad exclusiva suya (Lev 21,6-8; Dt 26,19); y el nuevo pueblo de Dios del NT debe ser también santo, como consecuencia de haber sido santificado por Cristo en la cruz.

Una vez conocida la voluntad de Dios, hay que cumplirla, pues «el criado que sabe lo que su amo quiere y no lo hace será severamente castigado» (Lc 12,47), mientras que el que hace la voluntad de Dios vive para siempre (Jn 2,17). Una manera de santificarnos es haciendo de nuestra vida una oración litúrgica, ofreciendo nuestro cuerpo como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios (Rom 12,1); un sacrificio que exige una renovación de nuestro interior conforme a la voluntad de Dios (Rom 12,2); una ofrenda no de animales, como en el AT, ni tampoco del cuerpo y sangre de Cristo, sino de nuestra propia persona ofrecida con amor, sin acomodarnos a los criterios materialistas de este mundo. El cristiano, del cumplimiento de su deber, hace como una liturgia, da a su vida un sentido cultural ofrecida generosamente a Dios.

6. «Que sea lo que Dios quiera»

En esta petición pedimos que Dios haga que queramos lo que él quiere y que nos sometamos de buen grado a este querer suyo. Jehudá ben Tema decía: «Sé valiente como un leopardo, veloz como un águila, rápido como una gacela y fuerte como un león para hacer la voluntad de tu Padre que está en los cielos». El hombre está obligado a «cumplir la voluntad de Dios» (1Pe 2,19), a estar «sometido» a ella (Col 4,12) y siempre a su «servicio» (1Pe 4,2). Esto conlleva un «santo abandono» en las manos de Dios y la aceptación sumisa de cuanto le sobrevenga a lo largo de la vida, a imitación de María. Toda la vida de la Virgen fue un «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38); por eso es la «bienaventurada» (Lc 1,48), la única que realizó en su vida en plenitud el misterio de Cristo, la única que «escuchó siempre la palabra de Dios y la puso en práctica» (Lc 11,27-28).

La piedad popular lo expresa así: «Sea lo que Dios quiera» (1Mac 3,60; He 21,14) y santa Teresa de Jesús lo vivía así:

«Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos, y maneras que Vos, Señor mío, quisieredes. Si queréis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones y enfermedades, y deshonras, y necesidades, aquí estoy, no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas... Disponed en mí como cosa vuestra, conforme a vuestra voluntad» (C 55,4).

Santa Teresa del Niño Jesús hizo de esto el centro de su vida espiritual:

«Sólo temo una cosa y es conservar mi voluntad; tómala... Igual me da vivir que morir. Si me ofrecieses que escogiera, no escogería nada. No quiero más que lo que tú quieras; lo que tú haces, es lo que yo amo»¹.

¹ SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, c.1, 22.

En la historia nos encontramos con muchos testimonios en esta misma línea:

«Si esto es lo que Dios quiere, que así sea» (Sócrates). «Que el hombre quiera lo que Dios ha querido que sea» (Séneca). «Lo que Dios quiere, lo juzgo preferible a lo que yo quiero» (Epicteto). «Él es el Señor, hágase su voluntad» (Samuel: 1Sam 3,18). «Haz conmigo lo que quieras» (Tobías: Tob 5,6).

Estas frases no significan una resignación más o menos fatalista; son, mas bien, expresiones vivas de esperanza.

7. Como en el cielo, también en la tierra

El binomio «cielo y tierra» está generalmente en singular, no para indicar toda la Creación, todo lo que no es Dios y ha sido creado por él (Gén 1,1; Mt 11,25; 28,18), sino para manifestar dos cosas distintas, bien diferenciadas (Mt 11,23; 6,19; 18,19; Lc 16,17; 1Cor 5,47; Ef 1,10; Col 1,20). La palabra «cielos», en plural, se suele emplear para significar la morada de Dios en sentido absoluto. Aquí van sin artículo, como en otros lugares (1Cor 8,5; Mt 28,18; 1Tes 4,16), aunque con mucha frecuencia llevan artículo (Mt 24,35; Mc 13,1; Lc 16,17; 1Cor 8,5; Ef 3,15). Que los nombres propios no lleven artículo es frecuente en el NT (Lc 7,32; Mc 7,4; 15,21; Jn 1,1).

La frase «como en el cielo, también en la tierra» admite una doble interpretación:

a) Que se cumpla en la tierra la voluntad de Dios del mismo modo que los ángeles y los santos la cumplen en el cielo (Sal 103,19-22), que la tierra se haga cielo. Para san Cipriano, los que no son miembros del Reino, son «tierra»; se hacen «cielo» por el agua y el Espíritu Santo. Para Orígenes, «el cielo» es Jesucristo y la «tierra» es la Iglesia; cada miembro de la Iglesia debe hacer la voluntad de Dios, como la hizo Jesucristo; al hacerla, se hace cielo. «Rivalicemos con los habitantes de los cielos, a fin de que, al igual que ellos, también nosotros queramos lo que él quiere» (san Juan

Crisóstomo). Pedimos que nosotros cumplamos ahora en la tierra la voluntad de Dios, para que después se cumpla eternamente en nosotros en el cielo.

b) Que la voluntad, que Dios decidió desde toda la eternidad en el cielo, la lleve a efecto de manera plena, de verdad y cuanto antes, en la tierra; que no lo deje sólo para el cielo; que lo que ha hecho allí, lo haga también aquí.

Orígenes afirma que la frase se refiere a las tres primeras peticiones, interpretación que ha sido aceptada por no pocos estudiosos antiguos y modernos; aunque así sea, como es también nuestro parecer, se refiere de manera singular a la tercera. Las tres peticiones tienen que ser realizadas por Dios y por los hombres y siempre, de manera directa, en beneficio del hombre:

a) El nombre de Dios es santificado y alabado cuando Dios cuida de su pueblo ante los demás pueblos. El Hijo de Dios es el nombre de Dios. Pedimos que el Nombre de Dios y el Hijo de Dios, plenamente glorificados en el cielo, lo sean también en la tierra.

b) Pedimos que el reino de Dios, que funciona de manera perfecta en el cielo, donde se dan la fraternidad universal, la igualdad, la felicidad plena, y donde no hay pecados, ni egoísmos, ni injusticias, ni envidias, ni cosas parecidas; donde está el conjunto de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno, funcione de la misma manera en la tierra.

c) En el cielo estalló una confrontación entre los ángeles buenos y los ángeles malos (Ap 12,7). Vencieron los buenos; para los malos «ya no hubo lugar en el cielo». El dragón, que los capitaneaba (el Diablo, Satanás) y todos sus secuaces fueron precipitados a la tierra, y a continuación en el cielo reinó la paz. Pedimos que aquí, en la tierra, sean también vencidas las fuerzas satánicas del mal y que reine la paz, tal y como anunciaron los ángeles en el nacimiento de Jesucristo (Lc 2,14). En el cielo no hay cabida para los que resisten a la voluntad de Dios; pues que sea así también en la tierra.

Las tres primeras peticiones del PN son tan semejantes que podemos afirmar que se trata de una sola petición en

tres formulaciones distintas: si Dios realiza su voluntad, su Nombre es santificado y su reino establecido.

8. Reflexiones

1) Cuando pedimos que se haga la voluntad de Dios, no estamos pidiendo algo para Dios. Dios no necesita nada. Le pedimos que realice en nosotros su proyecto de salvación, conscientes de que en este proyecto son absolutamente necesarios nuestro asentimiento y nuestra colaboración. El hombre es sujeto paciente, pero también sujeto agente de la voluntad de Dios. Aunque, en definitiva, es Dios el «que nos enseña a cumplir su voluntad» (Sal 143,10; Sab 9,17-18; 2Mac 1,3-4), «el que realiza en nosotros el querer y el obrar según su voluntad» (Flp 2,13). Todo es un regalo de Dios.

2) Cumplimos la voluntad de Dios, cuando nos comprometemos en la extensión del Reino (Mt 7,21). Un cristiano no puede quedarse plantado mirando a las alturas y esperando que el Reino venga como un meteorito caído del cielo. Hay que desechar toda postura espiritualista y desencarnada de cuantos son incapaces de mancharse las manos en la andrajosa miseria humana, porque gentes así, en realidad, no están mirando al cielo, más bien están en las nubes, en un mundo que nada tiene que ver con el evangelio. Colaborar en el proyecto de Dios es luchar por la salvación universal, por la liberación de los pobres y de los oprimidos, pues esa es justamente la voluntad de Dios.

3) Hacer la voluntad de Dios no es anular nuestra voluntad, sino hacerla coincidir con la de Dios, identificar nuestro querer con el suyo, pues a medida que cada uno vamos uniendo nuestra voluntad a la de Dios, el Reino va creciendo. «El estado desta divina unión consiste en tener el alma según la voluntad con tal transformación en la voluntad de Dios, de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios, sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios... Esta es la causa por que

en este estado llamamos estar hecha una voluntad en dos, la cual es voluntad de Dios y esta voluntad de Dios es también voluntad del alma»².

4) Para hacer la voluntad de Dios hay que luchar por la justicia, por la igualdad de un mundo sin clases diferenciadas. Y hay que ponerse al lado de los excluidos y de los machacados. Hay que denunciar públicamente y con vigor las estructuras injustas en el campo político, social y religioso, aunque ello suponga complicarse la vida y terminar por ser excluido con los excluidos. Si para hacer la voluntad del Padre, Jesucristo se entregó a la muerte, en favor de los hombres, sólo hacemos la voluntad de Dios, tomando en serio el mandamiento nuevo (Jn 13,34-35) hasta sus últimas consecuencias, hasta dar la vida por los demás (1Jn 3,16).

Hacer la voluntad de Dios es tener hambre y sed de justicia (Mt 5,6), hambre de que se cumpla la voluntad de Dios, que no es otra que la realización de la justicia:

«Se te ha dado a conocer, oh hombre, lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti. Es esto: practicar la justicia, amar la misericordia, caminar humildemente con tu Dios» (Miq 6,8).

«Cuando el creyente reza: “Hágase tu voluntad” ha de resonar en su corazón la trágica realidad de un mundo que en modo alguno se ajusta a la voluntad de Dios... No podemos rezar esta plegaria en el espíritu de Cristo si al rezarla no nos sentimos sacudidos por el grito de millares de hombres que viven en la humillación, en la miseria, en la desesperación, asediados por la injusticia, el hambre, la violencia, el odio y la venganza. ¡Todo este río de lágrimas ha de desembocar en nuestra oración!»³.

5) Se hace la voluntad de Dios, cuando se acepta el dolor ofrecido para ir completando lo que falta a la redención efectuada por Jesucristo (Col 1,24), cuando se está de fies-

² S. JUAN DE LA CRUZ, 1S 11,2-3.

³ B. PARERA, *Hágase su voluntad*, BAC, Madrid 1978, 7-8.

ta, compartiendo la alegría de los hermanos; cuando se acata en cada momento lo que el tiempo nos depara (Qo 3,1-8).

Hacer la voluntad de Dios es vivir en armonía, en paz y en concordia con los demás, en generosa comunicación de bienes y de sentimientos; es practicar la tolerancia, saber convivir, aceptar a los demás tal y como son, amarlos de la misma manera con que Dios nos ama a todos. Un cristiano cree en el amor y al amor se entrega (1Jn 4,16). Este amor a los demás llegó a las cotas más altas en Pablo, que estaba dispuesto «a ser objeto de maldición, separado incluso de Jesucristo, por la redención de sus hermanos de raza, los judíos» (Rom 9,3); llegó también en Moisés que quería ser borrado del libro de la vida, si Dios no perdonaba a los hebreos (Éx 32,31-32). No cabe amor más grande que el de arriesgar no ya la vida humana, sino la divina, el destino eterno, por los demás.

6) Hacer la voluntad de Dios es convertirse en propagador del misterio salvífico de Dios, la utopía de la salvación universal, la transformación del mundo, la nueva creación.

El cristianismo es una religión misionera, evangelizadora; si la encorchetamos en una religión catequética y litúrgica, la hemos privado de su fuerza expansiva y del vigor originario de la Iglesia primitiva y hacemos de ella una religión entumecida y anquilosada, al margen del mundo y de la historia humana. La Iglesia tiene que salir de la sacristía, de los locales parroquiales, para ser de verdad la levadura que haga fermentar a toda la masa, y eso sólo se puede conseguir si se pone en contacto con la masa.

7) Si quieres hacer la voluntad de Dios y entrar en la vida, guarda los mandamientos (Mt 19,17). Si quieres dar un paso adelante en la santidad, «vende lo que tienes y dáselo a los pobres» (Mt 19,21), despréndete de los bienes de este mundo y hazte pobre con los pobres. Y si aún quieres hacer con más perfección la voluntad de Dios, tienes que ser el buen samaritano y ayudar con solicitud y con cariño a tantas personas afligidas y abandonadas que te encuentras en tu camino.

... EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Tan vastas soledades,
tan anchos cielos,
donde tu voz murmura
hecha silencio.

Un aroma de infancia,
—luz de tu seno—
para el dolor y el gozo
del universo.

Nuestra ansiedad reposa,
como en su centro,
en el puro equilibrio
de un hoy eterno.

Balanza de las horas,
tu pensamiento
de esta tierra de sombras
haces su reino.

Entre nieblas buscamos
que tu misterio
se haga luz en la tierra
como en el cielo.

(V. SÁNCHEZ PINTO)

Cuarta petición: El pan nuestro que necesitamos dámoslo hoy

Las cuatro peticiones de la segunda parte del PN son como un grito de socorro, una voz de auxilio; porque somos pobres y pedimos pan, pecadores e imploramos perdón, débiles y suplicamos ayuda para no sucumbir en el peligro.

Con esta cuarta petición nos situamos más directamente en las realidades terrenas. Hasta ahora nos hemos movido en ideas trascendentes y formulaciones un tanto misteriosas, aunque estas ideas se refirieran a lo social y a lo humano: el nombre, el Reino y la voluntad de Dios. Ahora descendemos de esas alturas para ocuparnos de lo más esencial para la vida: el pan, con artículo, el alimento básico. En la frase hay cinco palabras: el «pan», «nuestro», «que necesitamos», «hoy», «dar».

1. El pan

La palabra «pan» aparece 75 veces en el NT y con diversas significaciones.

1.1. *Pan material, físico: alimento corporal*

La primera y más generalizada significación es la del pan común, necesario para el sostenimiento de nuestra vida física (Mt 4,3; 7,9; 12,4; 14,17; Mc 6,8.39.52; Lc 11,5; 15,17; 24,30; Jn 6,5.9.11.13; 21,9.13; He 27,35; 2Cor

9,10; 2Tes 3,8). El pan es el alimento primario y fundamental en Israel y, en general, en todos los pueblos del Mediterráneo y del Oriente Próximo. El israelita lo tenía como alimento básico (Gén 3,19; 14,18; Éx 16,3; Lev 23,15; Dt 8,3; Rut 1,6; 1Sam 2,36; Jer 5,17; 37,20; Is 3,1; 4,1; Ez 4,9.15-16; Os 2,7; 9,4; Zac 10,1; Sal 14,4); el pobre sólo se alimentaba de pan y de agua (1Re 17,12; Is 3,7; Sal 37,25; Prov 30,8) y a veces de pan y vino (1Sam 13,16; Qo 9,7; 10,19); los más pobres lo único que tenían era «pan escaso» (Si 34,21; Lam 4,4; Gén 47,15), como los presos, a los que sólo se les daba pan y agua y además racionados, pan de aflicción y agua de angustia (2Re 22,27; 2Crón 18,26). El pan de los pobres era de cebada (Jn 6,9).

El hombre lo primero que necesita es comer. Por eso, lo primero que pedimos a Dios es el pan: «Concedéndonos el pan necesario» (Prov 30,8). El derecho al pan es en la Biblia uno de los cuatro más fundamentales: «Indispensables para la vida son el agua, el pan, el vestido y la casa» (Si 29,21).

Lo primero que Jesucristo quiere para nosotros es el alimento del cuerpo (el pan) y luego el del alma (el perdón). Lo primero es vivir: «La naturaleza lo primero quiere vivir: luego vivir santamente»¹. Para vivir santamente, primero hay que vivir. A un hambriento, primero hay que darle pan y luego enseñarle el catecismo. La abundancia de pan es signo de bienestar (Lc 15,17).

1.2. *El pan de la Palabra y de la sabiduría: alimento espiritual*

La primera tentación de Jesucristo, de transformar la piedra en pan, trata de hacerle caer en predicar un «evangelio social», puramente social. Jesucristo contesta: «No sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4; Dt 8,3). No sólo de pan, pero también de

¹ J. MALDONADO, *Comentarios al evangelio de san Mateo*, BAC, Madrid 1950, 293.

pan. El hombre vive de pan material; por tanto, el evangelio de Cristo es un evangelio social. Pero no sólo de pan, sino de la palabra de Dios; por tanto, es un evangelio espiritual. Tan equivocado es reducirlo a lo social, como reducirlo a lo espiritual: «No es la variedad de los frutos lo que sustenta al hombre, sino tu Palabra, que conserva a los que creen en ti» (Sab 16,26). «Vienen días, dice el Señor, en que enviaré el hambre al país; no hambre de pan, no sed de agua, sino de oír la palabra del Señor» (Am 8,11). Vivir del pan de la Palabra es vivir de la Biblia, alimentar nuestra vida espiritual con la lectura y la meditación de las Sagradas Escrituras, tener una espiritualidad bíblica (DV 21,23,25).

«Los alimentarás con pan de entendimiento y les darás a beber agua de sabiduría» (Si 15,3). La sabiduría ha preparado un festín, al que todos estamos invitados: «Venid, comed de mi pan..., dejad de ser imprudentes» (Prov 9,5.6) La sabiduría proporciona la prudencia, el arte de saber vivir y actuar en cada momento de la vida, eliminando toda insensatez.

1.3. *El pan de vida: la eucaristía*

Un pan anticipadamente significado en el maná, «el pan del cielo» (Sal 105,40)², «el pan de los fuertes» (Sal 78,24-25), la comida de los ángeles, un pan que se adquiere sin trabajo (Sal 16,20), lo que está un tanto en contradicción con el pan del PN, que hay que ganárselo con el trabajo. Un pan que satisface todos los gustos y placeres, que llena todas las apetencias del hombre, que sacia de verdad (Dt 8,3).

La réplica del maná es la eucaristía, el pan de vida (Jn 6,35.51.54.58). Los primeros cristianos eran constantes en reunirse el primer día de la semana para partir este pan (He 2,42; 20,7) y entrar así en comunión con Cristo y con los hermanos (1Cor 10,16-17; 11,23.27-28). El pan es Cristo: «Cristo es nuestro pan, porque Cristo es la vida y el pan es

² Cf P. GRELOT, *La Quatrième demande du «Pater» et son arrière-plan sémitique*, *New Testament Studies* 25 (1978-79) 302-305.

la vida» (Tertuliano). Por eso se llama «supersustancial», porque sólo Jesucristo es capaz de alimentar nuestro cuerpo y nuestra alma.

1.4. *El pan, el Espíritu Santo*

En el contexto del PN lucano está clara esta significación. Lucas se refiere, en primer lugar, al pan común, lo que ilustra con varios ejemplos (Lc 11,5-12): el amigo inoportuno, que pide pan al amigo a medianoche, el padre que da pan al hijo. También se refiere al Espíritu Santo, pues termina así: «¿Cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan?» (Lc 11,13). Mediante el pan de la Palabra se nos comunica el Espíritu Santo, fuerza poderosa del amor, que el cristiano necesita cada día para vivir cristianamente, para vivir en el amor.

1.5. *El pan, la Alianza*

«Tomarás flor de harina, cocerás con ella doce panes de 8 kilogramos cada uno y los colocarás sobre la mesa delante del Señor» (Lev 24,5; Éx 25,30).

Doce panes (uno por cada tribu), que reciben diversos nombres: «Pan de la presencia» (1Sam 12,6), «pan santo» (1Sam 21,4.6), «pan perpetuo» (Núm 4,7). Cada sábado se ofrecían al Señor con una ofrenda de incienso con un carácter sacrificial. No era un pan para Dios, como alimento para la divinidad, tal como sucedía en los cultos paganos, sino un pan ofrecido a Dios y compartido con él, comido por los sacerdotes, con lo que cada semana se renovaba la perpetuidad de la Alianza, al mismo tiempo que se recordaba la liberalidad de Dios con su pueblo, pues el pan era considerado como un don de Dios.

1.6. *El pan, banquete escatológico*

Isaías habla del pan del reino escatológico (Is 25,6-10). Jesucristo presenta el reino de Dios como un banquete: «La mesa del reino de Dios» (Lc 13,29). A ese pan escatológico se re-

fería en la Última cena: «He deseado vivamente comer esta pascua antes de mi pasión. Os digo que ya no la comeré hasta que se cumpla en el reino de Dios» (Lc 22,16). Es el mismo banquete del Apocalipsis (Ap 19,9.17). Prácticamente todos los comentaristas del PN sostienen que todas las peticiones tienen un sentido escatológico. El pan, por tanto, también lo tiene.

1.7. *El pan, todo lo necesario para la vida*

El pan es, en último término, todo lo que el hombre necesita para vivir dignamente y desarrollar en plenitud su personalidad, en el orden material y en el espiritual: «Petitur hic panem per quem intelliguntur omnia necessaria in cibo, et potu et vestitu» (El Tostado); el pan, que sacia toda hambre: el hambre y la sed de justicia, el pan del trabajo, el pan de la cultura, el pan del ocio, el pan de tantas cosas para poder llevar una vida en paz y gracia de Dios. «Con el nombre del pan se significa todo lo necesario para la vida»³.

Todos estos sentidos están presentes en el PN, sin que unos excluyan a los otros. El hombre los necesita todos en su doble condición de criatura material y espiritual.

2. El pan «que necesitamos»: *epiousion*

Esta palabra —*epiousion*— es la cruz de los exegetas, la traducción de una palabra aramea, que desconocemos. En la Biblia es un *hapax legómenon*, sólo aparece en el PN (Mt 6,11; Lc 11,3), por lo que se hace muy difícil su traducción exacta, ya que carecemos de lugares paralelos para contrastar y precisar su significado. En la literatura extrabíblica sólo se encuentra una vez en un papiro, dentro de una lista de gastos, con la equivalencia al gasto de un día. La Vulgata lo traduce en Mateo por *supersustantialem* y en Lucas por *quotidianum*, lo que supone una diferencia importante,

³ J. MALDONADO, *o.c.*, 293.

manifestadora de la dificultad de traducirlo. Hay varias etimologías posibles⁴:

2.1. «Epi-einai»: ser, existir

Se trata del ser, del existir presente. Por tanto, significaría el pan del presente, el de hoy, el de cada día —*panem quotidianum*— en armonía con lo que dice Jesucristo: «A cada día le bastan sus problemas» (Mt 6,34). Pedimos sólo el pan de hoy. ¿Para qué estar preocupados por el pan de mañana? ¿Sabemos, siquiera, que vamos a llegar a mañana? La traducción sería esta: «Danos hoy nuestro pan de cada día».

2.2. «Epi-ienai»: venir, sobrevenir

Se trata de lo que será, de lo que sobrevendrá, del pan del día que viene, del pan de mañana —*panem crastinum*—. Pedimos la harina para hacer el pan de mañana. A la servidumbre, a los soldados y a los presos, al caer el día, se les daba el pan para el día siguiente. *Epiouision* sería un adjetivo derivado de *e epiousa*, participio de presente femenino, forma abreviada de *e epiousa emera*: el día que viene. Esta traducción estaría refrendada por el siguiente testimonio: «Graeci dicunt advenientem, quia graeci dicunt “ten epiousian emeran, advenientem diem”» (san Ambrosio). San Jerónimo aunque no esté de acuerdo con esta traducción, la constata en el evangelio según los Hebreos, compuesto hacia el año 150 por una comunidad judeocristiana, que hablaba en hebreo: «In Evangelio, quod appellatur secundum hebraeos, pro substantiali pane reperi mahar, quod dicitur crastinum, ut sit sensus: panem nostrum crastinum, id est, futurum, da nobis hodie»⁵.

⁴ Cf B. ORCHAD, *The meaning of ton epiousion*, *Bibl.Theol.Bull.* 3 (1973) 274-278.

⁵ Cf J. STARCKY, *La Quatrième demande du Pater*, *Harvad Theol Rev* 64 (1971) 401-409.

La traducción sería esta: «El pan de mañana, dáoslo hoy», lo que parece que no se compagina muy bien con las palabras de Jesucristo en este mismo contexto: «No os inquietéis por el día de mañana, que el mañana tendrá su inquietud. A cada día le bastan sus problemas» (Mt 6,34).

2.3. «Epi-ousia»: esencia, sustancia

Se trataría del pan esencial, sustancial, necesario para nuestra subsistencia, el pan «subsistencial» —*panem necessitatis*—, lo que cada día necesitamos para seguir viviendo. La traducción sería esta: «El pan, que necesitamos, dáoslo hoy», lo suficiente, lo necesario para un día, la ración diaria⁶.

3. Dar y hoy

Mateo dice «dos», en aoristo y se refiere a un acto puntual, a «hoy». Lucas cambia el aoristo por el presente *didou* y el «hoy» —*semeron*— de Mateo por «cada día» —*kaz'emeran*—, día tras día, indicando así la acción permanente, el don continuo del pan: dáoslo cada día. Los dos evangelistas consideran que el pan es un don de Dios, que Mateo pide sólo para hoy y Lucas para cada día.

El «hoy» es el día solar, de veinticuatro horas, pero también puede ser el «hoy» de esta vida temporal, en contraposición al «mañana» o al «gran mañana», es decir, a la eternidad.

¿Qué decir de todas estas significaciones? ¿Qué pan pedimos? ¿Qué significa *epiousion*? ¿De qué «hoy» se trata?

Todos los sentidos enumerados son posibles. No hay razones suficientes para excluir de manera absoluta ninguno de ellos. Hay que tener en cuenta lo siguiente: «Hic modus est in Scriptura Sacra, ut sit unicus textus litterae, multiplex vero in misterio» (san Alberto Magno). Sólo hay un sentido literal histórico, pero este «no es un principio absoluto»,

⁶ Cf F. M. BRAUN, *Le pain dont nous avons besoin*, *NRT* 100 (1978) 559-568.

pues el autor puede querer referirse al mismo tiempo a varios niveles de realidad, cosa frecuente en la Biblia, y de manera especial en el cuarto evangelio. Hay también «sentidos espirituales», que descubrimos cuando leemos los textos «bajo la influencia del Espíritu Santo en el contexto del misterio pascual de Jesucristo y de la vida nueva que proviene de él» y teniendo en cuenta que el sentido literal es siempre «la base indispensable» del sentido espiritual. Y hay, por fin, un «sentido pleno», un sentido profundo del texto, cuya existencia se descubre «cuando se lo estudia a la luz de otros textos bíblicos que lo utilizan, o en su relación con el desarrollo interno de la revelación»⁷.

4. Sentido literal: el pan material, necesario para hoy

El sentido literal de la palabra «pan» es el pan material, el pan físico, alimento del cuerpo; el de *epiousion* es el «pan subsistencial», el que necesitamos para subsistir; y el de la palabra «hoy» es el del día presente, de 24 horas. La traducción, por tanto, es esta: «El pan, que necesitamos, dánselo hoy». Pedimos pan sólo para hoy, porque sólo el «hoy» nos pertenece. El futuro no está en nuestras manos, no sabemos lo que nos deparará el mañana. Debemos tener conciencia de la transitoriedad de nuestra vida, de nuestra indigencia y de nuestra contingencia. «Este “hoy” designa el “ahora”, pues existimos “hoy”, no mañana. Porque, aunque lleguemos al día siguiente, cuando lleguemos, estaremos en el “hoy”» (Teodoro de Mopsuestia). Pedimos el pan para hoy, mañana pediremos el pan para mañana. «No presumas del día de mañana, porque no sabes lo que te puede traer su día» (Prov 27,1). «Cristo sólo nos autoriza a pedir lo necesario para hoy, como si se nos prohibiera pedirlo para mañana»⁸. Hay que conformarse con tener para hoy y fiarse de la providencia, que nunca falla: «Fui joven y ya soy viejo; y nun-

ca vi al justo abandonado, ni a sus hijos pidiendo limosna» (Sal 37,25).

«No os angustiéis por vuestra vida, qué vais a comer; ni por vuestro cuerpo, qué vais a vestir... Mirad las aves del cielo, no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros más que ellas?» (Mt 6,25-26). Cada día pedimos para el día y mañana Dios dirá. Un cristiano no almacena: «Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para ganar el pan con el sudor de nuestra frente, pero no para acaparar muchos panes para muchos días, por si luego nos falta»⁹. El rico insensato almacenó para el día de mañana y ese mañana no llegó para él (Lc 12,13-21).

Al pedir el pan sólo para hoy, nos obligamos a deshacernos cada día del pan que nos sobra. He aquí una sentencia rabínica: «El que tiene que comer hoy y dice: “¿Qué comeré mañana?”, ese no tiene fe». Creo que las otras dos significaciones de *epiousion* tienen perfecta explicación en este mismo sentido. El pan de mañana —*panem crastinum*— no quiere decir el pan para mañana, ni para pasado mañana, sino el pan necesario para vivir hoy y así poder llegar a mañana. El pan de mañana es igual al alimento cotidiano de Sant 2,15; y el pan de cada día —*panem quotidianum*— es el que consumimos en el día, porque no es superfluo, porque no sobra para mañana, pues se trata únicamente de la ración necesaria para hoy. «¿Qué quiere decir el pan de cada día? El que basta para un día» (san Juan Crisóstomo). Dice una sentencia rabínica: «Bendito sea Dios cada día por el pan cotidiano que nos da». Esto está muy claro, dada la relación del pan del PN con el maná. Moisés ordenó a los hebreos que saliesen a recoger el maná cada día (Éx 16,4) y que nadie guardara nada para el día siguiente —para mañana— (Éx 16,14). Algunos no le obedecieron y guardaron para el día siguiente, pero se les llenó de gusanos y se les pudrió (Éx 16,20). Por eso lo recogían cada mañana, cada uno en razón de lo que necesitaba (Éx 16,21). «Nuestro Señor rechazó

⁷ Cf *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, PPC, Madrid 1994³, 75-81.

⁸ J. MALDONADO, *o.c.*, 292.

⁹ CEPS, *La Iglesia y los pobres. Documento de reflexión de la Comisión Episcopal de Pastoral Social*, EDICE, Madrid 1994, n. 123.

absolutamente el cuidado de lo superfluo, pero no prohibió el uso de lo necesario; al contrario, prescribió incluso pedirlo a Dios» (Teodoro de Mopsuestia). Un hombre de fe hace esta oración: «No me des pobreza ni riqueza, concédeme el pan necesario» (Prov 30,8; cf Si 2,6; Sal 136,25). Ni nos hace falta más, ni queremos más, ni nos debes dar más.

5. Sentido pleno: la eucaristía

El pan tiene también un sentido pleno que descubrimos con referencia a otros textos bíblicos. El paralelo con el maná (Éx 16) nos permite interpretarlo como el «pan de vida», el pan eucarístico (Jn 6). Esta interpretación eucarística está muy presente en los santos padres. San Jerónimo lo llama *panem supersubstantialem*, porque está por encima del pan común, que alimenta la sustancia del cuerpo, pues él alimenta la del alma; porque es de la sustancia misma de Dios y porque es capaz de cambiar nuestra sustancia en la sustancia de Dios. «No es este un pan material, que se transforma en nuestro cuerpo, sino el pan de la vida eterna, que alimenta la sustancia de nuestra alma» (san Ambrosio).

«El pan ordinario no es supersustancial, pero el pan santo es supersustancial, es decir, preparado para sustancia del alma» (san Cirilo de Jerusalén). «Cristo mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la carne, amasado en la Palabra, cocido en el horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial» (san Pedro Crisólogo). «La eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión, nos une al cuerpo del Salvador» (san Agustín). «Al decir: “Dánoslo hoy”, se emplea la palabra “hoy” para expresar todo el tiempo que dura esta vida temporal»¹⁰. Santa Teresa de Jesús, que era «muy aficionada a san Agustín» (V 9,7), da las mismas interpretaciones: «El decir “hoy” me parece es para mí un día como

es esta vida, que es mientras dure el mundo, no más... Quié-roos decir mi bovería..., ser nuestro de cada día me parece a mí porque acá le poseemos en la tierra, pues se nos queda acá y le recibimos y le poseeremos también en el cielo. Es decir, “hoy” me parece es para mí un día como es esta vida. Y ¡buen día!..., pues es sólo un día de lo que dure este mundo» (C 60,2). Para la santa el pan es el santísimo sacramento: «Que otro pan de los mantenimientos y necesidades corporales, no quiero yo pensar se le acordó al Señor de esto, ni querría se os acordase a vosotras... ¿Y havíanos de meter en cosa tan baja como pedir de comer...?» (C 60,2-3).

Dada esta interpretación, y al tratarse de un pan cotidiano, se infiere que hay que celebrar diariamente la eucaristía, como ya decía san Agustín, y hacían los primeros cristianos (He 2,42-46). «Si el pan es cotidiano, ¿por qué piensas recibirlo de año en año, como hacen los griegos en Oriente? ¡Recibe cada día lo que cada día te beneficia! ¡Vive de tal modo que merezcas recibirlo cotidianamente! ¡El que no merece recibirlo cotidianamente, no merece recibirlo cada año!» (san Ambrosio). Precisamente por tratarse de un pan cotidiano, el Tostado daba la interpretación contraria y deducía que no podía tratarse del pan eucarístico: «Eucharistia autem, licet vocetur cibus, non est tamen cibus quotidianum, quia non est quotidie communicandum».

6. Sentido espiritual: el pan de la Palabra y el pan escatológico

San Agustín ve en el pan cotidiano «todas las cosas necesarias para el sustento de la vida presente»; ve también, como hemos indicado, «el sacramento del cuerpo de Cristo, que todos los días recibimos»; pero de una manera especial ve «el manjar espiritual» —*panem spiritualem*—, a saber «los preceptos divinos, los cuales conviene meditar y cumplir todos los días»; de él son también estas palabras: «Leed las santas Escrituras, porque en ellas encontraréis todo lo que debéis practicar y todo lo que debéis evitar. Leedla, porque es más dulce que la miel y más nutritiva que cualquier otro ali-

¹⁰ SAN AGUSTÍN, *Serm* 56,9-10.

mento». Pedimos, pues, el pan de la Palabra, «el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios, alimento del alma, fuente límpida y perenne de la vida espiritual» (DV 21).

Algunos santos padres lo interpretan como el pan del siglo futuro —*panem eschatologicum*—, el pan del reino de los cielos, «el gran mañana», la eternidad. Se hablaría, pues, del banquete celestial (Lc 22,30; 12,37; Mt 26,29), del que el pan eucarístico, «que permanece hasta la vida eterna» (Jn 6,27), sería la primicia y la garantía de que, al final y para siempre, nos sentaremos a la mesa de ese banquete eterno. Esta interpretación la encontramos también en autores contemporáneos, para los que la orientación escatológica de todas las restantes peticiones del PN aboga por el sentido escatológico de esta petición. Pero, ¿cómo pedir «para hoy» un pan escatológico? ¿No equivale eso a pedir el final de nuestra vida y el fin de este mundo? ¿Y no es eso un atentado contra el instinto humano de supervivencia, de vivir mucho y bien?

7. Nuestro

En esta palabra hay dos sentidos literales, que se corresponden con el sentido literal del «pan». El pan es «nuestro» porque es fruto de nuestro trabajo y porque es de todos, en plural. Hay también un sentido espiritual en relación con el sentido «pleno» del pan: si el pan es la eucaristía, el «nuestro» se refiere a los cristianos. Aunque, como es natural, no podemos encontrar en la Biblia un ordenamiento preciso y concreto para el actual mundo del trabajo, sí encontramos en ella unos principios generales válidos para regular el mercado laboral de todos los tiempos y lugares.

7.1. *El pan, fruto de nuestro trabajo*

El pan es un don de Dios, que queremos ganarnos, no llovido del cielo. Pedimos que no nos falte el trabajo, el cual, aunque es una maldición, es también una bendición. Y lo

pedimos en imperativo, como es habitual en las oraciones de súplica. Pero para tenerlo, hay que cultivar los campos, sembrar el grano, cuidarlo, recogerlo, cocerlo, fabricar el pan, pues sin nuestro trabajo, él no nos da el pan. Pero el pan es siempre un don de Dios (Gén 28,20; Sal 145,15) pues, aunque sale de la tierra y del trabajo del hombre (Job 28,5) no sale, si Dios no manda la lluvia, que fecunde la tierra (Is 30,23; 55,10; Dt 11,14); un don al que se tiene derecho, pues el pan del padre pertenece por derecho natural al hijo (Mt 7,9-10); únicamente los que se alimentan sólo de pan, ven en el pan un don de Dios (Sal 22,27; Sant 1,17). Pedimos que tengamos hoy la posibilidad de ganarnos honradamente el pan que nos comemos. «Dame tú el pan, es decir obtener alimento mediante un justo trabajo» (san Gregorio Magno).

a) *El trabajo, un deber*

El trabajo es el primer deber que Dios impuso al hombre: «Dios puso al hombre en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo guardara» (Gén 2,15). Después del pecado, el trabajo adquiere un carácter de castigo, que afecta al hombre y a la mujer (Gén 3,11.17-19). Un castigo constantemente contrastado:

«Si el labrador quiere recoger la cosecha, antes tiene que trabajar el campo» (2Tim 2,6). «Una penosa tarea se impuso a todo hombre, y un pesado yugo oprime a los hijos de Adán, desde el día en que salen del vientre de su madre, hasta el día en que vuelven a la tierra, madre de todos» (Si 40,1).

b) *El trabajo, ley universal*

De la ley universal del trabajo, sólo están excluidos los menores, los ancianos y los discapacitados. El holgazán es un pecador público: «Que los holgazanes se pongan a trabajar en paz y a ganarse el pan que comen» (2Tes 3,12). La pará-

bola de los talentos (Mt 25,14-30) pone de relieve la condenación del siervo inútil por su holgazanería. El holgazán es un ser abominable:

«El holgazán se parece a una pella de barro, todos le silban por su suciedad. Se parece a una bola de estiércol, quien la coge se sacude las manos» (Si 22,1-2). «La holgazanería enseña muchas maldades» (Si 33,28).

Y esto para los pobres que han hecho de la delincuencia un medio de vida:

«El que robaba, que se deje de robar y que se ponga a trabajar con sus manos» (Ef 4,28).

Y para todos, esta sentencia lapidaria: «*El que no trabaje, que no coma*» (2Tes 3,10). El que no quiere trabajar, que se muera de hambre. Así de claro, sin contemplaciones. La pobreza de los holgazanes y de los vagabundos, lejos de ser una virtud, es un pecado. Esa pobreza nada tiene que ver con la de los pobres bienaventurados (Mt 5,3). Nadie tiene derecho a vivir a costa de los demás.

En el trabajo, el hombre, aparte de encontrar el pleno desarrollo de su persona, debe procurar encontrar también la más íntima y gozosa felicidad y hacer de la necesidad virtud: «Comiendo lo ganado con el trabajo de tus manos, serás feliz y bienaventurado» (Sal 128,2). El trabajo debe ser el garante de una vida tranquila, honrada y justa:

«Os exhortamos, hermanos, a progresar todavía más y a que os esforcéis por vivir pacíficamente, ocupándoos de vuestros quehaceres y trabajando con vuestras propias manos, como os lo tenemos recomendado. Así llevaréis una vida honrada a los ojos de los de fuera y no tendréis necesidad de nada» (1Tes 4,10-12).

El trabajo debe ser aceptado como la única fuente de sabiduría y como una cuestión de honor y de solidaridad con la comunidad humana. No aceptarlo equivale a convertirse en un miserable parásito de la sociedad. Es injusto vivir de la herencia.

«Todas las riquezas descienden de la injusticia y, sin que uno haya perdido, el otro no puede encontrar: por eso me parece a mí que es verdaderísimo aquel proverbio común: “El rico o es injusto, o es heredero de un injusto”»¹¹. «Dime, ¿de dónde te viene a ti ser rico? ¿De quién recibiste la riqueza? Del abuelo, dirás, o del padre. Y podrás, subiendo en el árbol genealógico, demostrar la justicia de aquella posesión. Seguro que no podrás, sino que necesariamente su principio y su raíz han salido de la injusticia»¹². «No digas: gasto de lo mío y disfruto de lo mío. En realidad no es de lo tuyo, sino de lo ajeno»¹³. «Todo aquel que no reparte a los pobres lo que le sobra de lo necesario de la naturaleza es un ladrón»¹⁴.

c) *El trabajo social*

El trabajo aparte de servir para subvenir a las necesidades propias del trabajador y de su familia, sirve para el progreso y el bienestar de la comunidad y muy singularmente en favor de los necesitados. He aquí una gran obra llevada a cabo por el voluntariado social: «En todo os he dado ejemplo mostrándoos cómo, trabajando así, socorréis a los necesitados» (He 20,35). «Afánese trabajando con sus manos en algo de provecho para poder dar al que tiene necesidad» (Ef 4,28). En la sociedad hay muchas necesidades que satisfacer, de orden sanitario, cultural y social, donde el Estado no puede llegar y para lo que tenemos que contribuir todos en aras del bien común. Esto supone realizar el trabajo en equipo y con espíritu de solidaridad, tal como lo predicaban Jesucristo y san Pablo (cf Jn 4,38; 1Cor 3,10.13), anteponiendo los intereses de los demás a los nuestros (Flp 2,3-4).

d) *Jornada laboral*

En los sistemas liberales y capitalistas anteriores, el trabajador era considerado como una máquina a pleno rendimien-

¹¹ SAN JERÓNIMO, PL 22,984.

¹² S. JUAN CRISÓSTOMO, PG 62,562-563.

¹³ Ib, 61,86.

¹⁴ L. VIVES, *Tratado del socorro de los pobres*, Hacer, Valencia 1992, 71.

to. Esto le ocurrió al pueblo hebreo, cosa que el Dios de la Biblia no puede aceptar: «Yo os libentaré de los trabajos forzados de los egipcios» (Éx 6,6).

Jesucristo aparece como redentor de los que trabajan con exceso: «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis oprimidos y yo os aliviaré» (Mt 11,28). San Pablo se vio sometido a estos trabajos: «Recordad nuestros trabajos y fatigas: cómo trabajábamos día y noche para no ser gravosos a ninguno de vosotros mientras os anunciábamos el evangelio» (1Tes 2,9). La Biblia tiene otros ejemplos, como el carpintero y el albañil, «que trabajan día y noche» (Si 38,28), algo intolerable y una de las sinrazones constatadas por Qohélet: «Di mi corazón a conocer la sabiduría y a examinar el trabajo que se hace sobre la tierra, porque hay quien ni de día ni de noche ve cerrarse sus ojos al sueño» (Qo 8,16).

La Biblia, ya desde el principio, pretende eliminar el trabajo inhumano y agotador con una de las leyes básicas: «Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso y no harás en él trabajo alguno» (Éx 20,8). Los profetas serán un recordatorio perenne de esta ley (cf Is 55,2; 58,13-14). La Biblia nos habla de una jornada laboral de sol a sol (Sal 104; 103,22; Qo 11,6). He aquí unos principios fundamentales:

1) La jornada laboral debe ser la necesaria, ni más ni menos, lo que postulen las necesidades y el desarrollo de la sociedad. No debe ser menos, pues eso conduciría a un deterioro de la comunidad, a un suicidio lento, pero tampoco debe ser más, pues eso equivaldría a una explotación del trabajador.

2) A medida que sigan avanzando la técnica y la producción, se reducirá la jornada del trabajo, pues la producción está en sentido diversamente proporcional al trabajo: a más producción, menos trabajo, por lo que conviene que aumente la producción para que disminuya el trabajo.

3) El ideal es llegar a la producción íntegramente automatizada para ahorrar trabajo humano. La debida formación profesional de los trabajadores aumenta la productividad y hace disminuir el trabajo.

4) El trabajador necesita tiempo de ocio suficiente para sus atenciones físicas, culturales, sociales y religiosas, es decir, para lograr el pleno desarrollo de su persona.

5) La disminución del trabajo no puede originar el desempleo; debe incidir únicamente en la reducción de la jornada de trabajo.

e) *El salario*

«El obrero tiene derecho a su salario» (Lc 10,7; Mt 10,10). La Biblia condena al que no cumple esta ley:

«¡Ay del que edifica su casa con la injusticia, sus salones con la iniquidad, haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle, sin darle el salario de su trabajo!» (Jer 22,13). «El jornal de los obreros, que segaron vuestros campos, defraudado por vosotros, clama, y los lamentos de los segadores han llegado a los oídos del Señor todopoderoso» (Sant 5,4).

El salario hay que pagarlo al día:

«No oprimas al jornalero pobre e indigente... Dale cada día su salario, sin dejar pasar sobre esta deuda la puesta del sol, porque es pobre y lo necesita. De otro modo, clamaría al Señor contra ti y tú cargarías con tu pecado» (Dt 24,14-15).

Esta ley se seguía cumpliendo en tiempos de Jesucristo (Mt 20,8). Hacerlo cada semana o cada mes es una injusticia, pues el obrero anticipa al empresario su trabajo. El dinero, que ya va siendo del obrero, sigue retenido por el empresario. ¿Por qué no se hace al revés? ¿Por qué el obrero tiene que fiarse del empresario y no el empresario del obrero?

Hay que cobrar el salario, pero hay que ganarlo. Al campo de trabajo se va a trabajar, y no a gandulear y a pasar el tiempo. Para poder reclamar, primero hay que cumplir: «Cumple con tu trabajo, conságrate a él y hazte viejo en su desempeño» (Si 11,20). Esto lo deben tener en cuenta todos los trabajadores, pero de una manera especial los em-

pleados de las empresas públicas, subvencionadas por toda la comunidad. En las empresas privadas eso se suele cumplir mejor. Que no sea una realidad lo que se dice como una broma: «La gente no quiere trabajar, sólo quiere tener trabajo».

f) *Jesucristo, Pablo y los apóstoles*

Dios es el primer cumplidor de la ley del trabajo impuesta por él a todo el mundo; aparece como un trabajador en jornada continua: «Mi padre no deja de trabajar y yo también trabajo» (Jn 5,17). Jesucristo se sometió a la ley del trabajo y se ganó el comer con el sudor de su frente. Fue un obrero (Mc 6,3), hijo de un obrero (Mt 3,55). Su quehacer apostólico es un trabajo encomendado por el Padre (Jn 9,4), que realizó en perfección, como un obrero ejemplar: «Te he glorificado en la tierra, llevando a cabo el trabajo que me encomendaste» (Jn 17,4).

Esto lo entendió muy bien san Pablo, un obrero ejemplar, que no siente el menor pudor en presentarse como modelo:

«Bien sabéis lo que debéis hacer para seguir nuestro ejemplo. No vivimos entre vosotros sin trabajar, ni comimos gratis el pan de nadie para no resultar gravosos a ninguno de vosotros» (2Tes 3,7). «Hasta el presente padecemos hambre, sed y falta de ropa..., y nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos» (1Cor 4,11).

El apostolado es un trabajo y, por tanto, se puede vivir de él: «El Señor ha ordenado a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio» (1Cor 9,14; cf 2Tes 3,9); el trabajo apostólico, del que se puede vivir, es «anunciar el evangelio», es decir, enseñar, predicar, no es celebrar la eucaristía o administrar sacramentos (¡cómo es posible percibir un estipendio por presidir —encima de tener el honor de presidir— la celebración de la eucaristía!): «Los presbíteros, que cumplen bien su misión, son merecedores de una doble remuneración, especialmente los que se ocupan de la

predicación y de la enseñanza» (1Tim 5,17-18). Pero Pablo no usó nunca de este derecho: «Predico el evangelio y lo hago gratuitamente, no haciendo valer mis derechos por la evangelización» (1Cor 9,18). Procedió así por tres razones: «Para no poner obstáculo alguno al evangelio de Cristo» (1Cor 9,12), «para daros un ejemplo que imitar» (2Tes 3,9) —es más perfecto ganarse el comer trabajando, como todo fiel cristiano y realizar gratuitamente la evangelización— y «para socorrer a los necesitados» (He 20,35). He aquí estas palabras de Helder Camara:

«Dentro de una comunidad de base cada cual trabajará normalmente, tratará de trabajar, incluido el sacerdote, quien, siguiendo el ejemplo de san Pablo, rechazará ser una carga para sus compañeros y con el trabajo de sus propias manos se costeará su subsistencia».

Esta parece ser la doctrina evangélica de mayor perfección: «Lo habéis recibido gratis, dadlo gratis» (Mt 10,8). San Pablo, el apóstol por antonomasia, «el primero después del Único», supo armonizar el trabajo manual con la evangelización (2Cor 11,7). Así se despedía del presbítero en pleno en Éfeso camino de Jerusalén, donde le esperaba la prisión:

«De nadie he deseado plata, oro, o vestido. Vosotros mismos sabéis que estas manos han provisto a mis necesidades y a las de los que andan conmigo» (He 20,34).

El cristianismo nació y se desarrolló prevalentemente en el mundo del trabajo, entre obreros modestos, artesanos, pescadores, campesinos. Los evangelizadores no abandonaban el trabajo corriente del que vivían como las demás gentes. ¿Por qué no se ha seguido haciendo eso?

g) *El trabajo, un derecho*

Si el hombre tiene el deber de trabajar, tiene, por eso mismo, el derecho al trabajo. Así está reconocido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y en las Consti-

tuciones de todos los pueblos civilizados y democráticos. Y así lo dice el Concilio: «Todo hombre tiene el deber de trabajar, así como también el derecho al trabajo» (GS 67). Una sociedad con hombres que quieren trabajar y que no encuentran trabajo, es una sociedad absolutamente injusta e insolidaria. Sólo una sociedad, en la que todos sus miembros puedan ejercer el derecho y cumplir el deber de trabajar, podrá llamarse una sociedad cristiana.

7.2. *El pan es «nuestro» porque es de todos*

Pedimos el pan de todos y para todos. El acento no sólo hay que ponerlo en la fe, en la confianza en que Dios nos va a dar el pan, sino en la caridad, en establecer una comunidad de bienes. Por dos veces se usa en plural el adjetivo y el pronombre personal de primera persona: «nuestro», «a nosotros».

a) *Opus solidaritatis pax*

Juan Pablo II ha acuñado esta frase: *Opus solidaritatis pax* (SRS 39). En esta misma encíclica insiste en el «deber de solidaridad» (n. 48) y en que «la solidaridad es una virtud cristiana» (n. 40). Dios nos da el pan para repartirlo entre todos. Hay que compartir el trabajo y el pan. El paro, el desempleo, no tiene justificación alguna desde un punto de vista humano y cristiano. El pan «nuestro» lo convertimos en el «pan mío», y así, unos nos hartamos y morimos de atragantones y por exceso de colesterol, mientras que otros mueren de inedia y de hambre. El trabajo (y el pan) es un bien comunitario, un bien público y no puede convertirse en un bien privado. Por eso, cuando el trabajo es un bien escaso, hay que compartirlo entre todos los miembros de la comunidad, la única manera de acabar con el desempleo.

En el AT había obligación de dar pan a los hambrientos:

«Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo» (Tob 4,16; cf Ez 8,7; Prov 22,9). «Reparte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que veas desnudo» (Is 58,7; cf Job 31,17).

En el NT se dice lo mismo:

«El que tiene dos túnicas, que reparta con el que no tiene ninguna y el que tiene alimento que haga lo mismo» (Lc 3,11). «A los ricos de este mundo recomienda que sean generosos en repartir con los demás lo que tienen» (1Tim 6,17).

Si no hay comunidad de bienes, podrá haber una comunidad religiosa, pero no una comunidad cristiana. Esto era muy claro para los primeros cristianos que «lo tenían todo en común» (He 2,44; 4,32). San Pablo hizo una colecta entre sus comunidades «para llevársela a los hermanos pobres de Jerusalén» (Rom 15,26); hay que compartir no sólo lo superfluo, sino también lo necesario, pues se trata de que «reine la igualdad» (2Cor 8,14). Sólo los que reparten y comparten el pan con el hambriento son miembros auténticos del Reino; de esta actitud depende el destino eterno de todos (Mt 25,31-46). La cosa no está en rezar, sino en compartir, aunque también hay que rezar. Y en compartir con todos, sin discriminación alguna, incluso con nuestros enemigos: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber» (Prov 25,21). Dios paga al contado y con generosidad: «Dad y se os dará» (Lc 6,38). La bolsa del que da, está siempre llena. Dios la llena; cuanto más da, más tiene.

b) *Una mesa común*

La solidaridad entre todos los pueblos tiene que conducir a una distribución equitativa de todos los bienes de la tierra, nuestra madre común. Para que esto sea así en la comunidad humana, hay que comenzar a hacerlo en la comunidad particular en la que cada uno estamos integrados, pues el pan que no se reparte, no es el pan de Dios. Por eso, esta

petición podíamos traducirla a semejanza de la siguiente: «Danos hoy el pan que necesitamos, así como nosotros damos de nuestro pan a los que lo necesitan». Tenemos obligación de hacerlo: «Id al encuentro del sediento a llevarle agua, salid al encuentro del fugitivo para darle pan» (Is 21,14).

Porque eso es lo que Dios hace: «Hace justicia a los oprimidos y da pan a los hambrientos» (Sal 146,7). El pan, que es un don de Dios (Dt 28,12; Gén 28,20), hay que repartirlo entre todos, para que todos vean colmada la esperanza de que Dios les dé a su debido tiempo la comida (Sal 145,15; 104,27), ya que «da de comer a todas sus creaturas, porque es eterno su amor» (Sal 136,25), «el pan al hombre y la hierba al ganado» (Zac 10,1).

El pan, hasta estar en la mesa, ha recorrido un largo itinerario, en el que han intervenido muchas manos: las del sembrador, las del cultivador, las del segador, las del panadero... Es un pan producido en equipo y en equipo debe ser comido. Jesucristo, que nos mandó compartir la comida, la compartió con cuantos querían compartirla con él, aunque esto le acarrearía algunos insultos e improperios:

«Vino Juan que no comía ni bebía, y dijeron: tiene un demonio. Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: Este es un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11,18-19; Lc 7,33-34).

Jesucristo acepta las invitaciones para predicar el evangelio. Se sentó a la mesa de Zaqueo y predicó la buena noticia, que caló muy hondo en el anfitrión, el cual respondió, no en términos de estricta justicia (cf Éx 21,37; Núm 5,5-7), devolviendo lo defraudado, sino en términos de mayor generosidad, devolviendo cuatro veces más, como la ley exigía en caso de robo (Éx 21,37; 22,1) y dando a los pobres la mitad de sus bienes (Lc 19,1-11). Se sentó a la mesa de Simón y allí nos impartió la lección más sublime sobre el amor, como fruto del perdón: «A quien se le perdona poco, ama poco, y al que se le perdona mucho, ama mucho» (Lc 7,47), como es el caso de la gran pecadora arrepentida, la

más perdonada y la más amadora. En la mesa se hacen las paces y se firman los pactos (Gén 26,30-31; 31,46-54). Sentarse a la misma mesa es un signo de reconciliación, una expresión de perdón (2Sam 9,7; 2Re 25,27-30). Comer juntos es señal de unidad y de lealtad, hasta el punto que traicionar a un comensal era considerado como un delito de mayor gravedad: «Hasta mi amigo íntimo, en quien yo confiaba, el que comía mi mismo pan, ha levantado contra mí su calcañar» (Sal 41,10; cf Jer 41,1; Abd 7; Jn 13,18).

Jesucristo nos dice que invitemos a nuestra mesa a los que no pueden invitarnos: «A los pobres, a los inválidos, a los cojos, a los ciegos» (Lc 14,13.26), es decir a los pecadores, a los excluidos, a los marginados, y no a los famosos ni a los aceptados. Este consejo sólo lo practican los pobres y los marginados, porque sólo los que pasan o han pasado hambre dan generosamente su pan, y hasta se lo quitan de la boca para dárselo a los hambrientos. Los ricos, los que están hartos, no son capaces de dar a los mendigos, ni siquiera el cacho de pan, que les sobra en la mesa, como hacía el rico Epulón con Lázaro el mendigo (Lc 16,19-31). Jesucristo nos da el pan, también para probar nuestra generosidad con los hambrientos. Compartir el pan significa asimismo compartir el alimento espiritual, compartir el amor, la alegría, la amistad, el dolor, la comprensión, compartirlo todo.

c) «Partir el pan», *compartir la mesa*

Los primeros cristianos «partían el pan» y compartían la mesa, porque no se puede «partir el pan» —celebrar la eucaristía— sin compartir la mesa. «Partir el pan», cuando unos están hartos y otros pasan hambre no es celebrar la eucaristía, es un sacrilegio:

«Cuando os reunís en común, eso ya no es comer la cena del Señor. Porque cada cual se adelanta a comer su propia cena. Y mientras unos pasan hambre, otros se emborrachan» (1Cor 11,20-22).

Si compartimos el mismo pan eucarístico, formamos el mismo cuerpo (1Cor 10,17). He aquí estas palabras de Juan Pablo II en la misa de clausura del congreso eucarístico internacional de Sevilla de 1992:

«El sacramento de la eucaristía no se puede separar del mandamiento de la caridad. No se puede recibir el cuerpo de Cristo y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed, son explotados o extranjeros, están encarcelados o se encuentran enfermos (Mt 25,41.44). Como afirma el Catecismo de la Iglesia católica: “La eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres. Para recibir de verdad el cuerpo y la sangre de Cristo entregado por nosotros, debemos reconocer a Cristo en los pobres” (CEC 1397)».

Sólo celebramos la eucaristía, como Dios manda, si al compartir el pan del cielo, compartimos también el pan de la tierra. Lo ordinario y lo extraordinario, lo terrestre y lo celeste, el alimento del cuerpo y el del alma, no deben separarse. Sólo *partiendo y repartiendo el pan físico, podemos comer el pan eucarístico*. El pan terrestre y el celeste no sólo se contraponen, sino que se necesitan y se complementan.

7.3. *El pan es nuestro porque somos «creyentes»: la eucaristía*

El pan, en cuanto significa la eucaristía, no puede ser el pan de todos. El «nuestro» tiene un carácter restrictivo y se refiere únicamente a los cristianos, es el pan de los cristianos, pero no porque sean cristianos «practicantes», cumplidores de los mandamientos de la santa madre Iglesia, sino, porque son cristianos «creyentes», cumplidores del mandamiento de Dios: «Este es su mandamiento: que creamos en el Nombre de su hijo Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros, según el mandamiento que nos ha dado» (1Jn 3,23). Así lo proclamaron los santos padres.

«El *pan de vida* es Cristo y este pan no es de todos, sino nuestro. Y al modo que decimos *padre nuestro*, porque lo es de los

creyentes y de los que le conocen, así le llamamos también *pan nuestro*, porque Cristo es el pan de los que tomamos su cuerpo. Este es el pan que pedimos nos dé *cada día*, no sea que los que estamos en Cristo y recibimos diariamente la eucaristía del pan celestial, por algún delito grave nos veamos separados del cuerpo de Cristo» (san Cipriano).

El pan eucarístico es un don que sólo merecen los cristianos que viven de la fe, cosa muy clara en el discurso del pan de vida (Jn 6,27-71). Que «el pan de la vida» (Jn 6,35), que «ha bajado del cielo» (Jn 6,41) y que «dura para la vida eterna» (Jn 6,27) se refiere a la eucaristía, nadie lo duda: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna» (Jn 6,53-54). La referencia a la eucaristía es evidente. No se puede negar la necesidad de celebrar la eucaristía para poseer la vida eterna. Pero para celebrarla tiene que ir por delante la fe, un acto intelectual y sapiencial sobre la realidad del misterio y una entrega de la voluntad, de la vida entera, a Jesucristo. Estas condiciones previas son absolutamente necesarias para poder acercarse al pan de vida. Este pan de vida hay que ganárselo con el propio esfuerzo y el propio trabajo (Jn 6,27). Y este trabajo es la fe; hay que creer en Cristo para poder comer el pan de vida (Jn 6,29) no se trata simplemente de *creer a Jesús* —creer en la veracidad de sus palabras— sino de *creer en Jesús*, es decir, de entregarse a él, de aceptar su doctrina y orientar la vida según sus exigencias (Jn 6,45). Es famosa la frase de san Agustín: *Crede et manducasti*. Primero hay que creer y luego comer. La fe es una condición absolutamente necesaria para asimilar la vida que ofrece el pan de vida. Hay que comer el pan con una fe confiada en él para no volver a tener hambre, para obtener los frutos espirituales que de esta comida se derivan (Jn 6,35). La fe y la comida del pan engendran en el hombre la vida eterna (Jn 6,40). Sin fe, la comida del pan carece de sentido, no sirve para nada. Esta fe viva y operante (Jn 6,27) se ofrece, al mismo tiempo, como un don de Dios, pues nadie puede ir a Jesucristo, nadie puede creer en él, si no fuera arrastrado

por el Padre (Jn 6,44.65). Por eso el pan de vida es un alimento para los llamados, los vocacionados por Dios para ser miembros del Reino.

En el pan eucarístico se da, por tanto, una doble comunión con Cristo. Una comunión con la doctrina de Cristo, y una comunión con el cuerpo de Cristo. No se puede pasar a esta segunda comunión, sin estar sellado radicalmente por la primera. La comunión de la carne y de la sangre de Cristo está indisolublemente unida a la comunión con la doctrina de Cristo. Para poder asimilar la carne inmolada y gloriosa de Cristo en el sacramento, hay que haber asimilado antes la doctrina de Cristo, hay que tener fe. Acercarse, por tanto, al pan de vida, sin ser guiados por la luz de la vida, o no sirve para nada (Jn 6,63) o sirve para la propia condenación, como dice san Pablo (1Cor 11,27).

Esto es lo que realizamos en las dos partes de la misa. En la primera (celebración de la Palabra), la Palabra se hace luz que ilumina y señala el camino. En la segunda (celebración del sacrificio), la Palabra se hace vida que da fuerza para caminar. Las dos se necesitan y se exigen mutuamente. Sin luz no puede haber vida. Si no hemos convertido la Palabra en luz y guía mediante la fe, la Palabra convertida en pan de vida pierde su valor nutritivo. ¿Por qué todavía no se sigue valorando la primera parte de la misa y se centra toda la atención en la segunda? Hasta no hace mucho se ha venido diciendo que con tal de llegar al ofertorio ya se cumplía con el precepto dominical, desestimando la celebración de la Palabra. Se ha insistido mucho en la eficacia del sacrificio-sacramento eucarístico *ex opere operato*, pero habrá que insistir también en que esa eficacia depende en gran medida del *ex opere operantis* en la celebración de la Palabra, pues el sacrificio-sacramento no opera automáticamente y de manera mágica.

8. Reflexiones

1) Esta cuarta petición es la central, la más importante desde el quehacer humano, aunque parezca la más material

e interesada. Si está en el centro de las siete, es porque es la clave del PN y la norma de conducta para cuantos hacen esta oración. Si todo el mundo tiene pan y trabajo, es porque se ha creado ya la comunidad universal cristiana, porque ha llegado el reino. Y si todos los cristianos tienen una fe tan grande, que les hace merecedores del pan de la vida, es que la Iglesia es de verdad la levadura, la fuerza poderosa capaz de transformar el mundo entero.

2) Pedimos poco, sólo pan para hoy, no queremos más. Con eso nos conformamos. Limitación en el tiempo y fe en la providencia. No nos preocupamos del mañana. Pedimos poco porque necesitamos poco, porque esa es la única manera de ser felices y seguir el consejo del sabio (Qo 9,7). Feliz no es el que tiene mucho, sino el que se conforma con lo poco que tiene. El rico no puede nunca ser feliz. Cuanto más se tiene, más preocupaciones, más problemas hay, más inquietudes y más desventuras. «La mera acumulación de bienes y servicios no basta para proporcionar la felicidad humana» (SRS 28). El rico nunca se ve satisfecho: «El que ama el dinero, nunca se ve harto de él» (Qo 5,9). «Cuanto más se posee, más se desea» (SRS 28). El que se deja atrapar por el afán de ganar dinero está perdido: «El oro es una trampa para cuantos se entregan a él» (Si 3,7; cf 1Tim 6,8-10). Si quieres ser feliz, despóstate con la dama pobreza, como san Francisco de Asís, el más pobre y el más feliz del mundo. El rico insensato acumula, para morir de repente sin disfrutar de lo acumulado (Lc 12,16-20) y el rico Epulón, por su insolidaridad, fue a parar a los castigos eternos (Lc 16,19-31).

Hay que relativizar el problema de la comida y del vestido, desterrar el ansia de poseer y de consumir, y confiar en Dios. Si así se hace, él se encargará de que no falte el pan, como hizo con Jacob (Gén 28,20) y con los israelitas (Éx 16,8), como hará con nosotros (Sal 146,7-9; 104,14-15; Éx 23,25). Si es necesario, hasta multiplicará el pan para que coma todo el mundo (Mt 14,13-21; 15,32-38; Jn 6,5-13; Lc 6,21). En la era mesiánica habrá pan en abundancia para todos (Sal 22,27; 135,15); son los tiempos de la utopía bí-

blica, cuando «el pan será pingüe y enjundioso» (Is 30,23; 33,16), el trigo, el vino y el aceite correrán a raudales (Jer 31,12; Is 55,1; Am 9,13) y todas las naciones participarán en un festín de exquisitos manjares (Is 25,6; Sal 144,13; Os 2,23-24; Jl 4,18).

3) Nunca hubo en el mundo tanto pan, ni tanta gente que estuviera sin pan. El progreso humano ha hecho que en bastantes regiones de la tierra haya abundancia de pan y que, al mismo tiempo, existan regiones pobladas por miles de millones de seres humanos, que viven en la más deplorable miseria. En las primeras se prohíbe y hasta se sanciona con penas pecuniarias la excesiva producción de pan, de leche, de aceite, de alimentos primarios, mientras que en las segundas se mueren de hambre cincuenta millones de personas al año. Juan Pablo II ha denunciado este «grave problema de distribución desigual de los medios de subsistencia, destinados originariamente a todos los hombres» (SRS 9), «hecho desconcertante de grandes dimensiones» (LE 18), «los pobres, lejos de disminuir, se multiplican» (SRS 42). La insolidaridad de los países ricos con los pobres es la causa de tan cruel desigualdad. En las llamadas sociedades de bienestar rezamos en plural el PN, pero lo practicamos en singular. He aquí un trozo de una carta de dos musulmanes de Bangladesh a los cristianos de Occidente:

«Os perdonamos vuestra riqueza y vuestro despilfarro y que hayáis renegado de nosotros como hermanos, para no darnos nuestra herencia en el mundo de Dios. Os lo perdonamos todo, pero no nos digáis que creamos en vuestro Cristo. Porque un Cristo que ha enseñado a una tercera parte de los hombres a comerse el pan de todos los demás en este pequeño mundo, no puede ser Dios»¹⁵.

Hay que contestar a estos hermanos musulmanes que Cristo, padre de todos, nos ha enseñado a repartir el pan, incluso a quitárnoslo de la boca, para dárselo a los demás;

¹⁵ A. PRONZATO, *El padrenuestro, oración de los hijos*, Sígueme, Salamanca 1993, 243.

que crean en Cristo, pero que no crean en los cristianos, cuando rezamos, y no practicamos, el PN.

4) El pan hay que pedirlo, ganarlo y producirlo. El pan no se puede comer a traición. El progreso de las ciencias y de las técnicas, que liberan al hombre del trabajo fatigante, es también un don de Dios, que hay que agradecer y que hay que cultivar para que cada vez sea menor el esfuerzo del hombre en producir el pan. El que el mundo del trabajo esté ocupado al cien por cien con la actual jornada laboral es, gracias a Dios, una utopía absolutamente irrealizable, que hay que abandonar para ocuparnos de la utopía realizable de repartir el trabajo, de trabajar todos en una jornada laboral más reducida.

5) El pan es santo, pero sólo es pan de Dios y es santo cuando lo compartimos. El pan no se tira, se recoge y se besa. Habría que comerlo de rodillas, al menos con el alma arrodillada y dando gracias a Dios, Hay que aprovecharlo todo, como nos mandó el Señor: «Recoged los trozos sobrantes para que nada se desperdicie» (Jn 6,12).

«Cada vez que Jesús toca el pan con las manos le aflora y viene fácilmente la acción de gracias al Padre, pero pronto, a renglón seguido, se le ve repartíéndolo a los demás: a los discípulos, pero con orden de repartirlo, a su vez, al pueblo (Mt 15,36)... El pan se toma entre manos con acción de gracias, el pan se rompe y se reparte antes de llevarlo uno mismo a la boca; el padre, las madres, lo primero que hacen no es llevarlo ellos a la boca; primero lo reparten, luego se quedan, no siempre, con algo que llevar a la boca: “Comed primero vosotros, que hay más pan”, hemos oído mil veces a las madres con gesto que debiera perpetuarse luego en nuestra vida, en toda la vida»¹⁶.

La solidaridad humana y cristiana nos debería llevar a hacer esta petición utópica: Concédenos, Señor, que cada uno de nosotros produzcamos el pan, según nuestras capacidades, y que lo consumamos según nuestras necesidades.

¹⁶ J. L. LARRABE, *El pan nuestro de cada día*, BAC, Madrid 1987, 6-7.

6) Hay que deshacerse de lo superfluo, para que así todos tengan lo necesario y para no caer en la ambición, origen de todos los males (1Tim 6,7-10). «Danos pan, decimos a Dios, no lujos ni placeres, ni riqueza, no elegantes vestidos de púrpura, ni ornamentos de oro, piedras preciosas o vajilla de plata..., ni cosa parecida... Pedimos pan» (san Gregorio Magno).

Si esto lo debe poner en práctica todo fiel cristiano, mucho más los abanderados del cristianismo, los misioneros, que no deben llevar nada, ni siquiera estar preocupados por el pan, y dejarlo todo en manos de Dios (Mt 6,8). Ellos representan al cristiano en el límite, que no se deja dominar por la idea obsesiva de la seguridad social, de un puesto fijo de trabajo y de una jubilosa pensión; que vive al día y que «confía en el Señor de todo corazón» (Prov 3,5); que busca primero el reino de Dios y su justicia y sabe que todo lo demás Dios se lo dará.

7) Esta es una petición que, en profundidad, sólo pueden recitarla los pobres, los que no tiene pan, los que no se preocupan del mañana, pues tienen que preocuparse de hoy, los que se atreven a vivir al día, los que tienen fe en su padre providente, que les da el pan para hoy y la esperanza cierta de que también se lo dará mañana. ¿Cómo un rico, que tiene mucho pan, incluso para toda la vida, puede recitar esta petición? Y cómo ese rico puede bendecir la mesa y agradecer a Dios el pan que le sobra, cuando ese pan no puede venir de Dios, pues es un pan, que no le pertenece a él, sino a tantos seres humanos, que carecen de ello? Sólo los pobres confían en Dios, nuestro Padre querido, que «da pan a los hambrientos» (Sal 146,7) y «de comer a toda criatura» (Sal 136,25). Sólo ellos se conforman con las migajas, que caen de las mesas de los ricos (Mc 7,27).

Los únicos que pueden recitar con pleno derecho esta petición son los pobres, los demás tendríamos que recitarla de esta manera: «Haz, Señor, que demos hoy a los que lo necesitan el pan que a nosotros nos sobra».

... DANOS EL PAN QUE NECESITAMOS

Desde el callado afán de la pobreza
de una niñez entre álamos perdida
contemplo el mundo, y en su luz vencida
el desprecio como única certeza.

Extensa plenitud de la riqueza
me brindaba en sus campos la florida
senda del sueño, donde detenida
la memoria del niño canta y reza.

Rumor de lluvia o triste melodía
que ensaya el tiempo, ya desengañado,
entre el sueño y la melancolía.

Mendigando a tu puerta cada día,
hambrienta el alma, el corazón cansado,
danos, Señor, el pan de la alegría.

(V. SÁNCHEZ PINTO)

Quinta petición: Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores

Algunos defienden la hipótesis de que la segunda parte de esta petición —como también nosotros perdonamos a nuestros deudores— no pertenece al original y es una añadidura, aunque muy antigua, anterior incluso a la fuente Q. Las otras peticiones sólo constan de una frase, mientras que esta consta de dos, por lo que deja de homologarse a las otras, en las que únicamente se pide a Dios una cosa, sin hablar expresamente de acción alguna del hombre, como hace esta.

1. Universalidad del pecado

El hombre tiene una naturaleza pecadora: «Yo nací en la culpa y en el pecado me concibió mi madre» (Sal 51,7). Contando sólo con sus fuerzas naturales, necesariamente peca. «¿Cómo puede ante Dios ser justo el hombre?» (Job 25,4). Distanciado de Dios, sin ser ayudado por Él, no puede serlo nunca. No hay nadie sin pecado: «Todos pecamos de muchas maneras» (Sant 3,2; cf 1Jn 1,8; Prov 20,9; Jn 8,7). No hay, «ni uno solo que practique la justicia» (Jer 5,1), «no hay quien obre el bien, ni uno solo» (Sal 14,3; cf Qo 7,20; Rom 3,10-20). Todos somos culpables (Si 8,5; 25,24; Sab 2,24; 1Re 8,46; Job 15,15-16; Sab 12,2). Hasta los santos pecan siete veces al día (Prov 24,16):

«Nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenos dellas, pues cae siete veces al día el justo y sería mentira decir que no tenemos pecado»¹.

Un cristiano sin conciencia de pecador es un imposible. El que no se siente pecador no es capaz ni de pedir perdón, ni de producir perdón. Si no se abre al perdón, no puede ser perdonado, y como no siente la necesidad de ser perdonado, ni es comprensivo, ni es capaz de perdonar. El mayor de los pecados es no sentirse pecador, como el fariseo (Lc 18,11). El hombre peca todos los días, con pecados de comisión, o con pecados de omisión, con frecuencia más graves que los de comisión. Hay que adoptar la postura del publicano: «Señor, ten misericordia de mí, que soy un pecador» (Lc 18,13 cf Sal 51,3-5; Sal 25,18).

Se puede pecar también presumiendo de ser pecador, haciendo públicamente la oración contrapuesta a la del fariseo: yo no ayuno dos veces por semana, yo no pago el diezmo de lo que poseo, yo soy el peor de todos los mortales.

El pecador no se siente solo, se siente pecador entre pecadores. Por eso suplicamos el perdón en plural: «Perdónanos...». La comunidad cristiana es una comunidad de pecadores, que están constantemente pidiendo perdón y perdonándose unos a otros. La Iglesia es santa, porque su fundador es santo y porque es capaz de santificar, pero ella es pecadora desde su origen y desde su cabeza: san Pedro, el primer papa, cometió uno de los pecados más graves (Mt 26,69-75) y al que el mismo Jesucristo comparó con Satanás (Mt 16,23). El pecador se siente acompañado en el pecado, uno de tantos en la infinita lista de pecadores, lo cual no debe servirle de consuelo, sino de comprensión, de solidaridad y de generosidad en sus relaciones humanas y a la hora de conceder el perdón. «No avergüences al que se convierte de sus pecados; acuérdate de que todos somos pecadores» (Qo 8,5). No ve la paja en el ojo ajeno, cuando él tiene una viga en el suyo (Mt 7,3). Si constituimos una

¹ SANTA TERESA DE JESÚS, C 22,4.

comunidad de pecadores, debemos constituir también una comunidad de perdonados y de perdonadores:

«Soportaos unos a otros y perdonaos si alguno tiene queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdona, así también vosotros debéis perdonaros» (Col 3,13).

2. ¿Qué es el pecado?

El pecado es olvidarse de Dios y hacerse dioses de las criaturas. ¿Todos los pecados son graves? ¿Lo son todos igualmente graves? ¿Hay pecados leves?

San Juan dice que «hay pecados que llevan a la muerte» (1Jn 3,16). Ese es, sin duda, el pecado de mayor gravedad. El pecado contra el amor. De hecho en la lista de san Pablo, los pecados contra el amor ocupan los primeros puestos. Pecar contra el amor es pecar contra Dios, porque «Dios es amor» (1Jn 4,8).

Hay también pecados «que no llevan a la muerte» (1Jn 5,16), producto de la frágil y depravada naturaleza humana, los años locos del hombre y de la mujer de difícil imputación y fáciles de ser perdonados. Job decía esto: «Me imputas los pecados de mi juventud» (13,26), los únicos que tenía. Daba a entender con ello que, más que pecados, son desvaríos e irreflexiones de los fervores juveniles, pero nunca frutos de la maldad. Por esta razón, el salmista le dice a Dios: «Olvídate de los pecados de mi juventud» (Sal 25,7), pues lo único que merecen es el olvido.

San Pablo en sus doce listas de pecados (Rom 1,29; 13,13; 1Cor 5,10; 6,9; 2Cor 12,20; Gál 5,19; Ef 4,31; Col 3,5-8; 1Tim 1,9; 6,4; 2Tim 3,2-5; Tit 3,3) enumera unos noventa pecados. Me fijo sólo en cuatro que juzgo de mayor gravedad.

2.1. La anomía

La palabra «anomía» aparece 15 veces en el NT y la palabra *anomos* (adjetivo) siete veces. El pecado es una *anomía*

(1Jn 3,4; 2Tes 2,7; 2Cor 6,14), una ilegalidad, un quebrantamiento de la ley, el pecado mismo. Pero, ¿de qué ley se trata? Porque hay leyes injustas, cuyo cumplimiento, lejos de justificar al que las cumple, constituye un pecado (cf Is 10,1-2). San Pablo dice esto: «La ley sobrevino para que el pecado llegara al colmo» (Rom 5,20). Tan al colmo llegó, que para dar cumplimiento a la ley, se cometió el mayor atropello de la historia, condenar al único justo. La ejecución de Jesucristo no se debió a un error jurídico, lo fue en aplicación de la ley: «Nosotros tenemos una ley y, conforme a la ley, debe morir» (Jn 19,7). La ley, como un conjunto de prescripciones, fórmulas y formulismos prácticos, no es fuente de salvación. De hecho los fariseos cumplían esas leyes y no quedaban justificados por ello (Lc 18,11.14). Cumpliendo esas leyes, nadie queda justificado (Rom 3,21; Gál 3,11; Flp 3,9).

Se trata de una nueva ley, anunciada por Jeremías para los tiempos mesiánicos: «Pondré mi ley en su interior, la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jer 31,33). Es la ley promulgada por Jesucristo, el mandamiento nuevo: «Este es mi mandamiento: amaos unos a otros, como yo os he amado» (Jn 15,12). Es la ley cristiana del amor. Todos los pecados, en definitiva, son pecados contra el amor, un enfrentamiento contra el amor, o una falta de amor.

2.2. La «*adikía*»

La palabra *adikía* (sustantivo) aparece en el NT 24 veces y la palabra *adikós* (adjetivo) 12 veces. El pecado es también una *adikía*, una injusticia, un quebrantamiento de la justicia: «Toda injusticia es un pecado» (1Jn 5,17). «El que no practica la justicia no es de Dios» (1Jn 3,10) y sólo el que la practica puede calificarse de hombre justo (1Jn 3,7). Frente a tantos hombres, «llenos de injusticia» (Rom 1,29) que «detienen la verdad con la injusticia» (Rom 1,18), el cristiano es «instrumento de justicia» (Rom 2,8). La injusticia es un enfrentamiento directo con la verdad que es Cristo; con

Dios que es la justicia misma; y lo es también con el hombre, con los derechos humanos.

Todos los pecados son también, en último análisis, pecados contra la justicia. Hoy se ha desarrollado una conciencia del pecado social, aunque haya sido con menoscabo de una conciencia del pecado religioso. Hay una actitud social, cada vez más extendida, contra las estructuras injustas, en que la sociedad está asentada. Y esto es muy positivo. El cuerpo social debe ser considerado como un solo cuerpo, el cuerpo místico de Cristo. Hoy se ve más a Jesucristo en el hombre, en cualquier hombre, sea de la nación que sea y de la religión que sea, especialmente en el pobre y el marginado. Reparar el pecado social nos cuesta y nos duele más que reparar el pecado religioso, porque nos obliga a dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y dar posada al emigrante.

2.3. La «*apistía*»

La palabra *apistía* (sustantivo) aparece en el NT 11 veces, *apistein* (verbo) 8 veces y *apistos* (adjetivo) 20 veces. La *apistía*, la incredulidad, es un pecado de autosuficiencia. El incrédulo se apoya en sus propios valores, en lugar de apoyarse en Dios y fiarse de él; cree que Dios es incapaz de remediarle en sus necesidades y de salvarle de los peligros que le acechan; no cree en el proyecto salvífico de Dios, no cree ni siquiera en los milagros o se olvida de ellos. La incredulidad, unida a la infidelidad, está en el origen de todo pecado. Ese fue el pecado frecuente de Israel (Éx 16,2-3; 17,2-3; Núm 11,4-5; 20,2-3; Dt 8,14-16; Os 2,25; Is 5,19; 10,22-23; 28,16; Sal 78,11; 106,7) que culminó en el rechazo de Jesucristo (Jn 1,11), el misterio de la «incredulidad» (Rom 3,3) y de la «infidelidad» de los judíos (Rom 11,20), descrito en profundidad en Rom 9-11.

He aquí el mandamiento de Dios: «Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos los unos a los otros» (1Jn 3,23-24). Creer y amar, en eso consiste el ser cristiano. Para creer, hay que

tener amor (Jn 5,42), pero sin amor la fe está muerta. El amor da vida y aumenta la fe y la fe hace crecer el amor. Jesucristo exige a sus seguidores que se fíen de él, que crean en el amor (1Jn 4,16).

Pecado de incredulidad fue el de los nazaretanos, que rechazaron a Jesucristo (Mc 6,6); el de los fariseos, alejados de Dios (Mt 15,7); el de los que se olvidaban de la enseñanza de los milagros (Mt 16,8-10); el de Pedro, que se escandaliza de la pasión de Cristo (Mt 16,22-23); el de los discípulos que no creen en la resurrección (Mc 16,11-14). Los incrédulos son hijos del diablo (Jn 8,44-45), están ciegos, como los fariseos (Jn 9,40-41; Mt 15,14), impermeables a la luz de la verdad que es Jesucristo, tienen contaminada su mente y su conciencia (Tit 1,15), serán excluidos del Reino (Lc 12,46) y de la salvación (Heb 3,12), avocados a la condenación (Mc 16,16; Ap 21,8), ya están condenados (Jn 3,18), pues están en pecado (Jn 16,8-9; 8,24). El incrédulo no puede tener la vida (Jn 3,36), mientras que el que cree tiene la vida (Jn 20,31) y será resucitado en el último día (Jn 6,40).

2.4. *La hipocresía*

La palabra *hypocrisis* (sustantivo) aparece en el NT 6 veces, e *hypocrités* (adjetivo), 16 veces.

La hipocresía es un pecado religioso. El hipócrita es un comediante, quiere aparentar lo que no es, está corrompido por dentro, pero cuida mucho las apariencias y se manifiesta como si fuera justo y santo, practicante y piadoso. La hipocresía era el gran pecado de los fariseos: «¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas!» (cf Mt 23). Los fariseos cultivaban una profunda vida religiosa, centrada en la meditación de la Biblia y en la práctica de la ley. Y eso es positivo. Lo que ya no lo es la soberbia y la falta de caridad, así como la obsesión por el formalismo y formulismo riguroso, concretado en una casuística asfixiante, que, al no poder ser cumplida, cerraba a los demás las puertas del Reino, donde ellos tampoco entraban. Cuidaban escrupulosamente de minucias,

como pagar el diezmo de la menta, del anís y del comino y olvidaban lo más importante: la justicia, la misericordia, la caridad y la fe (Mt 23,23). Los fariseos «amigos del dinero» (Lc 16,14), que echan a los demás cargas insoportables y ellos no empujan ni con un dedo (Lc 11,46), son como «sepulcros blanqueados», que están «llenos de hipocresía y de crímenes» (Mt 23,27-28). Son la misma hipocresía, se sientan en la cátedra de Moisés y no hacen lo que enseñan. En los fariseos están retratados todos los que utilizan la religión para medrar, tanto en el campo religioso, como en el profano, lo que suena a profanación y sacrilegio.

2.5. *Ruptura con Dios*

El pecado consiste en romper las relaciones con Dios, cuya expresión bíblica más clara es la idolatría (Rom 1,18-23), matriz de todos los pecados. El pecado es una iniquidad con el Dios de la justicia (Am 6,12; 8,4-7), una infidelidad con el Dios del amor (Os 2,1-3; 3,1; Is 48,8; Jer 3,1-5; Ez 16,8-18), una ingratitud con el Dios de la generosidad (Is 5,1-7; Jer 2,21). Esta verticalidad del pecado se traduce, a veces, en un intento fatuo de querer ser como el mismo Dios (Gén 3,5; 11,1-9), querer ser igual al Altísimo (Is 14,12-15).

2.6. *Ruptura con la sociedad*

El aspecto horizontal afecta también a la esencia del pecado, por dos razones fundamentales: porque la ruptura con Dios, el Creador, conlleva el deterioro e incluso el rompimiento con el hombre y porque la mayoría de los pecados son atentados contra los derechos fundamentales del hombre.

2.7. *Ruptura con uno mismo*

El pecado rompe el equilibrio, que debe existir siempre en la persona, la armonía del cuerpo y del espíritu. Supone la

negación de la propia identidad, el desquiciamiento moral y psicológico. Con el pecado el hombre se aniquila a sí mismo, se convierte en vanidad, en nada (Jer 2,5), se encierra en su endurecido corazón (Is 6,10) de piedra (Ez 11,19; 36,26), en su cabeza dura (Éx 32,9; Dt 9,6; Jer 7,26) y con los oídos taponados (Jer 6,10; Zac 7,11).

3. Un Dios perdonador

El perdón pertenece a la esencia misma de la Biblia. La historia del pueblo de Dios está sembrada de infidelidades y de perdones, es la historia del pecado y del perdón. Dios perdona siempre, aunque a veces lo haga después de castigar. Esta ininterrumpida serie de perdones se expresa así en la culminación de la revelación veterotestamentaria con el anuncio de la Nueva Alianza: «Perdonaré su crimen y no me acordaré más de su pecado» (Jer 31,34). Dios es pródigo en perdonar (Is 55,7), es el Dios del perdón (Neh 9, 17), pasa por alto los pecados de los hombres (Sab 11,20), se los echa a las espaldas (Is 38,17), no desprecia jamás a un corazón contrito (Sal 51,19), está lleno de amor misericordioso:

«¿Es para mí Efraín
un hijo tan querido,
un niño que hace mis delicias?
Pues cada vez que lo amenazo
me vuelvo a acordar de él,
se me conmueven las entrañas
y tengo compasión de él» (Jer 31,20).

«¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría,
no tener compasión del hijo de sus entrañas?
Pues aunque ella se olvidara,
yo no me olvidaría de ti» (Is 49,15).

«Sólo por un momento te había olvidado,
pero con inmensa piedad te recojo de nuevo» (Is 54,7).

No creo que haya expresiones más apropiadas para decirnos que Dios «es compasivo y misericordioso» (Si 2,11;

Jl 12,13; Jon 4,2), y «lleno de ternura» (Sal 116,5), que «es grande su misericordia y su perdón para los que se convierten a él» (Si 7,29), que «es eterna su misericordia» (Sal 136), que es «el padre de las misericordias» (2Cor 1,3; Sab 9,1), que perdona a los pecadores, sin esperar a que se arrepientan, aunque espere su arrepentimiento. Lo más propio de Dios, su esencia, es perdonar, pues la suprema virtud es la misericordia. Dios «no se complace en la muerte del pecador, sino en que se convierta de su conducta y viva» (Ez 33,11.14-16), es el poder hecho perdón, lo perdona todo, porque es omnipotente, pues el poder y el castigo son incompatibles (Sab 12,15):

«Tienes misericordia de todos porque todo lo puedes y pasas por alto los pecados de los hombres para llevarles al arrepentimiento... Tú perdonas a todos, porque todo es tuyo» (Sab 11,23-26). «Tu fuerza es el principio de la justicia y el ser tú Señor de todo te hace ser indulgente con todo» (Sab 2,16).

No limita nunca su perdón. Lo perdona todo (Sal 103,3). El perdón que nos concede no es a modo de indulto, sino de amnistía —perdón del delito y remisión de la pena—, borra nuestro pasado, nos deja absolutamente limpios de toda mancha. Al obrar así nos enseña que «el justo debe ser humano» (Sab 12,19) y obrar con humanidad y misericordia, a imitación suya, pues el que no es capaz de ser humano, no tiene nada de divino.

El NT representa la culminación del perdón de Dios. El heraldo de la nueva noticia predica «un bautismo para la conversión y el perdón de los pecados» (Mc 1,4). Jesucristo «librará al pueblo de sus pecados» (Mt 1,21). Esa era la misión del Mesías (Sal 130,8). Y a eso vino, «a llamar a los pecadores» (Mc 2,17); por eso se junta con los pecadores y es su amigo, anda en «malas compañías» (Mc 2,15; Mt 11,11.19), perdona (Mt 9,5) y manda perdonar los pecados (Jn 20,23); él mismo se hace pecado, para destruir el pecado en su propia condición humana, semejante en todo a la del hombre pecador (Rom 8,3), aunque él no conociera el pecado, pero siendo comprensivo con las debilidades del

hombre (Heb 4,15). «Al que no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros» (2Cor 5,21); en él tenemos la remisión de nuestros pecados (Ef 1,7-8; 1Jn 4,10).

Jesucristo es el «Siervo» doliente de Yavé, traspasado por nuestros pecados, machacado por nuestras iniquidades, herido de muerte por nuestros delitos (Is 53,1-12). Fue clavado en la cruz «y murió por nuestros pecados» (1Cor 15,13), como él mismo había anunciado:

«Esta es mi sangre, la sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por todos para el perdón de los pecados» (Mt 26,28). «Cristo llevó en su propio cuerpo nuestros pecados sobre la cruz y para que muertos para el pecado, vivamos para la justicia» (1Pe 2,24), «nos hiciéramos en él justicia de Dios» (2Cor 5,21).

Hemos sido salvados, y esto no es cosa nuestra, es un don de Dios (Ef 2,8). El perdón, puesto de relieve en las tres parábolas de la misericordia de Dios (Lc 15), junto con el perdón, es el alma del evangelio, «la realidad más asombrosa y generosa del evangelio»². Si el pan vigoriza el cuerpo y es su vida, el perdón da fuerza al alma, es la vida del alma, que, sin él, estaría irremisiblemente muerta.

4. Perdonamos porque hemos sido perdonados

Pedimos perdón a Dios y que nos dé fuerzas y generosidad para que también nosotros, a imitación suya, seamos capaces de perdonar. No se trata de que nosotros perdonamos para que Él nos perdone: *do ut des*. Es justamente al revés: puesto que Dios nos ha perdonado, nosotros debemos perdonar, «del mismo modo que el Señor os perdona, así también vosotros debéis perdonaros» (Col 3,13). Dios perdona para que nosotros perdonemos: *da ut dem*. «La regla es que imitemos nosotros a Dios y no Dios a nosotros, cuando perdonamos»³.

² J. M. MARTÍN-MORENO, *Así como nosotros perdonamos*, San Pablo, Madrid 1989², 26.

³ J. MALDONADO, *Comentarios al evangelio de san Mateo*, BAC, Madrid 1950, 296.

La parábola del criado perdonado y no perdonador clarifica todo esto (Mt 18,23-35). Si Dios nos perdona, nosotros debemos perdonar. El rey perdonó a su criado una deuda impagable (sesenta millones de pesetas). El criado, a imitación del rey, tenía que haber perdonado una pequeña deuda (100 pesetas) a su compañero de trabajo, pero no lo hizo, por lo que no era digno de ser perdonado; el rey le retira el perdón de la deuda; si nosotros no perdonamos, el perdón de Dios no surte efecto alguno en nosotros. «Si no perdonáis a los hombres, tampoco Dios os perdonará» (Mt 6,15). La medida del perdón es también Dios que perdona todo y siempre, cantidades millonarias y cantidades pequeñas, pecados graves y pecados leves, y lo hace hasta setenta veces siete.

El criado fue perdonado, antes de que él perdonara o no perdonara. En el perdón rige la misma ley que en el amor. Dios ama a todos y no odia a nadie (Sab 11,24). Él nos amó primero y por eso tenemos que amarnos:

«En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios no ha amado a nosotros... Si Dios nos ha amado de este modo, también nosotros debemos amarlos los unos a los otros» (1Jn 4,10-11).

La medida de nuestro perdón es el perdón de Dios:

«Soportaos unos a otros y perdonaos si alguno tiene queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os ha perdonado, así también vosotros debéis perdonaros» (Col 3,13).

Así nos mandó hacer Jesucristo: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso» (Lc 6,36). Hay que perdonar «de corazón» (Mt 18,35), perdonar y amar a nuestros deudores. Perdonar, sin olvidar y sin amar, no es perdonar, es más bien una ruindad, una tacañería y una vileza.

5. Perdonamos para ser perdonados

Mateo dice *afékamen* (en pretérito: hemos perdonado) y Lucas *afiomen* (en presente: perdonamos). Mateo parece indicar que antes de pedir perdón a Dios, nosotros ya hemos perdonado, como si el perdón que pedimos a Dios no se debiera tanto a su generosidad, como a la nuestra. Lucas, para evitar esta posible interpretación, corrige a Mateo y habla en presente: *perdónanos*, pues también nosotros perdonamos, estamos dispuestos a perdonar, como consecuencia del perdón que recibimos. Esto puede ser así, pero también lo es que en Mateo se trata de un pretérito perfecto con efectos de presente: *perdónanos* como también nosotros perdonamos.

Dios perdona primero, pero esto no impide, antes al contrario, exige nuestra preparación para recibir el perdón, cosa que hacemos perdonando. Antes de pedir perdón a Dios, nos adelantamos a perdonar no para pasar factura a Dios, para obligarle a que nos perdone, sino porque así estamos mejor dispuestos a recibir el perdón, pues lo que pedimos ya lo hemos dado y porque esa es la regla de oro del evangelio: «Lo que queráis que hagan con vosotros, hacedlo vosotros» (Mt 7,12). Y también: «Con la medida con que midáis, seréis medidos» (Lc 6,38; Mt 7,2). En todo caso, la norma de Lucas es esta: «Perdonad, para que se os perdone» (Lc 6,7). La única forma para conseguir el perdón, es perdonar:

«No decimos: *perdónanos*, Señor, porque hacemos mucha penitencia, o porque rezamos mucho y ayunamos y lo hemos dejado todo por Vos y os amamos mucho..., sino sólo porque perdonamos»⁴.

«Para que no pidiéramos a Dios cosa que nosotros no quisiéramos dar a otros y para amonestarnos que cualquier cosa, que pidiéramos a Dios, la concedamos también a los demás»⁵.

Pero, aunque hayamos perdonado, no por eso merecemos el perdón de Dios, el cual es siempre un don gratuito. «Esta petición nos obliga a pensar tanto en lo que pedimos como en lo que debemos hacer» (san Agustín, *Carta a Proba*), y tiene su equivalencia en la quinta bienaventuranza: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7). Y por el contrario: «Juicio sin misericordia para el que no tuvo misericordia» (Sant 2,13). En último término, Dios deja en nuestras manos el perdón, nos hace jueces de nuestra propia causa. Esta petición provoca un juicio, en el que nosotros mismos somos jueces y reos; nos autodictamos la sentencia.

¿Qué es lo que debemos perdonar?

5.1. Sentido etimológico y jurídico de las palabras

a) «*Ofeilema*»: *deuda, obligación*. Mateo pone en la primera parte de la petición *ofeilemata* (deudas) y en la segunda *ofeileteis* (deudores). Lucas en la primera parte *amartías* (pecados) y en la segunda *ofeiloni* (deudor, el que debe). Lucas, con el cambio, quiere decir que no sólo hay que perdonar las deudas —pero también las deudas, pues en la segunda parte pone «deudor»—, como cabría esperar de Mateo, sino también todos los pecados y ofensas que nos hagan. La palabra *ofeilema* sólo aparece dos veces en el NT y en ambas con sentido pecuniario: aquí y en Rom 4,4: «Al que trabaja no se le abona el jornal como una gratificación, sino como una deuda (*ofeilema*)». En los LXX la palabra tiene también un sentido pecuniario: se trata de un préstamo, que debe ser pagado: «Si haces algún préstamo al prójimo, no entres en su casa para elegir la prenda, cualquiera que sea, sino que esperarás fuera a que el deudor te saque la prenda» (Dt 24,10-11) o un préstamo, que es perdonado: «Desde ahora y para siempre te perdono todo lo que debes al rey y debes en el futuro» (1Mac 15,8). La palabra aramea «*hobá*», usada con toda probabilidad por Jesucristo, tiene una significación pecuniaria, como aparece en la parábola del rico que

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, CV 36,7.

⁵ J. MALDONADO, *o.c.*, 296.

echa cuentas de lo que le deben sus empleados (Mt 18,23-25). La palabra «deuda» es, sin duda, una metáfora en cuanto se refiere a Dios (es claro que con Dios no contraemos una deuda pecuniaria), pero no en cuanto se refiere a los hombres.

b) «*Ofeilé*»: *deuda, obligación*. La palabra aparece tres veces en el NT. En Mt 8,32 se trata de una deuda pecuniaria; en Rom 13,7 de una deuda pecuniaria y moral; y en 1Cor 7,3 de una deuda moral y física.

c) «*Ofeiletes*»: *deudas*. Aparece 7 veces en el NT. Unas veces se trata de deudas de dinero o de bienes materiales: Mt 6,12; 18,24; Rom 15,27. Otras, de deudores, que tienen una obligación moral, que están en deuda con...: (Rom 1,14; 8,12; Gál 5,3; Lc 13,4).

d) «*Ofeileo*»: *deber, ser deudor, estar obligado a...* Este verbo aparece siete veces con infinitivo y ocho con sustantivo en acusativo. Cuando va con infinitivo significa siempre una obligación, una deuda moral: «Hemos hecho lo que debíamos hacer» (Lc 17,10; cf Jn 13,14; 19,7; Rom 5,1; 2Cor 12,11; Ef 5,28; 2Tes 1,3). Cuando va seguido de un sustantivo en acusativo significa una deuda pecuniaria: «Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía diez veces más que el otro» (Lc 7,41). «Si algo te debe, ponlo en mi cuenta» (Flm 18; cf Mt 18,28; Lc 11,4; 16,5).

e) «*Afiennai*»: *perdonar, remitir, condonar*. El verbo suele ir seguido de *ofeilemata*: perdonar las deudas (Mt 6,12); *amartías* (pecados), perdonar los pecados: Mt 9,2.5.6; 12,31; Mc 2,5.7; 3,28; Lc 11,4; 12,19; Jn 20,23; Sant 5,15; *paraptomata* (faltas, errores, delitos, pecados), perdonar todo eso: Mt 6,14; Mc 11,25.

En el griego clásico, se emplea siempre en sentido jurídico y nunca en sentido moral o religioso; se refiere a lo material, incluso al dinero. «Todo acreedor perdonará a su prójimo todo lo que le haya prestado» (Dt 15,2); se refiere al año sabático, en el que había que perdonar todas las deudas. En los LXX se emplea también, por lo general, en sentido jurídico, pero alguna vez en sentido religioso: «Perdo-

na el pecado de este pueblo según tu gran misericordia, como desde Egipto hasta aquí lo has perdonado» (Núm 14,19). En todo caso, el hombre se posiciona ante Dios en una situación jurídica, en la que él es el reo y Dios es el juez, y pedimos que sea un juez misericordioso.

5.2. Deudas pecuniarias

Creo que la palabra «deudas» hay que interpretarla como deudas pecuniarias que hay que perdonar. Eso está muy claro en las dos parábolas, la del prestamista (Lc 7,41-43) y la del criado despiadado (Mt 18,21-35), así como en la legislación referida al año sabático (Dt 15,2) y al año jubilar (Lev 25,13) que ordenaba perdonar todas las deudas.

Al que no paga las deudas, hay que perdonárselas, porque es un indigente, pues, si no paga, es o porque no puede o porque no quiere. En ambos casos es un indigente, aunque en el segundo sea también un caradura. Antes de llevarle a juicio, hay que perdonárselo. ¿Que esto es una utopía?; pues de eso se trata. Estamos reflexionando sobre el «Padre Nuestro, la oración de la utopía bíblica»:

«Han de perdonarse las deudas de aquel que ni voluntariamente ni por requerimiento quiere devolver el dinero debido. Porque él rechazará pagar por una de dos razones: porque no tiene dinero, o porque es avaro y codicioso del bien ajeno; pero ambos casos pertenecen a la indigencia, pues en el primer caso es la carencia de bienes materiales; y en el segundo, de voluntad; por tanto, el que perdona la deuda a tal deudor, perdona a un necesitado y obra cristianamente, cumpliendo aquella regla, que prescribe tener el ánimo dispuesto para perdonar lo que se le adeuda» (san Agustín).

En el peor de los casos para él, se le condena a vivir con su dinero, causa de su propia ruina y perdición.

Perdonamos las deudas y lo hacemos para siempre, renunciando a cualquier retribución posterior. Hay que prestar al que lo necesita, aunque presumamos que no nos va a devolver el préstamo: «Si prestáis a aquellos de quienes esperáis

recibir, ¿qué mérito tendréis?... Prestad sin esperar remuneración» (Lc 6,34-35).

5.3. Perdonarlo todo, a todos y siempre

Lucas pone: *panti ofeiloni*, «a todo deudor». El evangelista, en su radicalidad, emplea con frecuencia el *panti* (todo): «Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres» (18,23). «Da todo lo que te pidan» (6,30; cf 5,1.28). Perdonamos como Él perdona: todo (deudas, ofensas, injurias). Y sin que quede el menor resentimiento en el corazón, «perdonar de corazón al hermano» (Mt 18,35). Perdonamos siempre: «Si tu hermano peca contra ti siete veces al día, y otras tantas se acerca a ti diciendo: “Me arrepiento”, perdónale» (Lc 17,4). Hay que perdonar incluso al que no se arrepiente, no sólo al hijo pródigo arrepentido, sino al hermano mayor endurecido. Y morir perdonando, como Jesucristo (Lc 23,34) y como san Esteban (He 7,60). En el perdón absoluto está la cima del amor perfecto, nuestra mayor semejanza con Cristo. La medida de nuestro amor es la capacidad de perdonar. Jesucristo nos enseñó a pasar de la pedagogía del castigo a la pedagogía del perdón. Hay que orar por los que nos persiguen (Mt 5,44), bendecir a los que nos maldicen (Lc 6,28). «Si no amáis a los enemigos, omitid esta petición... Vuestro pecado no será perdonado» (san Agustín). Un cristiano, además, no tiene enemigos, a todos los perdona, a todos los ama, a todos los ayuda.

6. También nosotros perdonamos

La comunidad cristiana tiene poder para perdonar los pecados: «No sólo Pedro, sino toda la Iglesia ata y desata los pecados»⁶.

Los pecados cometidos contra el prójimo deben ser también perdonados por el prójimo ofendido, no sólo por Dios.

Si se falta al prójimo, hay que pedir perdón al prójimo, no basta con ir al confesionario, pues si se va al confesionario, sin haber ido antes al prójimo, habrá que cumplir la penitencia de ir a reconciliarse con el hermano para que la absolución sacramental tenga la debida eficacia.

Y si nosotros perdonamos es porque Dios nos ha concedido la facultad de hacerlo. Pedimos perdón a los hombres por los pecados que hemos cometido contra ellos, porque ellos tienen el poder de perdonarlos (Jn 20,23):

«Todos, por tanto, tenemos la facultad de perdonar los pecados, que van dirigidos contra nosotros, como aparece claro de la expresión: como también nosotros perdonamos a nuestros deudores; y de la otra: “puesto que nosotros perdonamos a todos nuestros deudores”» (Orígenes).

El hombre, pues, participa, por pura concesión divina, del poder de Dios, porque «sólo Dios puede perdonar los pecados» (Lc 5,21). Pero Dios ha tenido a bien concedernos su propio poder, exigiéndonos, al mismo tiempo, que usemos de ese poder con generosidad y que antes de acudir a él en demanda de perdón, hayamos arreglado las cosas entre nosotros:

«La oración dominical alcanza ahora su punto culminante, pues muestra cómo debe ser aquel que se acerca a Dios; casi ya no un hombre, sino semejante al mismo Dios, al realizar lo que sólo Dios puede hacer. El perdón de los pecados, en efecto, es propio y peculiar de Dios» (san Gregorio Niseno).

Podemos también alcanzar para nuestros hermanos el perdón de los pecados de una manera indirecta, con nuestras oraciones: «Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no lleve a la muerte, rece por él, y Dios le dará la vida» (1Jn 5,16).

⁶ S. AGUSTÍN, PL 36,387.

7. La reconciliación

Puesto que el pecado es una ruptura con Dios, con la comunidad y consigo mismo, se hace necesaria una triple reconciliación.

7.1. Reconciliación con Dios

Consiste en descubrir y redescubrir el amor de Dios viviente, que nos llama a una continua conversión. El pecado nos aleja de Dios y tenemos que encontrarle de nuevo, reconciliarnos con él. En esta reconciliación, la delantera la lleva siempre Dios. La reconciliación con Dios se expresa en el AT con el verbo *shub*: volver. Pero es Dios el que nos tiene que hacer volver: «Haznos volver a ti, Señor, y volveremos» (Lam 5,21). «Haz que vuelva y volveré, pues tú eres el Señor, mi Dios» (Jer 31,18; cf Jer 24,6; 31,33). Por sí mismo, el hombre no puede volver. «¿Puede un negro cambiar su piel o un leopardo su mancha?» (Jer 13,23). Pues eso mismo le pasa al hombre. El pecado es una deuda con Dios, que necesita reparación y que sólo Dios puede reparar. Lo único que tiene que hacer el hombre es estar abierto al perdón, acogerse a la reconciliación que el Señor ha hecho ya con nosotros por medio de Jesucristo (2Cor 5,18), convirtiéndonos en una «nueva criatura» (2Cor 5,17), pues la reconciliación sólo surte efecto en aquellos que la desean y la aceptan (2Cor 5,20). Este deseo de reconciliación en el AT aparece de manera singular en los siete salmos penitenciales (6, 32, 38, 51, 102, 130, 140), en los que el pecador, profundamente abrumado y arrepentido, reconoce públicamente su pecado y suplica el perdón: «Yo reconozco mi culpa, me angustian mis pecados» (Sal 38,19). «Reconozco mi culpa, tengo siempre delante mi pecado. Oh Dios, crea en mí un corazón puro, implanta en mis entrañas un espíritu nuevo» (Sal 51,5.12). La reconciliación es también un misterio, dentro del gran misterio de Dios, porque, aunque hemos sido reconciliados con Dios por Jesucristo, tenemos que estar continuamente reconciliándonos con Él, por medio de

los apóstoles y evangelizadores, «depositarios y ministros de la palabra de la reconciliación» (2Cor 5,19).

7.2. Reconciliación con la comunidad

Consiste en establecer y restablecer las relaciones más normales, humanas y cristianas, con todos y a todos los niveles; en la capacidad de vivir pacíficamente y como Dios manda en sociedad, en solidaridad con los demás, con los que hay que saber convivir y a los que hay que servir y amar. El hombre no puede reconciliarse con Dios, si no se reconcilia antes con sus semejantes. Por eso, en esta quinta petición se insiste en las palabras «nosotros» y «nuestro». Somos solidarios hasta en el pecado. Cuando uno peca, todos, de alguna manera, pecamos y somos responsables del pecado, del delito cometido. Incluso el ofendido carga sobre sí mismo la culpa del ofensor. La reconciliación consiste fundamentalmente en practicar la justicia y el derecho:

«Si el delincuente se arrepiente de todos los delitos, observa todos mis preceptos y practica la justicia y el derecho, no morirá» (Ez 18,21).

He aquí la conversión —o reconciliación— que predicaba el Bautista:

«Convertíos» (Mt 3,1). «El que tenga dos túnicas, que reparta con el que no tiene ninguna, y el que tiene alimento, que haga igual» (Lc 3,11). «No exijáis más de lo que manda la ley» (Lc 3,13). «No intimidéis a nadie, no denunciéis falsamente, contentaos con vuestra paga», no abuséis del poder (Lc 3,14).

La reconciliación consiste en vivir fraternalmente, en amar y en ser amados. El que no perdona es porque no ama⁷, pues el amor lo perdona todo, lo tolera todo, hasta llega a justificarlo todo (1Cor 13,7).

⁷ Cf J. O. SANABRIA, *El perdón de las ofensas*, BAC, Madrid 1987.

7.3. *Reconciliación con uno mismo*

El pecador debe reflexionar, de manera seria y objetiva, sobre las realidades, que le condicionan, con el fin de asumir el pasado pecaminoso tal y como haya sido, afrontar el presente tal y como es, y programar el futuro tal y como debe ser. Hay que acentuar en uno mismo los sentimientos de culpabilidad, el reconocimiento de los propios errores, del camino equivocado, que se haya podido recorrer. Sólo desde ahí, podrá emprender el camino de la penitencia, el cambio de vida, pues sólo el que se siente pecador puede ser perdonado y comenzar una vida nueva. El fariseo, que se siente limpio de todo pecado, es incapaz de cambiar, de convertirse, pues no siente necesidad alguna de hacerlo.

Pedimos que nos perdone a todos, en plural. Porque amamos a los demás con la misma fuerza con que nos amamos a nosotros mismos y amamos a Dios (Mt 22,38-39), pues si eso no hiciéramos, estaríamos fuera del cristianismo, ya que esa es la señal del cristiano (Jn 13, 35); porque sólo desde este amor al hermano podemos recibir el perdón; porque de este modo nos presentamos ante Dios con un corazón generoso, como el mendigo que, al recibir una limosna, la comparte con prodigalidad con sus hermanos, los mendigos; y porque el pasado nos daña a todos, pues todos formamos el cuerpo místico de Cristo. Todos los miembros del mismo cuerpo no sólo no pueden ignorarse, sino que deben estar perfectamente unidos y conjuntados, ayudándose unos a otros, participando de los mismos sentimientos, pues cuando un miembro sufre, todos los miembros sufren con él (1Cor 12,12-26).

8. Reflexiones

1) Esta petición es la única que exige una respuesta: para ser perdonados, tenemos que perdonar. El cristiano no se siente nunca ofendido, responde con generosidad al que le agrade; al que le quiere quitar la túnica, le da el manto (Mt 5,40), al que le abofetea en una mejilla, le presenta la otra

(Mt 5,39); da lo que le piden y no reclama lo que le han robado (Lc 6,30), no vuelve la espalda al que le pide algo prestado (Mt 5,42); hace bien a los que le odian, bendice a los que le maldicen y ora por los que le persiguen y calumnian (Mt 5,39-42), no se conforma con perdonar, da un salto cualitativo y ama al ofensor por sí mismo, pues un amor que ama al hermano únicamente por Dios no es el verdadero amor. Un amor en Cristo, un abrazo en Cristo, ni es amor, ni es abrazo, no es nada. El buen samaritano ama, sin más, al hombre desgraciado (Lc 10,30-37), porque es un necesitado. El amor lo da todo, sin esperar nada a cambio, ni siquiera de Dios. Unos entrarán en el Reino simplemente porque han amado y han servido al prójimo, sin vistas a una recompensa y otros no entrarán, porque ni le han amado ni le han servido; amaban a Dios, pero no amaban a los hermanos, mejor dicho, porque no amaban a nadie, creían que amaban a Dios (Mt 25,24-25). Cuando el amor al prójimo es un amor que se queda en las nubes, no es más que una pura ilusión, una quimera.

2) El perdón produce amor, hasta el punto de que el amor está en relación directa con el perdón (Lc 7,36-49). A más pecado más perdón, y a más perdón, más amor. Sólo pueden gozar las dulzuras del perdón, los que han experimentado las amarguras del pecado. Para ser perdonados, hay que ser pecadores. Y para tener mucho amor, hay que haber recibido mucho perdón. Dichoso pecado que nos ha merecido el perdón y nos ha convertido en grandes amantes del Señor. Si el amor no ha precedido en nosotros al pecado y al perdón, sí debe ser su consecuencia obligada. El antídoto del pecado es el perdón, no el castigo; el que se siente perdonado se aparta del pecado. Los fariseos no se sienten ni pecadores ni perdonados y, como consecuencia, tampoco aman, tienen el corazón seco. Dios nos ama y nos perdona. Cristo vino a buscar «lo que estaba perdido» (Lc 9,10). Pero esto no quiere decir que hay que pecar porque sabemos que Dios nos perdona, o porque cuanto más nos perdona, más le vamos a amar:

«No estés tan seguro de tu perdón que añadas pecado a pecado; no digas: Grande es su misericordia, perdonará la muchedumbre de mis pecados» (Si 5,5-6).

El que peca porque sabe que va a ser perdonado, no entiende lo que es el amor. Precisamente porque sabe que va a ser perdonado siempre, es por lo que no debe pecar nunca.

3) No podemos dar un culto grato a Dios, si no hemos verificado entre nosotros la reconciliación, la cual debe ir por delante del culto:

«Si al llevar tu ofrenda ante el altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda delante del altar y vete antes a reconciliarte con tu hermano, después vuelve y presenta tu ofrenda» (Mt 5,23-24).

El culto está prohibido a los insolidarios, a los injustos, a los enemistados. Y nada de hacer culto, a ver si a fuerza de hacer culto, nos hacemos justos. Primero hay que ser justos y luego hacer culto. «Ponte a bien con tu adversario» (Mt 5,25). Antes de entrar en la Iglesia, entra en la casa de tu hermano y ponte a bien con él, pues eso es lo que quiere el Señor: «Misericordia quiero y no sacrificios» (Mt 9,13; 12,17).

4) Sólo los que han necesitado misericordia, la han solicitado y la han experimentado, son capaces de ser misericordiosos. Toda espiritualidad que no esté centrada en el amor misericordioso, como culminación de la justicia, es una espiritualidad equivocada, idolátrica y falsa, como la que tenían los «funcionarios del culto», el sacerdote y el levita, que no ejercieron la misericordia con el hombre que se encontraron medio muerto en la cuneta del camino (Lc 10,31-32), seguramente porque estaban acostumbrados a escuchar la voz de Dios únicamente en el templo, como si Dios sólo hablara en el silencio del templo, cuando habla también, y con voces angustiosas, fuera del templo; son las voces que escuchó el buen samaritano, que no iba nunca al templo de

Jerusalén, pero que practicaba la auténtica espiritualidad cristiana (Lc 10,33-37).

El cristiano no lleva a juicio a nadie por el impago de una deuda. Si los países ricos, mayoritariamente cristianos, rezaran, como Dios manda, el Padrenuestro, perdonarían las deudas a los países pobres endeudados hasta el cuello.

No estoy de acuerdo con el cambio del Padrenuestro que se ha hecho oficialmente en la liturgia, porque la fórmula anterior es más fiel al original y porque, con la nueva fórmula, hemos quitado fuerza y desencarnado no poco al Padrenuestro: una ofensa se perdona más fácilmente que un millón de pesetas.

5) En la limosna tenemos una buena medicina para alcanzar el perdón de nuestros pecados: «La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado» (Tob 12,9; cf Dan 4,24). «Da al Cristo indigente para que te sean perdonados tus pecados» (san Agustín). El dinero, lejos de servir para encadenar nuestro corazón, debe servirnos como instrumento de liberación y de salvación, repartiéndolo con los pobres.

Sin misericordia no hay salvación. Dios nos ama con un amor inmenso (Ef 2,4). «La Iglesia debe dar testimonio de la misericordia de Dios revelada en Cristo, en toda su misión de Mesías, profesándola principalmente como verdad salvífica de fe necesaria para una vida coherente con la misma fe... La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia» (DM 78 y 81).

6) El evangelio señala el destino final de cada uno en función de las virtudes y los pecados sociales y no de las virtudes y de los pecados religiosos. «Tuve hambre» (la actitud que hayamos adoptado ante el problema del hambre en el mundo); «estaba desnudo» (actitud ante la miseria humana); «era extranjero» (el problema de las migraciones); «estaba enfermo» (el problema de la sanidad pública); «estaba preso» (el problema de la delincuencia y de la reinserción social).

7) Pedimos perdón porque somos pecadores, pero, en realidad, un cristiano debería ser un santo, no un pecador:

«El que ha nacido de Dios no peca, porque la semilla de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque ha nacido de Dios» (1Jn 3,9).

La impecabilidad del cristiano se debe a que esa semilla de Dios (el Espíritu Santo) le ha hecho hijo de Dios, que es el amor mismo, por lo que el cristiano tiene una naturaleza de amor, ni puede pecar contra el amor, ni puede dejar de amar, que es en lo que consiste el pecado. Pero esta semilla de amor no funciona *ex opere operato*, de manera mágica, al margen de la voluntad del hombre; es necesaria la cooperación del hombre permaneciendo en comunión con Dios y con los hombres, lo que garantiza su impecabilidad; el que peca es que ha perdido esta comunión.

... PERDÓNANOS

Reclinado en la orla de tu manto,
rumor de mar, silencio de azucenas,
mi grito se arrodilla en las arenas
que regaron la cólera y el llanto.

Tantas heridas y tan altas penas
reclaman el rencor a mi quebranto,
que tengo seco el corazón de tanto
como he llorado al pie de tus almenas.

Igual que un niño siente en sus mejillas
cómo fluye la luz y suena el viento
en un campo de espigas amarillas,

así siento en mi sangre, de rodillas,
tu paz y tu perdón, el suave aliento
que me envuelve en tu tiempo sin orillas.

(V. SÁNCHEZ PINTO)

8

Sexta petición: No nos metas en tentación

Como ya dijimos, no pocos comentaristas mantienen que en el PN sólo hay seis peticiones, tres referidas a Dios y tres a los hombres. La sexta y la séptima son una sola en dos frases simétricas, en paralelismo antitético, que expresan la misma idea, una vez de manera positiva y otra de manera negativa. Esto se corrobora al estar unidas las dos expresiones no por la conjunción copulativa *kai*, sino por la conjunción adversativa *alla*. Pero si Mateo, por razones litúrgicas, alarga el original de Lucas, no pudo quedarse en el número seis —la imperfección— y no llegar al siete, que simboliza la perfección y la plenitud, aparte de que el contenido de las frases es bastante diferente.

Esta es la única petición formulada en negativo, lo que encuentra sus antecedentes en esta oración judía anterior a Jesucristo: «No nos conduzcas al pecado, ni a la transgresión, ni al delito, ni a la tentación, ni a la deshonra».

1. Significación gramatical de las palabras

1.1. «Eisenenkes»

El verbo *eisfero* significa: llevar a..., inducir a..., meter en... Aparece en el NT sólo ocho veces. Una en Mt (6,13), cuatro en Lc (11,4; 5,18-19; 12,11), una en He (17,20), una en 1Tim (6,7) y una en Heb (13,11). Va casi siempre seguido de la preposición *eis* con acusativo, como aquí, lo que refuerza la idea de meter dentro de algo, llevar, conducir hasta el sitio concreto y preciso: meter al paralítico en casa

(Lc 5,18-19), introducir en el santuario el cuerpo de las víctimas (Heb 13,11). No se trata únicamente de llevarnos hacia los espacios de influencia de la tentación, pero no en la tentación misma, cosa, que se indicaría con la preposición *pros* (hacia), sino de meternos en los dominios mismos de la tentación. Según esto, pedimos a Dios que nos lleve, si quiere, hacia la tentación, pero no hasta la tentación misma; que nos empuje, si quiere, hacia la zona peligrosa, pero que no lo haga tan fuertemente que caigamos en el precipicio, del que, con nuestras propias fuerzas, no podríamos salir; que seamos conscientes del peligro que nos acecha, del precipicio que bordea nuestro camino, para que, con nuestro coraje y su ayuda, podamos esquivarlo. Si bien es verdad que no siempre se puede urgir este sentido clásico de *eis* y de *pros*, pues, tanto en el griego común, como en el bíblico, la significación de ambas preposiciones es a veces intercambiable.

Esta petición se ha traducido de diversas maneras: No nos dejes caer en la tentación; no permitas que seamos vencidos en la tentación; no nos sometas a tentación; «haz que no entremos en tentación» (S. Sabugal)¹; «No nos permitas que sucumbamos en la tentación» (san Dionisio de Alejandría); «no nos induzcas a tentación que no podamos soportar» (san Jerónimo); «no permitas que seamos llevados a la tentación por el tentador» (Tertuliano).

Si no se quisiera atribuir a Dios la más mínima responsabilidad en nuestras tentaciones habría que admitir la hipótesis de que *eisenenkes* es la traducción de un verbo en la forma *afel* (aramea) o *hifil* (hebreo, si es que Jesucristo hubiera enseñado el PN en hebreo, como creen algunos): *hacer que...* En este caso, y al estar empleado el verbo en una frase negativa, la negación se puede unir al verbo auxiliar: «No hagáis que sucumbamos en la tentación», traducción inadmisiblemente, pues supone que Dios es la causa de la tentación y de la caída; la negación habría que unirla al verbo principal: «Haz que no sucumbamos en la tentación»; y en este caso, la causa de la tentación somos nosotros o el tentador.

1.2. «Peirasmos»

Esta palabra tiene dos significaciones un tanto diferentes:

1) *Prueba, experimento, intento de corrupción*. Pedimos que no nos dejemos corromper, que no queramos experimentar lo que se nos propone, que no nos dejemos seducir, que salgamos airosos de la prueba. Hay múltiples textos que así lo confirman: «Si tienes un amigo, comienza por probarlo y no te confíes presto a él» (Si 6,7). «Dichoso el hombre que soporta la prueba» (Sant 1,2; cf Si 27,5; Lc 22,28; He 20,19; Sant 1,12; 1Pe 1,6; 4,12; Ap 3,10).

2) *Tentación, inducción al mal*. También abundan los textos en este sentido: «Los que quieren enriquecerse, caen en la tentación» (1Tim 6,9; cf Lc 22,40; Mt 26,41; Mc 14,38; Lc 4,13; Gál 4,14; Heb 3,8). En la Biblia sólo hay un texto claramente paralelo con esta petición: «Velad y orad para que no entréis en tentación» (Mt 26,41). En todo caso es difícil limitar la frontera entre «prueba» y «tentación» pues frecuentemente son intercambiables, hasta el punto que la prueba termina fácilmente en tentación y la tentación es sólo prueba.

2. De qué tentación se trata

¿Se trata de las tentaciones corrientes, a las que el hombre se ve diariamente sometido, o de alguna tentación especial?

Hay exegetas (J. Jeremias) que afirman que se trata únicamente de la «gran tentación», la tentación final. No pedimos que no tengamos tentaciones o que no caigamos en ellas, sino que no sucumbamos en la tentación escatológica, es decir, en la apostasía. Se trata de «la hora de la prueba» final (Mt 13,20-21; Lc 8,13), la hora «de ser cribados, como el trigo, por Satanás» (Lc 22,31), la hora final del Anticristo, del tentador (1Jn 2,18.22), cuando tendrá lugar la gran apostasía (Ap 3,10; 13,4-18). Pedimos que perseveremos hasta el fin, pues «sólo el que persevere hasta el fin, se salvará» (Mc 13,13). Se ha hablado también, en esta misma línea, de la tentación mesiánica, es decir, de avergonzarse

¹ S. SABUGAL, *Abba. La oración del Señor*, BAC, Madrid 1985, 182-183.

del Mesías, de no querer confesarle ante los hombres, como hizo Pedro.

No creo que sea ese el único sentido de la petición. Se dice «tentación», no «la tentación». Aquí no hay artículo; por tanto, se refiere a toda clase de tentaciones, no únicamente a la escatológica. Por otra parte, de las 21 veces que la palabra *peirasmos* aparece en el NT, sólo una (Ap 3,10) se refiere claramente a las tentaciones y peligros de los últimos tiempos. Pedimos que no caigamos en ninguna tentación y, naturalmente, mucho menos en la escatológica, por ser la más peligrosa, ya que es la definitiva, pues si no caemos en las múltiples tentaciones a lo largo de la vida y al final caemos en la última, habremos ganado muchas batallas, pero habremos perdido la guerra.

3. Las tentaciones y la vida

Si la oración es la vida del alma, como el aire que respiramos lo es para el cuerpo, la tentación es el despertador que nos avisa para que el alma no deje de respirar. Tan necesaria como la gracia de Dios, lo es la tentación para el alma; tan útil como las virtudes son las tentaciones, algo esencial a la frágil y depravada naturaleza humana. El ser humano está en continua tentación; la tentación (1Pe 4,12) manifiesta que somos personas normales, pues un hombre sin tentaciones es una anomalía. La mayor tentación es justamente la ausencia de tentaciones, pues eso puede llevar a la creencia, poco menos, de estar confirmado en gracia, de haber superado lo que los demás no superan, la soberbia espiritual, propia de los fariseos. Del Génesis (Gén 3) al Apocalipsis (Ap 3), la Biblia no deja de presentarnos personajes tentados y probados, de indicarnos el origen de las tentaciones, así como los efectos saludables y perniciosos de las mismas. Los más fieles al Señor son los más probados: «Hijo, si te decides a servir al Señor, prepara tu alma para las pruebas» (Si 2,1). La tentación es una prueba de la confianza que Dios tiene en el que es tentado. «Si te sucediera hallarte afligida de alguna grande tentación, sepas que Dios te favore-

ce con un favor extraordinario, por lo cual muestra que te quiere engrandecer delante de su presencia» (san Francisco de Sales).

«La vida del hombre en la tierra es una milicia contra la malicia» (Job 7,1) que está siempre en lucha y en la que debe librar el buen combate firme en la fe (1Tim 1,18-19), como san Pablo que, al final de su vida, podía decir esto: «He combatido el buen combate, he conservado la fe» (2Tim 4,7).

El origen fundamental de las tentaciones lo tenemos en nosotros mismos:

«Cada uno es tentado por su propio deseo que lo atrae y lo seduce» (Sant 1,14). «Es por dentro, es decir, del corazón del hombre, de donde manan las malas intenciones; fornicaciones, homicidios, codicias, soberbia. Todas estas cosas salen de dentro y son las que manchan al hombre» (Mc 7,21-23).

Los fariseos cumplían hasta las minucias de las leyes, pero su interior «estaba lleno de rapiña y de maldades» (Lc 11,39). La carne y el espíritu están en constante lucha: «El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil» (Mc 14,38). San Pablo centra el problema de las tentaciones en esto:

«Dejaos arrastrar por el espíritu y no os dejéis arrastrar por las apetencias de la carne. Porque la carne lucha contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Estas cosas están una frente a otra para que no hagáis lo que queráis» (Gál 5,16-17).

Eso es justamente lo que a él le pasaba:

«Veo en mi cuerpo una ley, que lucha contra la ley de mi espíritu y me esclaviza en la ley de pecado que hay en mi cuerpo» (Rom 7,23). «Quiero hacer el bien y no puedo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso es lo que hago» (Rom 7,19).

Los frutos de la carne son una multitud de pecados, mientras que los del espíritu son un hermoso racimo de virtudes (Col 5,19-23).

Hay que distinguir entre tentaciones y apetitos o deseos. No todos los apetitos de la carne son pecado o llevan irremediabilmente al pecado, los hay esencialmente buenos, como son los necesarios para existir y subsistir. No hay que ver pecados por todas partes. El hombre debe procurar la paz y la armonía entre ambos elementos constitutivos de su persona y procurar dar al cuerpo lo que el cuerpo pide y al alma lo que el alma pide, siempre, naturalmente, que nada de lo que pidan sea pecado. Así habrá paz en uno mismo.

San Juan señala tres fuentes de las tentaciones carnales (1Jn 2,16):

1) *Las pasiones carnales*: En esto no hay que ver simplemente el pecado contra el sexto mandamiento, aunque también se refiera al apetito sexual. Se trata de la orientación equivocada y perversa de los impulsos humanos en sus diversas manifestaciones.

2) *Los deseos de los ojos*: Estos deseos no son, ni más ni menos, que el «ansia de las cosas», el apetito insaciable de bienes y de posesiones, el afán incontenido de poder; aunque también puede significar las miradas lascivas (Job 3,1; Mt 5,27-29; Mc 9,47).

3) *El alarde de las riquezas*: La «arrogancia» del rico, que se apoya en su riqueza, que se cree y se manifiesta superior a los demás, a los que minusvalora y desprecia, cerrando su corazón hacia ellos: egoísmo, autosuficiencia, jactancia, insolidaridad, olvido de Dios y de los hombres.

En esta petición pedimos a Dios que en la lucha personal siempre venza el bien.

4. Satanás, el tentador

Satanás, el diablo, aparece en la Biblia como el gran tentador (1Pe 5,8; He 5,3; Ap 3,10; 12,9). Tienta y hace caer en el pecado a nuestros primeros padres (Gén 3). En su calidad de adversario del hombre tienta cruelmente a Job (Job 2,1-10) y a David para que haga un censo y se apoye en los efectivos humanos y no en el poder de Dios (1Crón 21,1).

Tienta al mismo Jesucristo (Mt 4,1-11). «Jesucristo se dejó tentar por Satanás para descubrirnos el jefe y el artífice de la tentación» (Tertuliano). Es un instigador al mal (2Tes 2,11; 2Cor 4,4), un seductor que enseña doctrinas diabólicas (1Tim 4,1), un mentiroso, padre de la mentira y un homicida (Jn 8,44); como mentiroso está muy bien representado en la serpiente, de lengua bífida, apta para emplear un doble lenguaje (Gén 3); es un embaucador (1Tim 5,15), está siempre al acecho como león rugiente en busca de la presa (1Pe 5,8); es sagaz y astuto (2Cor 2,11), se disfraza de ángel de la luz (2Cor 11,14).

Su función es la de tentar, pero cuando tienta lo hace con el permiso de Dios (Job 1,12), un permiso temporal, no indefinido (Ap 13,7; 12,12). Dios lo permite, para que el hombre salga victorioso de la tentación (Ap 2,26; 3,12). En realidad, su misión original es la de presidir la fiscalía general del reino de Dios, que vela por los derechos conculcados y acusa de oficio a los detractores de la ley. Como fiscal, guardián celoso de la ley, aparece acusando a Josué en el tribunal de Dios (Zac 3,1). Esta figura literaria y mítica, molesta, como la de todos los fiscales, por lo que significa de confrontación con el hombre, perpetuo delincuente, está identificada con el diablo, símbolo y encarnación de todas las fuerzas del mal que andan por el mundo.

Ante semejante personaje, intrigante y peligroso, hay que estar precavidos y muy atentos, prontos a rechazarlo de plano, sin darle la más mínima oportunidad:

«No dejéis ninguna oportunidad al diablo» (Ef 4,27; 6,11; 1Tim 3,6; 2Tim 2,26). «Resistid al diablo y huirá de vosotros» (Sant 4,7).

La derrota de Satanás está garantizada:

«Dios aplastará a Satanás bajo vuestros pies» (Rom 16,20). «Jesús, el Señor, lo hará desaparecer con el soplo de su boca y lo aniquilará con el resplandor de su venida» (2Tes 2,8).

Los milagros son y significan la destrucción de las obras

y del poder del diablo, cuya derrota está descrita como un encadenamiento en el abismo (Ap 20,1-2), desde donde bien poca cosa puede hacer contra los hombres; finalmente será arrojado al estanque de fuego y azufre (Ap 20,10) y definitivamente eliminado, encerrado con sus ángeles en el fondo de las tinieblas.

Y si esto es así, cabe hacerse estas preguntas. ¿Qué poder tiene Satanás para tentar al hombre? Y si no puede tentar sin el permiso de Dios, ¿no es Dios el último responsable de la tentación?

5. Dios prueba y ayuda al hombre

Dios es el Señor de la historia, gobierna el mundo y rige los destinos de los pueblos, así como la pequeña y breve historia de cada uno de nosotros. Todos los cabellos de nuestra cabeza están contados (Mt 10,30). Ni un pajarillo cae a tierra sin su consentimiento (Mt 10,29). Si esto es así de claro y de preciso, puede suceder que el hombre atribuya a Dios la tentación de que es objeto, pero eso es absolutamente falso. Dios no puede tentar jamás al hombre, tenderle una emboscada. Eso es propio del diablo que tiende la tentación, como una trampa, mientras que la tentación, que viene de Dios, sólo es una prueba fácil de superar: «No digas: fue Dios quien me empujó al delito» (Si 15,11). «Nadie diga en la tentación que es tentado por Dios, porque Dios ni puede ser tentado al mal, ni tienta a nadie» (Sant 1,13).

Dios no tienta, pero sí prueba al hombre y lo hace con una finalidad que siempre es buena. Probó a Israel (Éx 20,20), le hizo que caminara a través del desierto con el fin de conocer los sentimientos de su corazón y ver si guardaba o no sus mandamientos. A lo largo de la historia le siguió sometiendo a pruebas durísimas —el exilio de Babilonia—, de las que salió siempre vencedor, gracias a la tenacidad de su fe y a su confianza en Dios. Son numerosos los salmos que hacen referencia a las pruebas colectivas e individuales de los israelitas. Dios pone a prueba a sus más fieles y leales amigos, para darles la satisfacción de superar-

la. Así lo hizo con Abrahán, Isaías, Jeremías, Job, Tobías, Pablo, Pedro y tantos otros personajes bíblicos, que nos sirven de ejemplo por su fidelidad al Señor, muchos de los cuales (del AT) están consignados en el «elogio de los hombres ilustres» del Sirácida (Si 44-50). «Los probó, como oro en el crisol, y los aceptó como un sacrificio de holocausto» (Sab 3,5-6; cf Jdt 8,26). El Señor ya sabe si le amamos o no, pero nos pone a prueba para que nosotros caigamos en la cuenta de si le amamos o no le amamos, para que nos examinemos a nosotros mismos y ver si damos la talla, como la daba el salmista: «Tengo siempre tu lealtad ante mis ojos y camino siempre en tu verdad» (Sal 26,3). Es una prueba que sirve para demostrar lo que se sabe y para aprender más, para conocernos mejor. «El Señor, nuestro Dios, quiere probaros para ver si realmente le amáis con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma» (Dt 13,41; Prov 7,3).

La prueba es también una corrección de padre a hijo, para que el hijo tome conciencia de su fragilidad y recurra a él pidiendo que le libre del peligro que le amenaza. «Dios os trata como a hijos. ¿Hay algún hijo que no sea corregido por su padre?» (Heb 12,7). Dios prueba «como padre que amonesta» (Sab 11,10). «El Señor reprende al que ama como un padre al hijo querido» (Prov 3,12; Heb 12,6). «Yo reprendo y castigo al que amo» (Ap 3,19). Dios hiere siempre por amor (Job 19,21), y, si hiere, también sana: «Yo hiero y yo sano» (Dt 32,39), da la enfermedad y la medicación que cura. Porque nos ama, nos castiga para salvarnos, como el padre que castiga a su hijo, pero sin dejar de amarle y sin faltar a su protección y su lealtad (Sal 89,3); lo hace para fortalecerle y afianzarle en sus virtudes y fidelidades. La prueba, en efecto, sirve para robustecernos en la vida espiritual (Prov 17,3); en eso consiste la «virtud probada» (Rom 3,5). A los que más quiere, más prueba. Los que deciden seguir a Jesucristo, sepan que les esperan pruebas duras, propias para los fuertes en la fe; que tienen que cargar constantemente con su cruz (Mt 16,24).

La prueba, además, es una fuente de experiencia y de sabiduría, pues «el que no ha pasado pruebas, poco sabe» (Si 34,10).

«El que no sabe de penas,
en este valle de dolores,
no sabe cosas buenas,
ni ha gustado de amores,
pues penas es el traje de amadores»².

Santa Teresa de Jesús decía: «Por ventura quiere ejercitarlas en estas pruebas para que salgan más experimentadas» (F 4,2). El que experimenta la prueba y el sufrimiento está más capacitado para comprender a los demás y acudir en ayuda de los que pasan por esas mismas pruebas, a semejanza de Jesucristo con todos nosotros (Heb 2,18).

Si Dios utiliza con nosotros la técnica pedagógica de la prueba, es para que seamos más suyos y poder premiarnos: «Dichoso el hombre que soporta la prueba; porque, si la supera, recibirá la corona de la gloria» (Sant 1,21). «Vosotros habéis perseverado conmigo en mis pruebas y yo os voy a dar el Reino» (Lc 22,28). Por tanto, no hay que tener miedo a las pruebas y a las tentaciones, que tienen un valor positivo y sirven para madurar en la fe; incluso deben ser causa de alegría, por ser ocasión de grandes bienes: «Tened como suprema alegría las diversas pruebas, a que podéis ser sometidos, sabiendo que la fe probada produce la constancia» (Sant 1,2-3; 1Pe 1,6; 4,12). «Nuestra vida en medio de esta peregrinación no puede estar sin tentaciones, ya que nuestro progreso se realiza precisamente a través de la tentación, y nadie se conoce a sí mismo si no es tentado, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni vencer si no ha combatido, ni combatir si carece de enemigos y tentaciones»³.

Después de todo esto, el hombre hasta debería pedir a Dios que le someta a prueba: «Examíname, Señor, y ponme a prueba, pasa por el crisol mi corazón (mi fe) y mis riñones (mi amor)» (Sal 26,2; cf 139,23).

No hay prueba que sea insuperable, pues, si lo fuera, más que prueba, sería una crueldad:

² Cf CRISÓGONO DE JESÚS, *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1978, 155.

³ S. AGUSTÍN, *Comentarios al Salmo 60*, 2-3.

«Dios es fiel y no permitirá que seáis sometidos a pruebas superiores a vuestras fuerzas; ante la prueba, os dará fuerza para superarla» (1Cor 10,13).

La tentación es necesaria para alcanzar la salvación. Una tradición antigua dice que Jesucristo, en la noche de Getsemaní, pronunció este *logion*: «Nadie puede alcanzar el reino de los cielos, sin haber pasado antes por la tentación».

6. Armas para luchar contra las tentaciones

El hombre es un ser libre. No pierde nunca la facultad de decidir. En sus manos está vencer o sucumbir en la tentación, elegir entre el bien y el mal:

«Si tú quieres, puedes guardar los mandamientos;
permanecer fiel está en tu mano.
Él ha puesto ante ti el fuego y el agua;
a cada uno se le dará lo que él quiera» (Si 15,15-16).

En la tentación hay que ser valiente y mantenerse firme (Si 2,2) y ejercer la humildad, pues sólo desde la conciencia de la propia debilidad se entra en posesión de la fortaleza de la gracia de Dios, con la que se sale victorioso: «Cuando me siento débil, es cuando soy más fuerte» (2Cor 12,10). «Te basta mi gracia, pues mi poder triunfa en la flaqueza» (2Cor 12,9). Sin la gracia de Dios, el hombre cae sin remedio en la tentación: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Pero con la gracia de Dios, lo puedo todo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (1Cor 12,3). Por tanto, hay que seguir el consejo del Señor: «Velad y orad para no caer en la tentación» (Mc 14,38) y acudir a la palabra de Dios, tal y como lo hizo Jesucristo, que en las tres tentaciones rebatió los argumentos del diablo con textos de la Sagrada Escritura:

- 1) «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4; Dt 8,3).
- 2) «No tentarás al Señor, tu Dios» (Mt 4,7; Dt 6,16).

3) «Al Señor, tu Dios, adorarás y a él sólo servirás» (Mt 4,10; Dt 6,13). La Biblia contiene la medicina eficaz contra la tentación, lo que santo Tomás llamaba «Sripturæ medicamenta».

San Pablo enumera las normas para superar las tentaciones del diablo y de las fuerzas del mal (Ef 6,10-18), «la armadura de Dios» (cf Is 11,5; 19,17; Sab 5,17-20), que él compara con la que usa el guardián romano que le custodiaba en prisión, desde donde escribe la Carta a los efesios. Son estas:

1) *La verdad*, simbolizada en el *cinto* (Ef 6,14), con que se recoge y ajustan los vestidos para poder luchar mejor. El hombre recto escoge el camino de la verdad (Sal 119,30), camina seguro en la verdad (Sal 86,11), su adarga protectora (Sal 91,4). El cristiano ha sido engendrado a la nueva vida por la palabra de la verdad (Sant 1,18; 1Pe 1,23); la verdad de la que está lleno Jesucristo (Jn 1,14), pues la verdad está en Él (Ef 4,21), la verdad es Él (Jn 14,6). El cristiano está consagrado a «la verdad del evangelio» (Gál 2,5), de la que ha hecho norma de vida; en él se da la perfecta armonía entre el pensamiento, la palabra y la obra, la sinceridad absoluta; lo que manifiesta eso exactamente es lo contrario a la doblez y a la hipocresía, lo contrario al diablo que es un mentiroso y el padre de la mentira (Jn 8,44).

2) *La justicia*, simbolizada en la *coraza* (Ef 6,14) que con su peto y espaldas cubre y protege el tronco del cuerpo, donde están el corazón y los riñones, sede de los pensamientos y de los sentimientos del hombre que deben centrarse siempre en la justicia, porque en el camino de la justicia está la vida (Prov 12,28). Se trata de la justicia que se obtiene por la fe en Jesucristo (Rom 3,22) que transforma interiormente al hombre y que debe practicarse en las relaciones humanas. El cristiano está comprometido con la justicia social.

3) *La paz* simbolizada en el *calzado* de los pies (Ef 6,15). El cristiano es un misionero, un cumplidor del mandato de Jesucristo: «Id por todo el mundo, anunciad el evangelio»

(Mc 16,15). Para caminar a gusto debe llevar los pies bien calzados, es decir, estar siempre preparado, pronto y disponible para predicar «el evangelio de la paz» (Ef 4,15). Así se le podrán aplicar estas palabras: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!» (Is 52,7; Rom 10,15). Eso es el cristiano, un constructor de la paz (Mt 5,9).

4) *La fe*, simbolizada en el *escudo* (Ef 6,16) que servía para que se estrellaran en él los dardos encendidos del enemigo, es decir, del diablo, el cual no tiene nada que hacer con el hombre de fe, pues la fe lleva siempre a la victoria (1Jn 5,4). La fe importa la entrega total a Jesucristo, fiarse de Él, confiar en Él y desconfiar de uno mismo; supone la fidelidad, la lealtad, la obediencia a sus mandatos. El hombre de fe lo puede todo (Mt 17,20; 21,22); por la fe, «garantía de las cosas que se esperan y prueba de las que no se ven» (Heb 11,1), los grandes personajes del AT salieron siempre victoriosos (Heb 11,1-40), mientras que «los incrédulos tienen contaminada su mente, su conciencia» (Tit 1,15) y están abocados a la derrota y a la muerte (Ap 21,8).

5) *La esperanza* de la salvación, simbolizada en el *yelmo* (Ef 6,17), con el que se protege la cabeza, la parte más importante del cuerpo humano. El casco protector significa la esperanza cierta en el triunfo, la seguridad de obtener la salvación. Un cristiano se apoya en la esperanza y cree contra toda esperanza (Rom 4,18), su esperanza es Dios (Sal 39,7; 71,5), se siente heredero de la vida eterna (Tit 3,7); «cubierto con el yelmo de la esperanza de la salvación» (1Tes 5,8), sabe que los que esperan en el Señor heredarán la tierra (Sal 37,9) y no quedarán nunca defraudados (Sal 25,3). La esperanza produce la fuerza para perseverar hasta el fin.

6) *La Palabra* de Dios simbolizada en la *espada* (Ef 6,17). Las armas anteriores son únicamente defensivas y con ellas no se puede ganar la batalla. Para ganarla, hace falta un arma ofensiva y esta es la palabra de Dios, cortante como espada de dos filos, que penetra hasta la división del alma y del espíritu y discierne los pensamientos y las intenciones del cora-

zón (Heb 4,12). La palabra de Dios es el evangelio, es la Biblia que hay que grabar en el corazón para ponerla en práctica (Dt 11,18; 30,14). Esa es el arma omnipotente que pone en nuestras manos el Espíritu Santo, pues toda Escritura inspirada por el Espíritu Santo es útil y eficaz para alcanzar la perfección (2Tim 3,17). Como ya dijimos, Jesucristo venció las tentaciones con la palabra de Dios.

7) *La oración* (Ef 6,18). Todas estas armas, para que sean eficaces, tienen que ser fraguadas y templadas en el horno de la oración. Sólo si se acude a la oración se podrá llegar a la victoria. No se puede confiar en los efectivos propios, sino en el poder que viene de lo alto. Sin la oración, es entrar en la batalla al descubierto, una exposición a la derrota.

La verdad, la justicia, la paz, la fe, la esperanza, la palabra, la oración. Mientras esté pertrechado con estas siete armas, el cristiano nada tiene que temer a las tentaciones, de las que siempre saldrá airoso vencedor.

7. El hombre, tentador de Dios

El hombre es probado por Dios y, a su vez, se convierte en tentador de Dios. Dios tienta al hombre para probar su fidelidad y el hombre tienta a Dios para probar su poder, su sabiduría y su bondad, lo que es un gravísimo pecado: «No tentarás al Señor, tu Dios» (Dt 6,16). Pero, ¿cómo puede el hombre tentar a Dios? ¿Cómo la ruindad y la fragilidad humana pueden tentar a la grandeza y a la omnipotencia de Dios? De estas maneras:

1) *Pidiendo un milagro*. En este sentido, la respuesta del rey Acaz al profeta Isaías, que le emplazaba a pedir una señal milagrosa, como garantía de la verdad profetizada por él, es absolutamente correcta: «No la pediré, no quiero tentar al Señor» (Is 7,12). Pedir un milagro al Señor es pedirle, por un capricho o conveniencia propia, que trastoque las leyes de la naturaleza por él establecidas. A Dios no se le pueden pedir intervenciones extraordinarias, hay que pre-

sentarle nuestros problemas y pedirle ayuda para resolverlos, y dejarlo todo en sus manos, para que él obre como crea conveniente. Los judíos «tentaron a Dios en su corazón exigiéndole manjares a su antojo» (Sal 78,18). Israel cayó en este pecado cuando pasó hambre en el desierto (Éx 16,2-3). Le tentó y se querelló contra él en Masá (tentación) y en Meribá (querrela), pidiéndole cuentas por haberle sacado de Egipto para morir en el desierto (Éx 17,1-7). Le tentó muchas veces: «Me han tentado diez veces y no me han obedecido» (Núm 14,22). La tentación que el hombre hace a Dios manifiesta una falta de fe. El pueblo empieza a desconfiar de Dios y a preocuparse con exceso de satisfacer las necesidades de la vida. Por esta razón, ninguno de los que le han tentado en el desierto verá la Tierra prometida.

2) *Haciendo una promesa condicionada o incumplida*. Se trata de una actitud religiosa contaminada de superstición y de magia y, en todo caso, de un claro egoísmo. Es decirle a Dios: Te doy esto, si tú me das esto. Y a esto hay que llamarlo una espiritualidad puramente utilitarista, materialista, lo que supone un atentado contra la bondad de Dios, al que se le mide con nuestra propia medida, tan ruin y mezquina. La promesa condicionada solamente la puede hacer Dios, pero nunca el hombre. Y así lo hizo, decidió hacer de Israel el pueblo de su propiedad, pero con una condición: «Si escucháis atentamente mi voz y guardáis mi alianza» (Éx 19,5). No se trata de prestaciones por parte del pueblo, como contrapartida a la promesa de Dios que nivela la balanza por ambas partes, sino simplemente de una actitud acogedora y de adhesión a la palabra del Señor. Dios da siempre mucho más de lo que pide; en realidad, sólo pide que se acepte su dádiva.

Se tienta también a Dios con una promesa incumplida. Porque, ¿qué hace Dios con el que no ha cumplido la promesa que le hizo? ¿Lo castiga? ¿Hace como el que no se ha enterado? La cosa es muy clara: «Antes de hacer una promesa, piénsalo, no seas como hombre que tienta a Dios» (Si 18,23). Si se hace un voto, hay que cumplirlo (Dt 23,22-24; Prov 20,25). «Cuando haces una promesa a Dios, no tardes

en cumplirla, porque no le agradan los necios. La promesa, que has hecho, cúmplela. Mejor es no hacer promesas que hacerlas y después no cumplirlas» (Qo 5,3-4).

8. Reflexiones

1) Las tentaciones del diablo a Jesucristo recuerdan las de Israel en el desierto, de actualidad en todo tiempo: dejarse dominar por el afán del bienestar económico y caer en el materialismo puro, en lugar de desprenderse de lo superfluo en favor de los desfavorecidos; asentarse en el escenario de la vanagloria, de la popularidad y de la milagrería y no en el espacio difícil de la humildad y de la fe; desear el poder, el mando político, la tiranía, en vez de amar y de servir a los demás.

Jesucristo fue tentado, probado en todo a semejanza nuestra (Heb 4,15), rodeado de nuestras mismas debilidades (Heb 5,3); por eso puede compadecerse de nosotros y ayudarnos a superar las tentaciones, y por eso también, para asemejarnos más a él, hasta deberíamos desear la tentación, pues, a imitación suya y con su ayuda saldremos victoriosos y refortalecidos.

2) A Dios no le podemos pedir que estemos libres de tentaciones y de pruebas, pues eso sería tanto como pedirle que nos sacara de este mundo, cosa que Jesucristo no quiso pedir al Padre para nosotros (Jn 17,15) y porque eso equivaldría a vernos privados del instrumento más eficaz para madurar en la fe, cosa que se consigue viviendo en el mundo, pero sin ser del mundo, es decir, sin dejarse enredar por un mundo lleno de maldades (1Jn 2,15-17). «Hay que orar no para dejar de ser tentados, cosa imposible, sino para no ser enredados en la tentación» (Orígenes).

3) La caída en la tentación es un hecho constatable por doquier. La humanidad entera está postrada en caídas incontables, porque en toda ella se da, de manera generalizada, la falta de amor a Dios y al prójimo, que es en lo que

consiste el pecado, y así, la tentación, que tenía que servir para crecer en la virtud, sirve de hecho para hundir en el pecado.

El hombre es tentado hoy por el poder, por la política, por los medios de comunicación, que lo manejan y lo manipulan y le hacen cambiar de opinión a su antojo en aras de intereses ideológicos y comerciales, de consumismos y de modas.

4) El hombre tiene que aprender a convivir con sus debilidades y con sus caídas, saber perdonarse a sí mismo, pues, si Dios le perdona, ¿por qué él no se va a perdonar a sí mismo? La tentación es la prueba de la fe, como lo es también de la debilidad humana. En ella el hombre toma conciencia de que por sí solo y por sus propias fuerzas la caída es inevitable.

La carencia absoluta de tentaciones es señal de que el diablo brilla por su ausencia, de que no le preocupamos, lo cual puede ser asimismo señal de que Dios también está ausente de nosotros, de que nos hemos alejado de él, aun en la hipótesis de una religiosidad practicante y piadosa. Sin la prueba el hombre se aleja de Dios, mientras que la prueba le acerca a él. Dios está siempre al quite, al lado siempre del que sufre la tentación; «entre los momentos que más acercan a Dios está, seguramente, el momento de la tentación. Por esto, es bueno que nos hagamos a ver en la tentación una especial presencia y hora de Dios, al servicio del hombre»⁴.

5) «Adonde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes, no teniéndolas, que esto es pestilencia... Hácenos entender el demonio que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos y hacemos continuos actos de pasar mucho por Dios; y parécenos en hecho de verdad que lo sufriríamos, y así estamos muy contentas porque ayuda el demonio a que lo creamos. Yo os aviso no hagáis caso de esas

⁴ L. GALMES, *La tentación*, BAC, Madrid 1988, 27-28.

virtudes, ni pensemos las conocemos sino de nombre, ni que nos ha dado el Señor, hasta que veamos la prueba; porque acaecerá que a una palabra que os digan a vuestro disgusto, vaya la paciencia por el suelo»⁵.

6) Tentar es escandalizar, servir de tropiezo a los demás (cf Mal 2,8). El escándalo es una incitación al mal, una tentación grave, que hace recaer sobre el que lo produce el peso de la condena (Mt 18,7). Hay obligación de evitar todo lo que pueda ser ocasión de caída para los demás (Rom 14,20-21). Por esta razón, esta petición la podemos formular en paralelo con la anterior: «No nos metas en tentación, así como nosotros tampoco metemos en tentación a nuestros hermanos».

7) «Puede darse, solapadamente, una interpretación reductiva de esta petición del Padrenuestro. Lo que me mueve a pensar que las únicas tentaciones peligrosas son las que se refieren al sexto mandamiento y sus alrededores. Así hay cristianos que montan una guardia escrupulosa, y hasta sospechosa, ante esa puerta. Y dejan que entre en casa, por los otros sitios, Satanás con todo el cortejo aparatoso de sus infinitas sugerencias. Un cristiano que se deja seducir por una mujer es tenido como débil, mientras que el que fornicación con el dinero aparece como fuerte. Una caricia no reglamentaria es escandalosa, produce efectos devastadores. Una injuria, una ofensa, el linchamiento del adversario, se interpreta incluso a veces como piedras útiles para la construcción del Reino»⁶.

... NO NOS DEJES CAER

Dormida en el recuerdo,
alta y callada,
la tristeza escondida
tras las palabras.

Por nevados espejos
de sombra y agua
se murieron las rosas
entre las lágrimas.

Entre labrados muros
de seda y plata
suspiraba el silencio
callaba el alma.

Ya sólo la memoria
sabe la estancia
donde briciaron sueños
brisas lejanas.

No me dejes, Dios mío,
pues tengo amarga
la boca de gritarte,
la voz cansada.

Acógeme en tus brazos
como en mi infancia,
cuando tu rostro era
la flor de acacia.

(V. SÁNCHEZ PINTO)

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, C 38,4.7.

⁶ A. PRONZATO, *El padrenuestro, oración de los hijos*, Sígueme, Salamanca 1993, 311-312.

Séptima petición: Mas líbranos del mal

Esta petición hace unidad literaria y doctrinal con la anterior, que san Agustín expresa así: «Al libranos del mal, no nos deja caer en la tentación y al no dejarnos caer en la tentación nos libra del mal». En la sexta se pide que no caigamos en el pecado moral, y en la séptima se piden estas cosas:

- 1) Que nos libre del mal en general, del mal físico, moral y social;
- 2) que nos libre de las influencias del Maligno;
- 3) que, si hemos caído, nos rescate del estado en que nos encontramos.

El mismo san Agustín aprecia una diferencia entre ambas peticiones: «Orandum est enim, ut non solum non inducamur in malum, quo caremus... sed ab illo etiam liberemur, quo jam inducti sumus».

1. Significación etimológica de las palabras

«*Ryzai*». El verbo *ryomai* significa: traer hacia sí, arrancar del peligro, salvar. Aparece diez veces en el NT. Unas veces significa sacarnos de un peligro en el que estamos metidos (Mt 27,43; Rom 7,24); otras, se refiere a un peligro del que ya hemos sido liberados (Col 1,13; 2Cor 1,10); otras, de que seamos preservados de un peligro que nos amenaza, pero en el que no hemos caído (Rom 15,31; 2Tes 3,2; Lc 1,74); significa también la salvación final de Israel (Rom 11,26) y evo-

ca la parusía, cuando Jesucristo nos liberará del último de-sastre (1Tes 1,10).

De manera general podemos decir que se trata de liberar al esclavizado, salvar al que está perdido o a punto de perderse física o moralmente, sacar de la opresión al oprimido, rescatar al vendido o secuestrado. Se trata siempre de liberar de un peligro, en el que ya estamos metidos o por el que estamos a punto de ser atrapados. Esta liberación se puede llevar a cabo por la fuerza o incluso por la violencia.

«*Apo*». Es bien conocida la significación de las preposiciones *apo* y *ek* en el griego clásico. Si el verbo *ryomai* está seguido de *ek*, significa sacar a uno de una situación en la que ya se encuentra: sacarlo de una situación opresora, de un mal que ya está sufriendo. Si está seguido de *apo* (como es nuestro caso) significa liberar a uno de un peligro, en el que aún no ha caído, pero que está cerca y amenazador. Sin embargo, la preposición *apo* en el NT y en la *koiné*, se emplea indistintamente con la significación de *ek*. Aquí, en efecto, puede tener ambas significaciones.

«*Poneros*». Mal, Maligno, inicuo, perverso. Aparece unas setenta veces en el NT, 22 en Mt, 2 en Mc, 6 en Lc, 10 en Jn, 14 en Pablo, 14 en Heb, 2 en Sant, 2 en He y 1 en Ap. Se puede referir al mal en general, a las diversas clases de males; o también al «Maligno». Las dos versiones son legítimas. En latín es la misma palabra: «malo»; si se escribe con mayúscula se refiere al «Maligno», al diablo, y si se escribe con minúscula se refiere al mal en general. Si el término *ponerou* se considera masculino se referiría también al Maligno y si se considera neutro se refiere al mal, a todo mal, aunque algunos dicen que en este último caso tendría que ir precedido del adjetivo «todo». Como *ponerou* va precedido del artículo *tou*, también puede referirse a un mal concreto, el gran mal, el mal de los males, concretado, bien en el mal definitivo o escatológico, que nos alejaría para siempre de Dios —por lo que estaríamos pidiendo una buena muerte—, o bien referido al Maligno, esencialmente malo y perverso.

Estas son las diversas significaciones:

— mal físico: Mt 6,23; 7,17; Lc 11,34;

— mal moral: Mt 5,11; 5,45; 7,11; 15,19; 18,32; Mc 7,23; Sant 2,4;

— mal social: Lc 3,19; 6,35; Jn 3,19; 17,15; He 17,5; 18,14; 25,18; 28,21; 1Cor 5,13; Ef 5,16; Col 1,20; 2Jn 2,11;

— mal en general: Rom 12,9; Gál 1,4; Ef 6,13; 1Tes 5,22; 2Tes 3,2; 1Tim 6,4; 2Tim 4,18;

— una persona mala: Dt 19,19; 22,21; Mt 12,35; 13,49; Sal 140,2-3;

— el Maligno: Mt 5,37; 13,19; 13,38; Ef 6,16; 1Jn 2,13; 3,12; 5,18-19.

Un texto claramente paralelo del PN es este: «*Ina ryzomen apo ton atopón kai ponerón anzropón*: para que nos veamos libres de los hombres malos y perversos» (2Tes 3,2).

2. Un mundo lleno de maldad

Vivimos en un mundo de maldad: «Por un hombre entró el pecado en el mundo» (Rom 5,12). De tal modo entró que se ha instalado en él y en él ha crecido y se ha desarrollado tanto, que bien podemos decir que en el mundo la maldad campa por sus respetos. El mundo, en sí mismo, es bueno (Gén 1,4.10.12.18.21.25) y sigue siendo bueno con todas las criaturas que lo componen, pero está lleno de maldades, que no pueden emanar de Dios —que es la bondad misma—, sino del hombre, que es un productor de maldad, aunque también lo sea de bondad. Lo cierto es que en todo el entramado de nuestra vida está presente el mal: el mal físico —el dolor del cuerpo—, el mal moral —el dolor del alma—, el mal social —los pecados sociales, la insolidaridad, la injusticia, la agresividad, la infidelidad de los amigos—, el mal de la naturaleza —el pecado cósmico y ecológico—, que insensatamente provocamos: «Nosotros sabemos que el mundo entero está en poder del mal» (1Jn 5,19).

Vivimos en un mundo dominado por las fuerzas del mal. El Qohélet describió magistralmente este hecho incuestionable:

«En lugar del derecho está el delito; y en lugar de la justicia, la injusticia» (Qo 3,16). «Las lágrimas de los afligidos, sin tener quien los consuele, la mano de los opresores, que le hacen violencia, sin encontrar quién los vengue» (4,1). «Ojos que no se hartan de riquezas» (4,8). «El delincuente comete cien delitos y no le hacen nada» (8,12). «El corazón del hombre está lleno de malicia» (9,3).

Ante esta situación, cabe hacerse muchas preguntas: ¿Qué es el mal? ¿Cuál es su origen? ¿Quién es su último responsable? Si el mal entró en el mundo por el hombre, ¿cómo Dios pudo dar tanto poder y tanta libertad al hombre para llevar a cabo tal desaguisado? ¿Cómo el mal puede ser fruto de la libertad del hombre? Y si eso es así, ¿por qué Dios hizo libre al hombre? ¿Cómo Dios, omnipotente e infinitamente bondadoso, puede permitir la existencia del mal? ¿Cómo es posible que haya «justos que padecen, a pesar de su justicia, e injustos que prolongan sus días, a pesar de su injusticia» (Qo 7,15), «justos, a los que sucede lo que merece la conducta de los injustos e injustos, a los que sucede lo que merece la conducta de los justos» (Qo 8,14)? ¿Por qué triunfa el mal y no el bien? ¿Por qué Dios permite tanta crueldad, la muerte de tantos inocentes, el hambre y el dolor de tantos seres humanos marginados y aplastados por otros seres humanos inmisericordes, ávidos de poder y llenos de riquezas? ¿Por qué tantas injusticias?

Todas estas preguntas, y tantas otras, que se pueden hacer, no encuentran respuesta cumplida. Habrá que seguir diciendo que el mal es un misterio absurdo, injustificable, incomprensible. Intentar explicarlo es querer explicar lo inexplicable. Tiene razón el Qohélet: «Todo esto es sinrazón de sinrazones. Todo es una pura sinrazón» (Qo 1,1).

El mal sólo es explicable desde la fe, desde el acontecimiento culminante de la historia, desde un Dios que se hace hombre y muere en la cruz. Sólo desde la fe en ese Dios ejecutado, muerto y resucitado, puede admitirse, y en cierto modo explicarse, nunca comprenderse, el mal. La cruz, «escándalo para los judíos y locura para los paganos, es poder y sabiduría» (1Cor 1,23) para los que tienen fe. «Ni como castigo, ni como pedagogía, ni como absurdo tiene

justificación el mal. Sólo la fe en el crucificado supera el escándalo»¹.

En el proyecto eterno de Dios estaba presente la existencia y la eliminación del mal mediante la muerte en cruz del unigénito. Jesucristo, en efecto, ha vencido el mal; este mundo de maldad ha sido redimido por él, pero aún no ha sido plenamente transformado, puesto que los frutos de la redención no han llegado a su plenitud, cuando «ya no habrá lágrimas, ni muerte, ni luto, ni llanto, ni pena» (Ap 1,4); el mal está herido de muerte, morirá sin remedio. Cuando esto acontezca, habremos llegado al «mundo feliz» de los utópicos.

En todo caso, Dios sigue permitiendo el mal para producir bien: «Dios ordena todas las cosas para bien de los que le aman» (Rom 8,28). De todo se puede sacar bien, no hay mal que por bien no venga. Mientras tanto, «el corazón del hombre sigue produciendo malos pensamientos, homicidios, adulterios, robos, falsos testimonios, blasfemias» (Mt 15,18-20). Y el mundo sigue asentado en las «estructuras de pecado», con acumulaciones de riquezas, fruto siempre de la injusticia y masas ingentes de pobres en imparable crecimiento. El progreso de los países ricos lejos de servir como instrumento de liberación y desarrollo para los países pobres y oprimidos, sirve para agrandar más las distancias entre unos y otros.

La raíz del mal está en el amor al dinero (1Tim 6,10) el antídios, el dios Mammon, incompatible con el Dios de la Biblia (Mt 6,24). Y junto al dinero, el poder y la gloria.

El Maligno es el antiamor. Y sólo con el amor, que es el sumo bien, se puede acabar con el mal, poniendo amor donde no hay amor, para producir amor². Jesucristo, al morir en la cruz por la salvación del mundo, sembró el mundo de amor, de mucho más amor y de mucha más bondad que todo el odio y toda la maldad que hay y habrá en el mundo. Por esta razón, el triunfo del bien está asegurado, a me-

¹ J. DE SAHAGÚN LUCAS, *Libranos del mal*, BAC, Madrid 1988, 18.

² CRISÓGONO DE JESÚS, *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1978, Carta 27, p. 375.

dida que esa sementera del bien hecha por Jesucristo vaya siendo cultivada por la mano del hombre y fecundada por la lluvia de la gracia venida de lo alto hasta que los frutos ubérrimos del bien acaben con el mal.

Pedimos a Dios que nos libre de todos los males: enfermedades físicas y psíquicas, injusticias sociales, abusos de poder, opresiones, conculcación de los derechos humanos, catástrofes cósmicas, intransigencias religiosas, fanatismos y tantas crueldades que azotan por doquier a los seres humanos. Le pedimos que actúe contra el sistema del mal que tiene atenazado al mundo. Sabemos que lo hará, pero le pedimos que lo haga pronto: «El Señor nos librará de todo mal y nos dará la salvación en el reino eterno» (2Tim 4,18).

3. El maligno esclavizador

El Maligno es el padre y el dueño del poder, la encarnación de la tiranía (Lc 4,5-7; Jn 5,19). Ansiar el poder es caer en sus redes. El Maligno es el pervertido y el pervertidor, el enemigo número uno (1Pe 5,8-9), el seductor del mundo (Ap 12,9), la maldad esencial, el origen de todo mal (Mt 13,38; 5,37; Jn 9,24; 17,15; 1Jn 2,13-14; 5,18-19), el engañador (2Cor 11,14), el príncipe de este mundo (Jn 12,31; 14,30), el dios de este siglo (2Cor 4,4), el adversario (2Tes 2,3), el asesino (Jn 8,44).

El Maligno es el ídolo repugnante (Mc 13,14), símbolo de la gran profanación de todo lo sagrado (1Mac 1,54), el misterio de iniquidad que está siempre actuando (2Tes 2,3.7), la antigua serpiente (Ap 12,9), el poder que impulsa a los hombres a caer en la mentira (2Tes 2,11), el acusador injusto que acusa de criminalidad incluso al inocente (Job 1,11), que no soporta la benevolencia y la misericordia de Dios (Zac 3,1-5).

El Maligno es el esclavizador de los hombres (He 10,38), un misterioso personaje, que recibe diversos nombres: Satanás (Mc 3,26; 4,15), el diablo (He 10,38), Beelzebú (Mt 12,24.27), Mammon (Mt 6,24), Anticristo (1Jn 4,3).

Todas estas denominaciones simbolizan y representan las

fuerzas del mal, que continuamente actúan en el mundo. En ellas el hombre descarga lo que es fruto de su propia maldad y todas las demás maldades, que no encuentran explicación razonable y que de ninguna manera pueden venir de Dios, el cual todo lo hizo bien, pero «por la envidia del Diablo entró la muerte en el mundo» (Sab 2,24) y con ella una interminable reata de infortunios y de dolores.

4. El Dios liberador

El Dios de la Biblia es un Dios liberador. La intervención de Dios en la historia humana es para salvar, para liberar, nunca para esclavizar. La liberación, llevada a cabo por el Dios del AT, que tiene como paradigma la liberación de la opresión de Egipto, es una liberación sociopolítica:

«Di a los israelitas: Yo soy el Señor. Yo os libentaré de la opresión de los egipcios, os liberaré de su esclavitud y os rescataré con poder y haciendo justicia. Yo os haré mi pueblo, seré vuestro Dios y vosotros reconoceréis que yo soy el Señor, vuestro Dios, el que os libró de la esclavitud de Egipto» (Éx 6,6-7).

Es también una liberación religiosa, pues tiene como objetivo hacer de Israel el pueblo de Dios, libre de todas las idolatrías, cosa que se garantiza con la Alianza del Sinaí. Estos dos acontecimientos, el Éxodo y la Alianza, están llenos de una significación tipológica que será recordada y actualizada por Israel a lo largo de su historia, como garantía de que el Dios de la Biblia sigue siendo un Dios liberador y el Dios de la Alianza Nueva que fue y sigue siendo también liberadora. La historia bíblica es una historia de liberaciones. Dios nos libra de todo mal (Sab 16,8), del mal físico (Sal 32,7; 33,19; 91,3; Si 51,1), del mal moral (Sal 17,13; 39,9; 51,16), de todos los peligros (Gén 48,16), de todas las angustias (Sal 16,8), de los perseguidores (Sal 142,7) y de los criminales (Miq 4,12; 2Sam 22,2-3; Est 14,19). Él es «nuestro auxilio y nuestra liberación» (Sal 40,18).

El rey mesiánico llevará a cabo una especial liberación de los pobres y de los oprimidos:

«Él librará al pobre que suplica,
al miserable que no tiene apoyo alguno;
se cuidará del débil y del pobre;
a los pobres los salvará la vida;
él defenderá contra la explotación y la violencia»
(Sal 72,12-14).

5. Jesucristo, el liberador

El proyecto eterno de Dios, realizado en Cristo, no es otra cosa que el de una liberación integral, es decir, una liberación del pecado en su aspecto social y religioso. Todas las liberaciones de la historia humana, del signo que sean, son aportaciones a la gran liberación salvadora, realizada por Jesucristo, el cual en su primera predicación pública expuso su programa de liberación dirigido especialmente a los pobres y marginados:

«Me ha enviado a llevar la buena noticia a los pobres, a anunciar la libertad a los presos, a dar la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor... Hoy se cumple ante vosotros esta Escritura» (Lc 4,18-19.21).

Esto significa fundamentalmente tres cosas:

1) Que Jesucristo entiende y explica la Biblia como un mensaje de liberación, lo que significa que hay que hacer una lectura de la Biblia en clave de liberación de todos los oprimidos de la tierra, cualquiera que sea esa opresión.

2) Que el programa evangelizador de Jesucristo impulsa un movimiento liberador que afecta a todos los aspectos de la vida humana.

3) Que la redención de Jesucristo equivale exactamente a salvación y liberación, tres palabras de idéntico contenido. «Si se considera que liberación en sentido bíblico implica el paso de una situación ruinoso a una situación “de salud”,

comprendemos entonces que “liberación” equivale a “salvación” o “redención”»³.

La liberación realizada por Jesucristo, que pedimos a Dios en el PN, ¿es una liberación espiritual, referida al ser religioso del hombre, o es también una liberación material, que afecta al ser social de la persona humana?

Dos son sus constitutivos: lo social y lo religioso, lo humano y lo divino, lo que mira hacia Dios y lo que mira al hombre. Ambas cosas van indisolublemente unidas y se exigen mutuamente, de tal forma, que no es posible realizar una sin realizar la otra, como no es posible amar a Dios, sin amar a los hombres, dos mandamientos que se reducen a uno solo, y en cuyo cumplimiento consiste la liberación integral.

Cristo predica el reino de Dios que comporta un cambio radical en las estructuras sociopolíticas, pues postula el triunfo de la justicia y de la paz, de la libertad y de la solidaridad, del amor social. Es verdad que no se puede caer en la tentación de definir a Jesucristo como un líder político, enfrentado abiertamente con los poderes públicos y reducir su programa evangélico a una revolución social, en la que la oración y el culto, o no caben, o pasan a un lugar muy secundario, y en el que prima la moral social y el dogma queda relegado a un segundo plano. Un «progresismo» extremista, que se fija únicamente en la fuerza social del evangelio y en la iniciativa del hombre para luchar contra las esclavitudes sociopolíticas, no es cristiano —o lo es sólo a medias—, pues eso equivale a identificar la liberación cristiana con un acontecimiento puramente exterior al hombre. Pero también es verdad que el programa de Cristo chocaba frontalmente con el orden establecido y así lo consideraron los poderes públicos, tal y como aparece en el proceso ante Pilato. La liberación cristiana es una liberación corporativa, comunitaria y social, pretende un cambio substancial de la sociedad a todos los niveles, crear una sociedad nueva, donde no hay esclavitudes y opresiones, donde reine la justicia y el amor.

³ A. BONORA, «Liberación/Libertad», en P. ROSSANO-G. RAVASI-A. GIRLANDA, *Nuevo diccionario de teología Bíblica*, San Pablo, Madrid 1990, 1040.

Pero la liberación no puede quedarse ahí: «Es un error afirmar que la liberación política, económica y social coinciden con la salvación de Jesucristo; que el *regnum Dei* coincide con el *regnum hominis*» (Juan Pablo II). «Salvar significa liberar del mal. Aquí no se trata solamente del mal social como la injusticia, la opresión, la explotación; ni solamente de las enfermedades, de las catástrofes, de los cataclismos naturales y de todo lo que en la historia de la humanidad es calificado como desgracia. Salvar quiere decir liberar del mal radical, definitivo»⁴. Efectivamente, la liberación cristiana comprende la liberación social, pero es más que eso, comprende la liberación del pecado, origen de todos los males. Esto significa que difiere esencialmente de las liberaciones puramente humanas, pues es una liberación que acontece en el interior del hombre, es un don gratuito de Dios que renueva al hombre por dentro, que le libera de la esclavitud del pecado, le hace una nueva criatura, partícipe de la misma naturaleza divina, que le relaciona y le une directamente con Dios. Esto es así, pero en esto hay que evitar también el «integrismo», que reduce la liberación cristiana a un acontecimiento, debido únicamente a la iniciativa de Dios, que se produce en el interior del hombre y que se traduce en una religiosidad individualista y privada, alimentada solamente por la oración y el culto y en la que se prescinde de la moral social para quedarse sólo con el dogma.

Jesucristo, Dios y hombre verdadero, realiza y representa la liberación integral del hombre. Es un error de los «integristas» quedarse sólo con la divinidad de Jesucristo, para justificar una religiosidad alienante y un inmovilismo social; y es también un error de los «progresistas» quedarse únicamente con la humanidad de Jesús, para hacer de él un simple revolucionario social. La liberación que pedimos en el PN afecta a lo espiritual y a lo material, al pecado religioso y al pecado social. Pero el signo de que luchamos por una liberación espiritual es que estamos comprometidos en una liberación de tipo social. En todo caso, «lo que siem-

⁴ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janes, Barcelona 1994, 85.

pre debemos evitar es hacer un uso parcial y exclusivista del concepto de liberación, reduciéndolo solamente a lo espiritual o a lo material, a lo individual o a lo social, a lo eterno o a lo temporal»⁵. «Tanto el espiritualismo alienante como el secularismo rampante son caricaturas y desviaciones que deforman también la imagen de la Iglesia ante los ojos del mundo»⁶.

Redimir o liberar a uno es rescatarle, salvarle, sacarle de una situación apurada o esclavizadora, de orden físico, social, político, moral o religioso; es una acción de Dios, que acude en auxilio del hombre liberándole del pecado o de las estructuras de pecado que le aprisionan. Se trata, pues, de una liberación del hombre en todos sus aspectos, aunque lo más fundamental y radical sea la liberación del pecado, fuente de todas las esclavitudes.

Jesucristo actúa contra el mal y hace milagros. Cura las enfermedades físicas y da de comer a los hambrientos, lo que indica que ha venido a acabar con el mal y con la encarnación del mal, el Maligno, al que expulsa de los posesos y con el que se enfrenta, desde el principio; el relato de las tentaciones es un relato artificial, en el que se presenta a Jesucristo como vencedor del Maligno. «Ahora es cuando el príncipe de este mundo va a ser echado fuera» (Jn 12,31). Su muerte en la cruz es la garantía de que el mal ha sido vencido y tiene que ser definitivamente eliminado. La resurrección garantiza que la victoria de Jesucristo sobre todas las fuerzas del mal es absoluta y que la libertad que él conquistó para nosotros y nos ofrece, nos permite restaurar las debidas relaciones con Dios, al que podemos llamar Padre, y con los hombres, de los que somos y nos sentimos hermanos, la doble dimensión de la verdadera liberación cristiana.

⁵ CEPS, *La Iglesia y los pobres. Documento de reflexión de la Comisión Episcopal de Pastoral Social*, EDICE, Madrid 1994, n. 144.

⁶ *Ib.*, n. 47.

6. El Espíritu Santo

Jesucristo nos ha liberado, pero esta liberación tiene que hacerse realidad en todas las criaturas (Rom 8,21). Esta es la obra de la hora presente que sólo se puede llevar a cabo con la acción del Espíritu Santo:

«Habéis sido sellados con el Espíritu Santo prometido, el cual es garantía de nuestra herencia, para la plena liberación del pueblo de Dios» (Ef 1,13-14).

Este texto, inspirado sin duda en Israel, al que Dios libera de la esclavitud para hacer de él el pueblo de su herencia (Éx 10,4-5; Dt 6,7-8), se refiere a la liberación total del nuevo Israel (Gál 6,16), herencia de Dios, adquirido por la sangre de Cristo y llevado a plenitud por el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo habita en nosotros (1Cor 3,16), somos templos suyos (1Cor 6,19), y «donde está el Espíritu, allí está la libertad» (2Cor 3,17), porque es «el Espíritu de la verdad» (Jn 14,17), que llevará a «la plenitud de la verdad» (Jn 16,13), y «la verdad nos hace libres» (Jn 8,13). Para conseguir esta libertad plena, propia de los hijos de Dios (Mt 17,26), tenemos que ser fieles a la obra liberadora y santificadora del Espíritu Santo, acoger su acción, dejarnos liberar.

7. El «amén» y la «doxología»

El «amén» no está en los manuscritos más antiguos, pero puede admitirse, pues era corriente en las oraciones de los judíos y de las primeras comunidades cristianas (cf 1Re 1,36; Núm 5,22; 1Cor 14,16; Ap 5,14).

«Amén» es una palabra hebrea derivada de la raíz *mn*, que significa seguridad, firmeza, confianza, fidelidad.

El Dios de la Biblia es el Dios del «amén», es el «amén» mismo (Ap 3,14), es decir, el fiel, el leal, el lleno de firmeza y de seguridad, siempre el mismo. «Cuando glorificamos a Dios, decimos “amén” por Jesucristo» (2Cor 1,20). Jesu-

cristo es el «amén» hecho persona, el fiel, el testigo veraz (Ap 22,20). La oración litúrgica suele acabar siempre con la palabra «amén», en boca de la comunidad, como adhesión a lo celebrado y en alabanza del Señor (Rom 1,25; Gál 1,5). El «amén» es un compromiso de cumplir los mandamientos (Dt 27,15-26), un compromiso con la justicia social (Neh 5,13).

Con la palabra «amén» afirmamos:

- Que todo lo que Dios, Jesucristo, ha dicho es absolutamente cierto y seguro.
- Que aceptamos cuanto se ha dicho (Dt 27,26; 1Crón 16,36; Sal 106,48; 72,18; Neh 8,6; Tob 9,11).
- Que con lo que hemos dicho está todo dicho, no hacen falta más palabras, no hace falta añadir más.
- Que tenemos fe en el Padre, porque sabemos que es bondadoso, misericordioso y compasivo.
- Que todo lo que hemos dicho merece confianza plena y sin reservas de ninguna clase.
- Que, al ser doctrina de Dios, nos comprometemos a admitirla y a hacerla normativa de nuestra vida.
- Amén, así sea; que todo lo que hemos pedido en el PN se realice tal y como lo hemos pedido.

Como dijimos al principio, la *Didajé* (8,2) y varios manuscritos terminan el PN con la siguiente doxología: «Porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria por los siglos». Como falta en los manuscritos más importantes y más antiguos, se puede suponer que no es original. Sin embargo, las oraciones judías solían terminar con una doxología. Por otra parte, es muy extraño que el PN terminara con la palabra «malo», «Maligno». Por eso, es posible que el original acabara con esta doxología, en la que se ratifican las ideas de las dos primeras peticiones: el poder, la gloria y el reino de Dios.

8. Reflexiones

1) El PN empieza con la palabra más bella y amable —*Abba*, Padre, el sumo bien— y termina con la más horrenda y odiosa —Maligno, la suma de todos los males—. Y en medio está el hombre, amado por Dios-Padre y odiado por el diablo enemigo; el hombre que lucha para no dejarse atrapar por las garras del diablo que, como león rugiente, está siempre al acecho de la presa, y para echarse confiadamente en los brazos de Dios-Padre.

«Esta última petición resume, en cierto sentido, todas las anteriores súplicas, pues sólo en los liberados del Maligno puede ser santificado el nombre de Dios mediante la venida de su reinado con el cumplimiento de su voluntad, sólo ellos pueden recibir el pan supersustancial y el perdón; a ellos solamente se les garantiza la victoria en la tentación. Esto significa: ¡El Padrenuestro es la plegaria de la liberación cristiana, la plegaria de la radical y verdadera liberación!»⁷.

El PN es la síntesis del dogma y de la moral. Nos dice lo que debemos creer y lo que debemos practicar. En el PN hemos pedido al Señor siete cosas. Pero como contrapartida, Él también nos pide algo a nosotros. Para que esas siete cosas las pueda, y las podamos llevar a feliz término, Él nos pide sólo una: que vivamos como hermanos, que nos amemos como Él nos ama.

2) Pedimos a Dios que a cada uno de nosotros nos libere de nuestro propio «Maligno»; que a los ricos los libere del dinero; a los pobres, de la desesperación y de la resignación pasiva ante su pobreza; a los dirigentes de la Iglesia y del Estado, de su arrogancia y del olvido de su misión de servir y no de ser servidos; a los políticos, de sus ansias incontenidas de poder a costa de lo que sea y del «todo vale»; a los insolidarios, de su tacañería; a los fariseos y a los beatos, de su falsa religiosidad; a los incrédulos, de su falta de fe; y a todos, de nuestro egoísmo, de nuestro «yo» tiránico

—el maligno que tenemos dentro— que nos hace prisioneros de nosotros mismos.

Al «Maligno» lo tenemos dentro, atrincherado en nuestro propio corazón. «Lo que sale de dentro es lo que mancha al hombre; porque del corazón del hombre proceden los malos pensamientos, y las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, avaricia, maldad, engaño, desenfreno, envidias, blasfemias, soberbias y estupidez. Todas esas cosas malas salen de dentro y hacen impuro al hombre» (Mt 15,19).

Como el Maligno es el antiamor, al pedir a Dios que nos libere de él, le estamos pidiendo que nos enseñe a amar, que no nos deje de su mano, que nos retenga junto a él, que es el amor.

3) «La libertad plena sólo se consigue desde la pobreza, siendo pobre, viéndose libre de las férreas ataduras del dinero, y de las no menos firmes y estúpidas del querer ser, del querer medrar, del querer hacer carrera. “Hacer carrera” dentro de la Iglesia es un delito de lesa Majestad, que ha elegido al vocacionado como “siervo suyo”, un delito de alta traición al que le ha designado como embajador suyo (2Cor 5,20; Ef 6,20); un delito de infidelidad a la Iglesia misionera, cuyo quehacer vergonzosamente prostituye»⁸. «Cada generación tiene su Maligno, contra el que debe especialmente protegerse, suplicando el amparo divino. Ese Maligno personifica la maldad difusa que impregna la humanidad. En este nuestro tiempo el Maligno, que ofende a Dios y humilla al hombre, aparece bajo la figura del egoísmo colectivo de un sistema social oligárquico y excluyente. Tiene un nombre: el capitalismo de la propiedad privada y el capitalismo del Estado»⁹.

4) Hay que hacer una lectura de la Biblia que arranque de la consideración de unas clases sociales pobres y margina-

⁸ F. F. RAMOS, *El anuncio del evangelio. La evangelización nueva*, Naturaleza y Gracia 42 (1994) 78.

⁹ L. BOFF, *El Padrenuestro, la oración de la liberación integral*, San Pablo, Madrid 1993⁷, 155.

⁷ S. SABUGAL, *Abba, la oración del Señor*, BAC, Madrid 1985, 194.

das y de unas clases opresoras, situaciones en las que a lo largo de la historia se fueron encontrando los primeros destinatarios de la Biblia. Y desde esa perspectiva vital, leer la Biblia en el contexto del momento actual, lleno también de opresiones y de esclavitudes. La Biblia interpela al hombre de hoy y es, a la vez, interpelada por el hombre de hoy y sus situaciones existenciales, a las que la palabra de Dios, esencialmente liberadora, siempre dio y siempre da la respuesta justa.

La palabra «liberación-libertad» se emplea por los revolucionarios sociales junto a las palabras «igualdad y fraternidad», y con razón, pues la palabra liberación-libertad comporta la lucha contra las desigualdades de todo tipo, individuales y colectivas, en lo privado y en lo público, en lo social y en lo religioso, y contra la insolidaridad de la gran familia humana constituida por todos los pueblos de la tierra.

5) La Iglesia, para ejercer una pastoral liberadora, entre otras cosas, tiene que hacer lo siguiente:

a) «Escuchar con oídos de fe el grito de los pobres»¹⁰, que es el grito del Siervo de Yavé, el grito del mismo Dios, pues los pobres son «un sacramento de Cristo»¹¹, los verdaderos vicarios de Cristo. «El que cierra los oídos al grito del pobre, también él clamará y no se le responderá» (Prov 21,13).

b) «Ser la Iglesia de los pobres..., una Iglesia pobre y una Iglesia para los pobres»¹². Al lamento del Dt 15,11: «Nunca faltarán pobres en la tierra», Jesucristo le da este sentido: «A los pobres debéis tenerlos siempre con vosotros» (Jn 12,8).

c) Predicar y vivir la primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres», no porque sean pobres y porque deban seguir siéndolo, sino porque ha llegado la hora de su liberación de la pobreza. «No hay nada más divino que luchar por los derechos humanos de los pobres»¹³.

¹⁰ CEPS, *o.c.*, n. 1.

¹¹ *Ib.*, n. 9.

¹² *Ib.*, n. 10.

¹³ F. F. RAMOS, *o.c.*, 71.

6) «Bien puede afirmarse que el ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y del dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento»¹⁴. Decía san Ambrosio: «Aquel que envió sin oro a los apóstoles fundó también la Iglesia sin oro. La Iglesia posee oro no para tenerlo guardado, sino para distribuirlo y socorrer a los necesitados. Pues, ¿qué necesidad hay de reservar lo que, si se guarda, no es útil para nada? ¿No es mejor que, si no hay otros recursos, los sacerdotes funden el oro para sustento de los pobres, que no que se apoderen de él sacrílegamente los enemigos? ¿Acaso no dirá el Señor: “Por qué habéis tolerado que tantos pobres murieran de hambre, cuando poseáis oro con el que procurar su alimento”? ¿Por qué tantos esclavos han sido vendidos y maltratados por sus enemigos, sin que nadie los haya rescatado? ¡Mejor hubiera sido conservar los tesoros vivientes que los tesoros de metal!»¹⁵. «Altars, ornamentos sagrados, misas y salmos son abominación delante de Dios cuando le levantas un templo de piedras muertas y dejás que caigan, se arruinen y perezcan sus templos vivos»¹⁶.

Uno de los signos de nuestro tiempo es, sin duda, la interpelación que nos hace Jesucristo a través de los pobres y de los oprimidos, hasta el punto de que no es ningún despropósito pensar que el binomio «opresión-liberación» puede ser considerado como un lugar teológico, que nos llama a descubrir a Jesucristo en todos los oprimidos y marginados y a luchar por su liberación.

7) Para que haya verdadera liberación, tiene que darse la conversión, el restablecimiento de las debidas relaciones con Dios y con los hombres; y no puede haber conversión sin la gracia de Dios. La liberación, que está en el corazón del evangelio, es una gracia, un don que Dios concede a cuantos están dispuestos a recibirlo. Dios nos libera si nos dejamos liberar y si, a la vez, estamos dispuestos a liberar a los

¹⁴ CEPS, *o.c.*, n. 10.

¹⁵ *Ib.*

¹⁶ L. VIVES, *Tratado del socorro de los pobres*, Hacer, Valencia 1992, 64.

demás, aunque sea a costa de complicarnos la vida y sufrir el riesgo de caer en las redes del mal, que pretendemos suprimir. Un cristiano auténtico es un liberado y un liberador que formula así esta séptima petición: «Líbranos del mal, así como nosotros ayudamos a liberar de sus males a nuestros hermanos».

... Y LÍBRANOS DEL MAL

Que nos libres del mal te suplicamos,
del dolor de vivir, de la certeza
de no encontrar su original pureza
en unos ojos que llorando amamos.

Líbranos del dolor y la tristeza
de no haber sido el hombre que soñamos,
pues al fin somos tuyos y elevamos
hacia ti nuestro amor que llora y reza.

Tuyos somos y tú nos has nombrado
y en tu silencio nos reconocemos
y es nuestro nombre imagen de tu amado.

Líbranos de la nada, pues callado
su velo de ceniza, aunque no vemos,
sentimos que camina a nuestro lado.

(V. SÁNCHEZ PINTO)

10

El Padre nuestro, la oración de la utopía

1. La verdad de la utopía

Se dice que la palabra «utopía», inventada por T. Moro (1516), es una palabra griega compuesta de *u* (contracción de *ou* = *no*) y de *topia* (*topos* = *lugar*) que significa «no lugar», un lugar que no existe. Pero esto no es así, pues en el griego clásico y también en el bíblico la forma negativa se construye con *ou* en las formas verbales (Jn 15,16.19.22) y con *a* (alfa negativa) en las sustantivas (1Jn 3,4). *U*, en nuestro caso, es contracción de *eu*. Por tanto «utopía» equivale a *eutopía*, buen lugar, lugar feliz.

Frente a la utopía se dan dos corrientes contrapuestas. Para unos, la utopía es algo irrealizable y fantástico, ajeno totalmente a la realidad, sin fundamento *in re*, un pensamiento ilusorio y vano que sólo existe *in mente*, algo irracional, producto de teóricos puros; utopía equivale a no-verdad. Para otros, utopía es una realidad que en el momento presente no existe, pero que puede existir; una realidad no existente pero realizable, «la utopía es la verdad del mañana», lo que «todavía no es», pero «lo que algún día será». Las realidades del mañana son las utopías de hoy; el utópico trata de conseguir que *utopía* sea de verdad *eutopía*, un estado feliz que hay que construir y que terminaremos construyendo.

Yo creo en la utopía, creo en ese mundo feliz, hacia el cual caminamos, porque creo en la Biblia, porque creo que cuanto pedimos en el PN terminará siendo una realidad, y porque soy cristiano y sé que el cristianismo, cuyo centro

de gravitación es el mandamiento nuevo, es, por su misma esencia, un proyecto utópico que terminará por realizarse, que se realizará cuando la levadura haga fermentar toda la masa.

La construcción de la utopía parte de una situación política, social y religiosa injusta, donde hay clases opresoras y clases oprimidas, donde se conculcan los derechos humanos de manera flagrante y en todos los órdenes. En utopía tan importante es lo que se anuncia como lo que se denuncia. La utopía, por encima de todo, es una crítica del sistema establecido y, a la vez, la expresión de un futuro feliz. Un análisis de la situación en que se vive, viciada y corrupta, conduce a la elaboración de un proyecto social y religioso perfecto. La utopía rechaza lo existente, parte de que las cosas van mal y propugna que tienen que ir bien. El utópico es realista, pues parte de la realidad de las cosas y es, a la vez, idealista, pues elabora un ideal de perfección. Es también un revolucionario con voluntad de cambios sustanciales.

2. La utopía bíblica

La Biblia debe ser leída en clave de utopía, pues si a la Biblia le quitamos la utopía, le hemos quitado el alma, la hemos destruido.

2.1. Los profetas

El utopista es, sobre todo, un profeta, denuncia el presente y adivina el futuro. Sin profetismo, ni hay utopía y sin utopía no hay profetismo. Los profetas son los creadores de la utopía bíblica —que sirve de sustrato para todas las utopías occidentales— en un doble plano: el presente y el futuro, lo que denuncian y lo que anuncian¹.

¹ Cf. I. ELLACURÍA, *Utopía y profetismo desde América Latina*, en «Utopía y Profetismo (VIII Congreso de Teología)», Centro Evangelio y Liberación, Madrid 1989, 81-83.

a) *Lo que denuncian*

La situación social, que viven y que denuncian, es desastrosa: violación permanente de los derechos humanos, corrupción de la administración de justicia y de la administración pública. Los dirigentes y los poderosos son opresores del justo, explotadores de soborno (Am 5,9; 6,12); venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias (Am 2,6); sólo hay perjurio y engaño, saqueo y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre (Os 4,12); el pueblo es robado, saqueado y torturado (Is 42,21-22); sólo hay ladrones y asesinos (Is 1,21-22); Jerusalén es la ciudad de la tiranía; sus jefes, leones rugientes; sus jueces, ladrones nocturnos; sus profetas, impostores; sus sacerdotes, profanadores de lo santo y violadores de la ley (Sof 3,1). Todo está lleno de violencia, rapiñas, confiscaciones y muertes (Ez 45,9). La ley está enroñecida y el derecho en desuso (Hab 1,4). El pueblo de Dios se ha olvidado de la justicia (Jer 8,7). Los ricos rebosan violencia (Am 6,4-8) y profieren falsedad, usan balanzas manipuladas, pesas falsas, medidas recortadas (Miq 6,11-12; Ez 45,10; Am 8,4-6). Hacen trabajar de balde a los obreros (Jer 22,13), roban casas y campos hasta no dejar sitio a nadie y quedar como únicos propietarios del país (Is 5,8). No hay ni uno solo que practique la justicia. Este es el panorama social: asesinatos, crímenes, violencia, injusticias, opresiones, explotaciones, esclavitudes, estafas, deslealtades.

b) *Lo que anuncian*

De la dinastía de David surgirá un germen justo (Jer 23,5; 33,15) que reinará con justicia (Is 32,1), que gobernará con justicia al pueblo (Sal 72,1-2.7), en cuyo reinado florecerá la justicia (Is 32,16; 51,5; 56,1) y todo quedará inmerso en una justicia universal (Is 42,1-4), pues en eso consiste la misión para la que ha sido vocacionado (Is 42,6).

El Mesías instaurará en el mundo la justicia (Is 9,6; 11,3.5.9; Jer 23,6; Is 45,8; 60,17; 61,3.10-11; 62,2). El

pueblo de Dios será un pueblo de justos (Is 60,21). El fruto de la justicia será la paz (Is 32,17), una paz firme y duradera (Sal 72,7), una paz sin fin (Is 9,6; 11,4-5), la más gratificante seguridad ciudadana (Is 32,7; Zac 9,8; Jer 15,16).

Serán destruidos los artefactos de la guerra para hacer con ellos instrumentos de trabajo, no empuñará más la espada pueblo contra pueblo (Is 2,4; Miq 4,3). La tierra entera será una mansión tranquila y jubilosa (Is 14,7). Las gentes todas vivirán en mansiones de paz, en moradas seguras, en apacibles lugares de reposo (Is 32,18).

Límpidas aguas cristalinas manarán por doquier, en las cumbres peladas, en medio de los valles y en tierras de seco (Is 41,18; 44,3; 35,6-7). El desierto y la estepa serán vergeles de cedros y de acacias, de mirtos y olivares, de olmos, terebintos y cipreses (Is 41,19; 32,15). La tierra producirá múltiples y ubérrimas cosechas, el que siega irá detrás del que ara, y el que pisa la uva seguirá al que esparce la semilla, los montes destilarán vino a raudales (Am 9,13), ríos de leche descenderán de las colinas (Jl 4,18). No hará falta ya el dinero para hartarse de pan, de vino y de leche, de exquisitos manjares (Is 55,1-2); el pan será pingüe y enjundioso y el ganado pastará en amplios pastizales (Is 30,23). Crecerá toda clase de árboles frutales de hoja perenne y cuyo fruto no se agotará nunca, pues todos los meses darán frutos nuevos (Ez 47,12). Estamos ante el fin de la pobreza.

La vida será una fiesta permanente. La luz de la luna será como la luz del sol y la luz del sol siete veces más fuerte, como la luz de siete días (Is 30,26). No se oírán ya más voz de llanto ni grito de lamento (Is 65,19), se acabaron las penas y suspiros (Is 51,11), una alegría eterna transformará los rostros jubilosos (Is 35,10), gozo y dicha serán inseparables compañeros de los hombres (Is 51,3). Dios mismo en persona secará para siempre las lágrimas de todos los humanos (Is 25,8). Hasta la misma muerte será finalmente destruida (Is 25,8; 1Cor 15,26).

Todas las criaturas del universo vivirán en armonía. El lobo habitará con el cordero, el leopardo se acostará junto al cabrito, la vaca y la osa pastarán en compañía, el niño de

pecho jugará junto al agujero de la víbora, no se hará ya más mal ni daño en todo el mundo (Is 11,6-9; 65,20-25). Todo será nuevo (Is 43,19), absolutamente transformado. La tierra se habrá convertido en un jardín de Edén (Ez 36,35), en el jardín del Señor (Is 51,3), en el que la tierra entera entona sin cesar un canto de gloria a su Hacedor (Is 43,20) y en el que nadie tendrá hambre de pan (Is 49,10), sino hambre de oír y de vivir la palabra del Señor (Am 8,11), de dedicarse a la contemplación, que es en lo que consiste la suma perfección, el placer máximo, última aspiración de la utopía.

Esta colorista descripción de un futuro triunfal paradisíaco se ha venido interpretando tradicionalmente de la era mesiánica y constituye una de las constantes más notorias del judaísmo de después del destierro. En el Talmud se habla del *olam haze* (este mundo) y del *olam haba* (el mundo que ha de venir, el estado de felicidad).

2.2. *El evangelio utópico*

El mensaje cristiano es la proclamación de la más sublime utopía, significa el triunfo del bien sobre el mal, el Cristo sobre el Anticristo. Cuando el bien triunfe de manera definitiva, estaremos en el estado de felicidad, presencia de todo bien, sin mezcla de mal alguno, el paraíso recuperado, donde habrá no ya uno, sino muchos árboles de la vida, que dan doce frutos al año y cuyas hojas curan todas las enfermedades (Ap 21,6; 22,2.15.17; Ez 47,12).

La cumbre del evangelio utópico está en las bienaventuranzas, conjunción de contrastes insospechados: Dichosos los que pasan hambre, adelante los hambrientos, los afligidos, los constructores de la paz, los que son perseguidos, porque, con el evangelio, ha llegado una fuerza poderosa para acabar con todos los sufrimientos, que perturban la paz y la felicidad humana.

Jesucristo se entregó a la muerte para que «su Iglesia fuera gloriosa, sin mancha, ni arrugas, ni cosa semejante, sino santa y perfecta» (Ef 5,27). Que la Iglesia tiene que alcanzar la perfección es algo incuestionable, y que esta Iglesia está llena de imperfecciones, de manchas y de arrugas, es

una cosa bien patente. Como también es patente que la utopía aboga por una Iglesia que sea una comunidad fraternal y carismática, donde funcione, con todas sus consecuencias y en todos los órdenes, el amor fraterno.

La utopía significa un estado universal de santidad, en el que todos son «santos e irreprochables» (Ef 1,4), llenos del conocimiento y del amor de Dios (Is 11,9), fieles y leales amigos del Señor (Os 2,21-22). El paradigma es el Padre: «Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial» (Mt 5,48). «El que ha nacido de Dios no peca, porque la semilla de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque ha nacido de Dios» (1Jn 3,9). Este estado de impecabilidad coincidirá con los tiempos culminantes de la historia humana, «los tiempos de la restauración universal, de que habló Dios por medio de los profetas» (He 3,21).

«Jesucristo se entregó a sí mismo para liberarnos a todos» (1Tim 2,6). Y la humanidad está encerrada en muchas prisiones, hay muchos esclavos de muchas y muy diversas clases de opresores en todos los campos, en que se desenvuelve la vida de los hombres. La fuerza del evangelio pretende romper todas las cadenas. Una utopía sin libertades absolutas es un contrasentido.

Todos los hombres y mujeres deben ser iguales. Así lo proclamó ya Isaías II: los valles deben elevarse y las montañas y colinas abajarse (Is 40,4), hasta conseguir la nivelación. Jesucristo ha echado el mismo rasero por encima de todos los hombres, en igualdad de derechos y deberes. Igualdad que debe concretarse también en la posesión en común de todos los bienes, como lo establecía el AT (Lev 25,23-28; Éx 16,18; Dt 15,1-5) y lo proclamó san Pablo (2Cor 8,13-15). En la utopía se acaban las clases sociales. «La tierra será común a todos y no habrá ya ni muros ni fronteras... Todos vivirán en común y la riqueza será inútil... Ya no habrá ni pobres ni ricos, ni reyes ni señores, sino que todos serán iguales»². Los gritos de las masas sociales sobre una igualdad universal encontrarán su respuesta cumplida.

Todo será nuevo. Los profetas anunciaron que Dios te-

² *Oráculos Sibílicos*, 3,320-326.

nía el proyecto de hacer «una cosa nueva» (Is 43,19). «Voy a hacer nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). Hombres nuevos, ciudadanos que han nacido de nuevo (Jn 3,3), que se han despojado de su calidad del hombre viejo y se han revestido del hombre nuevo renovado a imagen de Cristo hasta adquirir el conocimiento perfecto (Col 3,9-10), a la medida de la plenitud de Cristo (Ef 4,12-13), bajo el influjo del Espíritu Santo (2Cor 3,18). Estructuras nuevas, donde todos practiquen la justicia (Is 60,21; Mt 5,6.20; 2Pe 3,13). Leyes nuevas, mejor dicho, un reinado sin leyes, donde todos se rigen por la única ley del amor, por el mandamiento nuevo (1Jn 2,7-10; 3,14-18; 4,21; Jn 13,34). Cielo nuevo y tierra nueva, todo será radicalmente transformado, el primer cielo y la primera tierra desaparecerán y no se volverá a recordar nunca el pasado (Is 65,17; 66,22; 2Pe 3,13; Ap 21,1). El cielo nuevo y la tierra nueva significan la presencia de Dios en la tierra, de tal manera que Él sea todo en todo y en todos (1Cor 15,28). No se trata del cielo como meta gloriosa y mansión eterna de los bienaventurados, sino del cielo en la tierra, presente en la historia humana, en una tierra renovada por la presencia activa y transformante del Espíritu Santo.

2.3. *La utopía realizable*

La idea de una utopía cristiana irrealizable está hoy bastante generalizada, prueba evidente de que los mismos cristianos nos hemos materializado demasiado. Ocurre lo mismo en lo político, el socialismo utópico cede ante lo que se llama socialismo real, que evoluciona hacia una socialdemocracia, un socialismo pragmatizado con exceso.

Un lector de la Biblia tiene muy altas razones para creer en la utopía. Los profetas del AT fueron utópicos, anunciaron un reino de justicia, de bienestar y de paz sin fin. También lo anunció Jesucristo, el utópico número uno que no dudó en entregarse a la muerte para vencer a la misma muerte y por el triunfo del amor fraterno³. Los primeros cristia-

³ Cf J. MATEOS, *La utopía de Jesús*, en «Utopía y Profetismo (VIII Congreso de Teología)», 38-47.

nos creyeron en ese reino utópico y hasta llegaron a ponerlo en práctica. Parece también bastante claro que el cristianismo posterior desplazó la utopía al más allá de este mundo. Este desplazamiento suministró razones, tal vez no válidas, pero sí suficientes, para proclamar que la religión cristiana era el opio de los pueblos. Es evidente que ese desplazamiento quita poder al cristianismo para chocar en lo terreno con unas realidades injustas que hay que cambiar. Jesucristo aseguró que ni un punto ni una coma desaparecerán de la ley hasta que todo se cumpla (Mt 17,20; 19,26). Sólo los que tengan fe en el evangelio pueden hablar de utopía como algo realizable, como la verdad del mañana, algo que todavía no es, pero que algún día será. Lo será de manera absoluta en el más allá, en el paraíso eterno. De este modo un cristiano no puede tener la menor duda. En esta vida sólo será de manera relativa, pero cada vez debe ser menos relativa, a medida que la humanidad se vaya aproximando al final de la historia, cuando tendrá lugar la utopía absoluta. La realidad de esta utopía genera proyectos utópicos reales, perfectamente realizables, que nos acercan progresivamente al final feliz. Los proyectos utópicos constituyen un proceso constante y paulatino de aproximación al ideal utópico. El proyecto utópico de más alta calidad es el PN.

3. El Padre nuestro, un racimo de proyectos utópicos

El PN no es otra cosa que la señalización de unos itinerarios que conducen al lugar de la utopía. Se trata de unos puntos programáticos, en cuyo desarrollo debe estar implicada la actividad humana, pues el Señor ha querido que la utopía no venga por sí sola, como un meteorito caído del cielo, o como producto de la evolución histórica, sino que venga como resultado de la gracia y del poder de Dios y de la colaboración de los hombres. Un cristiano debe adquirir el compromiso de luchar por la utopía, pues eso es el PN, siete peticiones utópicas.

El PN postula que todos los seres humanos tengamos a Dios por Padre; que todos le llamemos Padre y Señor, y que a nadie más llamemos así; que todos nos sintamos hijos de Dios y hermanos unos de otros. Una comunidad universal, que se rija por el amor fraterno, ha llegado al estado de utopía, donde la única autoridad, pródiga de un amor infinito, es Dios, nuestro Padre querido.

3.1. *La santificación del Nombre*

Sólo en utopía, el nombre de Dios se manifiesta en toda su gloria y su poder. Sólo cuando Dios decida intervenir en la historia de manera definitiva en favor de los hombres y por el honor de su nombre, habremos llegado a la utopía. Sólo entonces daremos cumplimiento los humanos a la primera petición del PN. Todos a una, y en armonía con la creación entera, elevaremos un canto de alabanza al Creador del universo. Cuando Jesucristo, el nombre de Dios manifestado a los hombres en carne mortal, sea reconocido y glorificado como el Hijo único de Dios, igual al Padre; cuando todo finalmente esté en sus manos y él se lo ofrezca al Padre para toda la eternidad. Sólo entonces sabremos y veremos que la utopía es la gran verdad.

3.2. *El Reino utópico*

Reino de Dios y utopía cristiana son una misma cosa. Un Reino en el que hay una abundancia inagotable de todo lo apetecible; donde reina la paz y no existe hostilidad alguna entre todos los ciudadanos; donde las armas han desaparecido para siempre; donde ya no hay lágrimas, ni enfermedades, ni dolores; donde no hay autoridad alguna, ni civil, ni religiosa, y si las hay, están para servir, su única razón de ser; donde ya no hacen falta leyes, ni normas, ni preceptos, pues estamos en una comunidad de justos y «para el justo no hay ley»; donde todo funciona de manera perfecta, regido por la única ley del mundo nuevo, la ley del amor. La

felicidad sólo se puede encontrar por el amor, pues sólo es feliz el que ama y es amado. Las demás leyes, lejos de conducir a la santidad y a la felicidad, llevan al pecado y a la desventura.

3.3. *La voluntad de Dios*

¿No es una utopía impensable la salvación del mundo entero? ¿Quién podía imaginar siquiera que Dios hubiera decidido, desde toda la eternidad, salvar a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los espacios? ¿Puede haber un ideal más bello y más sublime que el proyecto eterno de Dios, realizado en el tiempo por Cristo Jesús, de reconducir al género humano hacia una patria feliz? ¿No es pedir una utopía que todos los humanos hagamos en la tierra la voluntad de Dios, como la hacen los ángeles en el cielo? ¿Quién puede creer en el sueño de un mundo poblado de criaturas, todas perfectas, cumpliendo el mandamiento nuevo, amándonos unos a otros, como Dios nos ama? ¿Y por qué Jesucristo nos iba a mandar que oráramos así y pidiéramos un imposible?

3.4. *El pan para todos*

En el diccionario de la utopía bíblica no existen las palabras «mío, tuyo y suyo», las más perniciosas del lenguaje humano. Todo es de todos por igual. Se practica la solidaridad y se comparte todo: el trabajo y los bienes producidos. Todas las cosas son comunes. Hay pan para todos, no hay ricos ni pobres, ni clases sociales, todos son ciudadanos de primera. Han desaparecido el egoísmo y la ambición. El amor propio ha sido sustituido por el amor social, el amor a la comunidad, que es en lo que consiste la esencia del evangelio. Todo el mundo se siente satisfecho, es feliz con lo que tiene y no desea más. La felicidad no está en tener, sino en no tener, en tener lo poco que se necesita para ser feliz y no desear más. Diógenes no tenía nada y no necesitaba nada de

cuanto le ofrecía el rey para ser feliz, sólo necesitaba el sol, que el rey le estaba ocultando. La ambición crearía la infelicidad y allí todos son felices. Todos confían en la providencia de Dios, que nunca falla, que no puede fallar nunca, pues Dios no puede dejar de ser Dios, el Dios providente de la Biblia que se cuida cada día de los pájaros del cielo y reviste de tanta hermosura a los lirios de los campos.

3.5. *El perdón de las deudas*

Hablar de perdonar deudas es hablar de un mundo utópico. Porque en el mundo en que estamos, tan materializado, ¿dónde hay un acreedor capaz de perdonar una y otra vez a sus deudores? ¿Dónde está el hombre bíblico que presta sin cobrar intereses? (Mt 6,42), el que incluso da la túnica al que le roba el manto (Mt 6,40), el que no sólo perdona, sino que ama de todo corazón a su enemigo (Mt 6,44). ¿Qué decir de los pueblos del tercer mundo, en la miseria unos y endeudados hasta las cejas otros, sin que los países ricos y acreedores, llenos de catedrales y de iglesias, donde se proclama constantemente el sermón de la montaña, se muevan a compasión y a generosidad, condonándoles las deudas y a salir del atolladero en que tan lastimosamente están hundidos? ¿Qué decir asimismo del capitalismo salvaje de las multinacionales, del mercado libre, cuya única ley es el lucro y la ganancia, o de las instituciones financieras, incapaces de perdonar las deudas al insolvente y al que ha venido a menos, pero prontas a expoliar y dejar en cueros vivos a él y a sus avalistas? ¿Qué decir de todos los adoradores del dios Mammon, del dios del dinero, de la iniquidad y de la injusticia, incompatible con el Dios de la Biblia, de la prodigalidad y del amor? Está bastante claro que esta petición es un proyecto utópico, que pretende transformar el mundo inmisericorde en que vivimos, donde ni las deudas se perdonan, ni se ama de corazón al enemigo, un mundo sembrado de guerras y discordias, de odios y crueldades.

3.6. *Las tentaciones*

Que levante la mano el que haya caído en alguna tentación y que levante las dos manos el que cada día caiga en siete tentaciones. Levantémoslas todos, menos los fariseos, porque ellos no caen nunca. Y sin embargo es muy posible no caer en tentación, porque el gran tentador está vencido y derrotado para siempre y porque desde la humildad y con el poder de Dios, el triunfo está garantizado. ¿No estaremos soñando al decir esto? ¿No será una pura fantasía pensar en una comunidad universal inmaculada? ¿Cómo va a ser posible que la frágil y depravada naturaleza humana no caiga siete veces y hasta setenta veces siete? Es ciertamente posible y realizable. Todo ello como fruto de la redención de Cristo, el cual cayó varias veces con la cruz auestas bajo el peso y el agobio de nuestras caídas, y que cayó definitivamente muerto en la cruz, para que nosotros no caigamos y para levantarnos, si alguna vez caemos, y para que llegue el momento en que ya no caigamos. El PN, al ser la oración de la más grande de todas las utopías que han sido y serán, infunde en el corazón del hombre un dinamismo, una ilusión y una esperanza, capaces de hacerle trabajar con optimismo, sin tregua y sin descanso, por un mundo nuevo, en el que ya no habrá caídos. Sin esta esperanza, que es el corazón de la Biblia, no es posible rezar, como Dios manda, el PN.

3.7. *Libres de todo mal*

Jesucristo nos ha redimido, es decir, nos ha liberado de todo mal. Liberarnos del mal no puede significar otra cosa que librarnos de la esclavitud. Y, sin embargo, aquí todos seguimos siendo esclavos. Los esclavos del dinero son, a la vez, esclavizadores de los que no tienen nada. Los esclavos del poder esclavizan a los que socialmente no pintan nada. Los productores y los servidores de los «medios», víctimas de sus mismas y obsesivas ideas, alienados ellos mismos por la propia opinión, que pretenden imponer, configuran artificial-

mente la noticia y se convierten en alienadores de las masas sociales que, en lugar de pensar y decidir con su cabeza, lo hacen por lo que ven en la televisión, oyen en la emisora de radio y leen en la prensa. Los esclavos de la droga destrozan su propia vida y la de cuantos les rodean también esclavizados.

¿Qué significa entonces la liberación cristiana? ¿Qué liberación realizó Jesucristo, cuando después de dos mil años, el mundo entero está lleno de tantas esclavitudes? ¿Por qué los manantiales de la maldad corren a raudales por doquier? A pesar de todo, Jesucristo lo hizo todo bien. La liberación objetiva, que llevó a cabo en la cruz, tiene que traducirse y expresarse en la liberación subjetiva del hombre en el aspecto individual y corporativo, en las relaciones privadas y en las públicas, en la libertad singular y en las libertades colectivas. La victoria de Jesucristo sobre el mal y el maligno significa y conlleva el aniquilamiento de todos los demonios personales y familiares, los que cada uno llevamos dentro de nosotros mismos y los que producimos en familia, en las pequeñas familias de nuestros hogares y de nuestra patria y en la gran familia de la comunidad humana. El PN utópico nos obliga a vencer el mal a fuerza de hacer el bien. «La mentalidad utópica de la vida, tanto en el orden moral como en el orden político, implica el esfuerzo y la lucha por el triunfo final del bien sobre el mal, del amor sobre el egoísmo (dialéctica vital), como meta que debe guiar nuestros pasos y nuestras esperanzas»⁴. En esta petición final pedimos a Dios que nos libre de todos los males, pero que no lo deje para el cielo. Así lo hará, porque esa es la única manera de que la liberación que Jesucristo hizo en la tierra sea realmente efectiva también en la tierra. Aquí radica el dinamismo del PN utópico que nos compromete a luchar por un mundo que ha de ir alcanzando cotas de libertad y de liberación, hasta conseguir la desaparición de todos los males que esclavizan al hombre. Todo ello, gracias al poder infinito de la redención de Cristo.

⁴ A. TURRADO, *La utopía y la dialéctica vital como característica esencial de la mentalidad de san Agustín*, Madrid 1987, 8.

Índice

	<u>Págs.</u>
Presentación.....	5
La oración	7
1. Necesidad de la oración	7
2. Qué es la oración	7
3. La Biblia, el libro de la oración	8
4. Cómo orar, cuándo orar, dónde orar	11
5. Oración litúrgica	13
6. Oración comprometida	14
7. Los cinco pasos	15
1. Cuestiones generales	17
1. El texto	17
2. Estructura literaria	20
3. Lugares paralelos.....	23
4. La oración por excelencia	26
5. Oración dinámica	27
6. Sentido escatológico del PN.....	27
7. Una oración sagrada.....	29
2. Invocación: Padre nuestro que estás en los cielos	33
1. Padre	33
1.1. <i>Abba</i>	33
1.2. La paternidad de Dios en el AT	35
1.3. Jesucristo, revelador de la paternidad de Dios	37
1.4. «Mi Padre» y «vuestro Padre»	38
1.5. El único Padre.....	40
2. Nuestro	43
2.1. Hijos y hermanos	43

	<u>Págs.</u>
2.2. Las comunidades y la comunidad.....	44
2.3. La palabra de Dios.....	47
3. Que estás en el cielo.....	49
3.1. Cosmología bíblica.....	49
3.2. El Dios del cielo.....	51
3.3. El Dios de la tierra.....	52
3. Primera petición: Santificado sea tu Nombre.....	55
1. Dios es el «Nombre».....	55
2. El Nombre es (ya) santo.....	58
3. Santificar el Nombre es glorificar el Nombre.....	59
4. Israel, el nombre de Dios y el profanador del Nombre.....	61
5. Jesucristo, el Nombre.....	64
6. Jesucristo, santificador del Nombre.....	67
7. El hombre santificador del Nombre.....	69
8. Reflexiones.....	71
4. Segunda petición: Venga tu Reino.....	75
1. Reinado mejor que Reino.....	75
2. Dios es rey.....	76
3. El mesías, rey.....	77
4. El Reino, centro de gravitación del evangelio.....	79
5. Naturaleza del Reino.....	81
5.1. Un misterio.....	81
5.2. Un reino político.....	82
5.3. Un Reino espiritual.....	82
5.4. Fases del Reino.....	84
5.5. El Reino de la bondad.....	87
5.6. El Reino de la justicia.....	91
5.7. Reino dinámico.....	98
6. Los ciudadanos del Reino.....	100
6.1. Todo el género humano.....	100
6.2. Los pobres, los preferidos.....	100
6.3. Los ricos, los excluidos.....	102
7. La Iglesia y el Reino.....	105
8. Reflexiones.....	106

5. Tercera petición: Hágase tu voluntad como en el cielo también en la tierra.....	113
1. Que Dios haga su propia voluntad.....	113
1.1. El Padre.....	113
1.2. El Hijo.....	114
1.3. El Espíritu Santo.....	116
2. Jesucristo hace la voluntad de Dios.....	118
3. El hombre debe hacer la voluntad de Dios.....	120
4. Cómo conocer la voluntad de Dios.....	121
5. Cuál es la voluntad de Dios.....	122
6. «Que sea lo que Dios quiera».....	123
7. Como en el cielo, también en la tierra.....	124
8. Reflexiones.....	126
6. Cuarta petición: El pan nuestro que necesitamos dánoslo hoy.....	131
1. El pan.....	131
1.1. Pan material, físico: alimento corporal.....	131
1.2. El pan de la Palabra y de la sabiduría: alimento espiritual.....	132
1.3. El pan de vida: la eucaristía.....	133
1.4. El pan, el Espíritu Santo.....	134
1.5. El pan, la Alianza.....	134
1.6. El pan, banquete escatológico.....	134
1.7. El pan, todo lo necesario para la vida.....	135
2. El pan «que necesitamos»: <i>epiousion</i>	135
2.1. « <i>Epi-einai</i> »: ser, existir.....	136
2.2. « <i>Epi-ienai</i> »: venir, sobrevenir.....	136
2.3. « <i>Epi-ousia</i> »: esencia, sustancia.....	137
3. Dar y hoy.....	137
4. Sentido literal: el pan material, necesario para hoy.....	138
5. Sentido pleno: la eucaristía.....	140
6. Sentido espiritual: el pan de la Palabra y el pan escatológico.....	141
7. Nuestro.....	142
7.1. El pan, fruto de nuestro trabajo.....	142
7.2. El pan es «nuestro» porque es de todos.....	150

	<u>Págs.</u>
7.3. El pan es nuestro porque somos «creyentes»: la eucaristía	154
8. Reflexiones	156
7. Quinta petición: Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores	163
1. Universalidad del pecado	163
2. ¿Qué es el pecado?	165
2.1. La anomía	165
2.2. La «adikía»	166
2.3. La «apistía»	167
2.4. La hipocresía	168
2.5. Ruptura con Dios	169
2.6. Ruptura con la sociedad	169
2.7. Ruptura con uno mismo	169
3. Un Dios perdonador	170
4. Perdonamos porque hemos sido perdonados	172
5. Perdonamos para ser perdonados	174
5.1. Sentido etimológico y jurídico de las palabras	175
5.2. Deudas pecuniarias	177
5.3. Perdonarlo todo, a todos y siempre	178
6. También nosotros perdonamos	178
7. La reconciliación	180
7.1. Reconciliación con Dios	180
7.2. Reconciliación con la comunidad	181
7.3. Reconciliación con uno mismo	182
8. Reflexiones	182
8. Sexta petición: No nos metas en tentación	187
1. Significación gramatical de las palabras	187
1.1. «Eisenenkes»	187
1.2. «Peirasmos»	189
2. De qué tentación se trata	189
3. Las tentaciones y la vida	190
4. Satanás, el tentador	192
5. Dios prueba y ayuda al hombre	194

	<u>Págs.</u>
6. Armas para luchar contra las tentaciones	197
7. El hombre, tentador de Dios	200
8. Reflexiones	202
9. Séptima petición: Mas líbranos del mal	207
1. Significación etimológica de las palabras	207
2. Un mundo lleno de maldad	209
3. El maligno esclavizador	212
4. El Dios liberador	213
5. Jesucristo, el liberador	214
6. El Espíritu Santo	218
7. El «amén» y la «doxología»	218
8. Reflexiones	220
10. El Padre nuestro, la oración de la utopía	225
1. La verdad de la utopía	225
2. La utopía bíblica	226
2.1. Los profetas	226
2.2. El evangelio utópico	229
2.3. La utopía realizable	231
3. El Padre nuestro, un racimo de proyectos utópicos	232
3.1. La santificación del Nombre	233
3.2. El Reino utópico	233
3.3. La voluntad de Dios	234
3.4. El pan para todos	234
3.5. El perdón de las deudas	235
3.6. Las tentaciones	236
3.7. Libres de todo mal	236